RAQUEL G. OSENDE

LA PATA DE OCA

Una historia en el Camino de Santiago

Finalista
PREMIO LITERARIO

LA PATA DE OCA

Raquel G. Osende

Una historia en el Camino de Santiago

Copyright © 2020 Raquel G. Osende

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo, está respaldando a la autora, apoyando la creatividad del sector y favoreciendo una cultura viva.

Diseño de cubierta: pedroviejo.com

Contents

LA PATA DE OCA
Copyright
1. Casilla de salida
2. Peces de mentira
NAVARRA
3. Las tres japonesitas
4. Trinos en el hayedo
5. Brujas en el robledal
6. Lalasaña y Ziriquiri
7. Pamplona y los hijos
8. La sierra del Perdón
9. Puente y crucifijo
10. Cuatro peregrinos
11. Vino, bordón y sandía
12. Una encomienda templaria
13. El juego de Logroño
LA RIOJA
14. El Camino sigue
15. Un alto en el Camino
16. Gallinas y flamencos
17. Campanas de Belorado
18. Los montes de Oca
19. El hombre de Atapuerca
20. El ocaso de Burgos
21. El arroyo de San Bol
CASTILLA
22. El viento en los chopos
23. El convento de San Antón
24. Un puente hacia Palencia
25. Cangrejos en el canal
26. Cantigas en Villasirga
27. ¡Ultreia!
28. Una autopista al infierno
29. Amores conyugales
30. La cárcel de San Marcos
31. Un hogar en León
32. El palacio de Astorga
33. La Maragatería
34. El jardín de las ciruelas
35. Un refugio en la niebla
36. La famosa Lorena

37. La travesía de El Bierzo
38. Antes de Galicia
39. El castaño de Ramil
GALICIA
40. La pata de oca
41. Los nuevos aniversarios
42. El pueblo naufragado
43. Hacer volar el botafumeiro
44. Compostela
45. «Tú sabes que te quiero»
NOTA A LA EDICIÓN KINDLE
ACERCA DE LA AUTORA
AGRADECIMIENTOS

1. Casilla de salida

Pese a los esfuerzos de Nacho por evitarlo, su mujer había acabado acompañándolo a la estación de autobuses. El taconeo rígido, de ritmo rápido, percutía tras él como un eco inevitable del paso elástico de sus botas de montaña. Lo distinguía con claridad exasperante incluso en el bullicio de la estación y, de pronto, lo angustió la idea de no librarse de él jamás. Nacho tenía cuarenta y tres años y, con esa vaguedad con la que los buenos chicos se enfrentan a sus sentimientos, empezaba a comprender que su vida había fraguado como el cemento sin haberse siquiera cuestionado si lo hacía feliz.

El autobús ya estaba en la dársena y el frescor artificial del aire acondicionado invitaba a subir. Hacía bochorno. La humedad y los tubos de escape creaban una atmósfera sofocante. El conductor, que limpiaba los mosquitos estrellados contra el cristal, tenía cercos de sudor en la camisa. También Nacho notó su espalda pegajosa cuando se descolgó la mochila para guardarla en el maletero, pero no le importó. El simple hecho de cargar con ella lo hacía sentirse joven; bastante más que conducir el coche familiar del chalé al bufete y del bufete al chalé.

—Espera —dijo Silvia, insegura—. Te he metido un bocadillo de jamón para el camino, por si te entra hambre.

—Ah.

Se acuclilló, abrió las correas y sacó una bolsa de plástico apretujada junto al saco de dormir. Además del bocadillo, amorosamente envuelto en papel de aluminio, encontró servilletas, una manzana y un zumo de uva sin azúcar. ¡Zumo de uva! ¿Después de tantos años aún no sabía lo poco que le gustaban los zumos? Pero contuvo su absurdo arrebato de ira.

—Toma —dijo tendiéndole el *brick*—. Ya me compraré yo una cocacola, no te preocupes.

—Es más sano… —Silvia soltó una risita—. Perdona. A veces me sale solo eso de hablarte como a las niñas.

—Ya.

Nacho volvió a cerrar su mochila y la acomodó al lado de una muy parecida. Tendría que fijarse para no confundirlas. Ambas eran rojas, de excursionista, aunque la otra llevaba un pulpo amarillo colgado de la cremallera. Qué absurdo, un pulpo. Se quedó plantado junto al autobús en aquel aire irrespirable con la bolsa de plástico en la mano. El resto de viajeros ya subían. Una pareja adolescente se besaba con la pasión de una despedida forzosa. No debían llevar mucho tiempo juntos, pensó con cinismo.

—Bueno… —dijo sin mirar a su mujer.

Los zapatos de Silvia eran de un azul brillante y tacón alto. Muy elegantes. A menos de medio metro, había una gran mancha de aceite de motor. Nacho fijó la vista en ella. Qué viscosa parecía. Era un disco negro de casi un dedo de espesor, una trampa lista para atrapar cualquier cosa que quebrara su superficie irisada. Con que Silvia se moviera un poco…

—Bueno —repitió, algo más resolutivo.

—Menudo mes vas a pasar —dijo ella con precipitación, como para retrasar la despedida—. Qué aventura. Y mientras tanto, yo en Alicante con las niñas, aguantando a mi madre.

—Mujer, si otros veranos ibas encantada…

—Sin ti no será lo mismo. Las niñas te echarán de menos; sobre todo, Claudia.

Una familia pasó tras ellos. El hijo se columpiaba de la mano de sus padres, los tres tan relajados como un anuncio de seguros del hogar. La mirada de Nacho fue de los tacones de Silvia a sus propias botas. Tenía un cordón a punto de desatarse; debía hacerle un doble nudo… No quería pensar en sus hijas. Ni en la pregunta que Claudia, con esa perspicacia infantil, le había disparado en el desayuno por encima de los cereales. Esa que Silvia no se había atrevido a formular: «¿Por qué este año no vienes con nosotras?».

—Aunque te vendrá bien lo de hacer el Camino de Santiago tú solo. Ya sabes, para desconectar del trabajo y eso. Últimamente estabas esclavizado en el bufete.

Él suspiró. Era la primera vez en doce años de matrimonio que no pasaba las vacaciones de verano con su familia y los intentos de Silvia por restarle importancia, por darle el espacio que presentía que necesitaba, lo irritaban y enternecían a partes iguales. Sus tacones se habían acercado peligrosamente a la mancha de aceite. Una parte de él hubiera querido ver cómo aquel zapato azul brillante se hundía en el charco grasiento, cómo se impregnaba de óleo untuoso, pero la cogió del brazo y la apartó.

—¿Y tu anillo? —preguntó ella al bajar la vista.

Nacho retiró la mano pillada en falta.

—Una tontería. Lo he dejado en casa para no perderlo. Está en la cómoda, en el primer cajón. Te cogí una cajita de esas de joyería. Me quedaba un poco flojo y, como voy a dormir en albergues, pensé que…

Ella dejó que el silencio espesara. Nacho sintió nuevos chorretes de sudor resbalándole por la espalda. El bochorno era insoportable. A pesar del cielo nublado, había una claridad difusa y opresiva que hacía guiñar los ojos. Por megafonía anunciaron la salida de un autobús a París y se le ocurrió que no se marchaba lo bastante lejos.

—Oye, voy a subir ya —dijo incómodo.

Los zapatos azules dieron un paso atrás con aire dolido.

—Aún faltan cinco minutos…

—Así no tienes que quedarte aquí de pie, esperando.

Solo lo separaban dos zancadas de la puerta, pero el insufrible taconeo se reprodujo de nuevo tras él. Cinco veces repiqueteó contra el suelo en ese par de pasos. Nacho no pudo evitar pensar en la losa que se quitaría de encima cuando no lo acompañara más que el silencio de sus propias botas.

—Te echaré de menos —murmuró Silvia.

—Y yo a ti.

Un beso inofensivo. Una caricia en la mejilla. Y, al fin, pudo subir al autobús. Ya estaba. Casi en marcha hacia Roncesvalles, donde empezaría su aventura. La penumbra del vehículo y el aire acondicionado lo hicieron sentirse mejor. Más ligero. Hacía un calor horroroso ahí fuera. Se acomodó en un asiento del fondo con un profundo suspiro y desenrolló los auriculares. Tenía ganas de algo liviano y con ritmo. Una *feel-good song* —le gustaban aquellos extranjerismos—. Dire Straits, quizá. O los Rolling. El *rock* mantendría la ilusión de juventud que le proporcionaba la mochila. Un mes por delante para él solo. Treinta y un días de libertad. Ya ni recordaba la última vez que pudo disfrutar de algo así. Al dejar que sus ojos vagaran por la ventanilla, tuvo un sobresalto. Silvia seguía allí abajo, plantada al pie del bus. Lo miraba con los ojos muy abiertos, a pesar de la claridad deslumbrante. No le pedía nada con la boca, pero sí mucho, demasiado, con la mirada.

—Vete ya, mujer —gesticuló él en silencio.

No lo iba a hacer. Tendría que pasarse aquellos largos cinco minutos intercambiando estupideces por señas y sintió otro arrebato de ira. ¿Por qué seguía allí? ¿Por qué no lo dejaba en paz? No tendría ni que haberlo acompañado, no después de su pequeña gran traición de las vacaciones. Él se había limitado a anunciarle que ese año se iría solo, sin dejarle otra opción que quedarse a cargo de las niñas. Y allí estaba ella, regodeándose en su propio abandono. Antes no era así. ¿Cuándo se había vuelto tan conformista?

Silvia agitó una mano tímida. La sombra de una sonrisa nerviosa aleteó en sus labios. Aún sujetaba el *brick* de zumo de uva y lo estrujaba sin querer. Con una punzada culpable, Nacho se dio cuenta de que era la primera vez en todo el día que la miraba más allá de sus zapatos. También su vestido era azul y dejaba al descubierto unas piernas preciosas. La verdad, Silvia seguía siendo una mujer muy atractiva. Con la seguridad de la ventanilla entre ellos y el mes de separación en perspectiva, se sentía libre para reconocerlo. Incluso tras dos embarazos, su figura era sensual, y las incipientes patas de

gallo le daban una madurez interesante. Tenía el pelo rizado, muy denso y largo. Sin embargo, el efecto quedaba estropeado por esa mirada desvalida, esos ojos como de cervatillo paralizado ante los focos de un camión. Nacho relajó la vista y la imagen se tornó borrosa. Entonces, su propia cara se le presentó monstruosamente grande en el cristal. Se le ocurrió que tal vez su rostro fuera el camión precipitándose contra el cervatillo; sin ninguna intención de hacerle daño, pero incapaz de evitarlo.

El autobús emitió un ronquido. Una nube de humo sucio envolvió a Silvia. Él se recostó en el asiento y concentró su atención en la música. Al final, había escogido Queen y, con los acordes rotundos, casi heroicos, que lo hacían vibrar en su juventud, recuperó la emoción por la aventura que tenía ante sí. El Camino de Santiago. Un mes de senderismo. Gente nueva. Libertad.

I want it all and I want it now!

Pues sí, lo quería todo. Vivir sin cargas ni responsabilidades. Solo. Hacer justo lo que le apeteciera, como si volviera a ser joven. Y, recreándose en esas ideas liberadoras, pudo acallar cierto sentimiento molesto de reconocer: un profundo y bochornoso alivio.

2. Peces de mentira

Lorena le echó una ojeada angustiada al reloj mientras circulaban por una de las grandes avenidas de Madrid. Apenas sentía el bochorno colándose por las ventanillas abiertas. Eran casi las diez de la mañana, hora de la llamada materna de los sábados. «Y si no coges el teléfono, sabré que has salido hasta las tantas». Lorena tenía veinticinco años, pero la ausencia de una madurez tangible en forma de novio o marido la mantenía, a ojos de su madre, en una especie de limbo adolescente; como si la sencilla señora no supiera bien cómo tratar a esta *rara avis* que se marchó a trabajar fuera mientras sus amigas del pueblo se casaban y tenían hijos. Aun así, Lorena nunca se había visto obligada a mentirle… hasta ahora. La llamada de aquel sábado iba a ser difícil y se desesperaba por alcanzar la soledad y el anonimato de la estación de autobuses antes de enfrentarse a ella.

—Tranquila, que llegamos de sobra —dijo Marta, al volante—. Hasta nos dará tiempo a tomar un café.

—No, no. Quiero decir, no hace falta que te metas al parking ni nada. Bastante haces con traerme.

Si Lorena no hubiera sido tan tímida, habría rechazado el ofrecimiento de su compañera de piso. Bueno, excompañera desde esa mañana. La llamada de su madre revoloteaba sombría sobre el trayecto y mejor no tener testigos. Sin embargo, Marta era tan decidida, tan impetuosa, que fue incapaz de oponerse a su buena voluntad. Que si solo son diez minutos, que si no hay metro directo, que a saber cuándo nos volveremos a ver… Sentía tal cansancio después de aquella terrible semana, que se rindió enseguida.

—Mira, ya estamos —dijo Marta, maniobrando a la entrada del aparcamiento.

Lorena la observó por el rabillo del ojo. Habían vivido juntas durante casi dos años sin intimar mucho; eran demasiado diferentes. La cohibían sus risas estruendosas y la naturalidad con que caminaba sobre quince centímetros de tacón. Ella, en cambio, no veía tres en un burro sin sus gafas y muchas veces se sentía torpe y lenta. Desde niña había dedicado más tiempo a los estudios que a la vida social y, en Madrid, el trabajo la había absorbido de tal forma que, de no ser por aquel ofrecimiento, no hubiera tenido a nadie que fuera a despedirla en su último día en la ciudad.

—Te voy a echar de menos. En serio —dijo Marta enfilando una plaza libre con mucha soltura—. Eres una ratoncita, pero se nota cuando no estás. ¿De verdad no quieres que te guarde la habitación mientras haces el Camino de Santiago?

—No, no. Ya está hecho; mis cosas en el guardamuebles y eso.

—Podrías buscar otro trabajo aquí. No tienes que abandonarlo todo solo porque te hayan…

Lorena se encogió en su asiento. Despedido. Solo porque te hayan despedido. Con qué naturalidad le quitaba hierro Marta al fracaso más estrepitoso de su vida. Ella había puesto muchas esperanzas en Madrid y en aquel puesto en una empresa de piensos acuícolas; una buena oportunidad para una recién licenciada, aunque no fuera el tema más fascinante del mundo. Y necesitaba salir de casa. Lo necesitaba. Durante casi dos años, dedicó todo su tiempo a la nutrición de los peces de acuario. Y entonces… Falta de fondos, restructuración de plantilla, no es nada personal. La horrenda, trágica realidad, era que la habían despedido.

—Es difícil que encuentre otra cosa —replicó, abriendo la portezuela—. Los biólogos no estamos muy demandados, precisamente.

—No sé. Suena drástico irte así. ¿Acaso no estás a gusto?

—Tampoco es que haya hecho muchos amigos —dijo Lorena, con cierta amargura—. Ni siquiera tengo novio.

Abrió el maletero y se colgó la mochila. Iba al Camino de Santiago por un mes y la había llenado hasta los topes. El pulpo amarillo que colgaba de la cremallera quedó balanceándose a su espalda con una alegría impertinente.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? Metes tus cosas en un guardamuebles y te marchas unas semanas. ¿Y luego, qué?

La garra de ansiedad en su estómago le dio un apretón. Fue casi como un golpe físico. ¿Y luego, qué? Qué pregunta tan cruel, tan descarnada. ¿Qué iba a hacer de su vida? ¿Qué?

—Me dijiste que tu padre tenía una empresa, ¿no? —continuó Marta, al ver que no contestaba—. ¿No podrías volver a casa y trabajar con él?

La angustia le atenazó la garganta con tal fuerza que jadeó.

—¡No! —soltó con violencia.

Hizo una inspiración profunda para recomponerse. Había sufrido episodios de ansiedad en el pasado y no había nada que temiera más que su cuerpo la condujera a *ese lugar oscuro donde casi no hay aire*. ¡Y delante de Marta! Fue ensayando torpes ejercicios de relajación mientras se dirigían a la cafetería. Cómo deseaba quedarse sola. Se sentía lastimosamente mal. Además, estaba la dichosa llamada telefónica. Ya eran las diez; su móvil sonaría en cualquier momento. Le vinieron a la mente varias excusas. Muchas gracias por todo, pero no hace falta… Tendrás cosas que hacer… El autobús estará esperando… La propia ansiedad le impedía hablar. Tomaron asiento en la terraza de la estación y, en ese momento, su teléfono emitió un

zumbido.

—Cógelo. No te preocupes por mí —dijo Marta.

¿Por qué era tan amable? Lorena hubiera preferido mil veces la indiferencia que siempre había mostrado hacia ella. Descolgó con dedos temblorosos.

—Hola, mamá. ¿Qué tal estás?

Escuchó con paciencia su respuesta mientras Marta encendía un cigarrillo. Nunca había deseado tanto que su madre se alargara contándole cotilleos de las vecinas y el estado de los pollos del corral.

—Ya, sí… Y papá, ¿también bien? ¿Y Félix y los niños? ¿Y Manuel?

Era inevitable. Una vez recorrida la familia, le tocaba el turno a ella.

—Yo, nada nuevo, no… Sí, sí, lo de los peces va bien.

La alivió ver que Marta se examinaba las uñas pintadas con expresión aburrida.

—No, ahora no estoy en casa… ¿Que dónde? Pues…, en la estación de autobuses… Hoy es sábado, mamá, hoy no trabajo.

Rápido vistazo a Marta.

—Me voy de excursión… Sí, con unas amigas, ¿cómo voy a irme sola?

Ahora sí. Marta la miró, levantando una ceja. Le pegó una calada al cigarrillo y exhaló el humo muy despacio, sin quitarle los ojos de encima. Lorena notó una gota de sudor cosquilleándole la nuca.

—Solo es una excursión… Sí, sí; el lunes estaré en el trabajo.

Agachó la cabeza. No quería ver la cara de su amiga.

—Que no, mamá, que todo está bien. Es que me impacientas con tantas preguntas… Que sí, de verdad. En la empresa me tratan estupendamente… No, de momento no puedo volver. Es mucha distancia y no puedo faltar al trabajo… Vale… De acuerdo… Besos a todos. Hasta el sábado que viene.

Se hizo un silencio incómodo. Marta seguía fumando con mucha calma. De pronto, Lorena sintió que no podía soportarlo. La había oído mentirle a su madre con todo descaro sobre un tema bien serio. Se le caía la cara de vergüenza.

—Oye, Marta, me tengo que ir, en serio. El autobús…

Rebuscó con frenesí en su cartera, arrojó un par de monedas a la mesa para pagar el café que no había probado y salió a toda prisa hacia la dársena.

—Espera, mujer —le pareció oír, pero no se detuvo. Ojalá no tuviera que volver a verla jamás.

El autobús aguardaba en su plaza, inmóvil en el aire pegajoso de la estación. Tenía la puerta abierta y dentro estaba oscuro y fresco. Lorena se acomodó junto a una ventanilla. Ya. Ya podía serenarse. Hizo varias inspiraciones y buscó alguna distracción que la hiciera

olvidarse un poco de sí misma. En una esquina, un par de chicos con rastas tocaban el yembé. Qué relajados, qué despreocupados en su sencilla rebeldía. A ella le hubiese gustado tomarse así la vida. Bajo la ventanilla, a dos pasos de unos zapatos azul brillante, un par de palomas se disputaban un pedazo de pan. Era apenas un currusco y estaba empapado de aceite viscoso de motor; aun así, las dos palomas competían por él a picotazos, como si el ansia de poseerlo fuera más importante que el disfrute que prometía.

Los zapatos azul brillante también intentaban retener al propietario de unas botas nuevas de marca. Se trataba de un hombre alto y atlético, que llevaba una mochila roja igual a la suya. Otro peregrino. Su mujer era guapísima; tanto, que resultaba inconcebible verla así de triste. Él le acarició la mejilla con ese gesto íntimo de las parejas de muchos años y Lorena sintió un amargo regusto de envidia. Ella no tenía novio, ni amigos, ni un lugar propio en el mundo. La angustia volvió a atenazarle las entrañas.

El peregrino subió al autobús. Era mayor de lo que había pensado al principio, de unos cuarenta y pocos, aunque muy atractivo. Llevaba el pelo trigueño despeinado con naturalidad, en atractivo equilibrio entre juventud y madurez, y lucía una moderna perilla y bigotito rubios. Sus ojos azules pasaron sobre ella sin fijarse. Parecía… Lorena no podía creerlo. Aquel hombre que acababa de dejar atrás a su espléndida mujer parecía aliviado. Lo miró con algo de rabia mientras recorría el pasillo para sentarse en la última fila.

El autobús arrancó con un gemido bronco, ahuyentando a las palomas del pan. Una de ellas se alejó volando. La otra dio unos aleteos y volvió a posarse en el suelo. Había conservado unas migajas en el pico y allí se quedó, muy cerca de los zapatos azules, picoteando las partes menos sucias de su trofeo.

En cuanto arrancaron, Lorena empezó a respirar mejor. En marcha, por fin. El simple hecho de avanzar por una carretera hacia nuevos horizontes aliviaba su angustia, como si pudiera dejarla atrás allí donde la atacó.

Se sumaron al escaso tráfico de un sábado de agosto y salieron de Madrid en dirección nordeste. La autovía era ancha, bien asfaltada, y se adormiló. Era un viaje largo hasta Pamplona, donde haría transbordo. Hubo una breve parada en un bar de carretera en Soria y, con oscura satisfacción, almorzó un delicioso bocadillo de tortilla con pimientos mientras el peregrino rubio desenvolvía un sándwich frío bastante sobado. A veces, no tener quien te cuide ofrece compensaciones inesperadas.

El autobús llegó a Pamplona a media tarde. Lorena localizó su mochila, la del pulpo amarillo, y buscó el andén de los buses locales.

Había consultado los horarios antes de salir y solo tenía veinte minutos para enlazar con el de Roncesvalles. Hasta se había asegurado de que podría comprar el billete al propio conductor. Por el rabillo del ojo vio que el otro peregrino la seguía, tal vez, porque la veía muy segura de su camino. De todas formas, no había pérdida: delante de un viejo bus azul aguardaba bastante gente con mochilas y el aire expectante de quien empieza una aventura. Notó un tenue aleteo de emoción en el estómago. Estaba a punto de hacer el Camino de Santiago. Un mes en que su vida quedaba en pausa, en que la ansiedad no tenía cabida. ¡Un mes sin ansiedad! Si tan solo fuera cierto, si aquella terrible losa le diera un respiro…

En el bus local no había asientos para todos, pero no le importó ir de pie la hora de trayecto que quedaba hasta Roncesvalles. La carretera serpenteaba montaña arriba, en una ruta inversa a la que ella misma recorrería andando al día siguiente. Las lomas verdes y colinas suaves dieron paso a los imponentes picos pirenaicos. Aunque lo mejor era ver a los peregrinos descansando al sol con aire satisfecho tras la jornada. Al paso del bus, saludaban con la mano y gritaban «¡buen Camino!». Parecía haber una especie de compañerismo tácito entre todos, una corriente de simpatía a la que se accedía por el sencillo método de colgarse una mochila a la espalda. Lorena se encontró sonriendo y devolviendo saludos, formando parte de aquel espíritu de buena voluntad. Estaba rodeada de desconocidos y, sin embargo, por primera vez en mucho tiempo, no se sentía sola. Y eso ayudaba a calmar su angustia más que cualquier ejercicio de respiración.

El bus llegó a Roncesvalles al filo del atardecer temprano de las montañas. Las sombras empezaban a alargarse en el valle y todo era calma. El pueblo se alzaba en un prado al pie de los Pirineos y transmitía la promesa de los lugares situados al borde de algo. Era una frontera histórica con Francia, la puerta original del Camino. Admiró los contrafuertes de la colegiata de Santa María y la techumbre del silencioso y achaparrado Silo de Carlomagno, construido hacía más de un milenio. Estaba en plena tierra de leyendas. Por allí pasó un emperador que conquistó el mundo; allí se gestó el *Cantar de Roldán*. Lorena se atrevió a sonreír. Quizá quedara un poquito de magia en el Camino para ella.

NAVARRA

3. Las tres japonesitas

Al apearse del bus en Roncesvalles a última hora de la tarde, Nacho estaba pletórico. Había disfrutado del *rock* de los ochenta todo el trayecto sin que nadie lo interrumpiera o le pidiera que, por favor, pusiera música apropiada para las niñas. Bajó de un salto, se cargó su mochila sin pulpo amarillo en un solo hombro y miró a su alrededor. Los demás viajeros se internaron en el pueblo siguiendo los carteles que marcaban *Hospital de Peregrinos* con caligrafía medieval. Nacho imaginó que habría que registrarse en algún sitio para pasar la noche y, a juzgar por sus prisas, dedujo que habría alguna hora de cierre, solo que la idea de hacer cola le dio pereza. «¡Te quedarás sin cama!». La voz de Silvia le resonó en los oídos, más estridente de lo que la recordaba. «¿Dónde vas a dormir?». Si su familia hubiera estado allí, no habría tenido otro remedio que seguir al rebaño y guardar turno con paciencia, pero estaba solo. ¡Solo! Podía hacer lo que le apeteciera. El triste sándwich de su mujer lo había dejado con hambre, así que se acercó a un restaurante a por una buena cena. «¡Si solo son las siete de la tarde!». Sonrió. La voz de Silvia seguía llegándole, aunque un poco más lejana.

A pesar de la hora, había bastantes peregrinos cenando en mesas comunes. La mayoría eran extranjeros y en la sala se mezclaban joviales chascarrillos ingleses, parloteos en veloz francés y algún murmullo alemán. A Nacho le extrañó que muchos llevaban las botas sucias de barro fresco. Había creído que Roncesvalles era el punto de partida, pero era obvio que aquella gente ya había caminado. Ocupó un asiento frente a tres jovencitas japonesas. Sus melenas lisas, camisetas ajustadas y labios brillantes eran muy agradables a la vista. Iban tan arregladas que no parecían peregrinas. Las saludó con un gesto y ellas soltaron unas risitas, tapándose la boca con la mano. Eran tan parecidas que podrían ser trillizas.

—Soy Nacho —se presentó.

Ellas rieron otra vez y se miraron unas a otras. Reconoció esas miraditas. Estaban evaluándolo, buscando en los ojos de sus amigas la aprobación que ya le daban individualmente; decidiendo si sería una buena conquista, una conquista *envidiada*. Nacho se ahuecó. En otro tiempo, cuando salía de fiesta, había sido objeto de esa clase de miradas cada fin de semana. Desde que llevaba anillo, las ocasiones para ejercer su encanto habían sido escasas. Las jovencitas intercambiaron un par de frases en japonés y una de ellas se erigió en portavoz.

—Yo… Kimiko —dijo en mal castellano. Señalando a sus amigas,

añadió—: Shizuka. Kaori.

—Kimiko. Shizuka. Kaori —repitió Nacho, mirándolas una por una. Siguiendo un impulso, añadió—: En España, nos damos dos besos al presentarnos.

Se levantó y las besó a las tres. Hubo un nuevo alboroto de risitas, aunque no parecían ofendidas. Nacho volvió a su asiento y atacó la sopa recién servida, encantado consigo mismo. Aquellas chicas no tendrían más de veinte años, la mitad de su edad, y estaba claro que lo encontraban atractivo. Y joven. Como cuando salía por ahí en chupa de cuero, antes de tener chalé y familia.

—Menudas *gallis* —dijo una voz a su lado con deje seco.

—¿Cómo?

Junto a él, un chico enjuto de unos treinta años con aire de *heavy* trasnochado esbozaba una sonrisa lobuna.

—Unas *gallinas* bien buenas —repitió apartando su plato vacío—. Me las encontré varias veces hoy, caminando desde Saint-Jean-Pied-de-Port. Llevaban los mochilones más grandes que he visto en mi vida. No sé cómo podían con tanto peso.

—En algún sitio tendrán que llevar el maquillaje —sonrió Nacho.

—Yo no me quejo, pero no creo que aguanten muchos días. ¿Tú has caminado hoy?

—No, empiezo mañana.

—*Nano*, pues te pierdes la mejor etapa del Camino. Y la más dura, todo hay que decirlo.

—Creía que Roncesvalles era el principio.

La sonrisa de su interlocutor se acentuó. Era algo inquietante.

—El principio… ¿y eso qué significa? En realidad, hay tantos Caminos como lugares desde donde empezar a caminar. Saint-Jean es el punto de partida si quieres darte el gusto de cruzar la frontera. Veintitrés kilómetros de Pirineo con una subida de mil y pico metros. Ya te imaginarás. Lo que te digo: la mejor etapa. El desfiladero es impresionante.

—¿Has hecho el Camino otras veces? —preguntó Nacho, apurando la sopa.

—El invierno pasado hice el Portugués y hace un año, el del Norte, aunque siempre acabo volviendo a este, el Camino Francés. Invadido de *guiris* y todo, es el más auténtico.

Nacho se preguntó qué clase de vida llevaría aquel chico para poder peregrinar con tanta libertad. Por su aspecto y su jerga, no le sorprendería que aún viviera con sus padres y se dedicara a los videojuegos, pero tenía un curioso punto de seriedad e inteligencia que no encajaba. El camarero retiró los platos y puso una fuente de chuletas con patatas fritas frente a ellos. La voz de Silvia trató de decir algo sobre el colesterol, así que Nacho se sirvió doble ración. Las

japonesitas habían terminado su tarta helada y se levantaron para marcharse, intentando ignorarle sin mucho éxito. Se veían algo doloridas al caminar. Shizuka cojeaba un poco y Kimiko tenía el cuello rígido. Parecían muy conscientes de que Nacho las estaba mirando y Kaori, la más guapa de las tres, se volvió para dirigirle una sonrisa.

—Menudas *gallis* —murmuró el *heavy* otra vez, siguiendo el contoneo de sus vaqueros estrechos, casi infantiles.

Nacho nunca había sido gran admirador de las formas andróginas de las chicas orientales, pero le había sentado bien la pequeña inyección de moral y se mostró de acuerdo.

—Me llamo Nacho, por cierto.

—Yo soy Álvaro.

Terminaron de comer en silencio, como si la marcha de las japonesitas los hubiera dejado sin nada que decirse. Al terminar el postre, Álvaro miró la hora en su móvil y se levantó.

—Me voy a la misa del peregrino. ¿Te vienes?

—¿A misa? —dijo Nacho asombrado.

Álvaro vestía una camiseta negra de AC/DC demasiado grande para su cuerpo enjuto y completaba la ilusión de rebeldía adolescente con una coleta desaliñada de muy poco pelo. No era el típico chico de iglesia.

—La del peregrino. Es parte de la experiencia, hombre. Y no veas cómo toca el organista.

¿Música de órgano? Cada vez entendía menos. Dudó. Acudir a misa no casaba bien con sus planes de insurrección. Además, aún no había solucionado el tema del alojamiento y empezaba a hacerse tarde. «Querido, ¿dónde está tu sentido de la responsabilidad? Tú no eres así». Se encogió de hombros. ¡Que le dieran a la responsabilidad! Y se levantó para seguir a Álvaro.

Afuera se había puesto el sol y el aire era fresco. Una campana tañía a lo lejos, colmando la quietud crepuscular de pueblo de montaña. Los chicos se acercaron a la colegiata de Santa María, antigua construcción medio ahogada entre casas. El enorme rosetón sobre la puerta sí resplandecía con magnificencia, bien iluminado desde dentro.

Debía ser cierto que aquello era una tradición: la nave principal estaba atestada de peregrinos. Nacho se quedó de pie en una esquina. No se hubiera sentido cómodo ocupando un banco. Había ido a un colegio de curas y, aunque desde entonces solo pisaba la iglesia para bodas, bautizos y comuniones, seguía pensando que los asientos eran para creyentes. Álvaro se situó a su lado en silencio.

Dentro de la colegiata hacía frío. Las tres naves estaban en penumbra, pero el presbiterio era un espacio cálido iluminado por

muchas velas. Allí, el sacerdote y sus cuatro asistentes esperaban a que la gente se aquietara. Todos iban vestidos de ceremonia y se habían escalonado a ambos lados del altar, creando una escena solemne. El órgano, que hasta ese momento entibiaba la iglesia con una melodía discreta, hizo descender de las alturas varios acordes atronadores.

—El *Concierto en Do Mayor* de Bach —susurró Álvaro—. No es pieza fácil.

Nacho no preguntó cómo un aficionado al *heavy* sabía identificar conciertos eclesiásticos. Aquellos estruendosos porrazos dignos del Día del Juicio Final lo transportaban a una lejana época de su infancia temerosa de Dios; a los fríos inviernos de rezos obligatorios y severos profesores en casulla que se empeñaban en llamarlo Ignacio. Cuando el sacerdote pronunció las primeras palabras —«En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo»—, tuvo que hacer un esfuerzo por no santiguarse.

«¿Qué estoy haciendo aquí?». No había acudido al Camino de Santiago para experimentar esa desazón, sino para disfrutar de un mes de libertad. Una misa era peligrosa. Podía conducirlo a pensamientos inoportunos. A remordimientos. A cuestiones a las que no quería enfrentarse. Apretó el brazo de Álvaro a modo de despedida y salió de la iglesia.

En cuanto el portón de madera se cerró tras él y apagó la voz monocorde del sacerdote, se sintió mejor. Ya había anochecido y el pueblo estaba muy tranquilo. Demasiado. Por allí no había nadie y aún no tenía dónde dormir. Se acercó a la oficina del albergue. Estaba cerrada y a oscuras. Volvió sobre sus pasos. Recordaba haber visto el rótulo de *Hotel* en una casona junto a la carretera, cerca del restaurante. Hubiera sido una experiencia peregrina más auténtica dormir en el albergue, pero bueno, tenía todo el mes por delante.

—Estamos completos —le dijo la dueña cuando pidió habitación—. Y no creo que encuentres sitio en la posada, tampoco. En agosto, esto se pone hasta la bandera. ¿Cómo no te has registrado en el albergue?

Nacho volvió a salir. Todavía no estaba desesperado. Aquello era su primera aventura del Camino, ni más ni menos. Desde el hotel divisaba el robusto caserón de la *Posada de Roncesvalles* y decidió acercarse a preguntar, por si acaso. Tal vez la dueña del hotel estuviera equivocada.

Antes de cruzar la puerta, oyó unas risitas familiares por encima de su cabeza, en una ventana. Alzó la vista. Las tres japonesitas se asomaban con gesto risueño y lo saludaron con la mano. Qué jóvenes eran. Sus melenas sedosas se derramaban por el alféizar de piedra, enmarcando unos rostros blancos, exóticos, de sinuosos ojos rasgados y boquitas adolescentes. Nacho fantaseó con lo que sería besar alguno de aquellos labios. Eran tan finos, tan delicados, que el beso tendría

que ser leve, casi una caricia. ¿A quién besaría? Tal vez a Kaori, que se había vuelto para sonreírle cuando abandonaban el restaurante. Aunque había sido Kimiko quien había entablado conversación al principio. Y Shizuka se había sonrojado. La imaginación de Nacho voló un poco más lejos, planteándole una escena en que las tres se disputaban sus besos en la mullida cama de matrimonio que a buen seguro habría en su habitación. Llevarían pijamas camiseros y sus pechos núbiles, pequeños y erguidos, se transparentarían levemente. Tan inocentes. Seguro que fingirían escandalizarse al principio. Él sabría animarlas. Luz tenue. Voz grave y calmada. Como si aquello fuera lo más natural del mundo… Tragó saliva.

—¡Hola! —dijo, procurando sonar ligero—. ¿No os apiadaréis de un pobre vagabundo?

Ellas lo miraron con cara de incomprensión.

—¡*Homeless*! —probó él—. Estoy *homeless*.

Aquello las hizo reír otra vez. Se retiraron un poco para deliberar. Nacho sacudió la cabeza. ¿Qué había creído, que esas tres deliciosas muchachitas iban a aceptar a un desconocido en su cama? Esas cosas no pasaban y, de todas formas, él era un hombre casado. Jamás en doce años de matrimonio había engañado a Silvia y no iba a empezar ahora. Que las cosas no marcharan bien entre ellos era irrelevante. Eso no se hacía.

Entonces ocurrió una de aquellas maravillas inesperadas que solo se dan en los viajes y las novelas. Kimiko se asomó de nuevo y, tímida como una princesa de cuento, dejó caer una llave a los pies de Nacho. Tenía el número de su habitación tallado en el llavero.

4. Trinos en el hayedo

A la mañana siguiente, Lorena empezó la jornada temprano y de mal humor. No había dormido nada bien. En la oficina del peregrino le explicaron que el moderno albergue municipal de Roncesvalles, que tan hogareño parecía en las fotos por internet, había sufrido una inundación y estaba cerrado, así que la reserva que había hecho desde Madrid para asegurarse una plaza no servía para nada.

—No te preocupes —le dijo la voluntaria de la oficina al ver su cara de angustia—. Hemos abierto el albergue viejo y allí hay camas de sobra.

Como si fuera lo mismo. En vez de la aireada habitación con mamparos individuales de madera color miel, acabó durmiendo en una especie de mazmorra de piedra con largas filas de literas oxidadas. Había mucha gente. Los ronquidos y toses reverberaban en el techo cavernoso y la humedad se metía en los huesos a pesar del saco de dormir. Lorena, harta de no poder conciliar el sueño y agobiada por si aquella marabunta copaba los albergues la noche siguiente, se puso en marcha a las cinco de la mañana, antes que nadie.

Lo primero que hizo fue buscar un bar, un supermercado o algún sitio para desayunar, pero a esas horas no había nada abierto. Eso la enfadó aún más. Nunca había necesitado tanto un café para sacarse el frío del cuerpo. Ella, siempre tan previsora, no había contado con aquello. «¡Seré idiota! Podría haberme traído algo de comida para la primera mañana. Idiota, más que idiota». En cuestión de castigarse a sí misma, Lorena conocía pocos límites.

Salió del pueblo cansada, hambrienta y muy disgustada. Los tímidos buenos sentimientos de la tarde anterior se habían evaporado. Ya no tenía ánimo aventurero ni recordaba la corriente de simpatía universal entre los peregrinos. Había decidido hacer el Camino; pues bien, por sus narices que eso haría, aunque no lo disfrutara lo más mínimo.

Recorrió los primeros kilómetros en completa oscuridad, con una linterna. No se topó con nadie ni falta que hacía: era fácil orientarse. El Camino lo transitaban miles de peregrinos al año y estaba bien señalizado por pequeños mojones de piedra con la concha jacobea sobre azul cobalto. Los puntos dudosos tenían flechas amarillas pintadas en el suelo o la pared.

Encontró su primera flecha a pocos metros de Roncesvalles por la carretera, apuntando a un sendero negro que se internaba en el bosque. Habría resultado tenebroso si no hubiera ido tan concentrada en su propia miseria. Caminaba rápido, como si el ejercicio la ayudara

a liberarse de la irritación. Al cabo de una hora, salió de nuevo a la carretera en el pueblecito de Burguete. El horizonte empezaba a clarear. Con sombría satisfacción, pensó que los peregrinos más madrugadores estarían despertando ahora. Les llevaba casi cuatro kilómetros de ventaja y estaba decidida a mantenerla. No se quedaría sin cama en el siguiente albergue.

Una de las primeras casas de Burguete era la típica tienda de pueblo, mezcla de panadería, ultramarinos y supermercado, y tenía la luz encendida.

—Anda tú, muy temprano llegas —la saludó una tendera soñolienta.

Lorena se tragó su rabia y su angustia. Las enterró en un rincón profundo de su mente y adoptó una fachada más apropiada para enfrentarse al mundo. Forzando una sonrisa, respondió:

—¿Y lo bien que sienta una caminata matutina? No tendrá café caliente, ¿verdad?

—Qué va. Lo más parecido, los batidos de chocolate.

—Pues póngame tres —dijo Lorena. Le vendrían bien para desayunos futuros—. Y un paquete de magdalenas.

—No hay gran cosa hasta Zubiri y te quedan veinte kilómetros. ¿Seguro que no quieres nada más?

—Oh, agua, claro. No he rellenado la cantimplora esta mañana. Está bien; deme también un plátano.

En los estantes tras el mostrador había bollos preñados y empanadillas recién hechas. Olían deliciosos, pero mejor no cargarse más, que la mochila ya resultaba bastante pesada. Haría una buena comida al llegar al albergue.

—¡Buen Camino! Y vete con calma, que tienes tiempo de sobra.

—Gracias —respondió; y echó a andar de nuevo.

El batido y las magdalenas no le duraron mucho. Pasó una hora más. Y otra. Y otra. La luz grisácea del amanecer dio paso a un día brillante y despejado. A eso de las nueve, el sol resplandecía en un cielo sin nubes. Hizo una breve parada en el claro de un hayedo para quitarse la chaqueta y untarse la cara de crema protectora. Se desprendió de la mochila y, de repente, se sintió muy ligera. Cómo pesaba. También era agradable sentir el calor del sol sobre la piel después del frío matutino. Se apoyó en una roca musgosa y miró a su alrededor. Los troncos de las hayas se erguían lisos y altos, tamizando la luz en color verde lima. Era el marco perfecto para el concierto de trinos de pájaros que la envolvía. Sacó el plátano y, mientras lo abría, distinguió el piar musical de los mirlos y los reyezuelos, así como un par de arrendajos que se abroncaban de un lado a otro del bosque. Dio un bocado y cerró los ojos. Era un juego que le gustaba mucho, eso de adivinar los cantos de los pájaros. Lo había practicado con la abuela Maruxa desde que tenía cinco años, mucho antes de decidir que

estudiaría Biología. Ella le había enseñado a diferenciar los trinos y a identificar las aves en pleno vuelo. La abuela Maruxa no tenía estudios, pero era la mejor ornitóloga que había conocido. De pronto, llegó hasta ella el aflautado *up-up-up* de una abubilla. Casi se atraganta con el plátano. ¡Una *bubela*! Así las llamaba la abuela. Era su pájaro preferido; decía que ayudaron a construir el Templo de Jerusalén y siempre se santiguaba al ver alguna.

Sin darse cuenta, se descubrió sonriendo. Había algo muy cercano a la felicidad en estar allí, a solas, en el claro de un hayedo, disfrutando de la naturaleza y de un bocado después de cuatro horas de ejercicio. Sin embargo, nada más tomar conciencia de esa alegría sin razón, la sacudió el mazazo de realidad. No tenía trabajo. Ni un hogar. Ni pareja. ¿Y se sentía bien por un plátano y un poquito de sol? «Mira que eres tonta, Lorena». Volvió a cargarse la mochila a la espalda, cerró los oídos a los trinos de los pájaros y siguió caminando.

Hasta entonces, el Camino había transcurrido con suaves subidas y bajadas entre bosques y prados. Aunque había dejado atrás la región de alta montaña, seguía estando más o menos a la altura de Roncesvalles. Ahora, tras diecisiete kilómetros de marcha, se aproximaba un cambio. Había llegado al Alto de Erro y tenía por delante el primer gran descenso del Camino, unos cuatro kilómetros hasta Zubiri. Estaba a punto de abandonar definitivamente los Pirineos para recorrer el valle por el que serpenteaba el río Arga. Una vez alcanzara el río, no lo abandonaría hasta Pamplona.

El Alto de Erro era un monte despejado, uno de los últimos de las faldas pirenaicas y un magnífico balcón sobre el ondulado paisaje que se abría a continuación. Lorena llegó hasta él por una ancha pista forestal y la sorprendió ver una furgoneta aparcada allí arriba. Estaba pintada de rosa y azul, con un aire *hippie* setentero, y al acercarse más, vio al conductor sacando sillas y mesas de camping y abriendo un lateral para convertirla en una especie de bar móvil. Dudó. Estaba fatigada y tenía hambre; un plátano y unas magdalenas industriales no eran gran cosa para la larga caminata que llevaba encima. Sería agradable sentarse a tomar algo fresco ante aquellas vistas, aunque hacerlo sola… El hombre la saludó con la mano. No era el tipo de compañía que Lorena añoraba, así que le devolvió el gesto y siguió adelante sin detenerse.

Al bajar, la ancha pista de grava se convertía en una senda boscosa por otro hayedo, una especie de refugio después de la abierta extensión de la cima. La bajada era abrupta y había que ir con cuidado para no resbalar. Ella pisaba con firmeza, haciendo crujir la hojarasca del año anterior. En todo el bosque no se oían más pasos que los suyos. Al cabo de otra hora, se encontró frente al manso río

Arga, a las puertas de Zubiri. Eran las diez de la mañana y ya había caminado veintiún kilómetros.

Zubiri era un pueblo pequeño y tranquilo, situado en la margen opuesta del río. Un antiguo puente de piedra cruzaba el vado y daba a una hilera de casitas de montaña con geranios rojos en los alféizares. Sin embargo, el Camino no seguía por allí. Pasaba de largo sin cruzar ni el río ni el pueblo. Lorena se detuvo dudosa frente al puente. Zubiri era un fin de etapa tradicional para los peregrinos que salían de Roncesvalles y su primera idea había sido quedarse allí. El pueblo tenía encanto y el agua corría con un rumor fresco que invitaba a remojar los pies cansados. Por otra parte, aún era temprano. ¿Qué narices iba a hacer el resto del día? Últimamente, la asustaba mucho el aburrimiento. Cuando no tenía en qué ocuparse, su mente le jugaba malas pasadas que siempre terminaban en *ese lugar oscuro donde casi no hay aire*. Y había tenido mucho tiempo ocioso «desde que te echaron a la calle como a una fracasada». Consultó su guía. El siguiente albergue estaba en Larrasoaña, a solo seis kilómetros. No era mucho tras los veintiuno que llevaba. Siguió adelante. Debía evitar las trampas de su mente.

A medio camino, ya se estaba arrepintiendo. Puede que veintiún kilómetros fueran escasos para una etapa, pero veintisiete eran excesivos. El sol de mediodía apretaba fuerte y el trayecto entre Zubiri y Larrasoaña era de una aridez impresionante. En vez de los amables hayedos de la mañana, se encontró recorriendo una pista desierta junto a alguna explotación industrial. La zona era yerma, sin un solo árbol, y despedía un fuerte olor a alquitrán. Rodeó cansinamente silos y canteras con el rumor de la fábrica en la distancia. La región era de una blancura hostil. La luz se reflejaba en la grava de tal manera que le lagrimeaban los ojos. Muy pronto se quedó sin agua y recordó con pena las bebidas frescas de la furgoneta en el Alto de Erro. ¡Qué no daría por un refresco! Deseó haber sido más cuidadosa en Zubiri y detenerse siquiera a llenar la cantimplora.

Los seis kilómetros que había emprendido tan a la ligera se le hicieron eternos. Tenía la lengua acartonada y la mochila le pesaba cada vez más. Le hacía daño en los hombros. Y aquel paisaje de ácida blancura la sumía en el desánimo. Cuando al fin llegó a Larrasoaña, estaba tan agotada que el aburrimiento ya no era una amenaza. Es más, agradecía la posibilidad de hacer una buena comida y pasar la tarde descansando.

Larrasoaña era un pueblo más pequeño que Zubiri y sin el encanto del puente y las casitas con geranios. Lo reconoció de su viaje en autobús el día anterior. Desde allí la habían saludado los primeros peregrinos, contagiándole esa buena voluntad que tan bien le había sentado. Tal vez fuera una buena señal.

El albergue estaba en la plaza del pueblo y parecía un colegio. Todavía no había llegado nadie más y disfrutó de la libertad de tenerlo todo para ella. Era una construcción moderna, mucho más amable que la de Roncesvalles, con varios dormitorios de solo ocho o diez literas por cuarto. Escogió la que más le gustó, contenta de pensar que, esta vez, pasaría buena noche. Y ahora, ¿qué haría primero? Estaba hambrienta, pero la intimidad en el baño sería tan efímera que lo tuvo claro. Se notaba sucia, cubierta del polvo blanquecino de la fábrica, y fue un auténtico placer quedarse un buen rato bajo el chorro de agua caliente. Luego lavó la ropa y la tendió al sol, en el jardín. Apenas había empezado la tarde y el calor seguía apretando, aunque ahora resultaba inocente y agradable. Ayudaría a secar la camiseta y los calcetines.

Con un plan y tareas que hacer, todo fluía. Definir una rutina en esa vida nómada que era el Camino le daba equilibrio y mantenía la angustia a raya. Ahora, a por una buena comida en una terraza soleada. Entró de nuevo al dormitorio para coger la cartera y la contrarió ver allí a un chico recién llegado:

—¡Hola! Menudo pateo hasta aquí, ¿eh? *Lalasaña*, o como se diga *er* nombre este. ¿Y de dónde has *salío* tú para llegar tan rápido?

—Empecé temprano.

A Lorena, que no pretendía ser seca, la efusividad de los desconocidos siempre la cohibía. Carecía de habilidad para bromear o responder con calidez; no le salía natural. Y menos, tras pasar todo el día cocinándose en las torturas de su propia mente, una experiencia de la que siempre emergía torpe.

—Me llamo Manuel. Y ese que sale ahora de la ducha es Juan *Jesú*. ¡Juanje, *quillo*, ponte bien la toalla!

—Yo soy Lorena.

Los chicos eran algo mayores que ella y tenían un aire franco y deportista. Los típicos amigos que venían al Camino por el ejercicio. Juanje se veía algo más apocado que Manuel, que siguió parloteando con animación.

—No pensé yo que fuera a pasar tanta caló aquí. ¡En Navarra! *Pa* que luego digan de Andalucía. Si venimos huyendo de los cuarenta grados de Sevilla. La mañana no estuvo mal; pero este último trozo… ¡De no ser por la caña *frehquita* de Zubiri, no lo cuento! Un pueblo bien bonito, ¿a que sí?

Lorena desvió la mirada, sin ganas de reconocer lo sufridora que había sido. Manuel no le dio tiempo a contestar.

—Aunque no tanto como *Roncehvalleh*. Ayer llegamos pronto y nos recorrimos todas las iglesias. Luego le dimos lastimilla a una monjica y nos dejó ver una parte del antiguo hospital. Sí que estaban bien atendidos los peregrinos allá por la *Edá* Media, ¿eh?

—Pues…

Con el lío del albergue, ni siquiera había dado un paseo por el pueblo la noche anterior. Qué lástima, con lo mucho que había leído sobre Carlomagno, Roldán y el resto de leyendas. Qué oportunidad desaprovechada.

—Has *empezao* hoy a caminar, ¿a que sí? Se te ve *mu* fresca. Nosotros, dos días ya. Oye, no veas la subida hasta la frontera… La etapa más dura de todas y ¡ale, así, *pa* empezar!

—Bueno…

—La de hoy, *na* que ver, te lo digo yo. Aparte de la caló, claro. Bueno, y que es un poco solitario *to* esto. Casi no hay pueblos ¡ni bares! Así hace negocio Paco, el de la *furgo*, ¿lo has visto? ¡*Mu* buena idea, sí señor! Lástima que no tenía bocatas. Solo hemos almorzado unas *papas*. No sé tú, Juanje, yo tengo un hambre… ¿Tú has comido ya, Lorena?

La chica no esperaba una pregunta tan directa e ineludible y dudó. Decir la verdad sería pasar el resto del día haciendo esfuerzos por ser sociable con unos desconocidos y eso le resultaba agotador. Ella era tímida. Todos sus pensamientos, sus ideas, su personalidad entera se le volvía pequeña cuando la exponía a extraños. Podía estar horas discutiendo con un ornitólogo sobre cómo distinguir los huevos de un cuco en nido ajeno; en cambio, intercambiar banalidades en un grupo la dejaba muda. Era ridículo, lo sabía. «Sé natural», el proverbial consejo; y qué traicionero. Por mucho que se esforzara, en público solo lograba ofrecer una deslucida versión de ella misma, torpe y seria como un búho. Para no parecer desabrida, se aferraba a su propia sonrisa como a un salvavidas. Tironeaba de ella para que no se le escurriera, hasta que, poco a poco, se le iba tensando bajo el peso del fracaso. «Te tomas la vida demasiado a pecho». Sí, desde luego, ese era su problema y prefería sufrirlo en soledad. ¿Que si había comido? Lo más cómodo sería decir que sí y tener una excusa para recuperar su tarde de libertad. Sin embargo, Manuel era majo y la había acogido con tanta calidez… Lorena era tan poco amable consigo misma que se conmovía fácilmente cuando los demás lo eran con ella.

—La verdad es que iba a comer ahora.

—¡Pues quédate con nosotros! Vamos a cocinar aquí. Unos espaguetis de rechupete, ya verás. Espaguetis con tomate y atún, tampoco te esperes un *luho*, pero aquí Juanje tiene mano para la cocina. Hemos comprado las cosas en la tienda del pueblo. ¡Hasta una botellita de vino tinto tenemos, *pa* celebrar que estamos cerca de La Rioja!

Lorena sonrió. Manuel era tan llano que le ponía las cosas muy fáciles. Tal vez no sería una prueba tan dura como había imaginado.

—Pues si ya tenéis la comida, mientras terminái de arreglaros me

acerco a la tienda y pongo yo el postre, ¿de acuerdo?

5. Brujas en el robledal

Era ya pleno día cuando Nacho salió de Roncesvalles con las tres japonesitas y sus enormes mochilas. El bosque, tan oscuro de madrugada, estaba lleno de sol y resultaba un paseo agradable. Atravesaron algún prado verde brillante con vacas pastando frente a las montañas, aunque la mayor parte del tiempo, los árboles se cerraban en cúpula sobre sus cabezas, creando esa atmósfera de liquen y misticismo ancestral que solo los robles proporcionan.

—Lo llaman el Robledal de las Brujas —explicó Nacho. Se lo había contado la dueña de la posada mientras les servía café y unos bollos de crema recién hechos—. ¡Brujas! —añadió, y ante las caras de interrogación de las tres japonesitas, buscó alguna imagen en su móvil.

—¡Aaaaaah, *majo*! —dijo Kimiko—. ¡Uuuuuuh!

Las otras rieron y repitieron «*majo, majo*» cogidas de las manos, fingiendo estar asustadas.

—Tranquilas, que yo os protejo —dijo él, flexionando los bíceps para hacerse entender.

Ellas rieron todavía más y le dieron golpecitos cariñosos en el brazo. Aprovechaban cualquier excusa para tocarle y hacerle caídas de ojos, como colegialas ante su profesor preferido. Y cuando Nacho, encantado con su papel de caballero andante, se ofreció a intercambiar alguno de sus pesados mochilones por la suya, más ligera, la preferencia se convirtió en verdadera adoración.

Él caminaba muy ufano. ¡Qué bien le había salido aquello de improvisar! Cierto que las chiquillas prometían más que lo que daban. En cuanto lo tuvieron en su habitación, asustadas por su propio atrevimiento, le señalaron un estrecho sofá y desaparecieron en la cama; no fuera a creer que un cruce de miradas equivalía a una invitación sexual.

Aun así, no estaba decepcionado. Una cosa eran las fantasías y otra muy distinta, la realidad. Él nunca le había sido infiel a Silvia. Jamás. Claro que había soñado unas cuantas veces con besar otros labios, eso lo hacía todo el mundo, pero lo importante eran los actos; y él pasaba por ser un marido modelo. En doce años de matrimonio no le había causado ni una sola pena a su mujer; ninguna, salvo esta huida peregrina de ahora, y había una gran diferencia entre irse solo de vacaciones y acostarse con otra.

¿O no? ¿Era tanta la diferencia? En ambos casos, había una especie de abandono del compromiso familiar, un reconocimiento de la brecha abierta en la pareja. Sin embargo, el segundo era claramente

reprobable, mientras que el primero podía maquillarlo. Veranear solo era un capricho algo rebelde que no rompía su imagen de buen padre y marido. Muchas parejas hacían planes por separado. Era lo moderno. Que hubiera sido una decisión unilateral no tenía demasiada importancia. Es más, decía mucho de su buen corazón que se sintiera un poco culpable por ello. En cambio, acostarse con otra lo convertiría de un plumazo en un cerdo. Sin paliativos ni justificaciones. Y él había sido siempre, esencialmente, un buen chico.

En cualquier caso, estaba satisfecho con las japonesitas. Podía jugar a seducirlas sin correr riesgos porque ellas mismas no querrían ir más allá. Ah, hacía mucho que no tonteaba. Había olvidado las chispas que podían saltar con una miradita o un roce de manos al descuido. Resultaba emocionante bordear los límites de la transgresión. En su concepción un tanto ingenua del mundo, el flirteo estaba dentro de las travesuras permitidas a los casados y no le producía el menor remordimiento. El Camino empezaba estupendamente. Hacía años que no se encontraba tan bien.

De todas formas, tras el primer par de kilómetros, el ánimo de las tres japonesitas se apagó un poco. Concentradas en luchar contra el cansancio bajo el enorme peso de sus mochilas, fueron quedándose calladas y algo tristonas. El sendero por el Robledal de las Brujas los dejó ante el pueblecito de Burguete, donde hicieron un alto para comprar provisiones. Shizuka se sentó en la acera y se quitó una bota con aire compungido. Tenía una ampolla enorme, enrojecida y rebosante de líquido, en el talón. Sus dos amigas se arrodillaron junto a ella y empezaron a aleccionarla en veloz japonés.

—¡Anda tú! Esta no va a poder seguir mucho con esa monstruosidad —dijo la tendera meneando la cabeza—. Deberíais pinchársela y dejar un hilo colgando para drenarla. ¿Queréis una aguja? También las vendo. Y yodo y tiritas, claro.

Nacho aprovechó esta nueva oportunidad de hacerse el héroe realizando la operación allí mismo, en la calle principal del pueblo. Shizuka se lo agradeció con una lánguida mirada llorosa.

—Y ahora, ¡a seguir caminando como una valiente! —le dijo, tendiéndole la mano—. Vamos, es tu turno para que te lleve la mochila.

El Camino a partir de Burguete estaba flanqueado por bosquecillos de hayas y praderas de hierba alta. El grupo avanzaba más despacio y sin risitas. Hacía calor. Shizuka cojeaba; las otras se encogían bajo sus enormes fardos. Sus melenas lisas, tan radiantes por la mañana, estaban pegajosas de sudor. Su aspecto andrógino, adolescente, era ahora pura fragilidad. Tenían la cara roja y la boquita apretada. Ya no resultaban glamurosas, ni siquiera exóticas. Eran unas criaturitas a punto de echarse a llorar.

Nacho empezaba a estar bastante fastidiado. Llevaba toda la mañana tratando de mantener el ánimo del grupo, soportando parloteos en japonés de los que no pillaba ni jota y cargando con el triple del peso que él mismo llevaba. Todo ello, por tres extranjeras que le habían parecido sensuales y misteriosas la noche anterior y que cada vez veía más como unas niñitas agotadas en busca de amparo. Dependían de él; exactamente como Silvia… Y eso no le gustaba nada.

—¡Va, otro descanso! —dijo con animación fingida en el siguiente pueblo—. ¿Comemos?

Eligió un bar con terraza y se encargó de pedir pinchos de tortilla y varias botellas grandes de agua. Sentadas a la sombra, las muchachitas recobraron la animación y volvieron a celebrarle las gracias, aunque para Nacho, se había roto el encanto. Le costaba recomponer la fantasía excitante después de verlas hechas polvo. Además, él aún tenía muchos bríos. Hubiera querido avanzar a grandes trancos por aquellos parajes sonrientes y soleados. Ese lento arrastre de pies doloridos lo tenía un poco harto.

—¡Buen Camino! —los saludó un peregrino de paso.

—Hombre, Álvaro —dijo Nacho al reconocer al chico con aire *heavy* de Roncesvalles—. ¿Qué tal? Ven, ¿tomas algo con nosotros?

Álvaro iba a buen ritmo. Cargaba con un macuto medio vacío y llevaba la coleta recogida bajo un pañuelo. Negó con la cabeza, esbozando su sonrisa lobuna sin aminorar la marcha.

—Ya nos veremos más adelante. ¡Que vaya bien!

—Buen Camino —le deseó Nacho, algo chafado.

Al perder interés en el triple flirteo, ya no lo satisfacía ser el único gallo del corral. Llevaba toda la mañana lanzando frases triviales al aire y le hubiera gustado mantener una conversación de verdad. Las tres japonesitas empezaban a resultarle una carga. Entretanto, ellas habían sacado su guía del Camino de Santiago y la estudiaban entre parloteos ininteligibles.

—¡Espinal! ¡Espinal! —exclamó Kimiko señalando un punto en el mapa—. Nacho… ¿Espinal?

—Sí, esto es Espinal —dijo él con paciencia.

Kimiko lanzó una arenga a las otras dos. Shizuka asentía con la cabeza. Kaori parecía menos convencida, hasta que acabó cediendo. Kimiko se volvió hacia Nacho y se esforzó por hacerse entender entre gestos y las cuatro palabras que sabía de inglés y castellano.

—Nosotras… aquí. *We stay*. ¡Albergue! Espinal, albergue. Hoy, *here*. ¿Sí?

—¡Oooh! —se apresuró a decir Nacho poniendo cara de circunstancias. Aún exageró el gesto.

Era la mejor solución a su dilema. Shizuka no podía dar un paso más con aquella ampolla y las otras tampoco aguantarían mucho.

Mejor que se quedaran en el albergue de Espinal y descansaran, claro que sí. Ni se planteó quedarse con ellas. La idea de pasarse la tarde de plantón en aquel pueblucho de cuatro casas, oyéndolas charlotear en japonés, lo aburría como una ostra. Se puso en pie y se excusó con cara contrita, de payaso triste.

Ellas se lamentaron mucho más sinceramente. Lo cogieron de la mano, le hicieron caídas de ojos y hasta se ofrecieron por gestos a hacerle un masaje en la espalda castigada por el peso de sus mochilones. Nacho volvió a experimentar la tentación. ¿Realmente estaba renunciando a una exótica aventura a tres bandas? No. Los buenos chicos no hacían esas cosas. Además, ni siquiera esa posibilidad compensaba el sacrificio. Se excusó con frases apropiadas que ellas no entendieron y a los pocos minutos caminaba solo, por fin, sin oír más que el crujido de sus botas, como había soñado cuando dejó a Silvia en la estación. ¿Por qué las mujeres tenían que pegársele como lapas? ¿Por qué no podían aceptar que los encuentros casuales eran eso y no otra cosa? Nacho hubiera tenido mejor concepto de las japonesitas si en ese momento, aburridas de no poder mantener una conversación adulta, también se hubieran alegrado de perderlo de vista.

Ya era más de mediodía. Nacho solo había recorrido seis kilómetros desde Roncesvalles, y ahora avanzaba con rapidez y ligereza. El Camino dejaba atrás los Pirineos y se internaba en un hayedo de luz clara que lo protegía del sol. Durante más de diez kilómetros, subió y bajó por pistas forestales hasta salir a un monte despejado con una panorámica sobre los bosques de Navarra. Las lomas densas, de pinada oscura, se sucedían hasta el horizonte, con apenas alguna casita en los valles. Se encontraba en el Alto de Erro y allí estaba la furgoneta-bar, con su carrocería rosa y azul brillando al sol.

Era lo último que hubiera esperado encontrar en una zona tan agreste. Se alegró de verla, y, aún más, al distinguir a Álvaro sentado en una silla de camping bajo una sombrilla.

—Póngame otra —pidió, señalando la cerveza dorada y fresca que Álvaro tenía delante—. ¡Qué apetecible, con el calor que hace!

—¿Dónde te has dejado a las *gallis*? —le preguntó él con sorna.

Se había quitado el pañuelo de la cabeza y tenía la coleta bastante enmarañada. Llevaba la misma camiseta negra de AC/DC de la noche anterior y unos vaqueros viejos. A pesar de su aire de *heavy* trasnochado, parecía un peregrino mucho más auténtico que Nacho, con su equipo nuevo de senderista. Sin contestar, alzó su jarra a modo de brindis y dio un largo trago.

—Ah, ¡qué bien sienta! Este sitio es estupendo; así, a la sombra y

con semejante vista. No entiendo cómo no está lleno de peregrinos. ¿Sabes que eres el único que me he cruzado hoy?

—Eso es porque la mayoría ya han pasado. Los *cartulis* se levantan a las seis de la mañana y a mediodía ya están en los albergues.

—¿Y por qué hacen eso? —preguntó Nacho, sonriendo ante aquel vocabulario estrafalario.

—Yo qué sé, *nano*. Para que no les dé el sol, imagino. O para que no les quiten la cama. Muchos albergues no reservan; si no hay plaza cuando llegas, a seguir caminando.

—Ya me extrañaba no haberme encontrado con más gente…

—Yo paso de tanto *cartulinismo*. En siete años que llevo haciendo Caminos, nunca he madrugado y siempre acabo apañándomelas para dormir. Son unos agobiados.

Nacho asintió de corazón. Agobiada. Justo así era Silvia.

—La culpa la tienen los *guiris* —prosiguió Álvaro—. Antes, la gente empezaba a caminar a las ocho o las nueve. Sigue siendo de madrugada, pero, bueno, se puede aceptar. Ahora, los *guiris* vienen en masa, se levantan a las seis y contagian el agobio al resto.

—¿Y entonces, por qué sigues viniendo al Camino?

Su compañero se encogió de hombros.

—¿Y por qué no? Yo me levanto cuando quiero y ya está.

De no ser por su experiencia en Roncesvalles, a Nacho le habría causado poca impresión esa filosofía despreocupada. Ahora que la había experimentado por sí mismo, era capaz de apreciar la liberación de ir a contracorriente. Alzó su vaso frío de cerveza:

—Por que los… ¿cómo los has llamado…? *Cartulis*… sigan siendo *cartulis*.

Emprendieron juntos el descenso del Alto de Erro, conversando a pesar de las dificultades de la bajada.

—No las volverás a ver —dijo Álvaro, refiriéndose a las japonesitas —. Los encuentros y despedidas forman parte del Camino. Y ellas no seguirán.

—¿Tú crees? —dijo Nacho, pisando con cuidado—. Parecían muy motivadas.

Aunque se daba cuenta de que eso eran suposiciones suyas. Ni siquiera sabía por qué estaban haciendo el Camino. Japón no era un país católico. ¿Cómo oyeron hablar de él? ¿Pretendían llegar a Santiago? ¿Por qué estas vacaciones, en vez de alguna playa de moda? Porque eso era lo que les pegaba: pasarse el día en una tumbona, sorbiendo *cocktails* de colores. Algo perplejo por no haberlo pensado antes, cayó en la tremenda rareza que suponían esas chicas en el Camino. Y lo sorprendió haber podido pasar un día entero en su compañía sin interesarse lo más mínimo por sus vidas. Tanto podían

ser estudiantes de medicina como monitoras de yoga. Fuera de que eran jóvenes, monas y que lo adoraban, no sabía nada de ellas.

—Oye, ¿y tú a qué te dedicas? —le preguntó a Álvaro.

No caería en la misma insensibilidad otra vez. Además, aquel chico, con tanto aplomo a pesar de su aspecto de adolescente rebelde, lo intrigaba de verdad. Aunque no estaba preparado para la sorprendente respuesta:

—Soy empresario.

Nacho alzó una ceja, incrédulo. No había nada que le pegara menos, con su coleta encrespada y su camiseta negra de AC/DC.

—Dirijo mi propia orquesta sinfónica —continuó Álvaro con sencillez, concentrado en encontrar buen apoyo por el empinado sendero.

—A ver, aclárame eso: ¿diriges una empresa o una orquesta?

—La orquesta es mi empresa. Los directores de orquesta no tienen ni idea de negocios y los promotores suelen ser músicos frustrados. Yo dirijo la empresa a todos los niveles y solo tengo un objetivo.

—Hacer buena música.

—No. Ganar dinero.

Nacho lo miró con asombro. Un músico materialista. Lo que había que oír.

—¿Y ganas mucho? —le preguntó.

Álvaro siguió cuesta abajo un poco más para evitar un resbalón en una zona escarpada. Apoyó el pie en una roca y le dirigió su burlona sonrisa de lobo:

—Desde luego, no cobro lo que Karajan o Lorin Maazel, pero si mi orquesta da beneficios, son todos para mí. Y no puedo quejarme.

Nacho frunció los labios. Álvaro llevaba ropa barata, una mochila de propaganda y las botas hechas polvo. No daba impresión de vivir con holgura.

—Tengo curiosidad —dijo emprendiendo de nuevo la marcha—. ¿Cómo da beneficios una orquesta? Tenía entendido que son empresas ruinosas, que por eso las subvencionan.

—Sí, la mayoría las dirigen *cartulis* inútiles impresionados por su propia importancia. Como si el dinero para mantenerlos cayera del cielo. Mi orquesta no es así; mi orquesta es una empresa. Solo montamos programas rentables.

—Aun así, una orquesta debe ser bastante cara, ¿no?

—Bah, se pueden optimizar costes de muchas maneras. Somos una plantilla pequeña y, cuando necesito gente para reforzar, me traigo a aficionados como voluntarios. Te sorprendería la cantidad de buenos músicos que hay por ahí. Ellos participan encantados y es doblemente lucrativo porque traen mucho público entre familiares y amigos. Hago lo mismo con los coros. Un buen coro *amateur* es una joya de

rentabilidad. No cobran nada y siempre te aseguras un lleno en la sala. Con un programa lucido, un *Mesías* de Händel o el *Requiem* de Mozart, puedo permitirme alquilar el Palau de la Música en Valencia o incluso viajar al Auditorio Nacional de Madrid.

—Vaya —murmuró Nacho. Estaba impresionado.

—Y luego están los ensayos. Aparte de las nóminas de los músicos, el coste fijo más importante de una orquesta suele ser el alquiler de un local, así que dediqué mucho tiempo a buscar uno barato y encontré un teatro de colegio con muy buena acústica. Nos lo alquilan casi gratis a cambio de hacerles publicidad. Los *cartulis* considerarían un atentado contra su dignidad ensayar allí, así que mi competencia se descarta a sí misma por pura estupidez.

—Espera, tu orquesta no será esa valenciana tan famosa… ¿cómo se llamaba?

—La *Sinfónica de Ruzafa* —dijo Álvaro con mucho aplomo—. Pues sí.

—¡Pero si sois muy conocidos! El año pasado vinisteis a Madrid; mi mujer fue a veros con las niñas. *Pedro y el Lobo*, lo recuerdo bien. Estuvieron semanas hablándome de la pantalla que montasteis en el escenario para proyectar el cuento.

—Niños flipando más con Prokofiev que con *Bob Esponja*, ¿qué te parece?

—El periódico y la radio os pusieron por las nubes. Que si un sonido magnífico, que si os esforzáis por implicar al talento local…

—Siempre viene bien regalar entradas a críticos con hijos.

—Entonces, tú debes ser el famoso Álvaro Calatañazor, ¿no?

—Bah, famoso…

—El Dudamel español.

—Dudamel no dirige su empresa; solo su orquesta.

Nacho no dijo más. Cómo engañaban las apariencias. ¡Él, que lo había imaginado frente a una pantalla de videojuegos todo el día, sin pegar golpe! Álvaro tampoco añadió nada. Mostraba tanta seguridad en sí mismo que era como si las alabanzas le resbalasen.

En el último tramo de la bajada se hizo imposible seguir conversando. El trazado era tan escarpado y pedregoso que los chicos necesitaron poner toda la atención en sus pies para no resbalar. En senderismo, los descensos parecen fáciles, pero cuando son largos, acaban agotando más que un remonte. Y, aunque marchaban por un hayedo y no estaban tan expuestos al sol de la tarde, hacía calor. Al llegar al puente de Zubiri, ambos tenían las rodillas doloridas y la espalda sudada.

—Creo que hoy voy a quedarme aquí —dijo Álvaro—. El Camino es para disfrutarlo.

Nacho contempló el arroyo bajo el puente de piedra. No cubría

mucho; podía ver los cantos rodados bajo la corriente. En un impulso, se quitó las botas, se remangó los pantalones y dio un par de pasos en el río. ¡Qué delicia! El agua fresca aliviaba el cansancio y la hinchazón de pies tras la marcha.

—Vamos, Álvaro, ya arreglaremos después lo del albergue.

Su compañero sonrió. Y mientras el resto de peregrinos se apresuraban para reservar una litera, ellos permanecieron en el vado un buen rato, disfrutando del sol y del descanso.

6. Lalasaña y Ziriquiri

—¡*Quilla*, frena un poco, que no hay prisa!

—Es que vais a paso de tortuga —bromeó Lorena.

—Anda que… Que nos digan eso a dos deportistas como nosotros. Hacemos *running*, ¿eh? Para que lo sepas.

El segundo día en el Camino empezó de forma muy distinta al primero. Al fin había conseguido acallar la voz de la autocrítica y calmar su angustia. A los fantasmas interiores no les gusta la compañía, especialmente si es casual, alegre y poco profunda. Lorena había hecho algo cercano a unos amigos con esa facilidad y rapidez que da un lugar como el Camino, donde nadie se conoce. Quizá resulte curioso llamar «lugar» a una ruta, pero, al fin y al cabo, un lugar es un espacio delimitado por una atmósfera concreta y el Camino, a pesar de lo impreciso de su demarcación, poseía un ambiente propio, único e irrepetible.

Salió de Larrasoaña —*«¡Lalasaña, quilla. Lalasaña!»*—, con Manuel y Juanje, tras una noche mucho mejor que la anterior. Las literas del albergue resultaron ser bastante ruidosas; eso sí, ocho por cuarto en vez de cincuenta y sin ronquidos. Y la mayor diferencia, lo que hizo que durmiera bien, su paz de espíritu tras una cena agradable.

Eran majos, los andaluces. Se quedaron admirados cuando les explicó su intención de completar el Camino entero. Ellos estaban de escapada y solo irían hasta Logroño. Llevaban dos días en ruta: habían salido de Saint-Jean. Y Manuel decía que se habían encontrado con un oso.

—¡Un oso!

—¡Qué iba a ser un oso! —intervino Juanje.

—Sí, bueno, tal vez fuera un lobo —dijo Manuel guiñándole un ojo a Lorena—. La *verdá*, no pude verlo bien. Era grande y tenía pelo.

—Un perro, y arreando. Mira que eres trolero.

—Anda, que va a resultar que era una ardilla. Entre tú y yo, Lorena: bien podía haber sido un oso.

Era una gracia muy tonta; aun así, Lorena se la rio con ganas. Como muchos tímidos, prefería a la gente animada para no tener que rellenar la conversación. Manuel tenía chispeantes ojos negros y agitaba las cejas de una forma muy divertida. Sin ser demasiado guapo, derrochaba vivacidad y era tan simpático, le prestaba tanta atención… Ella no solía despertar interés en los chicos. Claro que la actitud de aquel podía ser simple amabilidad; el caso era que empezaba a mirarlo con ilusión. ¿A qué se dedicaría, allá en Sevilla? ¿Tendría pareja? Ah, la cuestión crucial. Tratar con él sin saberlo era

como navegar sin brújula. No estaba hecha para la emoción de la incertidumbre.

En cuanto a Juanje, no había misterio. Era un manso bonachón, más parecido a ella en la parquedad de palabras y el aire retraído. Entendía mejor su personalidad y por eso mismo le resultaba menos interesante.

El sol empezaba a apretar cuando emprendieron la marcha desde *Lalasaña*. Los hayedos de Zuriáin, luminosos y llenos de musgo, eran una amable influencia para Lorena mientras bromeaba con Manuel. Juanje intervenía de vez en cuando. Toda la atención estaba centrada en ella. Era la nueva; lo lógico hubiera sido verse desplazada por comentarios del estilo de: «Esa casa es igualica a la de tu prima en Dos Hermanas», o «Hay que llamar a Jose, que es su cumpleaños». No hubo nada de eso. Al contrario, casi competían por su interés y su conversación.

La mañana transcurrió casi sin darse cuenta. Tras quince kilómetros, el trío llegó a Pamplona. Aún era pronto para hacer el alto definitivo y solo pararon a comer. Tenían hambre.

—¿Qué es la vida si no se disfruta? —exclamó Manuel ante un bocata de calamares.

Lorena, olvidando sus negros pensamientos del día anterior, asintió de todo corazón.

—Bueno, ¿y no me contáis algo de vosotros? —preguntó con la esperanza de dirigir la charla hacia el tema que más le interesaba. En toda la mañana, no había sido capaz de resolver la cuestión.

—Yo soy arquitecto —se apresuró a decir Juanje, contento de tener la oportunidad de lucirse un poco—. He *fundao* mi propio estudio. Con un socio.

—Y ese socio ¿eres tú, Manuel? —dijo ella mordisqueando su bocadillo. Tenía más ganas de conversación que de comida.

—¿Yo? ¡Esa sí que es buena! —replicó él con una carcajada—. No, no. Jamás adivinarías a qué me dedico yo.

—Pues no, ni idea.

—¡Pero, *quilla*, no me seas aburrida! Haz al menos un intento, va.

Se puso nerviosa. No sabía bromear con la ignorancia. La aterraba ponerse en ridículo, así que, en vez de aventurar algún chiste sobre payasos o astronautas, siguió negándose a contestar. Juanje acudió al rescate con un resabio de inquina que la sorprendió:

—Es profesor de autoescuela.

—¿En serio? ¿Enseñas a conducir?

Estaba un poco decepcionada. Manuel le parecía un chico inteligente y lo hubiera situado en una profesión más culta. Un profesor de autoescuela parecía, *a priori*, poco compatible con una

bióloga. El entusiasmo que empezaba a sentir por él la protegió de prejuzgar.

—La paciencia que tendrás que tener…

—Más necesitaba antes, cuando era conductor de autobús. «No frene tan brusco». «Se ha *saltao* mi parada». ¡Y el aburrimiento de hacer la misma ruta todos los días! Ahora no me aburro nunca. Imagínate, mis alumnos son críos y tienen unos dramas… Penas de amor, amigos chungos, peleas con los padres… Como una telenovela, vaya.

Lo miró, pensativa. Manuel tasaba su trabajo con unos patrones que ella jamás habría valorado. Nada de prestigio, posibilidades de promoción o de «hacer algo grande». Tan solo el entretenimiento de una charla agradable.

—Seguro que se te da bien. Te pega; no sé por qué.

A ella le hubiera gustado tenerlo de profesor y confiarle sus preocupaciones adolescentes. Seguro que unas cuantas alumnas habían terminado enamoradas de él.

—Anda, pídele que te cuente anécdotas, que tiene unas cuantas —dijo Juanje recostándose en la silla tras acabar el bocata—. Te partes de risa.

Lorena rogó y, mientras seguía mordisqueando sin hambre, Manuel relató con mucha gracia la historia del alumno que se le estampó el primer día contra una señal de STOP. O el suspenso más rápido: una chica quemando rueda con tenacidad ante el atónito examinador al arrancar con el freno de mano puesto. Luego se puso más serio y contó cómo hizo para quitarle el miedo a conducir a un treintañero que había perdido a su novia en un accidente. Y, con una encantadora mezcla de ternura y tristeza, terminó con el caso de la abuelita que quiso aprender al enviudar porque no tenía quién la llevara a poner flores al cementerio.

—Por mi coche pasan muchas historias, la verdad.

Lorena, influida por el encanto de su carácter chispeante y sus cejas inquietas, llegó a considerar la enseñanza de autoescuela como la profesión más admirable del mundo.

—Bueno, ¿y tú qué? —le preguntó Juanje cuando se echaban las mochilas a la espalda para continuar—. ¿A qué te dedicas?

—Soy bióloga… —Dudó. Hablar más sería remover temas dolorosos. Sin embargo, la buena acogida de los chicos la impulsó a ser sincera—. Ahora estoy en el paro. Trabajaba en una empresa de piensos acuícolas. Hubo una reestructuración de plantilla y… bueno, dejaron a los peces sin chef.

En compañía, lograba lo que sola jamás: reírse un poco de sí misma. Tal vez porque frente a otras personas interpretaba un papel y podía evadirse de la visión descarnada de su propia realidad. Conjurar la

desgracia de su trabajo en voz alta con un chiste tuvo la virtud de volverlo menos grave; la alegró que Juanje y Manuel se rieran con ella.

—A ver si adivino —dijo este último—. ¿Tus *gourmets* eran lubinas y doradas?

—Bueno, yo me dedicaba a los peces de acuario, no a los de piscifactoría. Me sorprende que sepas del tema. Mucha gente sigue pensando que hasta los pulpos y los salmones se crían en cautividad.

—Pulpos, ¡qué ricos! —intervino Juanje, con algo de precipitación —. Me encantan, cocidos, a la gallega… ¿Y qué tenías que hacer exactamente?

—Oh, control de calidad, sobre todo. Era un trabajo bastante rutinario.

Apretó el paso. No tenía ganas de pensar en todo aquello; no entonces, cuando estaba tan contenta. Prefería seguir charlando con Manuel. Cada vez estaba más persuadida de que no había esposas ni novias en aquel dúo. Juanje le prestaba una atención inequívoca; en cuanto a Manuel, ¿por qué iba a dejar un chico tan majo a su pareja en casa para una escapada? Ella era enamoradiza y no estaba acostumbrada a gustar. No se veía con frecuencia en situaciones como esa y, cuando Manuel se dirigió de nuevo a su amigo, el jarro de agua fría la dejó muda:

—*Quillo*, ¡zopenco que soy! Podía haber aprovechado en Pamplona *pa* comprarle un regalo a Lucía. Si vuelvo a casa sin *na*, tendré jaleo.

—A mí, Paula me escribió el nombre del perfume que quiere. Ya ves tú, de todas las cosas que podría traerle del Camino de Santiago, ¡me pide una colonia! ¿Tú lo entiendes, Lorena?

No pudo responder. ¿Lucía? ¿Paula? Ellos la estaban mirando, así que disfrazó su mortificación con una sonrisa tensa y repitió algunos lugares comunes. Tenían pareja. No solo pareja, según supo por los comentarios siguientes, sino que llevaban varios años casados. Los dos. También Juanje, a pesar del caso que le hacía *a ella*.

Casados. Era increíble. Y Manuel…, claro, con lo simpático que era. Siempre igual: siempre ilusionándose en vano. Con qué naturalidad había mencionado a su mujer; ni sospechaba sus esperanzas. Mejor así. Menos humillante.

Fue como si una nube baja la aplastara contra el suelo. Era tonto disgustarse; lo conocía de veinticuatro horas nada más, pero… menudo desengaño. En su cabeza había montado ya una conexión profunda, mágica, emocionante. Llevaba demasiado tiempo sin una historia de amor. El trabajo en Madrid había estado orquestando su vida y era ahora cuando echaba de menos otras cosas. Suspiró sin que los chicos se dieran cuenta. Ya no le apetecía tanto intimar con ellos.

Las flechas amarillas los condujeron fuera de Pamplona. Rodearon un baluarte ajardinado y cruzaron el río Sadar. Un par de kilómetros más adelante, pasaron por un pueblecito sin mucha trascendencia con el sugerente nombre de Cizur Menor. A continuación, se internaron de nuevo en la naturaleza.

El Camino había cambiado. Ahora era una brecha blanca cortando campos de trigo a medio cosechar. En algunas partes, un mar de espigas maduras se agitaba a merced del aire; en otras, la siega había dejado un rastro de canutos erizados como las cerdas de un cepillo. El paisaje era amplio y silencioso. Avanzaron con el solitario rumor del viento y el crujir de las botas sobre la gravilla. El contorno azulado de unos montes surgió en la distancia. Era la sierra del Perdón, la primera cordillera tras los Pirineos, y tendrían que cruzarla. La vertebraban modernos aerogeneradores a lo largo de la cresta. Algunos giraban sus aspas con majestuosa lentitud; otros estaban inmóviles, como una fila de desgarbados centinelas. El Camino se estrechó y comenzó a ascender por un monte pelado, todo tojo y matorral. Se veían las vueltas y revueltas hasta la cima, mucho más arriba.

El tiempo evolucionaba en armonía con el ánimo de Lorena: si había amanecido soleado y sonriente, se iban acumulando nubarrones negros más allá de las montañas. Hacía bochorno y, de vez en cuando, una violenta ráfaga de aire recorría el terreno. Caería una buena tormenta: mala perspectiva en aquellos parajes tan expuestos.

Lorena, Juanje y Manuel ascendían con cansancio. La sierra del Perdón era imponente y el repecho al final de la jornada se hacía duro. El suelo era áspero y pedregoso; resultaba difícil no tropezar. No se veía un alma en kilómetros a la redonda. Por la mañana se habían cruzado con algunos peregrinos; ahora no había ninguno.

De repente, surgió un pueblecito como de la nada. Tenía el impronunciable nombre de Zariquiegui: apenas cuatro casas y ni siquiera un supermercado; solo el modesto albergue. Juanje y Manuel intercambiaron una mirada. Su intención inicial hubiera sido seguir hasta Uterga o incluso Obanos, pero el cielo presentaba un aspecto bastante amenazador.

—No me apetece mucho estar por ahí cuando caiga un rayo en esos bichos —dijo Manuel, señalando los molinos eólicos.

Él y Juanje decidieron quedarse. «Sí, en el *Ziriquiri* este». Lorena vaciló. Según pasaba la tarde, había ido creciendo una sutil incomodidad entre ella y los chicos. Hablaban poco y reían menos, nada que ver con la camaradería de la mañana. Seguir adelante sería la excusa perfecta para perderlos de vista sin complicaciones. Además, el pueblo era muy pequeño: no se quedarían más peregrinos ni contaría con el alivio de otra gente para suavizar la tensión. Sin embargo, empezaban a caer los primeros goterones. Justo cuando

abría la boca para excusarse, retumbó un trueno largo y sordo en la distancia. Suspiró. Era imprudente continuar. No tenía más remedio que permanecer allí, atrapada con dos chicos casados que le acababan de tumbar un par de breves ilusiones. ¡Qué final tan decepcionante para lo bien que había empezado el día!

7. Pamplona y los hijos

En su segundo día, Nacho despertó muy animado en el albergue de Zubiri. Eran las ocho de la mañana. El sol brillaba con fuerza y la mayoría de peregrinos ya se habían marchado. Se levantó de un salto, hizo un par de estiramientos y enrolló su saco de dormir. Las otras cosas estaban ya empacadas en su mochila. Álvaro Calatañazor seguía durmiendo en la litera contigua y dudó si despertarlo; le diría que se fuera con los *cartulis* o algo así. No tenía ganas de esperar, así que salió sin hacer ruido. A Álvaro no le importaría; él mismo pregonaba que una de las mejores cosas del Camino era la libertad de juntarse o separarse de cualquiera, en cualquier momento, sin necesidad de explicaciones. Nacho había lamentado que esa filosofía no pudiera trasladarse a la vida real.

El aire matutino era fresco. Portaba la promesa de calor con que empiezan las mañanas de verano en el norte, pero a esas horas, la hierba de los campos aún brillaba de rocío. A las afueras del pueblo se encontró con un rebaño de vacas y sus mugidos le parecieron el sonido más divertido del mundo. Estaba de muy buen humor.

El Camino pronto abandonó la naturaleza para adentrarse por los parajes áridos y blanquecinos de una cantera de magnesitas. Él marchaba a buen paso, protegido del sol por lo temprano de la hora y acompañado del rumor apagado de la maquinaria. A lo lejos distinguía algún que otro peregrino: una pareja de jóvenes extranjeros, una alemana jubilada en muy buena forma, un señor calvo con un sombrero de paja… Al llegar a Larrasoaña, ya los había adelantado a todos con un alegre «¡buen Camino!» cada vez.

Tras Larrasoaña, el Camino trepaba de forma abrupta por un bosque para descender de nuevo hasta Zuriáin. Los siguientes kilómetros transcurrían junto al río Arga y eran bastante más llanos. No había muchos árboles, aunque las aguas fluviales refrescaban el ambiente. Sin el lastre de las japonesitas, Nacho avanzaba con rapidez. Se cruzó con más peregrinos. Algunos descansaban a la vera del sendero, a otros los alcanzaba caminando. Ninguno le suscitó suficiente interés como para reducir el paso y cruzar algo más que un saludo. Así, llegó a Pamplona a mediodía.

Nunca había estado en la capital navarra y dudó si detenerse allí. Llevaba recorridos veintiún kilómetros; no era mucho para una jornada, pero al consultar el mapa, no encontró lugares de interés hasta Obanos y Puente La Reina, a demasiada distancia. Revisó las localidades intermedias: Cizur Menor, Zariquiegui, Uterga… Todas pequeñas y aburridas, seguro. Pamplona tenía buena pinta. Las calles

estaban llenas de bares y animación. Podría explorar un poco e ir de tapas. Sí. Decidido. Se registró en el albergue municipal, dejó la mochila a los pies de una litera y salió a comer incluso antes de ducharse.

Sucede algo curioso con los peregrinos: en poblaciones pequeñas, donde son los únicos forasteros y no hay grandes distracciones, se juntan de manera natural, con la camaradería de quien comparte una meta común. En las ciudades, en cambio, al haber mucha gente, se vuelven solitarios. Botas y mochilas se reconocen igual, solo que el espíritu de compañerismo, de familiaridad, se diluye en la multitud y las posibilidades de ocio.

A Nacho no le hacía gracia comer solo. Se había quedado en Pamplona por tener compañía y no esperaba que resultara más escasa que en Zubiri. Pidió unos pinchos en un bar y los tomó en silencio mientras el camarero discutía de fútbol con los parroquianos. De forma mecánica, sacó el teléfono móvil del bolsillo. Estaba apagado. Lo había desconectado en Roncesvalles, sin saber muy bien por qué. Suponía que Silvia trataría de llamarlo a pesar de que, en su ansia por aislarse de ella, la había avisado de que tal vez no tuviera cobertura. Jugueteó con el aparato sin decidirse a encenderlo. Lo agotaba pensar en las consecuencias.

Después de comer, dio un paseo por el casco viejo hasta el parque de la Ciudadela, un jardín de suave césped integrado en un antiguo bastión defensivo. Recorrió la fortificación en forma de estrella, con sus murallas y fosos, y leyó los carteles que explicaban su historia. No le interesaba demasiado, pero de algún modo había que echar la tarde. «Esto le encantaría a Claudia». En cualquier construcción que pudiera pasar por castillo, jugaba a ser princesa.

Así como pensar en Silvia lo ponía de mal humor, recordar a sus hijas le encogía el alma. Había poca gente paseando. El sol estaba oculto tras unos nubarrones de mal aspecto. Se sentó en un murete de piedra y vio a una madre tironeando de sus niñas para refugiarse antes de la tormenta. Ellas reían alborozadas, sin hacer mucho caso. ¿Dónde estaría el padre? Tal vez no lo echaban de menos porque lo verían esa noche en casa. O tal vez no lo necesitaban en absoluto, quién sabe.

«Papá, ¿por qué te marchas?». Claudia había quedado muy dolida. Blanca se escondió en un armario para no despedirse de él. Estaba tan obsesionado con la idea de descansar de su mujer que no le dio importancia; ahora, su melancolía avivaba los recuerdos. «Te vas porque no quieres estar con nosotras». Había leído esa conclusión tan simple en los ojos de su hija mayor, y todas las promesas de regalos y futuras vacaciones le sonaron a hueco hasta a él. Claudia estaba en esa edad incómoda en que los niños empiezan a ser conscientes de verdades inmencionables sin tener madurez suficiente para

comprenderlas. ¿Seguiría enfadada? ¿Lo perdonaría? Recordó sus flirteos con las japonesitas. ¿Y si ella lo hubiera visto? ¿Qué pretendía sacar de todo aquello, aparte de halagar su tonta vanidad?

Le acució la necesidad imperiosa de hablar con sus hijas. Le explicaría a Claudia la situación: a veces, los papás necesitan vacaciones ellos solos y no significa que quieran menos a sus hijos. Claudia volvería a ser su niña, que lo adoraba y lo tenía por el mejor padre del mundo.

Sacó de nuevo el móvil y, de nuevo, se detuvo antes de encenderlo. Llamar implicaba hablar también con Silvia. Si hubiera alguna forma de evitarlo…

En un extremo del parque vio una vieja cabina telefónica con un aparato azul de plástico. Las amiguitas de Claudia solían llamarla al fijo de casa; ella corría a cogerlo en cuanto sonaba. La cabina estaba pintarrajeada con grafitis y dentro olía a orina rancia. ¿Funcionaría? Introdujo una moneda y descolgó, medio esperando no oír nada en la línea, pero el familiar zumbido estaba ahí, milagroso e invariable. Marcó con rapidez, rezando porque su mujer estuviera lejos, muy lejos del teléfono.

—¿Claudia? Claudia, ¿eres tú?

Sintió un enorme alivio al escuchar el chillido sorprendido y encantado de la niña:

—¡Papá! Papi, ¿dónde estás? ¿Es verdad que te has vuelto un *vagamundo* y que no puedes coger el coche? ¿Eres como Jesús, que iba por ahí descalzo? ¿Qué haces cuando llueve? ¡Te vas a resfriar! ¿Y qué pasa si…?

No estaba enfadada. Con esa facilidad infantil para dejar de lado los rencores, Claudia había perdonado y olvidado. Se había torturado sin razón. Claro que lo adoraba. Claro que creía tener el mejor papá del mundo.

—Escucha, Claudia, dile a mamá que he llegado bien a Pamplona. He estado caminando por el monte, ¿sabes? Con vacas y eso.

El olor a meado era nauseabundo y la línea se oía mal. Nacho apretó el auricular azul contra la oreja. La charla de su hija le llegaba con mucho ruido y entrecortada.

—¿Es tu padre? —le pareció oír la voz de Silvia por detrás.

—Claudia, escucha —dijo Nacho con urgencia—. Dile a tu madre que…

Se interrumpió. Las palabras «lo siento mucho», impulsadas por su repentino arrebato de culpa, se le atascaron en la garganta. Ahora que oía a la niña, la situación no le parecía tan grave. Habían organizado unas vacaciones por separado, como una familia moderna. Y solo llevaba dos días sin llamar. No era para tanto. No las había abandonado.

—Dile que todo va bien. No tengo cobertura en el móvil, por eso…

—¡Ay, mamá, déjame hablar a mí un rato! —dijo Claudia—. Siempre quieres acapararlo todo.

Qué verdad tan grande. Se veía incapaz de soportar las fiscalizaciones de su mujer en aquel momento: lo que comía, los albergues, las ampollas… Fingir que todo iba bien mientras tanteaba de forma indirecta cuán mal estaban las cosas. Últimamente, cada conversación conyugal era una lucha sorda y constante por no ponerse a la defensiva. Uno y otra.

—Claudia, se me acaban las monedas. Os quiero mucho a ti y a Blanca —dijo. No lo soportaba más, ni el olor de la cabina ni el acecho de Silvia al otro lado del teléfono—. Os llamaré en cuanto pueda. Prometido.

Colgó y, a pesar de haber dejado a su hija con la palabra en la boca, lo invadió una gran paz. Salió de la cabina y respiró, notando cómo se le disolvía la rigidez de los hombros. Había cumplido. Seguía siendo un buen chico. Y ese «en cuanto pueda» era un concepto tan elástico que le daba mucha libertad. Acarició la idea de conectar el móvil y enviar un mensaje a Silvia para decirle que se había cortado y que les deseaba unas felices vacaciones en la playa. No lo hizo. Ni siquiera tenía claro por qué no había llamado desde su propio teléfono. Quizá, para no sentar un precedente. Ahora que ya contaba con el perdón de sus hijas, la idea de saberse ilocalizable volvía a parecerle atractiva. ¿Y si…? No, era demasiado. Tardaría cinco días en llegar a Logroño, la primera ciudad importante tras Pamplona. Era muy descabellado mantenerse fuera de cobertura hasta entonces. Apretó los labios. Sin llegar a decidirse del todo, guardó el móvil apagado en el bolsillo menos accesible de sus pantalones de montaña.

La tarde pasó más rápida de lo que había previsto. Regresó al albergue para ducharse y lavar la ropa, y enseguida se le hizo hora de cenar. Con la caída del sol, Pamplona se volvió muy bulliciosa: farolas encendidas, gente comiendo y muchas callejuelas de bar con un penetrante olor a fritos. Paseó a solas, en curiosa sintonía con la ciudad. Fue a dar a una gran plaza enlosada. Su amplitud era un desahogo tras el casco antiguo. Cenaría allí. Buscó mesa en alguna terraza junto a los pórticos. Algunas estaban ocupadas por grupos de peregrinos y le hubiera gustado unirse a ellos, pero temió ser inoportuno. Reparó en un chico fuerte, de pelo muy corto, que examinaba la carta a solas. Tenía más o menos su edad y una mochila más grande aún que las de las japonesitas. Le agradó su aspecto.

—¿Te importa si me siento contigo?

Algo sorprendido, él lo invitó a ocupar una silla.

—Soy Nacho.

—Sebastián Gárate. Suelen llamarme Sebas.

El apretón de manos de Sebas era recio, de manos encallecidas. Era un hombre musculoso, de cara redonda y aire franco. Todo en él transmitía seguridad en sí mismo y cierta autoridad. Nacho, acostumbrado a las argucias y evasivas del bufete de abogados, pensó que era de esos hombres que siempre van de frente.

—¿Todavía no has pasado por el albergue? —preguntó señalando su mochilón.

—Acabo de llegar a Pamplona y no sé muy bien cómo va esto del alojamiento —respondió él. Tenía el acento seco y directo típico del norte—. ¿Puedo dormir allí? ¿O es solo para los que han caminado? Yo empezaré mañana. Si esto fuera un pueblo, pediría permiso para plantar mi tienda de campaña en cualquier rincón. Aquí, imposible.

—¿Te has traído equipo de acampada?

Ahora entendía por qué la mochila de Sebas era tan enorme. La observó con disimulo. El atado de lona verde de la parte inferior debía ser la tienda. Además, llevaba un par de cazuelas colgando de mosquetones, una cantimplora militar y hasta una lámpara portátil en uno de los bolsillos de rejilla.

—¿Qué les pongo, caballeros? —preguntó el camarero. Hicieron una pausa para pedir unas tapas.

—No creo que tengas problema para dormir en el albergue —continuó Nacho tras desaparecer el camarero—. En Roncesvalles, la gente lo hace antes de empezar a caminar.

—Y lo de la credencial, ¿cómo va? Me han dicho que necesito una. ¿Sabes dónde puedo encontrarla?

Nacho se ahuecó. Sus dos días en el Camino le brindaban la oportunidad de ir de veterano. Le enseñó su propia credencial, una delgada libretita que había adquirido en Roncesvalles y sellado en los albergues.

—Con un sello al día, basta. Creo que en Galicia exigen dos… Ya nos ocuparemos de eso cuando lleguemos. Lo piden para confirmar que has venido caminando. Si no, se colarían turistas a dormir.

El camarero llegó con dos cañas doradas, bien frescas.

—¿Hay mucha gente? —preguntó Sebas, dando un sorbo a la suya.

Al inclinarse, un anillo que llevaba colgado del cuello se le salió de la camiseta. Era de oro con un brillante, como de compromiso. A pesar de su valor, lo llevaba atado con una sencilla tira de cuero, como si fuera un amuleto más que un adorno.

—Bastante, sí, aunque durante el día estamos desperdigados por la ruta. No hay multitudes. ¿Cómo es que no empiezas desde Roncesvalles o Saint-Jean?

—No tenía suficientes vacaciones y debo llegar a Santiago, así que hice cuentas.

Aquel «debo» picó la curiosidad de Nacho. No «quiero» o «me

gustaría». «Debo llegar a Santiago». ¿Qué estaría haciendo ese chico en el Camino? Después de la experiencia con Álvaro, había escarmentado de juzgar por la primera impresión y, en Sebas, a pesar de su aire abierto, presentía algún misterio. ¿Por qué ese empeño en cargar con útiles de acampada, habiendo buenos albergues? ¿Y a qué venía ese anillo? Como buen abogado, Nacho sabía serpentear una conversación para hacer averiguaciones, así que se lanzó:

—En el Camino, te encuentras con dos clases de peregrinos: los que lo hacen por las vivencias durante la ruta y los que tienen una meta. Yo soy de los primeros. Intentaré llegar a Santiago, pero si no llego, tampoco me importa demasiado.

Vio con satisfacción que Sebas mordía el cebo:

—Entonces, yo soy de los que vienen por la meta —dijo pensativo —. He hecho una promesa.

Se llevó la mano al anillo, confirmando las sospechas de Nacho: no era un mero adorno.

—Me prometí a mí mismo que lo llevaría a Santiago para pedirle al arzobispo que me lo bendijera.

—¿Pertenece a alguien cercano?

—Era de mi madre, que en paz descanse.

—Siento mucho tu pérdida —dijo Nacho con delicadeza. Su curiosidad no estaba satisfecha del todo, así que insistió—: Es una hermosa manera de honrar su memoria.

—Oh, bueno, ella ya está más allá de cualquier bendición. Lo hago por mi hija, que nacerá dentro de dos meses. Algún día le daré el anillo de su abuela y le hablaré de este viaje que hizo su padre para dar gracias.

—¿Dar gracias?

—Nunca creí que llegaría a tener hijos.

Nacho se revolvió en la silla. A pesar de la parquedad de Sebas, percibía la alegría contenida en sus palabras y no pudo evitar una comparación incómoda. Ese hombre dedicaba el Camino a su familia, mientras que él intentaba huir de la suya.

Se quedó callado, recordando la época del primer embarazo de Silvia: los mareos, los antojos, los masajes en la espalda…, las continuas advertencias de lo mucho que cambiaría su vida cuando naciera el bebé. Ni fiestas de sábado noche, ni cañas con los amigos, ni nada fuera de trabajo y familia. Fue viendo crecer su vientre con una mezcla de expectativa y aturdimiento, mientras se escabullía para hacer esas cosas a las que iba a tener que renunciar. Sus padres, sus suegros, todos estaban tan encantados que él se dejó mecer por su entusiasmo y, cuando la idea abstracta del bebé se convirtió en una realidad palpable, ya no tuvo tiempo de pensar en nada.

—Los hijos son lo mejor de la vida —dijo en tono poco convincente.

En seguida sacudió la cabeza. ¿Qué eran esas dudas? Él quería a Claudia y Blanca con toda su alma. Había hecho sacrificios, sí. Tal vez le habían llegado demasiado pronto, cuando aún le quedaba mucho por vivir, pero eran sus niñas. No podría renunciar a ellas. Solo que… hubiera sido maravilloso aguardar su llegada con una felicidad y una impaciencia tan grandes como las que veía en Sebas.

El camarero depositó las patatas bravas y los huevos rotos en la mesa, rompiendo el tono solemne de la conversación.

—Oye, y esa historia del arzobispo… ¿En serio le llevas el anillo para que te lo bendiga?

—Es una promesa que hice, sí.

Nacho se lo quedó mirando mientras empezaba a comer. Le costaba creer que aquel chico fornido de sonrisa franca deseara arrodillarse ante un sacerdote.

—¿Y a tu mujer no le parece mal que te marches así, tan cerca del parto? —le preguntó, pinchando una patata—. La mía pondría el grito en el cielo.

Sebas esbozó una leve sonrisa y empezó a hablar de la comida. El cambio de tema fue tan suave como firme, y Nacho, abogado curtido, comprendió que sería forzado insistir. El misterio era más profundo de lo que parecía a simple vista. Al terminar de cenar, lo acompañó al albergue y allí se reencontró con Álvaro, que también se había tomado el día con calma. Fue como una reunión de viejos amigos. Aquella camaradería era tan buena como la historia de las japonesitas y mucho menos peligrosa. Nacho resolvió mantenerse alejado de las tentaciones. Mucho mejor para su paz mental.

8. La sierra del Perdón

En el pueblecito de Zariquiegui —*«¡Ziriquiri, quilla!»*— no había nada que hacer, ni siquiera una buena cena. Lorena, Manuel y Juanje se instalaron en una diminuta habitación con dos literas y bajaron a tomar una cerveza. El albergue tenía un patio ajardinado con una fuente y se sentaron allí en silencio. La brecha entre ellos había seguido agrandándose. Por fuera, todo seguía igual, solo que ella les sonreía menos y los chicos habían abandonado cualquier intento de flirteo. Si es que habían flirteado alguna vez. Lorena se sentía tan tonta, tan ridícula, que empezaba a preguntarse si no habrían sido imaginaciones suyas.

La tormenta anunciada no llegó a caer, aunque los nubarrones seguían sobre sus cabezas y retumbaron un par de truenos lejanos. La atmósfera era pesada, como a la espera de algo. Tenían por delante una tarde muy larga y Lorena se agobió. ¿Qué iban a hacer los tres allí todo ese tiempo? Por un par de miradas de circunstancias que cruzaron los chicos, supuso que ellos pensaban lo mismo. Quizá por eso celebraron con alivio la llegada de otra peregrina, una chica sola, muy risueña, que abría la perspectiva de animar la reunión y rellenar los silencios incómodos.

Se llamaba Nerea y era una morenita vivaz de unos treinta años. Viajaba ligera, con una pequeña mochila y una larga rama de avellano a modo de bastón. Les contó que era navarrica, que había salido de su casa en Pamplona aquella mañana con la idea de hacer una etapa completa, pero tenía problemas de rodilla y la subida del Monte del Perdón le estaba resultando más dura de lo que esperaba. Por eso acabó en Zariquiegui, aunque conocía el pueblo y sus posibilidades.

—Pues bienvenida, *quilla*. Tómate una cerveza, anda. Para cenar, la hospitalera nos ha ofrecido una bolsa de *papas* fritas. ¡Hasta ese punto llega lo de que no hay nada en este *Ziriquiri* tuyo!

—¡*Ziriquiri!* —repitió Nerea y rio con ganas.

Era justo lo que necesitaban. Nerea era simpática y suponía una agradable variación en un grupo cansado de sí mismo. Había empezado el Camino de Santiago una vez, aunque tuvo que abandonarlo a la altura de Astorga.

—Me haría ilusión hacerlo entero en esta ocasión. ¡A ver si me lo permite la rodilla!

Lorena la escuchaba en silencio, agradecida por verse relevada de la responsabilidad de llevar la charla. Nerea era dulce como un pajarillo, con su melenita lisa y grandes ojos negros. Congenió con ella por instinto y, cuando anunció que iba a ver en qué quedaba la tormenta,

se levantó para acompañarla y afianzar aquella nueva relación.

A la entrada del pueblo, un merendero se encaraba al monte con unas vistas tan impresionantes de las llanuras de alrededor que hasta se distinguía Pamplona. Las chicas se sentaron en la mesa de piedra. El cielo seguía fraguado de nubes; solo entre los resquicios escapaban algunos rayos de sol como focos iluminando los prados. El viento soplaba más fresco, más ligero. Quizá no hubiera tormenta, después de todo.

El ánimo de Lorena también había mejorado. La buena compañía era el mejor remedio para un desengaño amoroso. Al principio, no hablaron de nada en particular: la afabilidad de Nerea era bálsamo suficiente y engrasaba la charla. Le contó que estudiaba medicina en Pamplona y bromeó con que sus compañeros tenían diez años menos que ella. No explicó por qué había empezado tan tarde y Lorena era demasiado tímida para preguntar. Se quedaron en silencio, mirando el paisaje, hasta que Nerea le preguntó con aire travieso:

—Entonces, ¿hay algo en perspectiva con esos andaluces?

Lorena se sobresaltó. Jamás se acostumbraría a las preguntas íntimas a bocajarro. Respondió con más resentimiento del que hubiera deseado mostrar:

—¡Qué va! Si están casados.

—¿Casados, esos chiquillos?

—Ya ves.

—¿Y por qué no han venido con ellas?

Nerea parecía tan sorprendida como ella y eso la hizo sentir mejor.

—Lo mismo me pregunté yo. ¿Para qué un matrimonio si no hacen cosas juntos?

Lorena habló con amargura, apuntalando la justicia de su pregunta en cada sílaba. Ella no tenía pareja; se le negaba la opción de enriquecer y estabilizar su vida con la compañía de otra persona, como si el destino jugara con dados perversos. Los afortunados que estaban en una relación deberían saber apreciarlo. Sí, deberían hacerlo.

Nerea no respondió. A lo lejos, la luz se volvió anaranjada y más intensa. Tras las nubes, el sol se ponía.

—Nunca lo hubiera adivinado. No actúan como si estuvieran casados.

—No… Dímelo a mí —murmuró Lorena arrancando una brizna de hierba—. Pues en dos o tres días se volverán a Sevilla con sus mujeres.

Nerea la miró con un relámpago de comprensión en sus ojos negros.

—Te has llevado un desengaño, ¿eh? —dijo con suavidad.

Lorena enrojeció. No le gustaba ser tan transparente. El rostro de su compañera solo reflejaba simpatía y decidió contárselo todo. A veces, resulta más fácil confesar las penas a un extraño que a los amigos más

íntimos; quizá, porque su juicio pesa menos en la propia alma. Le relató su primer encuentro en Larrasoaña, el coqueteo, la admiración que había empezado a sentir por Manuel y, por último, el tortazo en la cara.

—¿Sabes lo que más rabia me da? Debió adivinar que me gustaba cuando habló de su mujer. Desde entonces, se ha vuelto muy frío conmigo, como para dejarme las cosas claras. ¡Qué tonta, qué ilusa soy!

—Vamos, no te tortures tanto —dijo Nerea sacudiendo su melenita morena—. Por lo que me cuentas, estaba encantado con el flirteo. Los chicos son mucho más rápidos que nosotras para estos asuntos. Si tú llegaste a imaginarte con él, seguro que él también contigo. ¿No te parece revelador que tardara un día entero en mencionarla?

—Porque no hubo ocasión. Y luego no volvió a acercarse a mí. Para no darme esperanzas.

Nerea sonrió.

—A mí se me ocurren muchas otras interpretaciones del asunto.

—Un chico majo que no quiere herirme. ¿Qué otra lectura puede haber?

—Pues yo veo a un chico simpático que lleva casado el tiempo suficiente para olvidar lo que se divertía flirteando y, cuando ve que la cosa puede ir a más, decide alejarse de su tentación.

Lorena estuvo a punto de soltar la carcajada. ¿Ella, una tentación? Qué idea tan ridícula. No podía ser… ¿o sí? Se quedó pensativa un buen rato, analizando el comportamiento de Manuel desde que lo había conocido. Recordó su cálida acogida en Larrasoaña. Las veces que le había tendido la mano sin necesidad para salvar algún tramo pedregoso del Camino. Los intentos de Juanje por competir por su atención… Si aquello no era flirtear, desde luego se le parecía mucho. Tal vez la idea de Nerea no fuera tan absurda; es más, pensándolo bien, su propia versión del asunto resultaba un poco rebuscada. ¿Un chico casi desconocido preocupándose tanto por sus sentimientos que se alejaba por no herirla? Tenía un punto de romanticismo novelesco. De egocentrismo, incluso. Era igual de razonable pensar que las cosas con su mujer no eran idílicas y que quería ahorrarse la encrucijada de decidir si engañarla o no.

El ansia por descalificarse, por descartarse ante los demás y reafirmarse en su autocompasión, precipitaba a Lorena en sus conclusiones. La visión de Nerea era mucho más amable, no la mortificaba tanto, y aunque no tenía ninguna razón para inclinar la balanza hacia una u otra, era una posibilidad reconfortante. Miró a la chica con agradecimiento. De repente, la alegraba haber permanecido en *Ziriquiri*.

A la mañana siguiente, resultó muy natural para todos dividirse en dos grupos. Juanje y Manuel salieron primero. Cruzaron vagas promesas de encontrarse desayunando en Uterga o al final de la jornada, en Cirauqui o Lorca, pero ninguno tenía verdadero interés en el asunto. Lorena los vio marchar con cierto alivio y sin intención de retomar aquella camaradería. Al contrario: más que el carrusel emocional del coqueteo, le apetecía la serenidad de una charla amistosa. Se quedó con Nerea mientras hacía ejercicios de calentamiento con la rodilla mala y retomó el ascenso de la sierra del Perdón a su ritmo tranquilo. Reducir la marcha tampoco le vino mal; no solía hacer senderismo y estaba bastante entumecida.

—El tercer día es el peor —dijo Nerea alegremente cuando por fin empezaron la marcha.

Cojeaba un poco y lo compensaba apoyándose en su largo cayado. Era más alto que ella.

—¿Sí? No me extraña; tengo agujetas en todos los músculos —repuso Lorena haciendo una mueca—. Y la mochila me destroza los hombros.

—Es que vas muy cargada. Yo puse mi límite en cinco kilos; tú debes llevar el doble.

—Solo metí lo imprescindible…

Nerea soltó una risita.

—¿Y esa guía del Camino? ¿Y la novela que leías ayer? Seguro que tienes ropa que aún no te has puesto.

—Claro, voy a estar fuera un mes. Y algo de entretenimiento no viene mal, ¿no?

—Yo me entretendré con lo que me ofrezca el Camino —dijo la navarrica acariciando los arbustos de la vera del sendero—. Y de ropa, para que te hagas una idea, solo traigo dos pares de calcetines. Los que llevo puestos, los lavo al llegar al albergue y los cuelgo a secar en la mochila al otro día. Es asombroso lo ligera que puedes viajar cuando pierdes el miedo.

—¿Miedo? Yo no tengo miedo.

—Me lo explicó una peregrina francesa que conocí en mi primer Camino. Decía que la carga de tu mochila representa tus miedos. Fíjate: el miedo al frío o al calor te hace llevar más ropa; el miedo a aburrirte, todos esos libros; el miedo a los mosquitos, el repelente. Por miedo a las ampollas y dolores, un botiquín entero. Y así con todo.

Lorena pensó en otros viajes. Había llenado maletas enormes para una semana o dos de vacaciones: prendas de abrigo, conjuntos playeros, bolsos, botas, sandalias, zapatillas… Casi todo, por si acaso, y acababa regresando con la mitad de la maleta sin tocar. Sí. Tenía sentido lo de los miedos.

—De todas formas, eso lo aprendes a base de hacer Caminos —

repuso Nerea al verla tan seria—. Mi primera mochila era mucho más grande que la tuya; te lo aseguro.

Tras dejar atrás Zariquiegui, el Camino serpenteaba monte arriba. Era un terreno despejado, muy expuesto, donde la única vegetación consistía en matorrales espinosos de aulaga. La tormenta, sin llegar a caer, había dejado un ambiente más fresco, y olía a tierra húmeda. En el cielo empezaban a abrirse algunos claros. Tal vez acabara despejando. La subida se hizo más empinada y las chicas aparcaron la conversación. Los únicos sonidos eran el zumbido perezoso de los aerogeneradores en la distancia y el inmediato crujido de sus botas sobre la grava. Un paso. Y otro. Y otro; más pesados a medida que el remonte las iba cansando. Otro paso. Y otro. Y otro. Lorena no estaba acostumbrada al ejercicio. Sus piernas parecían de plomo y el sudor le empapaba la espalda bajo la mochila. Otro paso. Y otro. Y otro. Pronto, no existió nada más que la determinación de seguir caminando. Era simple y tiraba de su voluntad de un modo desconocido para ella. Mientras hacía ese esfuerzo físico, no le quedaba espacio mental para torturarse. No podía pensar en arrepentirse de no hacer deporte ni en angustiarse por si se quedaba atrás ni fustigarse con descalificaciones. Tan solo, concentrarse en dar otro paso. Y otro. Y otro. Cuando al fin, tras lo que le parecieron horas, coronó la cima de la sierra del Perdón, la invadió una satisfacción tan grande que fue la primera sorprendida.

—¡Lo hemos conseguido! —gritó, volviéndose hacia Nerea.

La navarrica, apoyada con ambas manos sobre su bastón, sonrió con aire fatigado.

—¿Te importa si paramos un poco? La rodilla me está matando.

Se sentaron a la orilla del Camino y respiraron el aire nuevo y fresco. Las vistas alcanzaban muchos kilómetros a la redonda. El alto del Perdón se alzaba sobre un paisaje parduzco de campos ondulados, con unas pocas aldeas dispersas. Impresionaba su belleza baldía. Quizá para romper la abrumadora sensación de vastedad, en la cima había una larga escultura en chapa metálica de una caravana de peregrinos medievales: hombres con capa, burros y hasta un perrillo, todos inclinados hacia adelante como en una esforzada marcha contra el viento. Una buena compañía en aquel solitario baluarte.

Lorena sentía una gran paz. Con Nerea, todo era fácil e invitaba a la confidencia, a abrir puertas y ventanas de *ese lugar oscuro donde casi no hay aire*. Le apeteció hablarle de su despido, del piso de Madrid, del vacío actual de su vida… Mostrarse vulnerable y recibir un abrazo cariñoso. Aun así, no supo cómo empezar. Su compañera se levantó y le tendió la mano:

—Creo que mi rodilla está lista para otro asalto. ¿Continuamos?

La bajada del alto del Perdón era aún más abrupta que la subida. Se prolongaba a lo largo de casi cuatro kilómetros de grava y piedras y, mucho antes de terminarla, la lesión de Nerea había vuelto a protestar. La pobre apoyaba todo su peso en el bordón de madera y estaba pálida de dolor. Lorena se mantuvo a su lado, refrenándose, aunque le resultara mayor esfuerzo que llevar su propia marcha. Se alegraba de poder hacer algo por ella.

—No sé si podré hacer mucho Camino esta vez —confesó Nerea tratando de sonreír—. Quería intentarlo. ¡Esta estúpida rodilla!

Su rostro se crispó, a punto de echarse a llorar. Y no solo por el dolor. La timidez de Lorena la hacía estar pendiente de los más mínimos gestos de las personas a su alrededor e intuyó que la lucha de Nerea iba más allá de lo físico.

—¿Cómo te lo hiciste? —le preguntó, pensando que, tal vez, hablar la distrajera.

—Una caída en un salto de esquí. Me rompí el ligamento cruzado. Mala suerte; fue una lesión complicada.

—¿Hace mucho?

—Más de dos años.

—¡Tanto!

—Tres operaciones. Seis meses sin poder andar. Quince de rehabilitación…

Lorena no supo qué decir.

—He tenido que renunciar al esquí —continuó Nerea con voz suave. Luego aclaró—: Era esquiadora profesional. Me lesioné entrenando.

Lorena buscó su brazo y se lo apretó con simpatía. Un accidente así sería terrible para cualquiera; si interrumpía tu carrera durante dos años…

—¿Y qué dicen los médicos? ¿Cuándo volverás a estar bien?

Nerea apretó los dientes mientras salvaba un talud. Se volvió hacia ella y, con una mirada conmovedora, mezcla de dolor y resignación, dijo:

—Con el tiempo, espero recuperarme lo suficiente para hacer vida normal. El deporte profesional… No creo que vuelva a esquiar jamás.

—¡Oh, Nerea!

Bajo esa sencilla explicación, leía una amarga historia de sufrimiento. Semanas y meses de hospital, en los que las esperanzas de una rápida recuperación daban paso a la ansiedad por saber si esa recuperación tendría siquiera lugar. Se le presentó una vívida imagen de Nerea mirando al techo durante noches de dolor e insomnio, rememorando, eternizando el instante en que su rodilla se quebró al caer mal en un salto. Tratando de asumir que, en un solo segundo, su vida se había ido al traste. ¿Cuánta frustración encerraría realmente su relato? Su admiración por ella creció al conocer las aguas profundas

que corrían bajo su alegre apariencia.

—Eres muy valiente —dijo al fin—. En tu lugar, yo no habría podido ni salir de la cama.

—Sí que lo harías. Al principio, yo opinaba igual, ¿sabes? Incluso sin saber lo mucho que se complicarían las cosas, me desesperé. Dijeron que tendría que renunciar a la competición durante seis meses y me destrozaron la vida. Yo estaba… —la miró de soslayo— en Suiza, entrenando para los Juegos Olímpicos de Invierno. Me habían seleccionado para el equipo de esquí alpino.

—¿En serio? ¡Caray! Entonces, eras muy buena; una verdadera profesional.

Nerea soltó una risa dulce.

—¿Quieres creer que ahora, este pasado mío me suena increíble hasta a mí? Sí, supongo que *era* muy buena. Llevo esquiando desde que tenía cuatro años y compitiendo desde los siete. Me iba bien. ¡Imagínate! Me lesioné una semana antes de los Juegos.

—Qué mala suerte.

—En cuanto comprendí que no habría olimpiadas para mí, me volví loca. Llevaba cinco meses preparándome a fondo, lejos de mi familia, mis amigos… Mi rutina era entrenar de día, gimnasio por la tarde y dormir por la noche. Nada de salir de cena o de compras o cualquier otra diversión. Y no me importaba. Competir en los Juegos Olímpicos era el sueño de mi vida. No puedes hacerte una idea de la frustración, de la desesperación… ¡El sueño de mi vida!

—Como si hubieses tirado esos cinco meses a la basura. ¡Oh, vaya!

En su afán por atender a la historia, había resbalado un par de pasos sobre la grava.

—Cuidado, no te caigas. Solo eso nos faltaba, ¡las dos lesionadas!

—Todo bien, todo bien.

—Esos primeros días —continuó Nerea—, no podía imaginarme nada peor. Luego, los seis meses de convalecencia se convirtieron en un año. La segunda operación tampoco fue bien… Ese «nada peor» del principio siguió agravándose con muchos otros «nada peores».

Lorena se detuvo en plena cuesta y se volvió para mirarla:

—¿Cómo lo consigues? —le preguntó—. ¿Cómo consigues hablar de ello con tanta calma?

No lograba entenderlo. Si a ella le pasara algo así, iría directa a *ese lugar oscuro donde casi no hay aire*. Se alegraba de no haberse confesado. Su prosaico desempleo se le antojaba un problemilla tonto comparado con aquella terrible desgracia.

—Los seres humanos tenemos una gran capacidad de resistencia en situaciones difíciles, ¿sabes? —dijo su compañera, retomando la marcha con aire pensativo—. Yo tardé bastante en resignarme y aún me siento rebelde e infeliz muchas veces. Pero es algo que me ha

ocurrido. Nada me va a devolver esa vida y si no lo acepto, si me enroco en frustrarme y autocompadecerme, además de no esquiar, seré infeliz. Competir ya no es una opción. Lo que sí está en mi mano es la vida que quiero tener sin esquiar.

—Eso suena muy sensato. Me admira que puedas verlo así.

—Es más fácil decirlo que hacerlo, no creas —reconoció Nerea, riendo—. De todas formas, aún estoy buscando mi nuevo camino. Y la búsqueda también es emocionante.

—¿Por eso estudias medicina?

Era una bonita historia de superación que su desgracia le hubiera abierto la puerta a un nuevo destino, mejor y más significativo.

—Quizá no la termine —fue la sorprendente respuesta—. Es que, después de pasar tanto tiempo en hospitales, me intrigaba comprender cómo funciona mi cuerpo. De momento, solo estoy probando cosas. Tampoco me inquieto demasiado. Antes, cuando pensaba en mi futuro, de una forma u otra siempre estaba el esquí; ahora vivo más al día. Mi única meta es recuperarme lo suficiente para hacer actividades como el Camino sin dolor. Lo creas o no, la idea de conseguirlo me da mucha alegría. —Nerea dejó escapar otra risa suave, con una pizca de amargura—. Yo, que soñaba con ser campeona olímpica… ahora solo aspiro a caminar con normalidad. ¡Hay que ver lo bajo que han caído mis ambiciones!

Lorena le volvió a apretar el brazo.

—Estoy convencida de que lo lograrás. Eres una valiente. Me gustaría ser como tú.

El descenso del monte del Perdón terminaba en el pueblecito de Uterga, adonde llegaron con mucha hambre. El albergue de Zariquiegui no ofrecía desayunos y apenas habían tomado algo de fruta y unas galletas, últimas provisiones que les quedaban en las mochilas. Llevaban toda la bajada soñando con el bar que estaba indicado en la guía de Lorena y se llevaron una gran decepción al ver que todavía estaba cerrado.

—A apretarse el cinturón —dijo Nerea un poco crispada.

—Piensa en el almuerzo que nos espera en Muruzábal —la animó Lorena, consultando en su guía el próximo pueblo.

A partir de Uterga, el Camino era bastante llano, lo que resultaba un alivio para Nerea. Fue una suerte porque en Muruzábal, un par de kilómetros más adelante, tampoco había bares abiertos, aunque sí una tiendecita donde compraron un par de cafés preparados y más galletas. Continuaron la marcha, decididas a desquitarse con una buena comida en cuanto pudieran.

El Camino seguía siendo fácil, en ligero descenso por las últimas faldas de la sierra del Perdón. Hasta ese momento no se habían

cruzado con muchos peregrinos. La mayoría habían partido de Pamplona e iban por detrás. Solo la lentitud de su marcha hizo que a media mañana las alcanzaran algunos mochileros en solitario o en pequeños grupos.

—¡Buen Camino!

—¡Buen Camino!

A Lorena le gustaba ese intercambio de saludos; eran parte de la bondad universal que había presentido incluso antes de ponerse a caminar.

Llegaron a Obanos. Se trataba de un pueblo tan pequeño como los otros, aunque mucho más cargado de historia. Era un hito importante en el Camino de Santiago, ya que allí confluían la ruta peregrina clásica que seguían las chicas y el sendero que cruzaba la frontera por Somport y Jaca. A partir de entonces, el Camino Francés y el Aragonés transcurrían juntos.

Quizá por eso, en Obanos había mucha animación. El sol había disuelto las últimas nubes de tormenta y los caminantes aprovechaban el buen tiempo para hacer un descanso. Las terrazas de los bares estaban tan concurridas que resultó imposible encontrar una mesa libre.

—Los caminos se hacen uno solo y nosotras nos quedamos sin comer —dijo Nerea.

Sin embargo, a Lorena no le parecía mala idea continuar. El café y las galletas de Muruzábal habían apaciguado su hambre y apenas llevaban diez kilómetros, cuando las etapas solían ser de veinticinco. También la asustaba un poco ver tantos peregrinos. ¿Habría sitio en los albergues?

—Puente la Reina no queda lejos —dijo, consultando de nuevo su guía—. Podemos comer allí.

Nerea suspiró antes de acceder y pronto dejaron atrás el pueblo. La cantidad de peregrinos había aumentado y en los dos o tres kilómetros que había de Obanos a Puente la Reina, entablaron conversación con varios de ellos. El Camino era fácil, pero la rodilla de Nerea volvía a darle problemas y tardaron casi una hora en cubrir tan corta distancia.

Se dice que Puente la Reina toma su nombre del antiguo puente que hay al final de la villa, construido por una reina navarra —no se sabe cuál— para ayudar a los peregrinos a salvar el paso del río Arga. A Lorena le parecía un nombre fascinante. Puente la Reina. Sonaba musical. Saltarín. Podría ser un lugar mágico en un cuento de hadas e incluso en la vida real era un nombre rodeado de misterio. ¿A qué reina quisieron honrar y luego olvidaron? ¿Por qué singularizar este puente de entre todos los del Camino? Tenía curiosidad por ver el ilustre monumento y no pudo contener un gesto de impaciencia

cuando Nerea, cojeando, se detuvo bajo la arcada de una iglesia, a las puertas de la villa.

—¿Quieres parar ya? Estamos muy cerca del centro. Mi guía dice que es muy bonito. La calle Mayor va a dar al río y…

Lorena se interrumpió al ver el rostro crispado de dolor de Nerea.

—No puedo dar un paso más —dijo esta—. Creo… creo que hoy me quedaré aquí y dejaré descansar la rodilla.

Señaló una agradable casa porticada que acababan de pasar. *Albergue de Peregrinos de los Padres Reparadores*, leyó Lorena. Se balanceó sobre sus pies. Trece kilómetros. Eso era todo lo que había avanzado. Demasiado pronto para cerrar la etapa como poco seductora la idea de continuar sola.

—¿Qué harás para comer?

Quizá, si Nerea tenía oportunidad de descansar un poco… Su amiga negó con la cabeza.

—Hoy no voy a seguir. Picaré algo y tal vez vaya luego a dar una vuelta por el pueblo. No estoy en condiciones de hacer otros diez kilómetros. Mañana será otro día… Mira, ahí hay un bar.

Lorena miró y se llevó un sobresalto; no por el bar, sino por Manuel y Juanje, que dejaban una mesa libre en aquel momento y se colgaban las mochilas para continuar. ¡Manuel y Juanje! Apenas había pensado en ellos en toda la mañana. Su primer impulso fue llamarlos. Sería tan fácil volver a reunirse, como hablaron al salir… No se atrevió. Tenía una incómoda mezcla de sentimientos a propósito de Manuel y dudó de la conveniencia de remover las aguas.

—¿Tú qué vas a hacer? —dijo Nerea.

Lorena se mordió los labios. Los sevillanos habían pasado la iglesia y se alejaban calle abajo. Eran chicos atléticos: completarían los veintitantos kilómetros de la etapa sin dificultad; y dos o tres días después, al llegar a Logroño, abandonarían el Camino. Si se quedaba con Nerea, no los vería más. No se había imaginado un adiós tan categórico y le dio un poco de rabia. Ni siquiera había tenido ocasión de despedirse. Nerea siguió la mirada de su compañera y comprendió.

—No estás obligada a quedarte conmigo, mujer —le dijo—. El Camino es libertad.

Sí, lo sabía, aunque… Reemprender la marcha significaba otra fatigosa jornada bajo el sol de mediodía y, ¿para qué? ¿Para seguir los pasos de una ilusión perdida? La alternativa era quedarse con Nerea y dedicar la tarde a Puente la Reina. Suponía un retraso, pero ¿acaso tenía prisa? ¿De qué le servía autoexigirse tanto, prohibirse todo disfrute? Podría descansar los pies fatigados, explorar el famoso puente y, sobre todo, seguir intimando con su nueva amiga.

—Me apetece más quedarme —dijo con una tímida sonrisa.

9. Puente y crucifijo

Cuando Nacho despertó en el albergue de Pamplona, Sebas y su enorme mochila con tienda de campaña ya habían desaparecido. Debió haber madrugado mucho. Al otro lado de la habitación, Álvaro estaba arrebujado en su saco de dormir y no parecía tener intención de levantarse pronto. El sol entraba alegre por las ventanas, y la mayoría de peregrinos se movían de puntillas entre las literas, recogiendo sus cosas.

Al poner los pies en el suelo, hizo un gesto de dolor: era su tercera jornada y estaba entumecido. Gruñó con los estiramientos. Las agujetas le crucificaban los músculos. Junto al albergue había un bar; desayunaría antes de partir, a ver si se le iban calentando. Había oído que, más allá de Pamplona, el Camino transcurría por tierras agrestes, con pocas poblaciones hasta el fin de etapa en Obanos o Puente la Reina. Mejor hacer un buen almuerzo, por si acaso. Cuando se puso en marcha, el sol estaba alto y la villa empezaba a despertar.

Le ocurrió algo interesante con Pamplona. El día anterior, mientras callejeaba por el casco viejo, había formado parte del ambiente, del bullicio de los bares y el trasiego natural de la ciudad. Esa mañana, en cambio, era un completo forastero. La contemplaba con ojos extrañados, fijándose en detalles que no le habían llamado la atención, como el color oscuro del enlosado o el curioso edificio del ayuntamiento, que parecía la popa de un barco pirata. Al rodear el parque del fortín, se cruzó con un grupo de adolescentes borrachos que volvían de fiesta; también eso lo encontró ajeno. Qué escándalo armaban. Qué pastosas sus carcajadas. Él nunca había exagerado así la nota cuando volvía a casa tras una juerga… ¿o sí? «Me estoy haciendo viejo». Nunca antes se le había ocurrido pensarlo.

En cualquier caso, hacer jornadas de veintitantos kilómetros a pie como mochilero no era cosa de viejos. El ejercicio le calentó los músculos y, antes de cruzar el río Arga a la salida de Pamplona, recuperó su paso elástico de siempre y empezó a sobrepasar a algunos peregrinos madrugadores.

La sierra del Perdón se alzaba frente a él contra el cielo despejado. La hilera de molinos eólicos contrastaba, blanco sobre azul, en un panorama sonriente. Era demasiado temprano para que el sol resultara molesto y antes de darse cuenta se encontró en la cima.

—¡Qué maravilla! —exclamó, dirigiéndose a un grupito de chicas que se habían detenido a admirar el paisaje y respirar la brisa fresca.

El mundo estaba a sus pies. Kilómetros y kilómetros de campos ondulados con algún poblado disperso, y Pamplona, al fondo, muy

lejos. ¿Tanto había avanzado ya? Ah, esto rejuvenecía a cualquier hombre. Emprendió la bajada de buen humor.

El descenso le resultó más duro. Se le volvieron a cargar las pantorrillas y un par de veces estuvo a punto de caer por resbalones en el terreno pedregoso. Una vez alcanzada la llanura, tuvo la satisfacción de reencontrarse con Sebas, que descansaba en una piedra con su enorme mochila al lado.

—¡Hombre, Nacho! —lo saludó y le tendió la cantimplora militar de la que estaba bebiendo.

—Gracias, tengo aquí la mía. Menuda bajadita, ¿eh?

Sebas se mostró de acuerdo, aunque no parecía cansado.

—¿Vas seguir mucho más hoy? —le preguntó Nacho, secándose el sudor con la camiseta—. A lo tonto, llevamos una buena tirada.

—No mucho más —le respondió, cerrando su cantimplora—. Había pensado comer en Puente la Reina y luego buscar un buen lugar de acampada por los alrededores. ¿Y tú?

—No tenía nada planeado, la verdad. Pinta bien lo de comer en Puente la Reina, si quieres compañía.

Sebas se levantó, sonriente.

—Estupendo.

Se echó el mochilón al hombro como si fuese un juguete. No era un hombre alto, pero sí muy fornido, de bíceps abultados. ¿A qué se dedicaría? Mostraba una curiosa reserva con su vida privada. Nacho aún no había empleado todos sus recursos y, como sabía que la mejor forma de sonsacar información era ofrecer la propia de forma voluntaria, ensayó un ataque indirecto:

—Esto de hacer tanto deporte… Te confieso que no estoy acostumbrado. Soy abogado, y si consigo hacer hueco para el gimnasio dos veces por semana, puedo darme por satisfecho.

—Yo, en eso, tengo suerte. Mantenerme en forma es parte de mi trabajo.

—Ah, ¿sí?

Nacho estaba atento y notó la leve sombra en su rostro franco y simpático.

—Soy… soy funcionario.

—¿Funcionario? —Su intriga era cada vez mayor.

Sebas se rascó el cogote y soltó una breve carcajada.

—Los policías nacionales también somos funcionarios. Entré en el cuerpo hace poco. Antes estaba en el Ejército. En la Marina.

—¡Eras militar! Eso explica muchas cosas.

Sebas volvió a reír, un tanto forzado.

—Disculpa mi reserva. Ni los soldados ni los policías suelen ser muy populares.

—No, claro… ¿Te han destinado al extranjero alguna vez?

—Varias. Mi última misión fue en el Golfo Pérsico.

Nacho no quiso admitir que estaba impresionado. Su compañero hablaba con sencillez, era campechano; aun así, emanaba carácter. El abogado sabía juzgar a las personas y en Sebas intuía una tremenda firmeza de principios. Eso lo hacía sentir vagamente incómodo.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro, dime.

—¿Por qué dejaste el Ejército? Parece más glamuroso que ser policía, ¿no?

Sebas rio, esta vez de buena gana.

—Sí, supongo, pero la vida de la Marina no es la más apropiada para tener hijos. Cuando Patri se quedó embarazada, me licencié y volví a casa.

—Ya, comprendo.

Aunque, en realidad, no lo comprendía. No le cabía en la cabeza que alguien aceptara con entusiasmo los cambios y sacrificios de un hijo en su vida. Sebas hablaba como si cuidar a un bebé llorón y exigente durante largos años fuera lo más importante del mundo. Revivió su propio aturdimiento durante el primer embarazo de Silvia. Se veía un poco aplastado por la superioridad moral del exmilitar.

Desde el punto del reencuentro hasta Puente la Reina había solo siete kilómetros. El Camino era muy sencillo y, poco después de mediodía, cruzaron el arco de la iglesia a la entrada de la villa. Nacho le echó un vistazo al campanario:

—Esto es una iglesia templaria.

—Ah —dijo Sebas sin mucho interés.

—Mira la torre: es octogonal. Al parecer, solían construirlas así.

—Los templarios eran los guerreros de las cruzadas, ¿no?

—Eso creo. Una vez leí algo acerca de ellos y me acordé de ese detalle al verlo.

Nacho sonrió para sus adentros. Su fuente de información eran los dibujos del cuento preferido de Claudia sobre una princesa encerrada en una «torre templaria».

—Las cruzadas fueron en Jerusalén —dijo Sebas—. Si los templarios estaban allí, ¿para qué iban a construir iglesias aquí?

A Nacho le sonaba que la Orden del Temple sí se había establecido en España. De todos modos, una ilustración infantil no era un argumento muy sólido, así que guardó silencio. El tema de los templarios y su misticismo le parecía interesante, aunque nunca profundizara en ello. No eran conocimientos útiles y, como decía siempre su padre, en la vida hay que amueblar la cabeza de forma práctica.

—Tal vez podamos aclararlo —dijo al ver a un sacristán vestido de

negro salir de la iglesia y cerrar la puerta tras de sí con una llave enorme—. Oiga, buen hombre, ¿podría decirnos si esta es una iglesia templaria?

—¿Cómo? —gritó el sacristán, poniéndose una mano detrás de la oreja—. Si esta iglesia… Esta es la iglesia del Crucifijo, joven. Del *Cru-ci-fi-jo*.

—Ah, muy bien. Le preguntaba por el estilo. Los constructores. ¿Fueron los templarios?

—¿Virgen del Rosario? ¿No te estoy diciendo que es la iglesia del Crucifijo?

Nacho intercambió una mirada con Sebas, que apretaba los labios para no sonreír. Acercándose mucho a la oreja del sacristán, gritó:

—¿Y por qué se llama así?

El sacristán bufó con desdén:

—Pues por la misma razón que Puente la Reina se llama Puente la Reina.

Sebas alzó una ceja, desconcertado.

—A ver, joven, ¿por qué crees tú que Puente la Reina se llama así?

—Por el puente, supongo, pero…

—Exacto. ¡El puente! —dijo el sacristán, como si eso lo explicara todo.

—Entonces —intervino Nacho—, ¿la iglesia del Crucifijo tiene un crucifijo?

El hombre volvió a bufar.

—No has entendido nada. A ver, ¿qué iglesia no tiene un crucifijo, eh? ¿Qué iglesia? Este es *el* Crucifijo.

—Ya… ¿y por qué es *el* Crucifijo?

El sacristán meneó la cabeza:

—Esas cosas no se explican. Tenéis que *verlo*.

—Usted acaba de cerrar la puerta.

—Ah, ¿es que la iglesia tiene que estar abierta a vuestro servicio? ¿Tiene que estarlo, eh? Me voy a comer. Tengo derecho a comer. Si queréis ver *el* Crucifijo, venid luego. —El sacristán se alejó, mascullando entre dientes—: Puentes y crucifijos… ¡Si el Camino de Santiago no es otra cosa! Los peregrinos de hoy no entienden nada.

—¿Quieres quedarte? —preguntó Nacho.

No tenía muchas ganas de esperar allí de plantón. ¿Qué podía tener de especial una cruz? Sebas se encogió de hombros:

—Tal vez vuelva pronto. Podemos aprovechar también nosotros para tomar algo; en esa terraza sirven comidas.

Se trataba de un bar con sombrillas azules de propaganda, lleno de peregrinos hambrientos a esas horas.

—Parece que no hay sitio…

Sebas sonrió. Imitando la resolución con que Nacho se había

acercado a él la noche anterior, se dirigió a una mesa con dos sillas vacías.

—¿Os importa que nos sentemos? —les preguntó a las chicas que la ocupaban.

Una de ellas, la más morena, agitó su melenita corta y sonrió con vivacidad:

—Adelante. Si tenéis que esperar a que quede alguna mesa libre, igual no coméis ni mañana. Esto se ha puesto de bote en bote.

La otra chica los miraba sin sonreír. No parecía muy contenta con la interrupción. Tendría unos veinticinco años, aunque parecía más niña por sus mejillas redondas y su complexión regordeta. A Nacho le resultaban vagamente familiares sus gruesas gafas de pasta, el pelo liso y pulcro de color castaño y su aire apocado.

—¿Nos conocemos? —le preguntó.

Ella enrojeció y desvió la vista.

—No creo.

—Pues razón de más para que nos presentemos —repuso él con una sonrisa que no le había fallado nunca. Tomó asiento y dijo—: Soy Nacho.

—Lorena.

—Bonito nombre. Estuve a punto de ponérselo a mi hija mayor. Mi mujer estaba empeñada en llamarla Claudia, que si no…

Entretanto, Sebas se había presentado a Nerea y había entablado conversación con su llaneza habitual:

—¿Habéis hecho mucho Camino hoy?

—¡Qué va! Apenas diez kilómetros. Pobre Lorena; le he dado la mañana.

—Entonces, ¿aún seguiréis un poco más? —intervino Nacho mirando a la aludida.

—No, hoy nos lo tomaremos con calma —dijo ella—. Exploraremos un poco Puente la Reina. Ya hemos dejado nuestras cosas en el albergue.

—¿Y vosotros? —preguntó Nerea—. Hoy hay mucha gente; si vais a quedaros, deberíais registraros cuanto antes.

—Bueno, yo tengo mi tienda de campaña —dijo Sebas—. Pero Nacho, tal vez tú…

—¿Vas a tomarte la molestia de acampar aquí? —insistió Nerea con una amplia sonrisa—. El albergue está ahí enfrente. Aprovecha la ducha y el colchón, que ya tendrás tiempo de dormir sobre agujas de pino más adelante.

Sebas se rascó el cogote.

—Si sigo así, voy a pasear la tienda, más que otra cosa.

—Venga, Sebas —dijo Nacho—. ¿No querías ver el famoso crucifijo? Acerquémonos de un salto al albergue, que seguro que estas dos chicas

tan majas nos reservan el sitio.

Sebas soltó una risa franca y cálida.

—Está bien. Aunque, como nos toque alguno que ronque en la habitación, voy a echar de menos mi tienda.

Nacho y Sebas cogieron sus mochilas y se dirigieron al albergue. Lorena y Nerea se quedaron en silencio, sonriéndose mutuamente.

—¿Lo ves? —dijo Nerea, picando una patata del plato de huevos rotos que les acababan de servir—. Desaparecido tu Manuel, surge este Nacho. Hay muchos peces en el mar.

—¡Qué tontería! Estos dos buscaban una mesa, nada más.

—¿Y qué nos impide ofrecerles otras opciones?

Lorena desvió la vista. La picardía de Nerea la abrumaba un poco.

—Qué, no me dirás que no lo has pensado. ¡Ah, pillina!

—No, es que…

Lorena calló. ¿Cómo explicarle a la espontánea Nerea lo insegura que la hacía sentir un chico atractivo y seguro de sí mismo como Nacho?

—Es que ya lo había visto antes —dijo en cambio—. Hicimos juntos el trayecto en autobús desde Madrid. Mira tú lo memorable que soy, que ni se dio cuenta.

—¡Pues habérselo dicho! ¿Por qué no lo hiciste? Era una excusa perfecta para embromarlo un poco. «¡Cómo! ¿No te acuerdas de mí? ¡Menuda memoria tienes! Una pena». Lo hubieras dejado descolocadísimo.

Lorena rio un poco. Hubiera sido una buena forma de jugar con ventaja. Qué envidia; a ella nunca se le ocurrían ese tipo de agudezas en el momento oportuno.

—Es igual. En Madrid lo vi despidiéndose de su mujer.

—Ya. ¿Una despedida amorosa? —dijo Nerea con sorna.

Lorena recordaba bien la mirada de infinita tristeza de aquella mujer al otro lado del cristal, así como el gesto aliviado de Nacho cuando por fin subió al autobús.

—¿Cómo sabes que no lo fue?

Nerea remojó un par de patatas en la yema de huevo.

—Tiene toda la pinta del recién divorciado. Si no lo es todavía, no tardará.

—Eso suena bastante cínico.

—Es una especie que conozco bien. Hay muchos en el mundo del deporte. No lo critico, no creas… A la alta competición no le gustan las novias.

Lorena tomó su tenedor y pinchó una loncha de jamón.

—Bueno, ¿y tú qué? ¡Qué brazos más fuertes tenía Sebas!

Nerea esbozó una media sonrisa.

—Créeme: tengo pocas ganas de enredarme en ninguna historia del

Camino… Y, no sé por qué, me da que Sebas tampoco. Mira, ahí vuelven.

Lorena los vio venir. Sin la mochila, Nacho caminaba a paso largo y elástico. Era un hombre muy guapo. Esbelto como un dios griego, de pelo trigueño despeinado al natural y una mandíbula cuadrada con hoyuelo, muy varonil; aunque lo cautivador iba más allá de la apariencia. Seducía con una mirada azul, profunda y chispeante; con el movimiento de su bigotito rubio al sonreír; con esa voz cálida conque la había abordado. Lorena no se hacía ilusiones. Ese tipo de chicos jamás se fijaban en alguien como ella. Sebas caminaba a su lado. No era tan alto, pero sí más fornido. Tenía el pelo muy corto, como un casquete castaño sobre su cabeza redonda, y las mejillas bien afeitadas. El pecho y los brazos musculosos se le marcaban bajo la camiseta como si fuera un manso caballo percherón. Al contrario que Nacho, él sí le inspiraba cercanía y confianza.

—Bueno, ya tenemos cama —dijeron—. Comamos algo y vayamos a visitar el pueblo.

Cuando terminaron, el sacristán todavía no había vuelto.

—Podría tardar horas —dijo Nacho—. ¿Y si se echa una siesta?

Les habían contado a las chicas la historia del crucifijo y Nerea chasqueó la lengua:

—Bah, será alguna chorrada mística, un Cristo con pies muy grandes o una gota de sangre en forma de paloma. No le deis más importancia.

—¿Qué tal la pierna? —le preguntó Lorena—. ¿Te ves con fuerzas para dar un paseo?

Nerea flexionó la rodilla un par de veces y sonrió.

—Creo que lo resistirá.

Nacho y Sebas abandonaron el dichoso crucifijo y acompañaron a las chicas al centro de la villa. Dedicaron la tarde a charlar y pasear por sus calles adoquinadas. Puente la Reina tenía una seca atmósfera medieval, con casas solariegas del color de la yema tostada y balcones con geranios rojos. Era como un pequeño y amable laberinto de piedra color ocre, en una cálida atmósfera de otoño atemporal. Casi sin pretenderlo, llegaron al río Arga, al final del pueblo. De un crucifijo famoso habían llegado a un famoso puente.

—Por aquí emprenderemos la marcha mañana —dijo Lorena.

El puente era de la misma piedra tostada, con robustos tajamares y rampas tan inclinadas que desde un extremo no se veía el otro. Resultaba algo desmesurado para una villa tan modesta. Los chicos lo recorrieron hasta el centro. Desde el punto más alto, contemplaron cómo el Camino se perdía zigzagueando por el agreste campo navarro.

—Cuánta tranquilidad —exclamó Sebas acodándose en la baranda.

El río, verde y plácido, devolvía la imagen del puente como un espejo. Más allá del pueblo, grandes chopos y sauces lamían sus orillas. El sol calentaba con ganas.

—Qué fresquita parece el agua —dijo Nacho mirando a Lorena de reojo.

—Sí que está apetecible —dijo ella, distraída.

—¿Te animas a meterte?

—¿Qué? Seguro que no se puede.

—No veo ningún cartel que lo prohíba. Como turista no lo haría, pero somos peregrinos.

Lorena se volvió hacia Nerea en busca de apoyo.

—Conmigo no cuentes. No quiero correr riesgos con mi rodilla.

—Yo me quedo haciéndote compañía —dijo Sebas, y se acomodó en el murete de piedra.

Nacho le tendió la mano a Lorena. Tenía una mirada profunda y la sonrisa de un niño que se sabe irresistible. La chica vaciló.

—¡Vamos! Solo los pies. ¿No los tienes hechos polvo, después de tanto andar?

Sí, así era. Sería agradable refrescarlos en el agua, aunque tan poco convencional como hacerlo en una fuente de ciudad.

—No debería…

De alguna forma, estaba cediendo a algo más trascendente que ese baño. Nacho la invitaba a un mundo juguetón, de normas relajadas; un mundo al que ella siempre se había cerrado en banda, entorpecida por su propia seriedad.

—¿Solo los pies? —dijo, casi como un ruego. Casi como si deseara que la persuadiera.

—Solo los pies.

Lorena cedió. Tomó la mano que le tendía y se dejó conducir al río por un terraplén de suave césped. De los pies pasaron a las rodillas, y pronto acabó en el agua hasta la cintura junto a aquel hombre recién conocido, con quien no habría tenido ocasión de intimar en circunstancias normales de la vida. Pero más que el chapuzón, lo que recordó muchas veces después de aquella tarde fue el contacto cálido de su mano, palma con palma, al bajar al agua. Allí, junto al primer gran puente del Camino de Santiago.

10. Cuatro peregrinos

La cuarta jornada fue la más feliz que Lorena había pasado en el Camino. Su primera etapa, entre Roncesvalles y Larrasoaña, había sido toda angustia y aislamiento. En la segunda, de «*Lalasaña*, *quilla*» al «*Ziriquiri* ese», había conocido la exaltación del ánimo por un flirteo. La tercera, de Zariquiegui a Puente la Reina, le aportó el sosiego de una charla amistosa. Y este cuarto día, en que cubrió los veinte kilómetros que separaban Puente la Reina de Estella, disfrutó del placer gregario de verse integrada en un grupo.

Los cuatro peregrinos partieron juntos. Estaba claro que ella y Nerea iban a hacerlo así y celebraron que Nacho y Sebas se unieran a su plan con total naturalidad. Desayunaron temprano en Puente la Reina y, a eso de las siete de la mañana, cruzaron de nuevo el puente.

Todo empezó bien. La rodilla de Nerea no la molestó demasiado y Lorena se iba acostumbrando al ejercicio; apenas tenía agujetas. Los chicos aportaban bromas y animación, e iniciaron la etapa en perfecta armonía.

Hacía un tiempo ideal para caminar. Las últimas nubes de tormenta se habían dispersado y lucía un sol estimulante, aliviado por la fresca brisa matutina. Los primeros dos kilómetros transcurrían junto a la orilla rumorosa del río Arga. Luego, la ruta doblaba al interior, alejándose del agua hacia los agrestes cerros navarros. A diferencia del campo parduzco cercano a Pamplona, la región entre Puente la Reina y Estella era una gloria dorada; una límpida sucesión de lomas de trigo veteadas por algún viñedo verde oscuro. Todo parecía muy ordenado y bien cuidado; aunque había poca gente, transmitía prosperidad.

El Camino empezaba a ascender, suave al principio y, luego, hasta Mañeru, más duro. Desde allí alcanzaron Cirauqui, un delicioso pueblo rústico en lo alto de un promontorio. Lorena miró con ansia la sombra de una placita empedrada. Estaba exhausta y se alegró cuando Nerea dijo que necesitaba un descanso.

—Aunque solo sean cinco minutos. —Se sentó en un banco para masajearse la rodilla.

—¿Te duele?

—No tanto como ayer.

—¿Qué te ha pasado? —intervino Sebas.

—Un accidente de esquí —dijo ella con ligereza. Lorena comprendió que no tenía ganas de contar toda la historia.

—¿El menisco?

—No, rotura del ligamento cruzado. Aún no estoy recuperada del

todo.

Sebas se la quedó mirando, pensativo. Entretanto, Nacho había sacado un plátano de su mochila y le ofreció un trozo a Lorena.

—¿Aún tienes hambre, después del desayuno que nos hemos pegado?

—Hay que reponer fuerzas —dijo él con una mueca pícara.

—Creo que ya estoy lista para seguir —anunció Nerea, poniéndose en pie.

Si el trayecto hasta Cirauqui lo habían hecho como una piña, a partir de allí, Nacho y Lorena se adelantaron un poco. El Camino transcurría en suave descenso y aceleraron el paso sin darse cuenta. Ella se sentía halagada por su atención. Qué guapo era. Cómo la miraba de reojo con la ceja levantada y media sonrisa bajo el bigotito rubio. No se hacía ilusiones; tenía muy presente a la mujer de la estación de autobuses. Nunca se metería en medio de una pareja, ni pensarlo. Ahora, ¿qué había de malo en disfrutar de su compañía?

—Oye, Lorena, ¿sabes a qué llevo dándole vueltas desde que nos encontramos ayer?

—No, dime.

—Estoy convencido de que nos hemos visto antes, aunque no sé dónde. Ayúdame: ¿de dónde eres?

—Soy gallega, aunque…

—¡Gallega! —la interrumpió Nacho—. Entonces, para ti el Camino es como una vuelta a casa, ¿no?

—¡No!

La palabra salió como una explosión y se mordió los labios. No había pretendido ser tan brusca. Ahora tendría que explicarse y no deseaba hablar de su familia. Bajó la cabeza, aguardando la pregunta ominosa. Nacho tan solo dijo con suavidad:

—Galicia es grande. Supongo que tu casa no queda cerca del Camino.

Ella agitó la cabeza. Le agradecía el salvavidas, aunque su conjetura era errónea: sus padres vivían en La Estrada, a tiro de piedra de Santiago; ella misma había estudiado en la ciudad compostelana. En cierto modo, sí peregrinaba de vuelta a casa. «¿Cómo no me di cuenta? ¡Tonta, tonta, más que tonta!». Se había refugiado en el Camino para no enfrentarse a su familia, y ahora llegaba un tal Nacho a descubrirle que lo único que estaba haciendo era regresar por una ruta más larga.

—En cualquier caso, yo no he estado nunca en Galicia, así que no puede ser allí donde nos cruzamos —continuó Nacho para ayudarla a salir del terreno pantanoso.

A este bote sí pudo subirse Lorena, y lo hizo agradecida:

—Eso trataba de decirte. Los últimos dos años no estuve viviendo allí.

—¿Dónde, entonces?

Ella sonrió.

—En Madrid, como tú.

—Espera… Ahora caigo: venías conmigo en el bus. Hasta te seguí para hacer el transbordo en Pamplona. Y el pulpo amarillo, claro. El pulpo de tu mochila.

—Te fijaste más de lo que pensaba.

—¿Y cómo es que has acabado en Madrid?

El pretérito perfecto, tan ajeno a la forma de hablar de los gallegos, la hizo encogerse. Sugería una continuidad que ya no tenía sentido para ella. No *había acabado* en Madrid. Ahora mismo estaba en tierra de nadie.

—Fui por trabajo —dijo con ligereza—. No volveré después del Camino.

En pocas palabras, le explicó el asunto de su despido. La incomodaba confesar sus dificultades a un hombre tan fascinante; lo último que querría era darle pena. No tenía que haberse preocupado: no fue compasión lo que inspiró en él. Se quedó mirando los campos navarros con aire ausente y cuando habló, se lo veía por completo centrado en sí mismo:

—Imagino que será duro cortar con todo y empezar de cero, pero la libertad que da eso… Sé de alguno que estaría cerca de envidiarte.

El Camino seguía siendo fácil. Cruzaban el amplio Valle de Yerri en dirección a Lorca. Qué nombres tan curiosos tenía el campo navarro: Zariquiegui, Cirauqui, Mañeru y, ahora, Yerri. Podrían ser parte de una canción infantil o un trabalenguas. Llegaron a Lorca con hambre, aunque no era mediodía. Se detuvieron a esperar por Sebas y Nerea. Venían hablando en tono confidencial y Lorena captó algunas palabras relacionadas con el esquí. Supuso que su amiga también había estado desahogándose.

—¿Qué tal vas? —le preguntó.

—Mucho mejor. Sebas me ha dado un par de consejos para no forzar la rodilla.

—Luego te daré un masaje —dijo Sebas—. Te irá bien, ya verás.

Lorena miró a su amiga con sorna. Conque el chico serio de brazos fuertes no quería nada con ella, ¿eh? Nerea le sacó la lengua y susurró:

—Te apuesto a que no.

—Bueno, me siento muy *guiri* proponiéndoos comer a las once de la mañana —dijo Nacho—, pero mi estómago lleva ya un rato protestando.

—Normal, nos hemos levantado a las seis —dijo Nerea—. Va, busquemos un bar que prepare bocadillos.

Hacía un día tan bueno que decidieron pedirlos para llevar y hacer un picnic. ¡Un picnic! Lorena no recordaba la última vez que había comido en pleno campo, y era una actividad que le gustaba mucho. Le recordaba a infancias felices descritas en libros de otros tiempos. Fue ella la que encontró el lugar apropiado: un vado de río a las afueras del pueblo.

—Espero que no sea el río Salado —dijo mirando el agua con suspicacia.

—¿Y qué, si lo es?

—«Allí guárdate de beber ni tú ni tu caballo, pues el río es mortífero». Eso decía el *Códice Calixtino*; no sé si la naturaleza de un río puede cambiar en mil años.

—¿Qué es ese *Códice Calixtino*? —preguntó Sebas. No parecía muy inquieto y extendía una toalla a modo de mantel para todos.

—¿No lo conoces? —dijo Lorena—. Es un manuscrito medieval que describe la ruta jacobea. Lo escribió un monje, un tal Aymeric Picaud. ¡La primera guía turística del mundo!

A la chica le agradó que los demás acogieran con risas su ocurrencia. No solía ser la graciosa del grupo. Nerea se tumbó al sol sobre la toalla-mantel y declaró:

—Pues será mortífero el río, pero aquí se está de miedo. Anda, Lorena, repartamos los bocatas y nos cuentas por qué le pusieron el cartel medieval de «no potable» a esta agua tan fresca. Mucho tendrás que convencerme para que no meta los pies después de comer.

La guía de Lorena incluía pasajes enteros del Códice «para aportar valor cultural y autenticidad milenaria», así que mientras comían, ella leyó el párrafo dedicado al río Salado a su paso por Lorca:

> «Encontramos a dos navarros sentados a su orilla, afilando las navajas con que solían degollar las caballerías de los peregrinos, que bebían aquella agua y morían. Y a nuestras preguntas contestaron, mintiendo, que era buena para beber. Por lo cual abrevamos en ella a nuestros caballos y enseguida murieron dos de ellos, que inmediatamente aquellos desollaron».

—No tenía el amigo Picaud muy buen concepto de los navarricos —dijo Nerea.

—Mujer, ¡tenía motivos! —dijo Sebas, con una carcajada—. ¡Ay!, no me pegues…

Mientras los dos se enzarzaban en una pelea amistosa sobre la toalla-mantel, Lorena buscó la mirada azul chispeante de Nacho.

—Ni siquiera estoy segura de que este sea el río de la discordia. El *Códice* lo sitúa en la parte oriental de Lorca.

—¿Y cómo sabes que no estamos al este del pueblo?

—Porque el Camino avanza siempre hacia el oeste. Entramos en los

pueblos por el este y salimos por el oeste. Vamos con el sol.

El razonamiento impresionó a Nacho. No solo era una buena manera de orientarse; había también algo de misticismo en ello. Todas esas leyendas relacionadas con marchar hacia el oeste, hacia la muerte del astro rey… Le quedaban por delante muchas mañanas avanzando con el sol de espaldas y muchas tardes teniéndolo enfrente, como un faro. Una rutina inamovible en un peregrinaje siempre cambiante.

Estaba viviendo un día extraño. Allí, tumbado junto a otro río rumoroso, buscaba la palabra apropiada para definir sus sentimientos. ¿Era tranquilidad? ¿Melancolía, quizá? No. Era serenidad. Estaba sereno. Relajado como el agua del arroyo. Había confundido aquello con la melancolía porque no estaba acostumbrado a tanta paz de espíritu.

El Camino, en su cuarta jornada, le indujo un sosegado bienestar. Había comenzado con exaltación. Su primer día, de Roncesvalles a Zubiri con las japonesitas, vivió la efervescencia de una seducción prohibida. Aun sin culminarla, su segunda etapa a Pamplona no lo libró del remordimiento y la añoranza. El tercer día decidió dedicarse a los demás para olvidarse de sí mismo, pero la persona que escogió por su parecido con él en cuanto a circunstancias, lo era demasiado poco en carácter. Cada vez que rascaba bajo la superficie de Sebas, encontraba un fiel espejo de lo que él, Nacho, hubiera debido ser y no era. Ese fue el día de las pequeñas verdades incómodas.

Su relación con Lorena actuaba como un sedante de todo aquello. Era una chica joven, vulnerable y con ojos hambrientos de cariño. Él podía dárselo. Cariño. Alegría. Guía a un mundo más feliz. De alguna forma, eso le había prometido con su mano tendida en Puente la Reina. Una promesa imprecisa, como lo son siempre las que evaden las palabras.

Lorena le inspiraba un sentimiento de ternura parecido al de las japonesitas. Quería cuidarla y mimarla, rescatarla de sus miserias y verse retribuido con la misma adoración. Sin embargo, esto por sí solo no le hubiera dado paz de espíritu. Nacho era un hombre cálido. Se sentía cómodo en el papel de *Sumo Protector* y lo adoptaba constantemente: con sus hijas, con clientas atribuladas, con su mujer… Le causaba satisfacción, que no serenidad, porque los ojos hambrientos de cariño solían terminar dependiendo de sus atenciones y su amor. Y ahí venían los problemas. Los reproches. Las exigencias. No podía descansar en el sosiego de los cuidados que prodigaba: siempre acababan cortándole las alas.

Y eso era lo distinto con Lorena. En sus ojos había hambre de cariño, sí, y también una rabiosa, decidida voluntad de independencia.

Se quedó con un detalle en particular que le gustó mucho. Había ocurrido al principio del día, durante el ascenso desde Puente la

Reina. La muchacha tenía el rostro enrojecido y cargaba con su mochila —no tan enorme como las de las japonesitas, y, aun así, de tamaño respetable— con dificultad.

—Vamos, dame tu macuto y coge tú el mío —se ofreció Nacho.

No le apetecía lo más mínimo. Él también estaba cansado; cansado y atrapado en su propia caballerosidad. Sin embargo, Lorena lo miró con gran asombro.

—Por supuesto que no.

Sería una injusticia. Su mochila. Su problema. Y Nacho respiró tranquilo, comprendiendo que podía actuar como *Sumo Protector* con ella sin tener que responsabilizarse de su vida. A pesar de adorarlo, no iba a exigirle nada; tenía plena libertad para ser un buen chico.

Después de Lorca, el Camino perdía su encanto bucólico. Dejaron atrás sembrados y viñedos para encontrarse con un paisaje de chalés y algún que otro huerto. Menos de dos horas después, llegaron a Estella. Habían hecho una jornada corta, de unos veinte kilómetros, y como más allá no había ningún otro pueblo importante, decidieron quedarse.

Estella era más grande y moderna que Puente la Reina, aunque de atmósfera parecida. Las mismas casas de piedra color yema tostada; los balcones con geranios rojos; el aire medieval, seco y crujiente. Como un sueño, parecía que hubieran caminado en círculo hasta volver al punto de partida. También Estella estaba bañada por un río; no obstante, el Ega, que discurría por el medio de la villa en vez de rodearla, resultaba más amistoso que el Arga y su magnífico puente.

Los cuatro chicos pasaron una tarde agradable y a última hora cenaron en la plaza de los Fueros. Después, Nerea, echándole una mirada maliciosa a su amiga, anunció que estaba agotada y que se iba a dormir. Sebas se marchó con ella. Nacho y Lorena quedaron solos, sonriéndose con algo de bobería.

—¿Tú tienes sueño?

—No mucho, la verdad.

—¿Vamos a tomar una copa?

Lorena asintió y ambos se echaron a andar sin rumbo por Estella, buscando algún bar. Vana esperanza. Era miércoles y la villa dormía. Las calles estaban desoladas y oscuras. Acabaron comprando una botella de vino local en un colmado indio y se acomodaron en el rincón tranquilo de una plaza. Hacía muchos años que Nacho, abogado de éxito y padre de familia, no iba de botellón. Se dijo a sí mismo que su yo peregrino era otra cosa. En algunos aspectos, el Camino simplificaba bastante la vida.

—No es lo que tenía en mente, pero hará su papel —dijo, descorchando con una navaja multiusos y vertiendo el vino en unos

vasos de cartón que el indio les había regalado.

Bebieron en silencio. Nacho notaba inquieta a Lorena. Supuso que querría confesarle alguna cosa y logró sorprenderlo cuando se lanzó:

—Vi a tu mujer. En la estación de autobuses de Madrid, despidiéndote.

—Ah.

Su mente estaba muy lejos de Silvia en aquellos momentos.

—Tenía una mirada triste.

Él sirvió más vino. La voz de Lorena era cauta, haciendo esfuerzos por no sonar a reproche. Le hacía gracia que intentara ser tan diplomática.

—No le gustó que me marchara. Tenemos dos hijas, ¿sabes?

Sacó su móvil para enseñarle fotos. Ella dijo que Claudia era muy guapa y que Blanca tenía cara de lista. Enternecía su obvio deseo de complacer. Lo estaba invitando a franquearse con ella, a llorar sobre su hombro… Era una idea divertida, aunque, ¿por qué no? Nunca había hablado con nadie de las dudas sobre su matrimonio; le parecía una deslealtad con Silvia. Pero su mujer estaba lejos y el vino le caldeaba el ánimo.

—Tenía razón al preocuparse —dijo de sopetón—. En realidad, hacer el Camino fue una excusa para tomarme un descanso. Sí, un descanso de ella. Sé que suena horrible.

Lorena aguardó, escuchándole atenta.

—Ella es estupenda, no me malinterpretes. Es guapa, divertida, me quiere… Pero no tengo vida propia. Ese es el problema.

Nacho estaba descubriendo el grato alivio de desahogarse con una oyente cariñosa. Habló de sus frustraciones, del agobio de cargar con la vida de Silvia además de la propia, de lo deshonesto que se sentía por…, bueno, por haberse aburrido de ella.

—Llevamos veinte años juntos. ¡Veinte! Ocho de novios más doce casados. El otro día lo pensaba: es la mitad de mi vida. Y lo peor de todo es que mis hijas también sufren.

Ahí, Lorena se atrevió a decir:

—Deberías llamarlas. Seguro que te echan de menos.

—Ahora ya estarán en la playa, tan felices. La familia de Silvia tiene casa en Alicante.

—Pero su padre no está con ellas.

Nacho suspiró.

—Son lo más importante del mundo para mí, solo que…

No completó la frase. En realidad, no sabía qué decir.

—Si tan mal estás con Silvia, ¿por qué no te divorcias?

—¿Qué motivo le daría? Ella no ha hecho nada, pobrecilla.

—Ya no la quieres.

Nacho se sirvió más vino y lo bebió de un trago. No, ya no la quería.

¡Ojalá pudiera volver a quererla! Su vida sería mucho más fácil.

—Soy un cobarde. Debería contarle la verdad.

Lorena lo miraba con tanta dulzura que resultaba un bálsamo para el alma. Volvió a llenarse el vaso.

—Ojalá pudiera volver a volar solo. A veces pienso que me falta vida por vivir.

—¿Cómo puedes decir eso? Has compartido veinte años de felicidad con alguien, has tenido hijos… Yo te envidio.

—Pues yo te envidio a ti. No tienes ninguna atadura. Puedes hacer lo que te plazca, correr riesgos, ser impulsiva… ¡Ve y líate con quien quieras!

Lorena le sostuvo la mirada. Tras las gafas de pasta, tenía unos ojos bonitos. Grandes, de color marrón líquido como chocolate. Ojos hambrientos de cariño que en aquel momento lo miraban a él con extraña intensidad.

De repente, supo que quería besarla. Que ella lo deseaba. Estaban tan cerca el uno del otro. Ella se había lavado el pelo con algún champú de flores y olía a lavanda. Aspiró profundamente y exhaló, despacio. Las mejillas de ella se colorearon de rosa. Parecían muy suaves, dulces como una tarta de manzana. Deseó acariciarla. El vino, ay, el vino. No estaba pensando en nada concreto, tan solo en rozar la suavidad de aquella mejilla. Alzó una mano. Pero antes de tocarla, se detuvo. Se apartó de ella y dijo, sin mirarla:

—En serio, te envidio. Tú puedes dejarte llevar por el Camino adonde quiera conducirte.

Alzó su vaso de cartón.

—¿Por las sorpresas?

El murmullo de ella fue casi inaudible.

—Por las sorpresas.

11. Vino, bordón y sandía

Nacho despertó con un terrible dolor de cabeza. Siempre le ocurría lo mismo con el vino. ¿Por qué no se habría dado a la cerveza? Lo que más le apetecía era tirarse en un sofá a dormir la mona. En vez de eso, tuvo que prepararse para una larga jornada de caminata y lo único que se le concedió fue no madrugar demasiado. Él y Lorena se habían acostado tarde y los otros decidieron esperarlos, así que los cuatro amigos fueron casi los últimos en abandonar Estella. Eran las nueve de la mañana.

La tormenta que amenazaba días atrás en la sierra del Perdón se había disuelto por completo y el sol brillaba con fuerza en un cielo sin nubes. Se anunciaba una jornada de calor. Nacho se refugió tras sus gafas oscuras, renegando del momento en que se le ocurrió emprender aquella absurda aventura. Su malhumor contrastaba con el ánimo alegre de los demás; sobre todo, el de Nerea, que estaba radiante. Esa mañana no cojeaba en absoluto y hacía tabletear su vara de avellano contra el suelo.

—Hace tres años, esta etapa fue la más especial de todo mi Camino —dijo.

—¿Y eso por qué? —preguntó Sebas.

Ella sonrió con picardía.

—Pronto lo descubriréis. Esta jornada es pura generosidad.

Nacho no pudo evitar un resoplido. ¡Generosidad! Nadie era generoso por naturaleza; él era abogado especialista en divorcios y lo sabía bien. Nerea era una ingenua. En condiciones normales no se le habría escapado aquel gesto de escepticismo, solo que la resaca le había revuelto el carácter. Y el maldito repiqueteo del maldito bastón le taladraba la cabeza.

—Piensa lo que quieras —dijo ella—. Cambiarás de opinión antes de que acabe el día, ya verás. Hay gente en el Camino que no pertenece a este mundo.

No estaba impresionado, pero hizo un esfuerzo por recuperar su urbanidad.

—¿Llegaste a Santiago la otra vez?

—No, solo hasta Astorga.

—¿Por la rodilla?

—Qué va, mi rodilla estaba en mejor forma que nunca. Es que allí recibí una buena noticia. ¡Qué narices, recibí el notición de mi vida! Me habían seleccionado para los Juegos Olímpicos.

—¿Cómo?

Nacho no conocía la historia de Nerea, así que ella se la relató

brevemente.

—Por eso vine al Camino. Sabía que la selección del equipo sería ese mes y estaba histérica, así que cogí la mochila y me eché a andar por no quedarme en casa mordiéndome las uñas. ¡Deseaba tanto ir a las olimpiadas!

—¡Vaya!, sí que tuviste mala suerte.

Nerea se había quedado pensativa, rememorando aquel momento.

—Imagínate la emoción cuando me dieron la noticia. ¡El sueño de mi vida! Estaba en el jardincito del palacio episcopal de Astorga. Tenía ese precioso edificio frente a mí, como sacado de un cuento de hadas… y entonces me llamaron, y yo misma entré en el cuento.

La chica se quedó callada unos instantes. Enseguida retomó su habitual vivacidad.

—En fin, que tuve que interrumpir el Camino y ponerme a entrenar como una loca, claro. ¡Y aquí estoy de nuevo! Le comentaba a Lorena que me haría mucha ilusión terminarlo esta vez, ¿verdad, Lorena? ¿Lorena?

La aludida levantó la cabeza, sobresaltada.

—¿Eh?

Había escuchado solo a medias. En su caso no se trataba de resaca, pues había bebido bastante menos que Nacho, sino de simple confusión. ¿De verdad había estado aquel chico guapo, maduro y divertido a punto de besarla la noche anterior? ¿A ella? Se había quedado ensimismada repasando lo ocurrido, tratando de entenderlo.

—¿Estás bien? —le preguntó Nerea.

Qué buena amiga era. De un vistazo interpretó la situación y alentó a los chicos a adelantarse.

—Es mejor para mi rodilla ir despacio y el pobre Sebas estará harto de quedarse castigado conmigo. Id tirando, no os preocupéis.

Ellos obedecieron y cuando las dejaron solas, añadió:

—Venga, cuéntame, ¿qué pasó ayer?

Lorena no necesitaba más que eso para explicárselo todo. Era tímida, no reservada, y agradecía la oportunidad de recibir consejo. Le relató el paseo nocturno por Estella, el vino en vasos de cartón y cómo Nacho acabó sincerándose.

—Me dijo que ya no quería a su mujer, y entonces…

—Te besó.

—No. Bueno, casi. Eso creo; ya no sé qué pensar. Se acercó mucho. Aunque justo me estaba hablando de cuánto quiere a sus hijas, de lo que le duele estar así con su mujer… Es buena persona, no la engañaría.

Nerea meneó la cabeza, agitándose suavemente.

—¿De qué te ríes?

—¡Ay, Lorena! Que no la engañaría, dices…

—Pues no. Nunca lo ha hecho.

Su amiga seguía riendo. Hasta su bastón castañeteaba con regocijo.

—Ay, los hombres casados…

—Que no la traicionaría, te digo. Tú no lo oíste hablar anoche.

—Ten cuidado, pequeño saltamontes. Estás a punto de enamorarte, por si no lo has notado, y entonces serás tú quien sufra. No lo digo solo yo, también Sebas.

—¿Has hablado de mí con él?

—Pues claro. Fue irresistible cotillear un poco.

—¡Oh, Nerea! —le reprochó. Dos segundos después, la curiosidad pudo más que ella—. Y ¿qué decía?

—Lo mismo que yo, que Nacho es demasiado guapo para ser fiel. Perdona mi cinismo.

—Os equivocáis.

Le parecía un insulto al recuerdo de aquella maravillosa noche de confesiones íntimas. Porque, a pesar de su desconcierto, había sido una noche inolvidable. Él era el típico hombre que en su adolescencia no le hubiera dedicado ni una mirada y ahora se apoyaba en ella. Confiaba en ella. Se sentía tan halagada que lo había aupado al rango de ídolo.

—Y tú, ¿qué? —dijo para cambiar de tema—. También has intimado con Sebas.

—Es un buen tío, la verdad. ¿Sabías que era militar? Y creyente. Peregrina como ofrenda porque va a tener una hija en un par de meses. ¡Tiene una ilusión por ser padre!

—¿Y con su mujer, tiene la misma ilusión?

Lorena hizo la pregunta con voz socarrona. Nerea no recogió el guante. Se limitó a encogerse de hombros.

—No me ha hablado de ella.

Extrañada, Lorena pensó que, en su lugar, hubiera sentido más curiosidad por averiguar si los brazos fuertes de Sebas estaban disponibles. Una hija en camino no parecía un principio prometedor, pero huir de la madre a dos meses de dar a luz pintaba aún peor que lo de Nacho. ¿Por qué Nerea no lo censuraba a él también? Como diría la abuela Maruxa, «consejos vendo que para mí no tengo». Claro que su amiga seguía repitiendo que Sebas no le interesaba. Quizá, porque solo lo conocía de un par de días. «Como yo a Nacho», se dijo, avergonzada. Si es que el problema lo tenía ella, que era una enamoradiza.

Entretanto, a Nacho le estaba costando encontrar un tema de conversación con Sebas. Ni su dolor de cabeza ni la parquedad en palabras del compañero ayudaban y empezaba a aburrirse. El paisaje tampoco era notable. La salida de Estella se fundía con Ayegui, el

pueblo siguiente, y llevaban ya un buen rato marchando cuesta arriba por una carretera entre urbanizaciones y césped doméstico. Para colmo, aquella mañana había olvidado rellenar su cantimplora, precisamente cuando su resaca la hacía más necesaria. Propuso a Sebas esperar a las chicas y cuando los alcanzaron, le dijo a Nerea:

—Bien que me vendría ahora esa generosidad tuya en forma de agua.

—¿Solo agua? —fue la enigmática respuesta de ella.

Llegaron a un breve repecho y allí, tras unos árboles, se adivinaba más que se veía el soberbio conjunto monumental de Irache. Era un monasterio grande y majestuoso, con altos muros de piedra y un robusto campanario cuadrado. Estaba emplazado a los pies de un monte, en la linde entre las tierras civilizadas y las salvajes. Hacia atrás quedaban Estella y los últimos chalés. Por delante, el impenetrable bosque verde oscuro del Montejurra.

—Un edificio *generoso*, sin duda.

—Oh, cállate ya, pesado —replicó Nerea con impaciencia.

Los condujo a un pequeño patio de piedra frente al monasterio. Estaba vacío, salvo por una modesta fuente con dos grifos incrustados en la pared.

—Adelante. Esta es mi primera sorpresa.

Intrigado, Nacho leyó un cartel junto a la fuente:

¡Peregrino!
Si quieres llegar a Santiago con fuerza y vitalidad,
de este gran vino echa un trago y brinda por la Felicidad.
FUENTE DE IRACHE
FUENTE DEL VINO

—¿Quieres decir que del grifo sale vino?

Los caños estaban decorados con conchas jacobeas y tenían un pequeño letrero encima. En uno de ellos se leía «agua». En el otro, «vino».

—No me lo creo.

Nacho accionó el grifo bajo el cartelito correspondiente y se llevó una gran sorpresa al ver brotar un líquido rojo.

—Venga ya, ¿cómo van a regalar vino? —Y se inclinó para catarlo —. Pues es el mismo que compramos anoche. Pruébalo, Lorena. ¡Está bueno!

Evitó mirar a Nerea. Se sentía un poco avergonzado de su actitud y agradeció que la incondicional Lorena acudiera enseguida a beber del grifo y celebrarle las gracias.

—Voy a aprovechar para rellenar mi botella de agua. Si no fuera por la resaca, lo haría con el vino.

—¿Tan mal corresponderías a la confianza de los dueños de la bodega? —intervino Sebas, señalando otro ingenioso poemita colgado junto a la fuente:

Normas de uso
A beber sin abusar te invitamos con agrado
para poderlo llevar, el vino ha de ser comprado.

Nacho frunció los labios. Solo había querido hacer una broma, pero llevaba toda la mañana dando una nota falsa. Bajo la fachada burlona que había adoptado tan tontamente, entendía el entusiasmo de Nerea y los demás. Aquel lugar era sencillo, ingenuo, juguetón. Y generoso, sí. Generoso. No solo por el vino. Lo más grato era esa confianza que mencionaba Sebas. Por allí pasaban miles de desconocidos al año y no había nadie vigilando. Nada impedía el abuso, salvo la apelación a la honestidad de un cartel con gracia. Cosas así hacían del mundo un lugar más amable. Era uno de los mil pequeños detalles que daban al Camino esa atmósfera de fraternidad y benevolencia universal. Nacho, resacoso e incapaz de expresar lo que pasaba por su cabeza, abandonó el monasterio con un buen sabor de boca que no era solo debido al trago de vino.

El Camino seguía ascendiendo, aunque se hacía más agradable al abandonar las urbanizaciones y chalés. Navarra se extendía ante ellos con todo esplendor, alternando viñedos y campos de cereal en un paisaje suave y ondulado.

—¿Nos guardas alguna otra sorpresa hoy, Nerea? —le preguntó Lorena.

Se sentía más feliz después de haberse desahogado con su amiga. Además, Nacho la había llamado junto a él en la fuente. Al buscar su compañía como si no hubiera pasado nada, disipó buena parte de su confusión. Ella adoptaría la misma actitud.

—Pues la verdad es que sí —replicó su amiga—. Ya os lo dije: esta jornada es pura generosidad.

—¿Habrá más vino?

—No. Esta vez se trata de una persona.

El rostro de Nerea se dulcificó como por un buen recuerdo. Aferró con fuerza el bastón y apretó el paso. Lorena tuvo que contener su curiosidad hasta que llegaron a Ázqueta, cosa de una hora más tarde. Su amiga los condujo hasta un cobertizo encalado de blanco, de apariencia modesta. Apoyado contra la pared había un buen montón de varas de madera.

—¡Huy, si son bastones como el tuyo! —exclamó Lorena.

Antes de que Nerea pudiera contestar, apareció por la esquina un

hombrecillo barbudo, ya mayor, secándose las manos en el pantalón.

—Me pillasteis almorzando. Menos mal que os he visto por la ventana. ¿Qué tal? ¿Venís cansados? Hay una buena subida desde Estella.

—Buenos días, Pablito —dijo Nerea.

El hombre sonrió. Parecía un gnomo bueno.

—Ah, sois de los que me conocéis. Un momento… ¿no es mía esta vara?

La chica afirmó con la cabeza.

—Pues sí, me la dio usted hace tres años.

El tal Pablito se quedó mirándola con el ceño fruncido, intentando recordar. Sus ojos, hundidos en la corteza de su rostro, mantenían un brillo afable. Se rascó la cabeza bajo la boina:

—Mi memoria ya no es lo que era. ¡Y pasáis tantos cada día!

—Le pedí una vara más ligera que un bastón de esquí —dijo Nerea con voz suave.

Esa era la información que Pablito necesitaba. Alzó las gruesas cejas y chasqueó los dedos.

—¡Ah, ya te recuerdo! La chiquilla que hacía el Camino «esperando un sueño casi imposible», ¿eh? Y dime, ¿llegó a cumplirse tu sueño?

—Se cumplió, sí. Aunque las cosas no salieron como yo pensaba.

Pablito sacudió la cabeza.

—Los sueños cumplidos nunca lo hacen.

Se dio la vuelta y contempló el montón de bastones apoyados contra la pared. Tenía muchísimos. Cientos, quizá. Metió una mano entre ellos y sacó uno bastante grueso.

—Esa vara tuya lleva demasiada carga encima. Cámbiamela por esta otra, hazme el favor.

Ella la tomó. Tenía la misma altura, solo que, al ser más robusta, le daba mejor apoyo a su rodilla lesionada. Miró a Pablito con sorpresa. ¿Cómo lo había sabido? Él le guiñó un ojo:

—Las varas ligeras son como los sueños: demasiado frágiles. Mejor un buen bordón recio que te ancle los pies a la tierra.

Nacho había contemplado la escena sin quitarse las gafas de sol. Más tarde, Nerea les contaría que Pablito *el de las varas* llevaba veinte años regalando bordones a los peregrinos. Que había empezado porque desde su casa veía pasar a los caminantes apoyándose en ramas o malos bastones. Un día fue al bosque, cortó un centenar de varas de avellano y las repartió. Volvió a hacerlo al día siguiente. Y al otro. En el pueblo, hablaban jocosamente «del hombre famoso por dar palos». Decía haber repartido más de veinte mil en su vida, aunque lo conmovedor no era el número, sino el mimo que ponía en cada uno de ellos. Nacho fue testigo de cómo escogía uno para Lorena. Se fijó en su altura y en el tamaño de su mano. «Este te irá bien». Le lijó el mango

hasta hacerlo suave como una caricia. Era una vara larga, más alta que su cabeza, porque «¿cómo aparece Santiago en las imágenes?». Le enseñó a usarla de forma correcta. «En el llano, la mano a la altura del hombro. En las subidas, a la altura del pecho. Y en las bajadas, a la altura de la cabeza». Y también le mostró cómo acompasarla a su paso. «Empiezo con la vara apoyada en el suelo. La llevo adelante y doy un paso, dos, tres, y al cuarto, vuelvo a apoyarla. Un, dos, tres, pum. Un, dos, tres, pum». Lorena practicó por el jardín, riendo con la ingenuidad de una niña.

—Un, dos, tres, pum. Un, dos, tres, pum. Ahora te toca a ti, Nacho. ¿No quieres una vara?

Nacho dio un paso atrás, negando con la cabeza. De inmediato, se sorprendió de sí mismo. ¿Por qué? ¿Qué le inducía a rechazar aquel amable regalo? Pablito se volvió hacia Sebas, que pronto estuvo equipado con un estupendo bordón aún más recio que el de Nerea. Así, cuando salieron de Ázqueta, el repiqueteo de bastón que tanto le había taladrado la cabeza aquella mañana se había multiplicado por tres y él era el único que no contaba con un apoyo adicional para enfrentarse al Camino.

Se arrepintió de no haber aceptado una vara en cuanto retomaron la ruta. Seguía resacoso y la subida se endurecía desde Ázqueta hasta Villamayor de Monjardín. Tanto Lorena como Sebas caminaban con más ánimo gracias a esa ayuda y ni siquiera Nerea se retrasaba tanto como él. Hicieron un alto para comer en Villamayor y respiró más tranquilo al comprobar que, a partir de ahí, el Camino era una suave bajada. Estaba hecho polvo.

Sin embargo, lo peor estaba por llegar. Habían salido tarde de Estella y el temible mediodía de agosto los pilló desprevenidos. En los once kilómetros siguientes, entre Villamayor y Los Arcos, no había nada. Ni un pueblo. Ni un árbol. Ni una sombra donde refugiarse del sol implacable. Era un inmenso y solitario páramo de labrantío, cortado tan solo por la pista de grava que seguían.

Al principio, ninguno se preocupó demasiado. En el horizonte veían una línea de árboles; el trayecto hasta allí sería duro, aunque no demasiado largo, así que emprendieron la marcha con energía. Sin embargo, antes de llegar al bosquecillo, el Camino hacía un quiebro incomprensible y continuaba despiadado en paralelo por la llanura. Los chicos podían ver los árboles ahí, a pocos centenares de metros, creando un oasis de sombra tan delicioso como inalcanzable.

A Nacho ya no le dolía la cabeza. Solo estaba exhausto. Tenía la espalda empapada de sudor, las axilas pegajosas y el cogote achicharrado. Se había puesto la gorra además de las gafas de oscuras, pero no bastaba. Reinaba un silencio de muerte; ni los pájaros

cantaban bajo aquel sol a plomo. El abogado caminaba con los ojos entornados, medio ciego por el resplandor a pesar de las gafas. Siendo madrileño, conocía bien el agosto de la meseta; ahora, sufrir algo así tan al norte… «Si esto es Navarra, ¿cómo será Castilla?». Alzó la vista un momento. Sebas y Nerea iban delante. Lorena, un poco más atrás. Todos caminaban sin hablar, con la cabeza gacha y el paso cansino. En el cielo no había ni una nube y era de un azul inmaculado. Azul brillante, hermoso y terrible que aplastaba lo mismo que el sol. O tal vez era el mismo sol, que se hacía omnipresente ocupando todo el cielo. Estaban solos. Había algún peregrino en la distancia que, de tan lejos, parecía irreal. Y la línea de árboles continuaba su tozuda guardia en paralelo, sin aproximarse lo más mínimo.

Al cabo de un tiempo, Nacho se quedó sin agua. Bebió con ansia las últimas gotas calientes de su cantimplora y ya no hubo más. Fue entonces cuando sufrió la verdadera tortura. Notaba los labios agrietados, la lengua de cartón. Empezó a imaginarse manantiales, ríos, fuentes frescas. Oía su rumor cristalino, olfateaba su humedad. Ya no sudaba. Se había quedado reseco.

No oyó acercarse a Lorena hasta que le dio un toquecito en el brazo. Llevaba la cara envuelta en un pañuelo como una tuareg y le tendía su propia botella de agua. Se emocionó. Seguro que también estaba sedienta y, aun así, le ofrecía sus últimos sorbos. Negó con la cabeza. No se aprovecharía de su generosidad, ni pensarlo. La cogió de la mano y siguieron caminando juntos. Eso le ayudó a mantener a raya las visiones de agua.

La línea de árboles se fue acercando hasta casi rozar el Camino. Era un pinar y ahora sí resultaba alcanzable. Unos cuantos peregrinos se habían refugiado a su sombra. Tenían un aire relajado, como de otro mundo, aunque tarde o temprano tendrían que volver al sol aplastante y al perpetuo andar cansino. Nacho apretó la mano de Lorena. Ella le correspondió. Ninguno propuso parar. Ya no tenían ganas. Era más fácil seguir sufriendo que pensar en acostumbrarse de nuevo al sufrimiento.

Llegaron a Los Arcos. Habían cubierto solo veinte kilómetros, pero todos se alegraron cuando Nerea propuso dormir allí, en un albergue bohemio con ventanas azules y un jardincito interior. Estaban agotados. Nacho se dejó caer en una silla, conmovido por dos de esos pequeños detalles en los que solo se repara tras un esfuerzo como aquel: el rumor líquido de una fuente en el jardín —una de verdad— y la tajada de sandía fresca, crujiente y jugosa que les ofreció la hospitalera como bienvenida. De la fuente del vino se había reído y el bordón lo había rechazado. Sin embargo, aquella humilde tajada de sandía cuando se moría de sed la agradeció de todo corazón.

12. Una encomienda templaria

No pasarían otra vez por algo así. Fue lo primero que se prometieron los cuatro amigos mientras cenaban en Los Arcos. No permitirían que el sol ardiente de mediodía les volviera a pillar en campo abierto. Se acostaron temprano y al día siguiente fueron los primeros en empezar a caminar. Eran las seis de la mañana.

—Hoy sí que acamparé —dijo Sebas al salir del albergue—. No he traído la tienda para pasearla como un tonto hasta Santiago.

Nacho no le creyó. Le parecía absurdo sacrificar la comodidad de una cama y una ducha por una esterilla dura al aire libre. Aun así, no dijo nada; no había resacas ni dolores que le dificultaran ser educado. Todo lo contrario. Había dormido nueve horas del tirón y estaba fresco y de buen humor. Ni siquiera le molestaba el tableteo de los malditos bastones.

Y eso que hacían ruido. Percutían con rítmica sequedad contra el empedrado mientras atravesaban el pueblo en calma. Los Arcos tenía largas calles medievales y una plaza mayor porticada, de extraña planta triangular, donde habían cenado la noche anterior entre muchos peregrinos y gran animación. Resultaba raro ver ahora las terrazas vacías a la luz de las farolas. Atravesaron la plaza y, como si fueran gotas vertiéndose por un embudo, salieron por la diminuta Puerta de Castilla en el pico del triángulo. Retomaron el sendero. De madrugada, los páramos de labrantío resultaban húmedos y grises. Mansos. Nada de sol agresivo. Nada de travesía por el desierto. Solo un paseo por el campo.

Planeaban hacer veintisiete kilómetros hasta Logroño. La ruta se presentaba sin grandes desniveles y con bastantes pueblos donde parar a aprovisionarse. Navarra se despedía de ellos con una jornada fácil.

Nacho reflexionaba mientras aún era demasiado temprano para charlar. Navarra, la región donde había arrancado su Camino. Roncesvalles, Pamplona, Puente la Reina, Estella… Iba a abandonarla a las puertas de Logroño. Seis días. Ciento cincuenta kilómetros recorridos ya, desde los Pirineos a la Meseta.

Navarra había sido una especie de aterrizaje en el Camino, con todos los altibajos de adaptarse a una nueva situación. Empezó eufórico, tratando de recuperar una juventud medio olvidada. Verse libre de la familia, asumir una identidad de lobo solitario, flirtear con las japonesitas… todo había contribuido a la ilusión. Luego llegaron los remordimientos; el inevitable «¿qué hago yo aquí?», del que se consoló gracias al trato con otros peregrinos, como Álvaro o Sebas. Ahora, con este pequeño grupo, estaba tranquilo, contento. Empezaba

a ver el Camino como una gran aventura en la que participaba cual caballero andante. Claro que los caballeros andantes o bien estaban solteros o aspiraban a una bellísima dama inalcanzable; en ningún caso tenían una prosaica esposa fiscalizando sus movimientos. Por suerte, las circunstancias lo ayudaban a abstraerse. Ni siquiera la proximidad de Logroño era causa de inquietud, a pesar de haberse prometido que de allí no pasaba sin llamar a casa. Su móvil seguía apagado desde Pamplona. Cuatro días. El Camino lo situaba a gran distancia de su realidad familiar; como si el Nacho abogado y padre, con chalé y coche negro estilo ranchera, fuera otra persona.

«Esta tarde la llamo». Y nada de cabinas. Desde el móvil. Hablaría con Claudia y Blanca. Cumplir con sus deberes como padre era poner paz en su conciencia y salir tranquilo a cenar. Había visitado Logroño unos años atrás y recordaba los deliciosos pinchos de la calle del Laurel. Sonrió al anticipar la admiración de Lorena ante las tapas más ricas en cada tasca. Sería divertido emborracharla otro poco. Era tan seria, tan tímida. Le vendría bien introducirse en la atmósfera relajada de los bares nocturnos.

La ruta fue muy sencilla, con pueblos cada poca distancia y un cielo piadosamente nublado. No pudieron desayunar en Sansol, la primera población después de Los Arcos: llegaron tan temprano que los bares aún no habían abierto. Apenas empezaba a clarear.

—No importa, Torres del Río está a kilómetro y medio —dijo Lorena, consultando su guía.

—Sí, miradlo allí abajo.

Nerea se había asomado a una barandilla de piedra y señalaba una pequeña aldea en una hondonada a los pies de Sansol. Tenía un aspecto algo irreal a la luz grisácea del amanecer, como un lugar hechizado. Nacho entornó los ojos. Entre las casas, distinguió un pequeño torreón de fina cantería. Parecía octogonal. ¿Sería de origen templario? ¿Allí, en aquella aldehuela? Se propuso averiguarlo esta vez.

Desayunaron en Torres del Río, en un albergue jacobeo a las puertas del pueblo. Tenía un patio agradable con una piscina diminuta que llamó la atención de Sebas.

—Qué bien nos hubiera venido un chapuzón ayer, después de la travesía del infierno. Si lo llego a saber, os convenzo para seguir hasta aquí.

Enseguida cosechó un coro de protestas. Sí, claro, siete kilómetros más de caminata a pleno sol. Pues te venías tú solo, que lo que es yo… Nacho fue el único que no dijo nada. Miraba a su alrededor con curiosidad. El porche estaba adornado con banderines y de los muros de piedra colgaban muchas macetas rojas. Olía a tierra húmeda y a pan. El pueblo le había parecido rústico —un par de gallinas

asomaban en aquel momento por el portón de la calle—, pero el albergue tenía encanto.

—¿En qué piensas? —le preguntó Lorena.

—En este lugar. Me gusta, no sé por qué.

—Tío, eso te lo puedo decir yo —intervino un desconocido saliendo al patio en pijama y calcetines—. Son las vibraciones templarias.

—¿Cómo?

El chico se desperezó estirando los brazos. Tenía rastas hasta la cintura y una extraña «i griega» tatuada en la muñeca izquierda.

—Venga ya, *nano*, estás de coña. ¿No sabías que Torres del Río fue una encomienda templaria? Eso es porque no habéis visto la iglesia, si no, lo pillaríais enseguida. Está un poco más adelante, en el centro del pueblo.

—Es una iglesia en forma de torreón, ¿verdad? —dijo Nacho—. Lo sabía. Anda, siéntate a desayunar con nosotros y nos cuentas.

El chico entró un momento a pedir café y bollos. Luego acercó una silla y se unió al grupo.

—¿Habéis caminado mucho esta mañana? Ah, desde Los Arcos. Pronto empezáis la jornada. Me llamo Albert.

Nacho le presentó a los demás. Ninguno parecía demasiado inclinado a la conversación, así que se encargó de darle coba. Todo ese asunto templario encajaba muy bien con el ánimo de caballero andante con que se había levantado aquella mañana.

—Entonces, ¿dices que aquí hay una iglesia de la Orden del Temple?

—La del Santo Sepulcro, sí. Es octogonal, *nano*, ¿tú te crees?

—Las iglesias templarias suelen ser así, ¿no?

—¡Eh, cómo *controlas*! Sí, tío, a los templarios les iban los ocho lados. Ocho, el número del infinito, el simétrico que se mira a sí mismo…

—Pero ¿por qué hacían las torres octogonales? —Albert se dispersaba y Nacho tenía curiosidad por el asunto desde la iglesia de Puente la Reina. Lástima que el sacristán no les hubiera permitido visitarla.

—Por imitar la Cúpula de Roca, claro.

—¿La qué?

—*Macho*, hay que leer más. La Cúpula de Roca es el templo sagrado de Jerusalén. Tenía ocho lados por algún rollo filosófico antiguo que les debió *molar* a los templarios. Lo vieron en las cruzadas y se trajeron la idea, en plan nostálgico.

Nacho contuvo la risa.

—¿Y cómo les dio por construir una iglesia en este pueblo tan pequeño? Torres del Río… Ni lo había oído nombrar.

—Pues porque está en el Camino. Se conoce que los templarios

encendían un fuego en la torre cada noche para guiar a los peregrinos.

Sebas chasqueó la lengua con cierta impaciencia.

—A ver, ¿los templarios no eran esos caballeros de las cruzadas? —dijo—. ¿Esos de manto blanco con la cruz bermeja? ¿Qué tienen que ver con el Camino?

—¡Todo, tío! —exclamó Albert con dramatismo—. Claro que se marchaban a las cruzadas y lo daban todo: preferían morir a rendirse a los moros. Pero también había templarios aquí, en España, para cuidar de los peregrinos. Eran los protectores del Camino de Santiago; por eso hay tantos restos templarios por toda la ruta: iglesias, hospitales, torres-guía… Ah, gracias, Conchi, qué bien huelen los bollos.

Albert cogió el cruasán que le acababa de traer la hospitalera y lo mojó en el café.

—En Eunate, por ejemplo. ¿Pasasteis por ahí?

Nacho cruzó una mirada con Lorena. No le sonaba de nada. Fue Nerea la que intervino:

—Es que nosotros vinimos por el Camino Francés. Eunate está por el Aragonés, un poco antes de Obanos.

—¿Hay más de un Camino? —dijo Sebas sorprendido.

Nacho sonrió recordando la frase del chico de la camiseta de AC/DC… ¿Cómo se llamaba? Álvaro. Álvaro Calatañazor. «Hay tantos Caminos como lugares desde donde empezar a caminar». Álvaro, Albert. Se parecían bastante. Ambos tenían un aspecto algo desaliñado y rebelde, aunque el punto de inteligencia y seriedad de Álvaro, en Albert se transformaba en ingenuo entusiasmo. Incluso su forma de hablar era similar, con un ímpetu seco y las mismas muletillas. Seguro que Albert también era valenciano.

—Eunate es brutal —continuó Albert sacudiendo sus rastas—. Yo quería pasar la noche en la ermita… —Hizo una mueca de resignación —. Mi chica se plantó. Que no dormía allí ni de coña, ¿tú te crees? Pero, bueno, incluso de día y con toda la peña, las fuerzas *telúvicas*… Vamos, que la energía es brutal.

—¿Y tu chica también notó esa energía? —preguntó Nacho.

Ninguno de sus amigos estaba demasiado entusiasmado con Albert. Sebas y Lorena empezaban a mirarlo con cierta aversión. Ni siquiera Nerea, más comedida, parecía interesada en sus historias. En cambio, a él le resultaba un sujeto divertido.

—¡Pues claro, hombre! ¿No te digo que es brutal? Estás ahí y, no sé, te da como un cosquilleo. En serio. También es una iglesia templaria. Octogonal y todo eso. Con la misma linterna-torre arriba para guiar a los peregrinos. —Albert le enseñó el símbolo tatuado en su muñeca y lo tocó varias veces, diciendo—: Esos tíos sabían lo que hacían.

Nacho miró el tatuaje con curiosidad. Era muy sencillo: como una

«y» con tres ramificaciones en vez de dos.

—¿Y eso qué es? —le preguntó.

Albert lo miró, incrédulo.

—¿En serio, *nano*? ¿No lo reconoces?

Nacho miró a los demás. Sebas se encogió de hombros y las chicas negaron con la cabeza.

—Bueno, es que *flipo* con vosotros. Esto es el símbolo secreto de los templarios. ¿Cómo hacéis el Camino de Santiago sin conocerlo?

—Qué falta hará para dar gracias a Dios —murmuró Sebas.

Albert lo oyó y le dio un par de palmaditas amigables en el hombro.

—Jo, tío, qué fuerte, eres una especie de monje, ¿no? —Y sin esperar respuesta, siguió a lo suyo—. Pues esto es una pata de oca.

Nacho soltó una carcajada. ¡Ocas! Reconocía en el símbolo la huella palmeada de un ave, pero la idea de relacionar a los bravos caballeros templarios con un animal tan doméstico era ridícula.

—¿Y no se identificaban más con un león o un águila?

—Tío, un respeto a las ocas.

Nacho seguía riendo. Había visualizado una fila de aves blancas y rollizas, anadeando con torpeza.

—¿Por qué ocas? A ver…

—Pues por Egipto —fue la sorprendente respuesta de Albert—. Fijaos en los jeroglíficos.

Sacó el móvil del bolsillo del pijama e hizo una búsqueda rápida. En la pantalla apareció el icono de un disco solar sobre el lomo de un ave palmípeda.

—Este es el símbolo del faraón. Los egipcios creían que era un descendiente directo del Dios Sol ¡y lo representaban con una oca!

—¿Y eso qué tiene que ver con los templarios?

Era difícil seguir los giros mentales de aquel chico, que los trasladaba de Oriente Medio al norte de África a velocidad mareante.

—Pues que fueron a Egipto cuando las cruzadas y también les *moló* el asunto. Al principio no les hacía falta utilizar códigos secretos, claro. Todo el mundo estaba encantado con ellos. Luego perdieron Jerusalén y los reyes medievales se cabrearon. Los proscribieron. Desmantelaron la orden. ¡Pum! Visto y no visto. Y, claro, como ellos querían seguir protegiendo el Camino de Santiago, se convirtieron en una hermandad secreta y empezaron a comunicarse por símbolos. Cuando veáis una pata de oca, significa: «los templarios están aquí y os protegen».

Ninguno dijo nada. Todo aquello sonaba un poco rocambolesco. Una voz risueña los interrumpió a sus espaldas.

—Cariño, ¿ya estás enredando con tus historias?

Una chica besó a Albert y se sentó junto a él con un café en las manos. Nacho disimuló su asombro. Albert había mencionado una

novia y hubiera esperado una versión femenina de sus rastas y tatuajes. En cambio, aquella joven tenía un aspecto muy pulido, con unos pantaloncitos caqui de senderista, una coleta lisa y gafas cuadradas de pasta.

—*Che*, Bea, déjanos soñar un poco —dijo Albert. Y volviéndose a los otros, aclaró—: Bea es historiadora medieval. También se pirra por los templarios.

—Con la diferencia de que yo no ando inventando símbolos esotéricos —rio ella, echando azúcar a su café—. ¿Vas a terminarte ese bollo?

Sin esperar respuesta, se apropió del último cruasán del plato.

—La relación de los templarios con las ocas no la puedes negar.

—Y dale. El Temple era una orden de caballería militar y monástica que se fundó para proteger a los peregrinos de los Santos Lugares. Los guerreros combatían en Tierra Santa; los monjes cuidaban las rutas a Roma y Santiago. Se hicieron tan poderosos que los reyes europeos empezaron a temerlos, así que los proscribieron y persiguieron hasta su desaparición. La historia real de los templarios ya es fascinante. No hace falta añadir parafernalia mística ni códigos secretos.

—Entonces, ¿todo eso de los misterios templarios es mentira? —preguntó Nacho.

Bea se encogió de hombros.

—De la Orden del Temple no se sabe demasiado. Los reyes destruyeron casi todos sus documentos. La única información conservada como prueba de todo ese misticismo es del siglo XIX. Curioso, ¿eh? Los primeros escritos sobre rituales y códigos templarios están fechados quinientos años después de que la orden desapareciera.

—¿Cómo? Entonces, ¿alguien se lo inventó todo hace un par de siglos?

Bea acabó de comerse el cruasán y le hizo un guiño.

—Muchos expertos apuestan por las sectas masónicas: se fundaron en la misma época. Estoy haciendo mi tesis doctoral sobre el tema; te la dejo leer cuando termine.

—Ya veis —dijo Albert, con aire calamitoso—, venimos al Camino para descubrir los misterios de la Orden del Temple, y ella, empeñada en tirármelos a la cara. En el Camino hay magia y está relacionada con los templarios. De ahí no me saca nadie.

—Va, ve a vestirte, que quiero medir el portal de la iglesia en cuanto abran. Nosotros hacemos un Camino un poco alternativo. Pocos kilómetros al día y mucho tiempo estudiando monumentos.

—Dos días enteros en Puente la Reina —suspiró Albert. Se había levantado dócilmente, sin hacer amago alguno de marcharse—. Y, por cierto, ¿cómo era el crucifijo ese de la iglesia?

Nacho abrió las orejas. La famosa iglesia del Crucifijo que no habían

llegado a visitar.

—Era un Cristo de la Pata de Oca —reconoció Bea, sonriendo—. No te emociones; no creo que fuera templario.

—Entonces —dijo Nacho—, ¿ese crucifijo de Puente la Reina tiene forma de pata de oca?

Así que a eso se refería el sacristán.

—Míralo —dijo Albert, buscando en su móvil.

Nacho contempló la fotografía del extraño crucifijo. Jesús, con la cabeza gacha y el paño atado a la cintura, no se diferenciaba gran cosa de las imágenes habituales, aunque la cruz no era tal, sino una estructura idéntica al símbolo que Albert llevaba tatuado en la muñeca. Una «i griega» con un tercer trazo central.

—Vaya —dijo Nacho—. Una pata de oca en una iglesia templaria.

—¿Lo ves? —exclamó Albert.

Bea seguía sonriendo con suavidad.

—Dudo que los templarios tengan algo que ver con ese crucifijo. La imagen tiene muchas características del arte eclesiástico de Renania. También hablo de eso en mi tesis.

Albert se rascó la cabeza entre las rastas.

—A veces pienso que está haciendo esa tesis solo para fastidiarme. Nada, que no me quitas la ilusión. Sí, sí, voy a vestirme. Otro día más de metro y bloc de notas. Qué vida…

El chico se metió al interior del albergue. Bea se terminó su café de un trago.

—Menos mal que le interesa todo ese rollo esotérico, así se entretiene mientras trabajo.

Nacho sonrió. Le hacía gracia imaginarlos juntos en una iglesia: ella, estudiando con rigor científico las estatuas, tallas y bóvedas de crucería; él, lanzándose entusiasmado a buscar patas de oca ocultas en la piedra.

—¿Y no tienes ninguna tentación de dejarte arrastrar al «lado misterioso»?

Bea se encogió de hombros.

—A veces quisiera creer en esas leyendas que a él le apasionan. Serán tonterías, pero, la verdad, hacen la vida más interesante. ¿Os vais ya?

Sebas, Nerea y Lorena se habían levantado, dispuestos a emprender la marcha. Nacho se incorporó también de mala gana.

—¿No esperáis a que abra la iglesia? —insistió Bea—. Fuerzas telúricas aparte, es un edificio especial.

Los otros tenían prisa por llegar a Logroño antes de que el sol apretara, así que se despidieron de la pareja y abandonaron el albergue.

Unos pasos más adelante estaba la famosa iglesia del Santo

Sepulcro. Era, en efecto, la torre octogonal de fina cantería que había visto Nacho desde Sansol, de aspecto discreto aunque robusto, y con una linterna de piedra en lo alto. Allí encenderían la hoguera cada noche para guiar a los peregrinos. Se imaginó a los miembros de la orden dentro de la torre, velando por los caminantes y rezando por la victoria de sus compañeros en Tierra Santa. Había aprendido mucho sobre los caballeros templarios aquel día, a pesar de que parecían eludirle en el Camino. La ermita de Eunate la había pasado por alto; no llegó a ver el dichoso crucifijo en Puente la Reina y ahora, tampoco visitaría este torreón. «Es que tú no eres un caballero andante, querido». No, no lo era. Él era un prosaico marido cuya prueba más dura esa jornada sería enfrentarse por teléfono a su esposa.

13. El juego de Logroño

Lorena no pensaba en los templarios mientras salían de Torres del Río. Ella tenía la mente ocupada con un solo ídolo. Qué sociable, qué amigable con todo el mundo, hasta con aquella excéntrica pareja. Lo miró por el rabillo del ojo. Estaba muy guapo aquella mañana. Había recuperado su paso elástico y se le veía fresco, descansado. Le encantaba el perfil de sus finos labios bajo el bigotito rubio.

Experimentaba un vértigo placentero al verse como su amiga especial. No deseaba nada más. Era feliz riéndole las gracias y escuchando sus confidencias. Pobrecillo. Qué terrible ser fiel sin sentir más que indiferencia hacia el objeto de su fidelidad. Tampoco olvidaba la tristeza inabarcable de los ojos de ella cuando Nacho le acarició la mejilla en la estación. Como si supiera que aquel gesto cariñoso ya no tenía ningún valor.

«Son amores de oca», habría dicho la abuela Maruxa, sentenciándolos como pareja fracasada. Lorena sonrió al recordar aquella típica frase suya. Había tardado en comprenderla. Conocía bien a las ocas porque la abuela las criaba, y tenían unos hábitos conyugales dignos del monógamo más estricto. Se emparejaban para toda la vida. Tras un alegre cortejo, sentaban cabeza en el corral y ya nunca más volvían a interesarse por otras compañeras. Era tierno verlas darse arrumacos y formar un nido al que solo la pareja y sus hijos podían acercarse. Había visto a papá oca defendiendo a su esposa de un zorro ambicioso y a una oca viuda, aún de luto, rechazando pretendientes con altivez. Su fidelidad era conmovedora. Entonces, ¿por qué la abuela Maruxa tenía tan mal concepto de los «amores de oca»?

—*Neniña*, pero ¿qué crees tú que le aporta una oca a otra para tenerla enamorada? —le había contestado la buena señora.

Desconcertada, Lorena guardó silencio.

—Exacto, ¡nada! No se emparejan de por vida por amor. Lo hacen por costumbre.

La niña romántica y solitaria que soñaba con príncipes azules pensó que una constancia tan tierna merecía mejor consideración y nunca volvió a utilizar aquella frase. Ni se hubiera acordado si Albert no las hubiera mencionado. Las ocas, el símbolo secreto de los templarios. Menuda tontería; más aún que despreciar sus usos amorosos.

Los cuatro peregrinos hicieron una breve pausa para almorzar en la hermosa Viana, sin entretenerse. Las nubes matutinas se habían oscurecido mucho y la premura por huir del sol se convertía en prisa por guarecerse de la lluvia al caer. Solo nueve kilómetros separaban

Viana de Logroño. Eran, respectivamente, la última población navarra y la primera riojana del Camino: el primer cambio de provincia. Atrás quedaban los Pirineos y los prados verdes del norte. La Rioja, la tierra del vino, se presentaba con campos veteados de vid y cereal.

Lorena empezaba a sentir aquella etapa como de transición; no solo por abandonar Navarra, sino también como grupo. Después de Viana, siguieron caminando bastante dispersos. Ella y Nacho iban delante, en silenciosa compañía. Nerea se rezagaba, cojeando un poco; y Sebas iba en la retaguardia con aire ensimismado. Llegaron a Logroño con una leve sensación de desánimo, como si la camaradería iniciada en Puente la Reina se hubiera fisurado. Quizá por eso no la sorprendió demasiado que Sebas anunciara:

—Yo voy a continuar un poco más. Aún es temprano y me gustaría acampar esta noche.

Se habían detenido antes de cruzar el puente de Piedra, a la entrada de la ciudad. El río Ebro fluía lento y majestuoso entre los seis robustos tajamares. En la orilla opuesta se alzaba la primera línea de edificios modernos.

—No te vayas, Sebas —rogó Nerea—. Quédate con nosotros…

La chica llevaba el dolor y el cansancio retratados en el rostro. Era quien más había congeniado con el exmilitar.

—Hoy quiero usar la tienda —dijo él con firmeza—. Volveremos a encontrarnos; ya lo verás.

Ninguna súplica lo convenció para quedarse; solo los acompañó hasta el albergue y se marchó con su enorme mochila a cuestas, las cazuelas colgando y la cantimplora militar a un lado. Lorena se preguntó con vaguedad si de veras volverían a verse, aunque estaba tan pendiente de Nacho que, de no ser por Nerea, no le habría dado demasiada importancia a la separación. Su amiga sí estaba afectada. A la partida de su amigo se sumaba el dolor de rodilla y no pudo evitar algunas lágrimas.

—Creo que voy a acercarme al ambulatorio, a ver si pueden recetarme algún analgésico. No me hagas caso. Hoy estoy un poco tonta.

Ambas se encontraban solas en la habitación del albergue. Ya se habían duchado y esperaban a Nacho para salir a cenar. Había prometido llevarlas a probar los mejores pinchos de la ciudad y Lorena vaciló un instante antes de decir:

—Te acompaño.

—No, no, de verdad. Prefiero ir sola, que así me calmo un poco.

Lorena insistió un poco hasta comprender que su amiga era sincera. Quería despejar su mal humor en soledad.

—Tú sal por ahí con Nacho —continuó Nerea haciendo un esfuerzo por sonreír—. ¡Y a ver qué me tienes que contar mañana, pillina!

—Y dale. ¿Sabes adónde ha ido Nacho? A llamar a su mujer.

Él le había hecho un gesto de disculpa señalando su móvil al salir de la habitación, hacía un rato. «Vuelvo enseguida», había gesticulado.

—Sí, para cumplir y empezar la noche con la conciencia tranquila. Espera a mañana para llamarme cínica… y disfrútalo.

Por eso, cuando Nacho regresó, Lorena estaba sola en el cuarto, extendiendo su saco de dormir sobre la litera.

—Ah, estás aquí.

Traía una expresión relajada y satisfecha. Ella no se atrevió a preguntarle si era por haberse sacudido de encima una carga o porque la conversación con su mujer había sido grata.

—¿Nos vamos? Le he preguntado a la hospitalera cómo llegar a la calle del Laurel. También me ha dicho que el albergue cierra a las once, que tenemos que volver antes o no podremos entrar. Un albergue con toque de queda, ¿te lo puedes creer? —Nacho miró a su alrededor—. ¿Y Nerea?

Lorena se lo explicó.

—Estaba bastante decaída.

—Tal vez la marcha del amigo Sebas también haya influido —sonrió Nacho—. ¡Lástima! Se va a perder una experiencia gastronómica como pocas. Anda, vamos.

Siendo gallega, Lorena era difícil de impresionar con la comida, pero los pinchos riojanos hacían sana competencia a las tapas de su Santiago estudiantil. La calle del Laurel, una estrecha travesía del centro de Logroño, le recordaba a la rúa compostelana del Franco. Allí se sucedían decenas de tascas diminutas y atestadas de bullicio sobre el que los camareros cantaban sus pedidos. «¡Una de bravas!». «¡Tres choricitos!». «¿Dónde están esas setas?». Flotaba en el aire una atmósfera festiva y un denso olor a fritura.

La chica acompañó a Nacho de un bar a otro, escurriéndose entre la gente para pedir un pincho y un chato de vino tinto en cada local. Huevos rotos, tostas con champiñones grandes como puños, morro de cerdo. A ella nunca le había entusiasmado esa forma de salir; prefería una cena tranquila en algún restaurante con sus amigas de siempre. Y aquí estaba, de bar en bar por una ciudad desconocida con un hombre fascinante, mayor que ella y más guapo de lo que solían ser los biólogos. No se reconocía a sí misma.

—¿Sabes? Yo estuve aquí una vez con mi mujer —dijo Nacho en el cuarto local, donde consiguieron un par de taburetes en la barra—. Aún no teníamos a Claudia; fíjate si hace tiempo.

Lorena dio un tímido trago de vino mientras sopesaba qué decir. Le apetecía recuperar la intimidad de la charla de Estella.

—Estuve pensando en esos veinte años que lleváis juntos. ¿Te das cuenta de que yo era casi un bebé cuando os conocisteis?

—Toda una vida, ¿eh?

Nacho parecía algo achispado. Se inclinó hacia ella con aire conspirador, haciendo que su corazón latiera con fuerza.

—En tanto tiempo, hasta el sexo se vuelve aburrido. ¡Cómo no voy a querer aventuras!

Lorena se atragantó con el vino. ¿Estaba insinuando algo? No parecía ser esa su intención. Él se apartó y sacudió la cabeza.

—La verdad, no la merezco. Antes, por teléfono, todo ha ido como la seda…, recordando viejos tiempos, mira tú; una charla agradable. Hablamos de aquel viaje a Logroño. Su mejor amiga, Alicia, está casada con un riojano y vinimos a visitarlos. Aún estábamos tan enamorados que la falta de intimidad en su piso fue una tortura.

Sonrió, como pensando en algo demasiado íntimo para compartirlo.

—Qué bien me conoce esta mujercita mía. Su amiga sigue viviendo aquí. Le encantaría que me acercara a verla, en plan marido perfecto…, y ni siquiera me lo ha sugerido. Sabe lo que opino de Alicia: es una pija insufrible. —Nacho se acarició la perilla rubia—. Quizá esto del Camino acabe ayudándome a recuperar la ilusión. Ojalá pudiera. Lo haría todo mucho más fácil.

—Claro.

A Lorena le costaba seguir el hilo de su extraño humor aquella noche. Permaneció callada mientras él maduraba sus palabras.

—Lo mejor para un hombre casado es estar enamorado de su mujer. —Rio con aire avergonzado—. Yo debería esforzarme más. Hace unos días, estuve a punto de engañarla con unas jovencitas, ¿sabes? Unas japonesitas muy monas que ni siquiera hablaban castellano, ya ves. Qué tonto soy. Ahora tengo las cosas claras. No pondré en peligro mi matrimonio por un capricho. Quiero darle una oportunidad. Quiero hacer las cosas bien.

Su voz era pastosa, demasiado rotunda. Ella le creyó. Era lo correcto. Prefería admirarlo por su firmeza que dar coba a la tímida desilusión que le apagaba las mariposillas del estómago. Qué tontería. Nacho no era para ella. No lo era. Punto.

—Es agradable charlar contigo, Lorena. ¿Y si vamos a tomar algo a un lugar más tranquilo?

Afuera había empezado a llover. La gente se apretujaba bajo los toldos mientras ellos, peregrinos avezados, abandonaban la zona de vinos sin cubrirse siquiera la cabeza y callejeaban por Logroño en busca de algún bar de copas. La ciudad estaba vacía y algo desolada.

—¿Qué es eso? —dijo Lorena, señalando unos cuantos bloques oscuros que separaban la calle de una placita.

Nacho se acercó a examinarlos. Caminaba dando algún que otro tumbo:

—Son dados. ¡Dados gigantes!

Los bloques tenían puntos blancos con la numeración característica del uno al seis. Había varios en una fila desordenada, como dejados caer al azar de un enorme cubilete.

—¿Y qué hacen aquí unos dados?

—Mira. —Lorena señaló la placita—. Es un juego de mesa.

El suelo de la plaza era un gran tablero, aunque estaba tan mojado que costaba distinguirlo. Algunas casillas tenían dibujos: iglesias, puentes, un laberinto… y varias aves blancas de pico y patas naranjas, simpáticas aves que parecían salidas de un tebeo.

—¡Es el juego de la oca! —exclamó asombrada.

¡Ocas! De nuevo, aparecían en su Camino y, esta vez, de un modo más categórico que en boca de un chico fantasioso. ¿Qué significaba aquello? Nacho se plantó sobre una de las aves y esbozó una sonrisa pícara:

—De oca a oca… ¿Jugamos?

Ella sonrió también.

—Entonces, hay que empezar por el principio. ¿Dónde está? Ahí, fíjate: la primera casilla es un crucero. ¿Será algún sitio conocido?

—He sacado un seis —dijo Nacho haciendo el gesto de tirar un cubilete—. Voy.

Se desplazó por el tablero, saltando de casilla en casilla como si jugara a la rayuela.

—Seis: un puente. De puente a puente… Menudo repaso te estoy dando.

—Estás en Puente la Reina —dijo Lorena leyendo un letrero junto a sus botas—. Y fíjate, luego va Cirauqui, Estella… Son los pueblos que hemos pasado estos días.

Buscó en la pared el nombre de la plaza.

—Ya me parecía a mí: es la plaza de Santiago. ¡El juego de la oca es el Camino!

Era un descubrimiento asombroso. Olvidándose de la lluvia, la chica recorrió el tablero casilla a casilla.

—El crucero del principio debe ser la frontera con Francia. Creo que se trata del Camino Aragonés porque luego aparece Jaca. Mira, Nacho: la quinta casilla es Eunate, esa ermita templaria que mencionaba Albert. Y tú…

—Yo estoy donde nos conocimos —interrumpió él, y su voz sonó seria y despejada.

Lorena alzó la vista lentamente desde el puente dibujado en el suelo. Recorrió el cuerpo de él. Sus piernas, su pecho, su boca… Él la miraba con fijeza, como aquella vez en Estella. La lluvia perlaba sus mejillas y se le quedaba prendida en el bigotito rubio, justo sobre los labios. Qué labios tan finos, tan pícaros. Sabía que estaba mal. Que era un error. Y, sin embargo, hubiera dado cualquier cosa porque aquellos

labios la besaran.

—¿Dónde estamos ahora? —murmuró él.

Antes de que ella pudiera reaccionar, dio un ligero respingo y apartó la vista. Sin hacer un solo movimiento, se había alejado a gran distancia.

—¿Dónde estamos? —repitió, ya en otro tono—. Ven, busquemos la casilla de Logroño.

Lorena no tuvo tiempo de sentirse decepcionada. Nacho la cogió de la mano y la mantuvo muy cerca de él. La lluvia seguía cayendo con suavidad mientras repasaban su propio viaje por aquellas baldosas mojadas, desde Puente la Reina hasta el majestuoso viaducto de la capital riojana. «De puente a puente». Desde que se conocieron hasta… ¿hasta qué? ¿Qué iba a significar Logroño? Lorena recordó la sutil sensación de transición que la había acompañado todo el día y se aferró a su mano. Avanzaron por el tablero observando los hitos que tenían por delante. Santo Domingo de la Calzada, Burgos, León, Ponferrada… Más poblaciones icónicas de la ruta jacobea. Con beso o sin beso, quería recorrerlas con él.

—Y por fin, Santiago. Nuestra meta —dijo Nacho.

Ella contempló la imagen del apóstol. Llevaba el bordón en las manos y la concha en el sombrero, como si acabara de llegar de un largo viaje. Lo habían dibujado dentro de una fachada porticada y sobre ella flotaba una oca pequeña, discreta. El peregrino, la catedral y la oca, como tres símbolos de una misma meta. Por primera vez, Lorena pensó en el final del Camino. Había preparado su marcha de forma tan apresurada, tan ciega, que no se había parado a pensar en su objetivo. ¿Por qué hacía esta peregrinación? ¿Y qué haría cuando la terminara? ¿Qué pasaría cuando no hubiera más kilómetros que cubrir?

Sus pensamientos se desviaron de tal forma que aflojó la mano de Nacho. Él se retiró. El hechizo que los había unido sobre el pavimento estaba roto, aunque la mirada de él seguía siendo alentadora.

—Vamos a tomar algo, que estamos empapándonos.

Hubiera sido una noche perfecta si hubieran vuelto entonces al albergue. Daban las diez. Faltaba solo una hora para el cierre de puertas y Lorena estaba cansada; aun así, era incapaz de negarle nada. Cuando al fin encontraron un bar abierto, todo se torció. El local estaba vacío, salvo por tres chicas extranjeras, preciosas, de aspecto oriental, que se emocionaron mucho al verlo.

—¡Nacho! ¡Nacho!

Lo rodearon como *groupies* a una estrella de *rock*, dejando a Lorena de lado. Ni la vieron. Chillaron con alborozo cuando él las llamó por sus nombres, le preguntó a Shizuka por su ampolla e hizo enrojecer a

Kaori y Kimiko al saludarlas con dos besos.

No vieron a Lorena, pero ella sí pudo observarlas bien. Las tres japonesitas. La reciente tentación de Nacho. Por lo que contaban en un inglés macarrónico y atropellado, se habían rendido al Camino y estaban haciendo la ruta en autobús. Qué guapas eran. Llevaban el pelo largo recién planchado, los labios de apetecible brillo color fresa y vaqueros ajustados, de esos que a Lorena jamás le quedaban bien. Y Nacho, encantado, les dedicaba toda su atención. Se las comía con los ojos, bromeaba con ellas, se hacía el estupendo con toda la gracia que hasta entonces solo le había dedicado a ella.

Sintió celos. Sabía bien que no era tan guapa ni tan risueña como aquellas chiquillas; entonces ¿por qué Nacho la había mirado como si…, como si fuera especial? Qué tonta, qué ilusa había sido. Por hacer algo, fue al baño y permaneció allí un buen rato. Cualquier cosa, antes que ser testigo marginal de aquel tonto comadreo. Miró el reloj. Las diez y media.

—Nacho, tenemos que irnos o nos cerrarán…

La frase murió en sus labios. Nacho, que dos horas antes le juró que no traicionaría a su mujer, besaba con desenfreno a una de las japonesitas en el rincón más oscuro del local. ¡La estaba besando! Lorena entrevió sus ojos cerrados, las manos crispadas bajo la melena oriental, su cuerpo sitiándola contra la pared… Toda la pasión que ella había deseado para sí en el tablero de la placita, dedicada a una chiquilla boba que ni siquiera hablaba su idioma. Turbada y muy dolida, dio media vuelta y volvió sola al albergue, bajo la lluvia.

LA RIOJA

14. El Camino sigue

Cuando Lorena abrió los ojos, tardó un instante en recordar por qué se sentía tan mal: la imagen de la noche anterior fue como un golpe en el estómago. La litera de Nacho estaba vacía. Su mochila seguía allí; también el saco de dormir sobre la colchoneta. Nadie había dormido en él. La chica se lo imaginó besándose con la japonesita por los rincones de Logroño, dejándose arrastrar por sus risitas a alguna habitación de hotel, despertándose dentro de muchas horas junto a ella. No podía creer que una noche tan especial hubiera acabado así.

—Buenos días, fiestera —susurró Nerea a sus espaldas, vestida y lista para salir—. Anoche ya estaba dormida cuando llegasteis. ¿Lo pasasteis bien?

Ella no supo qué contestar.

—¿Dónde está Nacho? No suele ser tan madrugador.

—Ha pasado la noche fuera.

Tenía muchas ganas de contárselo todo, pero aún había peregrinos durmiendo y era demasiado largo de explicar en un susurro.

—Recojo y te cuento.

Se aseó un poco, embutió el saco de dormir en la mochila y a los cinco minutos estaba preparada. El Camino no requería más. Antes de abandonar la habitación, se detuvo, dudosa:

—¿Y las cosas de Nacho? ¿No deberíamos…?

Nerea la cogió del brazo y la condujo fuera.

—Se ha ido de pendoneo y te ha dejado tirada. ¡Que se apañe!

A Lorena le entró la risa. Qué grato poder reírse un poco de todo aquello. El peso en la boca del estómago se aligeró un tanto. Su amiga tenía razón: no era problema suyo. Tampoco lo esperaría para partir. Ya se apresuraría él a alcanzarlas a lo largo del día.

Le relató toda la historia mientras desayunaban en un bar cercano. A pesar de la hora, un hombre jugaba en la máquina tragaperras y la musiquita enlatada protegía su conversación de oídos indiscretos. El local olía a cerrado, al metal de la barra y a fritura rancia. Menuda diferencia con la calle del Laurel. Lorena revivió con nostalgia los pinchos calientes y la intimidad de la conversación. Recordó la mirada en la plaza bajo la lluvia, como de beso inevitable. Y lo fue, pero no con ella.

—Será falso, el tío —exclamó Nerea—. No le duran las promesas ni cinco minutos.

Su indignación de amiga era reconfortante. Lorena pasó por alto la incongruencia de que el día anterior la hubiese animado *a ella* a provocar esa misma infidelidad. Necesitaba consuelo y se encontraba

en la cómoda posición de poder criticar. No había hecho nada malo, así que pasó un buen rato censurando a Nacho desde las complacientes alturas de la superioridad moral. Si el resquemor que sentía era por su esposa o por ella misma no importaba demasiado. Cuando emprendieron de nuevo el Camino, se sentía bastante mejor.

La lluvia de la noche había dejado la ruta algo embarrada. No había despejado y el día era fresco y tristón. Las chicas salieron de Logroño por un parque con un amplio embalse. Era un lugar agradable, con su césped ajardinado, botes de recreo y merenderos vacíos, aunque después de la belleza agreste de los campos navarros, parecía demasiado domesticado. Iniciaron un suave ascenso entre lomas de vid y huerta. Logroño quedó atrás y el paisaje riojano se volvió prolífico, como un idilio romano de vinos y frutas. Tras un buen rato cuesta arriba, Lorena alcanzó la cima del repecho y se detuvo para esperar a Nerea, cuya rodilla marcaba un paso más lento. El embalse a sus pies era plácido como un espejo y, más allá, la ciudad se emborronaba entre nubes. ¿Dónde estaría Nacho? ¿Habría emprendido ya la marcha? Repasó el Camino con la tenue esperanza de distinguirlo. En algún momento las alcanzaría; era pronto aún. «Supongo que dormirán hasta tarde», pensó con despecho. Llegó Nerea y emprendieron la bajada. Las campanas de la iglesia marcaban las diez cuando entraron en Navarrete. Llevaban tres horas caminando.

—¿Paramos a almorzar? —dijo Nerea con la voz rota.

La rodilla se le había hinchado bastante y Lorena la miró, preocupada.

—Sí, claro. Y voy a pedirte hielo para esa pierna.

La camarera era muy amable. Envolvió varios cubitos en un trapo limpio y la animó a que se lo llevara.

—Creo que tú lo necesitas más que yo.

A Nerea, agotada y dolorida, no le salían las palabras de agradecimiento. Era admirable que siguiera adelante.

Lorena dividía su atención entre darle ánimos a su amiga y otear el Camino. Se preguntaba qué humor traería Nacho. ¿Estaría avergonzado? ¿Arrepentido? Lo que no dudaba ni un momento es que acabaría apareciendo. La japonesita no había sido más que un bache. No lo retendría en Logroño.

Él no apareció, pero sí ocurrió algo en Navarrete. Mientras daban descanso a la rodilla de Nerea, el teléfono de Lorena empezó a sonar. Por un instante, soñó que era él quien la llamaba. ¿Le había dado su número? No lo recordaba… Miró la pantalla. Se le cayó el alma a los pies al leer «mamá».

Lo había olvidado por completo. El Camino la había hecho perder la cuenta del calendario. Antes de descolgar, ya había caído en tres

crudas realidades: Que era sábado. Que pasaban de las diez. Y que, si no cogía la llamada, «sabré que ayer te fuiste de juerga».

«Tiene gracia que esta vez sería verdad», pensó con ironía. Todo el peso de la última conversación con su madre en la estación de autobuses se le vino encima. Todas las mentiras. Para ella, aún trabajaba en Madrid. ¿Hacía solo una semana de aquello? Como si hubieran pasado siglos.

—¿Me disculpas un momento? —le dijo a Nerea.

Y se levantó para hablar con intimidad. Por nada del mundo pasaría por otra situación como la de Marta.

—Hola, mamá. ¿Qué tal andáis? ¿Y papá? ¿Y…?

Con un poco de suerte, su madre no le preguntaría sobre ella. Vanas esperanzas.

—Hija, me tenías muy preocupada.

—¿Por qué?

—No me llamas, no me escribes…

—Estamos hablando ahora.

—Acabo de telefonear a tu casa. Me confundí, ya sabes, estos teléfonos modernos… Me cogió esa compañera tuya tan rara, ¿Marta? Y me dijo… ¡me dijo que ya no vivías ahí!

Lorena pegó un respingo. Mientras discurría cómo responder, su madre atacó de nuevo:

—¿Dónde estás?

La chica inspiró hondo. La verdad. Era el momento.

—En Navarrete.

—¿Y eso dónde es?

—En La Rioja. Cerca de Logroño. Estoy haciendo el Camino de Santiago.

—Hija, ¿y el trabajo?

Lorena conocía bien a su madre. Estaba haciendo esfuerzos por contenerse, pero los reproches se le acumulaban en la recámara y en algún momento saldrían todos juntos como una explosión. No quería escucharla. No quería ver en ella el espejo de sus dudas, de sus inseguridades. «Qué te pensabas, ¿que sería fácil tener éxito fuera de casa? ¿Que podías independizarte sin problemas? ¿Tú?». En algún momento había que pasarlo y casi era mejor no haberlo reflexionado demasiado. Se armó de valor:

—Me han echado, mamá. Me despidieron hace dos semanas.

Hubo un espeso silencio. Largo, muy largo. Y entonces, cuando Lorena ya había abierto la boca para justificarse, su madre dijo algo sorprendente:

—¡Cabrones!

—¿Mamá?

Nunca la había oído soltar una palabrota.

—Hija, si no saben valorarte, que les den.

La chica sintió un alivio tan grande que hubiera podido echarse a llorar. Le parecía estar flotando. Aquella reacción era una sorpresa maravillosa.

—Bueno, por fin vas a poder volver a casa. Tu padre estará encantado de que eches una mano en la empresa. Le hace falta ayuda; tus hermanos no pueden con todo. ¿Cuándo vuelves?

Lorena volvió a tensarse.

—No lo sé. Ahora estoy haciendo el Camino.

—Bah, ¿de qué te sirve andar vagabundeando por el mundo? Coge un bus y vente a casa, anda.

—Mamá, ya os he dicho muchas veces que no quiero dedicarme a la empresa —dijo ella con desespero. Por eso había estudiado Biología. Por eso se había marchado a Madrid.

—Y entonces, ¿qué quieres? —replicó su madre, agresiva.

El breve momento de camaradería había pasado.

—No lo sé.

—Pues mientras tanto…

—Mis cosas están en Madrid y ahora estoy haciendo el Camino. Por favor, no me agobies.

Hubo otro largo silencio.

—¿Sabes que tu amiga Uxía ya está embarazada?

El «ya» sonó como un reproche. Uno antiguo de años. Los dos hermanos de Lorena estaban casados y con niños, al igual que las hijas de las vecinas, de las amigas, de las primas, mientras ella seguía sola, encastillada en su limbo adolescente. Y lo peor, lo más mortificante era que, en el fondo, ella también vivía la ausencia de familia propia como un fracaso vital. Uno mucho más íntimo, profundo e inconfesable que su despido.

—Hasta la semana que viene, mamá —dijo con suavidad. Y colgó.

Nerea estaba haciendo estiramientos cuando volvió junto a ella.

—¿Cómo te ves para seguir?

—Creo que podré. Me ha sentado bien el frío.

Lorena agradeció que no le preguntara nada. Asuntos como lo de Nacho eran penas superficiales; no dolía hablar de ello, al contrario. Sin embargo, aquella tensa cuerda familiar le removía hasta el último rincón del alma. Dejaron algunas monedas de propina por la amabilidad de la camarera y echaron de nuevo a andar.

No hubo más incidentes hasta Nájera, donde finalizaron la etapa. Lorena pasó el resto de la jornada rumiando el desencuentro con su madre, apenas consciente de que el estado físico de Nerea se resentía cada vez más. Y Nacho, sin aparecer. Ni durante la ruta ni en Nájera lo vieron por ningún sitio. «¿Qué narices hago aquí?», se preguntó

Lorena aquella noche, dando vueltas en su litera sin poder dormir. «Mamá tiene razón: no volver a casa es una cabezonería ridícula».

Al día siguiente, empezaron temprano. Nerea estaba bastante recobrada y Lorena, a pesar de la mala noche, hacía esfuerzos por ser optimista. La mañana se presentaba soleada y fresca, ideal para caminar. «Hoy todo irá bien. Esto es una fase, como lo de Manuel».

Avanzaron a buen paso unos kilómetros. El Camino a la salida de Nájera ascendía entre colinas para luego abrirse a una planicie rojiza con más campos de vid. Era una ruta llana y sin dificultades. Aun así, al cabo de una hora Nerea volvía a cojear. Lorena se alarmó al ver que le rodaban lágrimas por las mejillas.

—Ven, sentémonos un rato —dijo, cogiéndola por la muñeca.

—No. Tengo que poder.

Caminaba apoyando todo su peso en el resistente cayado de Pablito *el de las varas*, con los dientes apretados y una expresión resuelta. Su determinación era admirable, pero al llegar al pueblecito de Azofra, casi no podía ni arrastrarse.

—Mi guía dice que aquí hay un albergue —dijo Lorena—. Tal vez tengan algo para esa rodilla tuya.

Nerea se dejó llevar sin discutir. El albergue estaba a las afueras del pueblo y era un edificio grande, similar a un pabellón de deportes.

—¿Hola? —gritó Lorena al ver la recepción vacía.

Una voz ahogada respondió desde algún lugar del piso superior:

—¡Ahora voy!

Se acomodaron en el patio, en unas mesas de plástico junto a una fuentecita excavada en el suelo de terrazo. Resultaba perfecta para meter los pies, aunque ninguna lo propuso. Si se quitaban las botas, no se moverían de allí en toda la mañana. La hospitalera no tardó en llegar. Era una señora de mediana edad, con aire maternal y ajetreado.

—Cuánto siento haberos hecho esperar. Hoy estoy sola y he tenido un verdadero aluvión de peregrinos a dormir. ¡Menuda mañanita!

Ellas le aseguraron que no pasaba nada.

—Normalmente cuento con algún voluntario y, justo hoy, el que tenía me ha dejado plantada para irse con sus amigos a Santander —continuó la señora, retorciendo el delantal en sus manos sin darse cuenta—. ¡Ya le vale! Se había comprometido por dos semanas; su madre quería que hiciese *labor social*. Dos días que duró. «Luisa, es que me aburro», va y me dice. Nunca había hecho el Camino.

—¿Acaso importa? —preguntó Nerea alzando la cabeza con cierto interés.

—Pues sí. Los peregrinos son los mejores hospitaleros; ellos saben de qué va esto.

La chica se quedó pensativa y Lorena tuvo un mal presentimiento.

—Bueno, ¿y qué puedo hacer por vosotras? Ah, la rodilla… La

tienes muy hinchada, pobrecita. Voy a buscar el botiquín.

La amabilidad de la hospitalera fue un buen bálsamo para Nerea. Le ofreció un analgésico y una de esas cremas de frío que enseguida le alivió el dolor. Lorena la miraba con inquietud. Temía que no pudiese continuar; o que no quisiese. Y efectivamente, en un momento que la buena señora se ausentó, su amiga dijo en voz baja:

—Debería abandonar.

—¡No! Si ya estás mucho mejor. Tú descansa, que no hay prisa.

Nerea agitó su cabecita morena.

—Seamos realistas: con esta pierna no llegaré muy lejos. Puedo quedarme unos días aquí como voluntaria. Ya has oído a esta señora: necesitan gente, y mejor si son peregrinos.

—¿Para qué quieres hacer de hospitalera? —replicó Lorena con tristeza.

No quería quedarse sola. No cuando llevaba el alma tan revuelta. Su amiga se encogió de hombros y esbozó una leve sonrisa.

—Si no puedo hacer el Camino, pues que el Camino venga a mí. Por un albergue pasan muchos peregrinos, cada uno con su historia. Será una vivencia interesante. Adaptación a las circunstancias, Lorena. La receta para la felicidad.

—Yo confiaba en llegar juntas a Santiago.

—Y a mí me hubiera gustado terminarlo esta vez, créeme. O al menos, ir más allá de Astorga. —Soltó una risa amarga—. Debo estar condenada a dejarlo siempre a medias. Lástima que esta vez no sea por una buena noticia.

—Lo de Astorga fue por las olimpiadas, ¿no?

—Sí… Es curioso: desde que me lesioné, veo esa ciudad como una especie de barrera en mi vida. Cuando sonó el teléfono, estaba en el jardín de un palacio de cuento. «Nerea Zabalza, te incorporas al equipo olímpico». Esas fueron las palabras exactas. Allí, frente a un edificio tan irreal que me pareció estar soñando. Fue el momento más feliz de mi vida. Y ahora…

Suspiró.

—Me hubiera gustado llegar hasta allí, mirar de frente aquel palacio y seguir adelante. Demostrarme a mí misma que el Camino sigue después de Astorga. Que la vida sigue, más allá de las olimpiadas. —Ladeó la cabeza y murmuró—: No me veo capaz.

Nerea se quedó de voluntaria en el albergue de Azofra. El regocijo de Luisa, la hospitalera, mitigó parte de su disgusto por abandonar la peregrinación. En cambio, Lorena no tenía quien la consolara de su nueva soledad. «¿Qué hago yo aquí? ¿Qué?», se preguntó, desalentada. Su grupo se había disuelto por completo. De Sebas no habían vuelto a saber nada desde Logroño. Nacho no las había

alcanzado. Y ahora, también se quedaba sin su amiga. Quién sabe si la volvería a ver alguna vez. El Camino seguía, sí, pero con implacable crueldad.

Aún no había salido del pueblo cuando un autobús interurbano se detuvo junto a ella. Vio el destino escrito en el parabrisas: Santo Domingo de la Calzada. Era el fin de etapa que se habían marcado aquel día y sintió un dolor insoportable al pensar en recorrer los quince kilómetros hasta allí a pie, a solas con sus pensamientos. «No puedo». Y siguiendo un impulso repentino, subió al autobús.

Necesitaba abandonar el Camino, aunque fuera por un rato.

15. Un alto en el Camino

¿Por qué Nacho no las había alcanzado en esos dos días? La mañana de Logroño despertó bastante tarde en una habitación de hotel. Había dormido como un tronco en una cama amplia, con sábanas de algodón y una almohada bien mullida; todo un lujo en el Camino. Junto a él, apoyada en la misma almohada, una de las japonesitas lo observaba con expresión indescifrable.

—Buenos días —dijo él sonriente.

Le hubiera gustado llamarla por su nombre. ¿Kaori? ¿Shizuka? ¿Kimiko? ¡Se parecían como trillizas! Le entró la risa al pensar que no sabía con quién se había acostado. Se desperezó al descuido y la sábana le resbaló por el pecho. La japonesita tironeó de ella para cubrirse. Tenía la expresión atribulada de Shizuka con sus ampollas.

—Vamos, tontita. Si ya he visto todo lo que hay que ver. Y me ha gustado.

Sintió un pulso de ardor al recordar la noche. Los apasionados besos en el bar. El momento crítico en que la acarició más íntimamente. «Vamos a tu hotel». Y ella lo guio hasta la habitación y se dejó hacer, tímida y delicada.

Estaba pletórico. Se había acostado con otra mujer por primera vez en veinte años. ¡Veinte! Y había sido excitante, tan distinto a sus rutinas conyugales como si no fuera la misma actividad. Metió la mano bajo las mantas y acarició la cadera desnuda de la japonesita. Siempre le había gustado hacer el amor por las mañanas. Sin embargo, ella se apartó, y tenía la mirada escandalizada de Kaori cuando le dio dos besos en Roncesvalles. ¿Sería ella y no Shizuka? Huyó al baño, haciéndole señas para que no mirara y, bajo el tronar de la ducha, Nacho creyó oír unos sollozos.

—Pero, chiquilla, si no hemos hecho nada malo.

Se vistió y cuando ella asomó desde el baño, muy pulcra y arreglada, adoptó un aire más paternalista que seductor.

—Lo hemos pasado bien, ¿no crees? No hay razón para arrepentirse; no pasa nada.

Ella lo escuchaba sin comprender. Era como tranquilizar a un gatito. Su cara era un óvalo maravilloso, como le había parecido la de Kaori cuando la conoció. Cada vez estaba más convencido de que se trataba de ella.

—Ha sido una pequeña aventura. ¿Todo bien?

—Todo bien —dijo ella, con una sonrisa trémula y el acento exacto de Kimiko, la única que balbuceaba algo de español. Volvió a dudar.

Las otras dos japonesitas los esperaban a la salida del hotel. Lo

miraron con una mezcla de vergüenza, fascinación y horror, como si su héroe de novela se hubiera vuelto de pronto demasiado carnal. Aquello le hizo gracia. Eran transparentes como las *groupies* persiguiendo a su cantante favorito, tan intrépidas para conseguir un autógrafo como tímidas si la interacción duraba más de cinco segundos. Las saludó poniendo en juego todo su encanto y pronto logró que volvieran a sonreírle. Su japonesita, fuera quien fuera, se unió a las otras y empezó a parlotear a toda velocidad. Tenía mucho que contar y ya no parecía tan disgustada. Nacho volvió a pensar que eran demasiado parecidas. Las tres vestían igual: vaqueros y blusa blanca. Ya le costaba distinguir con cuál se había acostado. Y al poder ser con cualquiera, tuvo la extraña sensación de que había sido con las tres.

—Vamos, chicas, ¡a desayunar!, que me muero de hambre.

A pesar de la molestia de ser de nuevo el benefactor del pequeño rebaño japonés, se sentía bien mientras buscaban una cafetería por Logroño. Siempre había supuesto que le acecharía el remordimiento si alguna vez engañaba a Silvia, y no era así. Más bien se sentía liberado; con la satisfacción de un niño cuando no lo pillan en una travesura. «No es para tanto», pensaba. «No se ha caído el mundo». Era difícil que su mujer llegara a enterarse de su infidelidad y *ojos que no ven*… Ante él se abría un universo de asombrosas posibilidades. ¿Acaso estaba ahí la respuesta que tanto buscaba? ¿La forma de recuperar su anhelada juventud sin renunciar a la respetabilidad como padre de familia?

Las mimó como el primer día. Encontró mesa en una pastelería de buen aspecto y compró café y bollos. Ellas volvían a adorarle. Le hacían caídas de ojos. Le reían cualquier comentario. Le tocaban el hombro sin necesidad. Nacho fantaseó con volver al hotel después de desayunar con las tres juntas. ¿Sería capaz de convencerlas? Era un reto estimulante.

—¿Nacho? —exclamó de pronto una voz a sus espaldas.

Casi se atragantó con el café. Quien estaba tras a él, mirándolo con cierta suspicacia, era la amiga de Silvia, la de Logroño.

—¡Alicia! Me… me alegro de verte.

—Qué sorpresa encontrarte aquí —dijo ella, echando una ojeada a las japonesitas—. Pensaba que estarías en Alicante, como todos los veranos.

Nacho intuyó que no estaba tan extrañada; su retintín resultaba sospechoso. La miró de hito a hito. Era la mejor amiga de su mujer, pero nunca le había caído bien. Era, como le había dicho la noche anterior a Lorena, «una pija insufrible», de maquillaje recargado, largas uñas rojas y bolso de cocodrilo colgado del antebrazo. Se preguntó hasta qué punto aquel encuentro era fortuito. ¿Acaso le

había encargado Silvia que lo buscara por toda la ciudad? Impensable.

—Menuda casualidad —murmuró con algo de mala leche.

Alicia, sin apartar la vista de las japonesitas, le explicó que su piso quedaba cerca y que los fines de semana, siempre bajaba a comprar pan y cruasanes para el desayuno familiar.

—¿Por qué no vienes a casa? A Rodrigo le encantará verte y será una variación agradable para los niños. Deja el Camino por un día y pásalo con nosotros.

Era una encerrona en toda regla. No le quedaba más remedio que aceptar. Aunque Silvia no le hubiera pedido que visitara a su amiga, se molestaría si le hacía un feo tras un encuentro *casual* por Logroño. Terminó su café de un trago y se despidió de las confusas japonesitas.

—¿Tú no quedar, Nacho? ¿Tú no venir?

Ay, la fantasía con las tres juntas en el hotel. Imposible. No bajo las mismísimas narices de la mejor amiga de su mujer. Les explicó que se iba a visitar a la familia de aquella señora tan maja y evitó seguirles el juego cuando hicieron pucheritos. Alicia lo observaba todo con la boca fruncida.

—Nacho, ya no ver más. Ya no ver más, Nacho.

Interpretó que el viaje de ellas estaba llegando a su fin. Al día siguiente, cogerían un autobús a Madrid y, tras unos pocos días en la ciudad, volarían de vuelta a Tokio.

—¿Tú escribir, Nacho? ¿Tú llamar?

Eso lo había preguntado Kaori, la más guapa, y Nacho supo con total certeza que había sido ella su amante. Lo veía en sus ojos, doloridos y esperanzados, mientras le pedía un teléfono para seguir en contacto. No podía ser. No delante de Alicia. Fingió no comprenderla y se despidió de las tres con mucha más frialdad de la que merecía su relación. Mientras acompañaba a la amiga de su mujer por las calles de Logroño, pensó que aquel último desplante era la mayor calaverada que había cometido en mucho, mucho tiempo.

El piso de Alicia estaba en el centro, bastante lejos de la pastelería. Nacho no dijo nada. Desayunó de nuevo con la familia, charló de política con Rodrigo y jugó a cohetes espaciales con los niños. Luego, Alicia sugirió que telefonearan a Silvia para contarle la feliz casualidad, así que hicieron una videollamada con ella y sus hijas. Su mujer, tranquilizada por situarlo en un entorno conocido y controlado, se mostró risueña y más feliz que en meses.

Ese día ya no salió de Logroño. Dejó de ser un peregrino para convertirse de nuevo en Ignacio Álvarez, respetable abogado, padre de familia y marido complaciente. Pasó el día entero con los amigos de su mujer. Comió con ellos, paseó con ellos y aceptó pasar la noche en su piso, algo en lo que Alicia insistió mucho; sin duda, para evitar que

corriera a juntarse con las japonesitas. Nacho se sometió sin rechistar; de buena gana, incluso. Habiéndose desquitado la noche anterior, bien podía hacer ahora ese pequeño sacrificio por su mujer. No le gustaba Alicia, pero ella no encontraría nada que criticarle.

Se despertó temprano, preparado para retomar la peregrinación. Tenía ganas de volver al Camino. Con la excusa de prepararle el café, la amiga de su mujer se había levantado a despedirlo y aprovechó para sermonearlo un poco:

—¿No piensas pasar ni una semana de tus vacaciones con Silvia? Mira, a veces, las parejas pasan baches. Es normal. Incluso Rodrigo y yo… Con un poco de esfuerzo, se supera. Piensa en tus hijas. Ya no tienes edad para desentenderte del mundo de esta forma. ¿No crees que es hora de volver a la vida real?

Aguantó el chaparrón en silencio. Alguien como Alicia jamás podría entender que aquello era lo más real que había vivido en años. Se despidieron un tanto fríos y él emprendió la marcha bastante irritado.

El malhumor no le duró mucho. Por fin estaba de nuevo en el Camino: la grava bajo las botas, el peso de la mochila y ninguna inquietud, salvo seguir las flechas amarillas. Abandonó Logroño por el embalse de la Grajera y enseguida volvió a sumirse en la rutina peregrina. El día anterior, ese breve paréntesis de vida normal, se le difuminaba en la memoria. Lo único auténtico era la brisa, los campos de cereal y ese perpetuo avanzar con el sol a sus espaldas.

La vuelta al Camino le hizo pensar en Lorena. Frunció los labios. No se había portado muy bien con ella. ¿Dónde estaría? Le llevaba una jornada entera de ventaja; veinte o treinta kilómetros al menos. Todo un mundo, con las piernas por único medio de transporte. Tampoco a ella volvería a verla.

La idea lo dejó perplejo. Aunque Lorena era tan chiquilla como las japonesitas, su relación había sido más profunda. Más sincera. Lo había aliviado confiarle sus inquietudes conyugales. Sin embargo, al abrirse a ella, también la había hecho testigo de su enorme incongruencia. Algo abochornado, recordó la tajante afirmación de que jamás le sería infiel a Silvia. Lorena lo había visto besando a Kaori; allí no había «ojos que no ven». Por eso, tampoco lamentaba demasiado no verla más. Aquella amistad le dejaría mejor sabor de boca si quedaba aparcada en el recuerdo.

Su jornada transcurrió sin incidentes y llegó a Nájera poco después de comer. Charló con peregrinos, lavó la ropa y se pegó una ducha. Los monumentos de la villa lo mantuvieron entretenido el resto de la tarde y luego durmió en el mismo albergue en que habían hecho noche Lorena y Nerea la víspera.

16. Gallinas y flamencos

El autobús de Azofra tardó solo media hora en recorrer los quince kilómetros a Santo Domingo. Lorena se encontró con que había cubierto una etapa entera antes de las diez de la mañana. ¿Y ahora, qué? Ya no estaba en el Camino. No había flechas que seguir ni poblaciones que alcanzar. Llegaba al fin de la jornada casi sin haber caminado, con el peso de la soledad a cuestas y el ánimo por los suelos.

—¿Hay autobuses a alguna parte? —preguntó en la estación.

Sentía una gran desazón ante la idea de pasar el día entero empantanada en un pueblo. Cualquier cosa, cualquiera, sería mejor que enfrentarse a su propio abatimiento.

—Mira tú, vas a estar de suerte. Sale uno a Logroño dentro de cinco minutos y es el único del día. Los domingos, ya sabes. ¿Te doy un billete?

Suspiró. Si volvía a la capital riojana, perdería todo incentivo para retomar la ruta jacobea. El Camino de Santiago se habría acabado para ella. No estaba preparada para tomar una decisión tan tajante; además, ¿qué haría luego? ¿Adónde ir, sin un hogar al que volver? Tan solo habría trasladado su problema a otro sitio. Otras veces, el mismo pensamiento la había llevado a *ese lugar oscuro donde casi no hay aire*; en esta ocasión, más que angustiarla, le dio una insólita ligereza. Sin hogar, no tenía prisa por llegar a ninguna parte.

—No, gracias; déjelo.

Se sentó en la estación junto a su mochila. Esperó la llegada del autobús y, deliberadamente, lo vio partir. Solo entonces, cuando quedarse o no en Santo Domingo ya no estaba en sus manos, salió a recorrer el pueblo.

Era una calurosa mañana de domingo y la villa aún no había despertado del todo. Paseó entre comercios cerrados y bares vacíos, tratando de recuperar la tranquilidad de espíritu. Tenía hambre, aunque no le apetecía sentarse sola en un local. Se topó con una flecha amarilla y el hábito le hizo seguirla. Una concha jacobea indicaba un giro a la derecha. Sin pretenderlo siquiera, llegó a una hospedería en el corazón del pueblo. Junto a la entrada había un cartel:

Casa de la Cofradía del Santo. Albergue peregrino

Era una casona señorial de piedra clara, muy armoniosa, con un alero ancho sobre las dos ventanas del primer piso, como una boina. El portón de madera verde estaba entreabierto. Se asomó a un

recibidor fresco y oscuro.

—Bienvenida. Pasa, querida. Estarás cansada. Eres la primera en llegar.

Estuvo a punto de retroceder. Apenas había caminado, ¿cómo iba a aceptar la hospitalidad peregrina? Frente a ella, tres viejecitos la miraban sonrientes. Uno de ellos vestía alzacuello; otro atendía la mesa de registros y el tercero se acercaba a recibirla renqueando sobre un gastado bastón.

—Pasa, pasa, querida.

Parecían tan amables, tan empeñados en homenajearla, que no quiso desilusionarlos. Entregó su credencial y antes de darse cuenta, ya estaba inscrita en el albergue.

—Ah, vienes de Nájera. Lo has hecho rápido. Tendrás hambre; come un bocado, anda.

En un rincón del recibidor había una mesa. Allí, como maná dispuesto para disfrute peregrino, vio un cuenco con ciruelas amarillas recién lavadas, una bandeja de bocaditos de chorizo y un porrón de vino. Lorena, fascinada por la generosidad de aquel albergue, se dejó mimar. Con la extraña impresión de que los tres viejecitos eran como genios buenos del Camino, comió algo y bebió un trago del porrón. Luego, entró y eligió litera a sus anchas. No estaba segura de retomar la ruta jacobea; por el momento, sería de nuevo peregrina. Y en vez de preocuparse por su futuro inmediato, salió para seguir explorando el pueblo.

Santo Domingo de la Calzada debía su existencia al Camino de Santiago. La había fundado un ermitaño medieval al construir para los peregrinos un puente sobre el río Oja. Aquel ermitaño, con el tiempo y algún que otro milagro, sería conocido en toda la región como Santo Domingo. Y el río, que durante buena parte del año no era más que un cauce seco y pedregoso, acabaría dando nombre a La Rioja.

En Santo Domingo, Lorena descubrió una catedral impresionante. Románica, con contrafuertes góticos y un campanario barroco parecido a la famosa Berenguela, la torre del reloj compostelana. Tal revoltijo de estilos revelaba lo mucho que se había dilatado su construcción en el tiempo y le daba un aire solemne, de importancia histórica. Entró, sorprendida de no haber oído hablar de semejante edificio. El interior era luminoso y sonriente, con un leve aroma a incienso. Cerca del altar, un monaguillo colocaba cirios y bruñía cruces de plata, preparándolo todo para la misa de doce. Un suave murmullo brotaba de la sacristía. La chica recorrió la catedral con calma y, al llegar a una nave lateral, se llevó una buena sorpresa. En la parte superior de un pórtico dedicado a Santo Domingo, una urna de cristal hacía de improvisado gallinero. ¡Un gallinero! Contempló

con asombro al gallo y la gallina de color blanco que se paseaban tras la reja, picoteando maíz. ¿Qué hacían esos animales dentro de la catedral?

Muy intrigada, salió de la iglesia cuando daban las doce. No quería quedarse a la misa. El campanario, tan parecido al de Santiago, estaba separado de la catedral. Se lo quedó mirando mientras las campanas llenaban de solemnidad la tranquila atmósfera de domingo. Era una escena tan normal, tan tradicional, que contrastaba más aún con aquel asunto de las gallinas.

—¿No te apetece subir? —dijo una voz simpática.

El cobrador del campanario había salido a fumar a la puerta. Era un joven risueño, con camisa de cuadros y gafitas de estudiante.

—Estabas mirando la torre como si quisieras teletransportarte allí arriba. No me extraña: la vista es estupenda. Es la torre más alta de toda La Rioja. ¡Va, sube!

Lorena negó con la cabeza, riendo. Aunque no había caminado mucho esa jornada, sus piernas se resentían del cansancio acumulado los días anteriores.

—Los peregrinos no nos llevamos muy bien con las escaleras.

—Lástima; desde arriba verías la ruta que te espera mañana. Al menos, habrás visitado la catedral, ¿no?

Ella asintió y de pronto se le ocurrió que tal vez el chico pudiera aclararle el misterio:

—¿Por qué tenéis un gallinero ahí dentro?

—Ah, es el orgullo de la ciudad. Habrás escuchado el dicho «Santo Domingo de la Calzada, donde cantó la gallina después de asada», ¿verdad?

Lorena negó con la cabeza.

—Voy a tener que empezar por el principio. Espera, que apago el cigarrillo.

El cobrador le contó la historia de un joven peregrino medieval que viajaba con sus padres y fue acusado injustamente de ladrón. No pudo probar su inocencia y lo ahorcaron, pero cuando los padres se acercaron a recoger el cuerpo, resultó que seguía vivo. «Bienaventurado sea Santo Domingo de la Calzada, que me ha conservado la vida contra el riguroso cordel», les dijo. Los padres corrieron a dar cuenta del prodigio por toda la ciudad. Acudieron al corregidor que lo había condenado a muerte y este, escéptico y burlón, les respondió que su hijo estaba tan vivo como la gallina asada que estaba a punto de comerse.

—Entonces, imagínatelo: ¡la gallina pega un brinco en el plato y sale volando entre cacareos! Y claro, el corregidor tuvo que tragarse sus palabras. Santo Domingo le había callado la boca, por incrédulo. Desde entonces, siempre hay una gallina y un gallo en la catedral para

conmemorar el milagro. —El chico esbozó una sonrisa pícara—: Ahora, en premio por mi historia, tienes que subir al campanario.

Lorena se dejó convencer por su amabilidad y no tuvo motivos para arrepentirse: la vista era impresionante. Mecida por la brisa, rodeada de campanas con nombres tan curiosos como *Agonía* y *Aguijón*, contempló la villa a sus pies. Se recogía como una isla de piedra en el océano campestre. Al este, la carretera por la que llegó en autobús era una línea recta entre vides y cereal. Por occidente, en dirección a Santiago, unas colinas oscuras y boscosas se alzaban a lo lejos. ¿Tendría que atravesarlas si reemprendía la ruta? Se estremeció. Había algo tenebroso en ellas, frente a los campos abiertos del resto de La Rioja. Sin embargo, el nombre de las colinas, que leyó en su guía aquella noche, fue lo que acabó por decidirla. Eran los montes de Oca. De nuevo, las ocas reaparecían misteriosamente en su Camino; esta vez, para guiarla de vuelta a la senda jacobea.

Al día siguiente, Lorena emprendió la marcha con el ánimo incierto y la vista puesta en el horizonte serrado. Los montes de Oca habían tenido mala fama entre los peregrinos medievales; se decía que estaban infestados de bandoleros, y aunque ya no fueran peligrosos, sentía una mezcla inexplicable de fascinación y desasosiego respecto al lugar.

La distancia era demasiado larga para llegar hasta allí en una sola jornada; pero se acercaría bastante. Dudó si hacer una etapa corta de veintidós kilómetros a Belorado o alargar doce más hasta Villafranca. La segunda opción le permitiría dormir al pie de los montes e iniciar el ascenso con el fresco de la mañana. Solo había un problema: con una jornada tan desviada de la normalidad como treinta y cuatro kilómetros, perdería toda esperanza de volver a ver a Nacho. ¿Por qué no la había alcanzado? No lo hizo en Nájera ni en Santo Domingo; llevaba dos días sin verle. No podía saber que se había quedado una noche más en Logroño y que, si ella se adelantaba hasta Villafranca, acabaría llevándole no una, sino casi dos jornadas de ventaja.

La etapa se presentaba sin complicaciones. De transición. Los montes de Oca eran una frontera natural de La Rioja y antes de atravesarlos, Lorena entró oficialmente en Castilla y León. Por delante, cuatrocientos kilómetros de trayecto por la región más extensa de España, atravesando las provincias de Burgos, Palencia y la propia León. Tras los montes de Oca, la temible llanura mesetaria se extendería implacable durante casi dos semanas, más de la mitad del Camino. Calurosa, sin sombra bajo la que refugiarse, Castilla era el desierto del peregrino; la mayor prueba de resistencia. No la abandonaría hasta llegar al deseado alto de El Cebreiro, en la frontera con Galicia. Galicia… Qué lejana quedaba todavía. Un viejo refrán

jacobeo decía que Navarra era la muerte, La Rioja el purgatorio, Castilla el infierno y Galicia, el paraíso. Lorena había sufrido angustia en Navarra y soledad en La Rioja. Confiaba en que lo del infierno castellano no fuera literal.

Llegó a Belorado sin haber decidido si seguir hasta Villafranca. Era hora de comer y se dio ese tiempo para pensarlo. Belorado, la primera población importante de la provincia de Burgos, era una villa de raíces muy antiguas, construida bajo un elevado picacho de roca; un enclave especial, con una iglesia al pie del farallón abriendo su puerta a las entrañas de la tierra. Como símbolo definitivo de su pertenencia a Castilla, varias cigüeñas se erguían sobre el campanario. Contó cuatro grandes nidos en equilibrio sobre la espadaña, que le daban a la iglesia un aire desmelenado.

Le gustaban las cigüeñas, simpáticas aves que desplegaban una gracia elegante al volar. En vez de comer en algún local, compró un bocadillo y se acomodó bajo los falsos plátanos en la plaza Mayor, desde donde podía oír su característico castañeteo. Qué sombra tan agradable daban los plátanos: cerrada y fresca, sin fisuras, y a una altura conveniente. Había bancos de piedra alrededor de un quiosco de música y todo el conjunto estaba rodeado por casitas. Desde allí, vio llegar a un grupo de peregrinas extranjeras que se detuvieron, fascinadas por un papá cigüeña que alimentaba a sus crías.

—*What a gorgeous bird*! —dijo una, con perfecto acento británico—. ¿Qué es? ¿Un… *how's it called*… un *flamingo*?

Su castellano era menos lucido, pero debía ser la lengua habitual de comunicación con sus compañeras. Una se encogió de hombros y contestó, tropezando con las erres «a la francesa»:

—No *cgrrreo;* los flamencos son *grrrosas*.

—¡*Nein*, no todos! —replicó la última, con autoridad germánica—. Los flamencos rosas son africanos.

Callaron mientras otra ave planeaba sobre el nido con más comida en el pico. Las crías asomaron la cabeza, tragaron con ansia y se volvieron a esconder. El repiqueteo de las cigüeñas adultas recordaba a un semáforo para ciegos.

—*Great then*: serán *flamingos* blancos —dijo la inglesa. Y una vez resuelta la cuestión, las tres se alejaron sin volver a pensar en ello.

Lorena dio un resoplido de risa. Buscando con quién compartir su regocijo, dio con un peregrino enjuto, con coleta encrespada y una camiseta negra de AC/DC, que se dejó caer en un banco cercano mientras las extranjeras desaparecían calle abajo. Le dio un trago a su cantimplora y luego la alzó hacia ella, diciendo:

—Por los flamencos de Belorado.

—Y por su *blancura* —repuso Lorena.

—Tengo una teoría sobre el Camino —continuó él—: Quienes

vienen en grupo o bien son una secta, una excursión escolar o no aguantan más de siete días. La resistencia en el Camino es inversamente proporcional al número de gente que te acompaña. Por eso, tú y yo, que peregrinamos solos, aguantaremos el mes entero y esas *gallis* no.

¿*Gallis*? Lorena pensó que no había entendido bien el término. Lo dejó correr. No había pretendido darle pie a conversar; tan solo, a compartir un momento divertido.

—Soy Álvaro, por cierto.

Ella se presentó con desgana. Estaba muy a gusto escuchando a las cigüeñas y aquel chico, con su pelo largo y su camiseta *heavy*, tenía un aspecto demasiado rebelde para encajar con ella.

—¿Vas a quedarte hoy en Belorado? —le preguntó él.

—Pues…

No estaba muy cansada. Se veía capaz de llegar hasta Villafranca. Le ahorraría, de paso, darle conversación a aquel chico, además de facilitar el ascenso a los montes de Oca al día siguiente. Pensó en Nacho… Nacho, que la había dejado tirada en Logroño. Que no estaba haciendo ningún esfuerzo por alcanzarla.

—Creo que voy a seguir un poco más.

Ya estaba bien de esperar por él. Que se apañara. Se levantó, cargó la mochila a la espalda y se despidió de Álvaro.

—Ya nos veremos —le dijo.

A pesar de la mochila, se sentía ligera. Como decía Nerea, el Camino era libertad. No estaba sujeta a ningún compromiso: podía elegir compañía o soledad, según le conviniera. Y, sobre todo, no tenía por qué retrasar su marcha por alguien que se preocupaba tan poco por ella. En los doce kilómetros entre Belorado y Villafranca, no volvió ni una sola vez la vista atrás en busca de Nacho.

17. Campanas de Belorado

A Nacho no le había sentado bien la jornada de descanso de Logroño. Su energía inicial menguó bastante al despertar en Nájera, en otra estrecha litera de albergue. Tenía la espalda molida; y las rodillas. Y le dolía mucho el tobillo izquierdo. «Ya no tienes edad para estas cosas». Ignoró la voz de Silvia. Se colgó la mochila al hombro, ató las botas al modo peregrino —los cordones flojos— y salió de Nájera confiando en que la molestia del tobillo remitiera con el ejercicio. No fue así. Debía tener una pequeña tendinitis, porque al cabo de un rato incluso se le había hinchado un poco.

—Disculpe, ¿hay alguna farmacia por aquí? —le preguntó a un labriego madrugador a la entrada de Azofra, el primer pueblecito en su Camino.

El hombre se rascó la cabeza bajo el sombrero de paja.

—Todo recto vas a dar a una, aunque no abre hasta las diez. ¿Qué necesitas, tiritas? En el albergue de peregrinos seguro que tienen. Está por allá, al final del pueblo.

Más que tiritas, lo que Nacho quería era un ibuprofeno y una bolsa de hielo, pero no le pareció mala idea probar en el albergue. Las indicaciones lo llevaron frente a un edificio grande, parecido a un pabellón de deportes. No tenía ni idea de que estaba siguiendo los pasos de Lorena y Nerea el día anterior. Se llevó una enorme sorpresa al toparse con esta última en la recepción.

—Chica, ¿qué haces tú aquí? —exclamó asombradísimo.

No había pensado en ella desde que se separaron en Logroño. Echó una rápida mirada al interior del albergue, preguntándose si también estaría Lorena. Antes de decidir si esa idea le agradaba o disgustaba, Nerea le aclaró el asunto:

—Ella ha seguido el Camino.

Nacho encajó su tono mordaz con elegancia. Se alegraba del encuentro. No había intimado con ningún peregrino en el trayecto de Logroño a Nájera y le animaba ver una cara conocida. Le caía bien Nerea, con su melenita morena y su vivacidad de pajarillo.

—Qué sorpresa volver a encontrarte —repitió por cuarta vez—. Pensaba que me llevaríais una buena ventaja. Me retrasé en Logroño.

—Ya.

Su interjección fue muy significativa.

—Te lo han contado, ¿eh? —dijo con una sonrisa infantil—. A veces, soy un poco cabra loca.

—¿Solo un poco?

—Todos hacemos tonterías de vez en cuando. ¿O tú no?

Nacho logró arrancarle una sonrisa. Cargó todo su peso sobre el pie derecho para aliviar el tobillo lesionado. Le dolía bastante. Por el rabillo del ojo vio un patio con una tentadora fuente abierta en el enlosado.

—Anda, ven —le dijo a Nerea.

Salió al patio cojeando, se quitó la bota y metió el tobillo hinchado en el agua. El alivio fue inmediato.

—Ah, esto está mejor. No tendrás un ibuprofeno, ¿verdad?

—Menudo caradura estás tú hecho —dijo ella.

Mientras iba a buscarle la pastilla, Nacho se tanteó el pie con cuidado. No parecía nada grave, tan solo un pequeño sobreesfuerzo. Podría seguir tras un descanso y entretanto, el agua fresca de la fuente era una bendición.

—¿Y cómo te has retrasado tanto? —le preguntó Nerea, regresando con un pequeño botiquín—. Échate esta crema de frío, verás qué bien. Yo estoy aquí desde ayer.

—Me quedé una noche más en Logroño.

—Con las japonesitas, ¿eh?

Nacho le guiñó un ojo con picardía.

—¡Ya me hubiese gustado! En realidad, fue con una amiga de mi mujer. Me descubrió mientras desayunaba con ellas; imagínate el esperpento.

—Venga ya.

—Palabra de buen chico. Me pasé el día entero jugando a cohetes espaciales con los críos y dándole conversación al aburrido de su marido. Anda, deja de mirarme mal y compadécete de mí.

Nacho sabía emplear su encanto. Puso cara de payasote y Nerea acabó soltando una risita.

—Menudo caradura —repitió, renunciando a discutir.

—Bueno, ¿y qué me cuentas de ti? ¿Por qué te has quedado en este pueblo?

Ella le relató su rendición por la rodilla lesionada y cómo decidió ejercer de hospitalera para no abandonar del todo el Camino.

—¿Y Lorena? —preguntó Nacho como al descuido.

—Salió de aquí ayer por la mañana hacia Santo Domingo. Ya estará en Castilla; te ha dejado muy atrás.

—Qué lástima. Me hubiera gustado volver a verla.

Las palabras le salieron mecánicamente. Era fácil afirmarlo sabiéndola lejos.

—Mira: yo me alegro de que no vayas a hacerlo, la verdad —dijo Nerea, con franqueza—. Te portaste como un cerdo con ella.

—¿Por qué dices eso?

—No te hagas el inocente conmigo, vaquero. Le diste esperanzas.

—Tampoco fue…

—Voy a decirte lo que pasaría si os volvierais a encontrar. Ella no te haría ningún reproche directo; solo la notarías dolida, así que correrías a jurarle que lo de las japonesitas no significó nada. Que con ella es distinto y que no quieres hacerla sufrir.

—Es que todo eso es cierto —dijo él algo achicado.

—Oh, ya lo sé. Estoy segura de que no pretendes hacerle daño; pero, sin querer, la harías vivir la ilusión de que ella te importa más que tu mujer, cuando no es verdad.

La crudeza de Nerea lo hizo encogerse. Ella le puso una mano en el hombro.

—No me guardes rencor por decirte esto. En el mundo del deporte hay muchos chicos como tú. Buena gente con demasiado encanto y demasiado éxito para estar a gusto en la monogamia. Y nunca, nunca dejáis a vuestras esposas. Para las que estamos al otro lado, no hay sufrimiento más inútil que subestimar el valor de un matrimonio cómodo.

Nacho apartó la vista, molesto. Recordaba la suave sonrisa con que Lorena había acogido sus confidencias en Logroño. El brillo de sus ojos color chocolate cuando se miraron en silencio sobre el juego de la oca. ¿De verdad estaba enamorada? Si solo fueron unos pocos días de flirteo…

Entonces pensó en Silvia. En su rostro frágil de cervatillo paralizado al despedirse en la estación. Ella sí tenía motivos de agravio, aunque no había pretendido herirla. Doce años atrás, había hecho la solemne promesa de cuidarla y protegerla. Se casó tras un largo noviazgo, convencido de que ella era la única mujer que querría en el mundo. Un matrimonio cómodo. ¿En eso se había convertido el amor de su vida?

El pie le seguía doliendo, pero le entró prisa por abandonar Azofra. No le gustaba el espejo que Nerea le plantaba ante los ojos. Se calzó la bota y se despidió de ella con forzada alegría.

—Ya nos veremos —le dijo.

—Lo dudo —replicó ella con una sonrisa—. Te deseo buen Camino.

El ibuprofeno le calmó las molestias y recorrió con facilidad el tramo entre Azofra y Santo Domingo. Llegó a la villa de la gallina sin haber recuperado el buen humor y, como todavía era temprano, siguió adelante. Aunque no quiso admitirlo, Nerea le había picado el orgullo. ¿Cómo que mantenerse alejado de Lorena? Eran amigos. No había habido nada entre ellos; ninguna situación irrecuperable. Y, la verdad, se sentía bastante solo. Le hubiera gustado contar con una oyente comprensiva. «Ya estará en Castilla; te ha dejado muy atrás». Y qué; podía alcanzarla de nuevo.

Había perdido un día; solo un día. Era un hombre atlético y no

temía una larga caminata. Avanzó a paso vivo en la larga tarde de verano, con ese sordo instinto que impulsa a los peregrinos siempre hacia el oeste. Olvidó el dolor del pie. El calor. El peso de la mochila. Recorrió kilómetro tras kilómetro, mojón tras mojón, concha tras concha. Pasó la frontera entre La Rioja y Castilla casi sin darse cuenta mientras el sol descendía como una llama frente a él. Al filo del atardecer, vio surgir el espolón de roca de Belorado en la distancia. Una cigüeña se erguía inmóvil a contraluz en lo alto de la iglesia, cual guardiana del pueblo. La contempló. Había caminado más de cuarenta kilómetros. Era tarde, estaba cansado y el pie volvía a dolerle. Sin embargo, jamás había sentido tanta satisfacción por completar una jornada como mientras recorría los últimos metros, guiado por el dulce y cálido tañido de las campanas de Belorado.

18. Los montes de Oca

«¿Por qué me empeñé en prolongar la jornada hasta aquí?», se preguntaba Lorena al salir del albergue municipal de Villafranca hacia los montes de Oca. La emoción por aventurarse en las colinas boscosas, antaño llenas de bandoleros, había desaparecido. En Villafranca apenas paraba nadie y le tocó pasar la noche con un grupito de franceses que solo hablaban entre ellos. Al principio, intentaron incluirla en la conversación, con un castellano tan limitado que pronto desistieron. Ella no desempolvó el francés que había aprendido en el colegio: estaba muy abatida. Echaba muchísimo de menos a sus amigos y aún era peor viendo a los franceses reír y charlar mientras preparaban la cena. «Hace cuatro días, nosotros también estábamos así», pensaba desde la otra esquina de la sala común. Añoraba las charlas íntimas con Nerea. La firmeza de Sebas. Y, sobre todo, la mezcla de flirteo y confidencias de su breve relación con Nacho.

Si hubiera sabido lo cerca que había estado de reencontrarse con él… De haber parado en Belorado en vez de continuar a Villafranca, de haberse entretenido un poco más con las cigüeñas, la historia hubiera sido muy distinta. Pero no lo sabía. No tenía ni idea. Y emprendió la marcha muy temprano, sintiéndose miserablemente sola.

El día se presentaba frío y gris, con nubarrones bajos. No parecía que fuera a llover; aun así, el paisaje era hostil. Lorena se arrebujó en su jersey polar. A la luz sin tonos del amanecer, los montes de Oca se alzaban como un muro infranqueable. Apoyada por el golpeteo rítmico de su bastón, se internó por un estrecho sendero forestal entre los pinos. A ambos lados crecían helechos y zarzas. El ambiente estaba saturado de humedad y, después del seco cereal de los días anteriores, el cambio resultaba vigorizante.

Poco a poco, a medida que ascendía, la naturaleza se fue haciendo más opresiva. Parecía que el bosque se la tragara. Los árboles eran cada vez más frondosos; los helechos, más primigenios. Barbas de liquen colgaban de los troncos retorcidos y a pesar del avance de las horas, allí dentro todo era penumbra.

Al cabo de unos kilómetros, el sendero desembocó en una pista ancha de tierra roja, una especie de cortafuegos que hacía un tajo en el bosque. Lorena creyó que el ambiente se haría menos agobiante y resultó aún peor: a ambos lados, los árboles se cerraban en las tinieblas. Con razón los bandoleros medievales elegían aquella región para asaltar a los peregrinos: era un lugar perfecto para emboscadas.

Además, seguía sola. Llevaba horas caminando sin cruzarse con un

solo peregrino. En el bosque reinaba la quietud, como si ella fuera el único ser viviente en aquel rincón del mundo. «Lorena, no seas morbosa». Casi podía escuchar a la buena de Nerea intentando animarla. Luego recordó a Nacho sobre una casilla de la oca, tan cerca de su rostro como si fuera a besarla: «¿Dónde estamos ahora?» ¿Dónde, dónde estaba ella ahora, tan huérfana de amigos, tan terriblemente sola?

El pensamiento creció hasta hacerse monstruoso. Sola, sola, sola. Volvía a la soledad como si el Camino fuera una réplica de su propia vida. No tenía pareja, ni amigos que la esperaran a su vuelta. Nadie la echaría en falta de un trabajo ni la añoraría en un hogar. Si ahora se perdía en aquel bosque, ¿quién notaría su ausencia? ¿Quién se preocuparía por ella?

Ahí estaba. *Ese lugar oscuro donde casi no hay aire*. La aterradora idea de no tener un lugar propio en el mundo la abrumó. Se le llenaron los ojos de lágrimas. ¿Qué más daba? No había nadie de quien ocultarse. Gimió por lo bajo. Los árboles eran sus únicos testigos. Un sollozo. Y por fin, se echó a llorar sin disimulo. Toda la contención de los últimos días, toda la tempestad de emociones que llevaba en el alma estalló allí, en los montes de Oca. Lloró con tal abandono que hasta se tropezaba con las piedras del Camino. Nadie la escuchaba. Nadie la veía. Se permitía condolerse por su soledad precisamente gracias a ella.

Le vino bien llorar. Fue una liberación y luego se sintió mejor. Más tranquila. Como si el paisaje se amoldara a su estado de ánimo, en el momento que empezaba a tener pensamientos más amables se abrió un claro en el bosque y apareció el primer signo de vida.

Se trataba del monasterio de San Juan de Ortega, un refugio construido en lo más profundo del monte para auxilio de los peregrinos. Lorena contempló los edificios de piedra medio ocultos por los árboles mientras se secaba las lágrimas con la manga. Rodeó la antigua iglesia hasta un gran patio de sol. Estaba vacío, salvo por un peregrino recostado con las piernas estiradas en una silla de plástico. Lorena se acercó un poco más y sintió una mezcla de sorpresa y vergüenza al reconocerlo. No era Nacho ni Nerea, pero el Camino, con cierta ironía, resolvía su soledad devolviéndole al cuarto miembro del grupo. A Sebas.

—Me alegro de verte —la saludó él. Y su satisfacción parecía sincera.

Ella respondió, aturdida. No había sabido nada del exmilitar desde que se adelantó en Logroño para acampar por su cuenta. La verdad, tampoco había pensado mucho en él. Su interés se centraba en lo que dejaba atrás, no en lo que estaba delante. Aun así, también se alegró. Era una cara familiar en un momento difícil. Tenía un aire simpático

con su pelo castaño cortado a cepillo y esa aura de silenciosa determinación. A pesar de las obvias huellas de su llanto, tuvo la delicadeza de no hacer preguntas. Si acaso, le habló con algo más de cariño:

—Ven, siéntate. ¿Vienes de Villafranca?

—Sí, salí esta mañana. ¿Y tú, cómo has llegado aquí? Porque allí no dormiste.

Sebas negó con la cabeza. Le brillaban los ojos al explicarse:

—He acampado junto al monasterio. Los hospitaleros me dieron permiso.

—¿En este bosque?

Lorena se estremeció. Si ya de día era lóbrego y solitario, por la noche debía resultar terrorífico. Imaginó los árboles agitándose pavorosamente sobre una pequeña tienda de campaña entre toda clase de ruidos misteriosos: un zorro entre los matorrales; el ulular de un búho; una culebra en la hojarasca. No querría vivir esa experiencia ni por todo el oro del mundo. En cambio, él afirmó con mucha sencillez:

—Fue maravilloso.

Su tono de voz, tan rotundo, la intrigó. Allí solo había árboles y un monasterio vacío. ¿Qué podía haberle sucedido? Sebas no pareció dispuesto a explicarlo.

—¿Quieres tomar algo? ¿Un refresco? ¿Agua? Hay bebidas en la máquina expendedora.

—La verdad, preferiría comer algo.

Ahora que la catarsis del llanto había pasado, se daba cuenta de que tenía hambre. Llevaba tres horas de marcha con solo un desayuno frugal en Villafranca.

—Estás de suerte —sonrió él. Abrió su enorme mochila y sacó medio bocadillo envuelto en papel de plata—. Me lo dieron los hospitaleros esta mañana y era tan enorme que no he podido terminarlo. Lo había guardado para mediodía. Si te lo acabas, me das la excusa para comer de plato.

Tenía buena pinta. Era de tortilla de patatas, muy amarilla y jugosa, con pan crujiente recién hecho. Lorena le dio un par de mordiscos y empezó a encontrarse mejor.

—Voy a cogerte una botella de agua —dijo Sebas, levantándose hacia la máquina expendedora—. Quieta, aprovecha para descansar, que ya llevas una buena caminata encima.

Se quedó allí sentada, disfrutando del bocadillo. Su angustia se evaporaba tan deprisa como se habían disuelto las nubes de la mañana. ¡Qué grata era la compañía! Estaba muy a gusto en el patio, con el sol calentándole los huesos después de haber padecido la humedad del bosque. A lo lejos oía un par de cucos y el trino ronco de un arrendajo. Un mirlo se posó bajo la sombrilla para picotear migas

de pan. A su alrededor, los árboles se agitaban bajo una suave brisa. Desde el refugio, ya no parecían pavorosos.

—Aquí tienes —dijo Sebas, entregándole un botellín de plástico—. Y ahora que he conseguido levantarme, debería ponerme en marcha. Llevo remoloneando una hora por la pereza de meterme en el bosque, tan húmedo y oscuro.

Lorena no quería volver a quedarse sola y también se incorporó. En aquel momento, el grupito de franceses de Villafranca apareció por el sendero. Eran siete, tres hombres jóvenes y cuatro chicas. Venían acalorados y se apresuraron a descargar sus mochilas junto a las sillas de plástico. Al reconocer a Lorena, la saludaron con alborozo.

—¡*Holá*! —dijo uno de los chicos con voz aflautada y gesto algo amanerado—. *Comme…* ¿cómo estás… er…? *Écoute, Coraline, elle s'appellait comment?*

Esto último lo dijo volviéndose hacia la más robusta de sus compañeras, que se encogió de hombros.

—*Je sais pas.*

—Lorena —se presentó ella sonriendo—. *Je suis Lorena.*

La noche anterior no estaba de humor para esforzarse con el idioma, pero el encuentro con Sebas le había dado nuevos ánimos.

—*Ah, tu parles français! Eh, Julien, elle parle français!*

Tras celebrar la posibilidad de comunicarse con ella, el chico amanerado se presentó como Yannick. Era larguirucho y su forma de vestir, con camisa a cuadros sobre los pantalones de montaña, le daba un aire a bohemio moderno. Saludó también a Sebas, encantado con su firme apretón de manos. Lorena, divertida, reparó en lo pendiente que estaba del exmilitar mientras le soltaba a ella una parrafada en veloz francés. A duras penas, se enteró de que era peluquero y que venía caminando desde su tierra, Normandía.

—*La Normandie, tu sais?* —recalcó con una mirada golosa a los brazos fuertes de Sebas—. Donde el *desembagco* de la II *Gueggrra Mondial*.

A Lorena le entró la risa al pensar que Yannick estaba tirándole los trastos a un hombretón del norte como Sebas, aunque era un misterio que hubiera acertado con un tema que podía interesarle. El exmilitar le hizo un par de cálidas preguntas sobre la playa de Omaha, y Yannick, entusiasmado, respondió con más parrafadas que Lorena tuvo que traducir.

—Bueno, amigo —dijo al fin Sebas, dándole unas palmaditas en el hombro—, tenemos que seguir. Nos veremos de nuevo, ¿eh?

—*Bien sûr*! Buen Camino. *A bien tôt, Lorraine!*

La chica se despidió con la mano y ambos se alejaron, dejando a los franceses descansando al sol. Ella estaba mucho más serena. En compañía de Sebas, el bosque parecía menos opresivo. Avanzaron

juntos por la pista forestal, que pronto empezó a descender. El final de los montes de Oca estaba cerca.

—Bueno, cuéntame, ¿dónde has dejado a Nacho y Nerea?

Lorena no tenía muchas ganas de hablar de Nacho, así que comentó escuetamente que no había sabido nada de él desde Logroño y le relató con más detalle la decisión de Nerea de quedarse como hospitalera en Azofra. Sebas chasqueó la lengua.

—Entonces, ya no volveremos a verla. Lástima, me hubiera gustado despedirme. ¡Pobrecilla! Esa rodilla suya…

—Ojalá consiga recuperarse; ha tenido muy mala suerte. —Se quedó pensativa un instante—. Llevo sola desde que me separé de ella. No me apetecía hablar con nadie. Ayer dormí en el mismo cuarto que ese grupito de franceses y ni siquiera les pregunté sus nombres.

Dudó si continuar hablando. Quería desahogarse, aunque no creía que el llano y práctico Sebas pudiera aportarle mucho consuelo. Sin embargo, su respuesta la sorprendió:

—Es natural que no tuvieras ganas de estar con gente. Guardas el luto por los amigos idos.

—¿Luto?

—Sí. Hay que darse tiempo para cerrar episodios.

—Eso se hace con el amor, no con la amistad.

—¿Por qué no? Yo creo que cada amistad es un pequeño enamoramiento.

Era una reflexión hermosa. Delicada. Lorena miró al exmilitar con interés. No le parecía del tipo sentimental y, aun así, empezaba a intuir en él una profundidad mayor de lo que revelaba su aspecto estoico. ¿Qué lo habría traído al Camino? Según Nerea, estaba a punto de ser padre, lo cual avivaba el misterio. No parecía el mejor momento para plantar su vida y marcharse a la aventura. En cualquier caso, se alegró de abrir su alma un poco. La idea de estar guardando un breve luto por los días felices con Nacho y Nerea daba a su arranque de desesperación una luz más natural. Cuando salieron del bosque y abandonaron los montes de Oca, también dejó atrás la amenaza de *ese lugar oscuro donde casi no hay aire.* Al menos, de momento.

La cara oeste de los montes de Oca desembocaba en una gran llanura. Los árboles daban paso al cereal y, a diferencia de los campos de La Rioja, con sus lomas opulentas, ahora la tierra era absolutamente plana. Habían llegado, por fin, a la meseta de Castilla.

Tras la cerrazón opresiva del bosque, a Lorena la alivió verse de nuevo en un espacio amplio y de horizontes lejanos. Avanzaron a buen ritmo hasta Agés, donde rellenaron las cantimploras y compraron fruta y barritas de cereales. Después, el Camino ya no fue

tan agradable. Recto como una regla, transcurría por el arcén de una carretera nacional, con su olor acre y los coches pasando junto a ellos como exhalaciones. Se le resintieron las rodillas. La dureza del asfalto era una tortura para las articulaciones.

—Ahora entiendo por qué los senderistas prefieren las pistas de tierra —le dijo a Sebas.

Un poco más adelante, se toparon con un rótulo que la dejó perpleja. Se trataba del típico cartel indicador de un pueblo, de fondo blanco y borde rojo, solo que el nombre era tan inesperado como absurdo:

—Atapuerca. ¡Venga ya! Esto no puede ser *el* Atapuerca de verdad.

Miró a su alrededor. Aparte de un par de casas, el paisaje era tan abierto, tan poco apropiado para albergar unas cuevas de arte rupestre, que lo primero que pensó era que debía haber docenas de poblaciones llamadas Atapuerca por todo el país. Esa interminable carretera por un secarral no podía cruzar una de las canteras arqueológicas más importantes del mundo. Sin embargo, un poco más adelante encontró la confirmación que buscaba. Un panel local, marrón y de aspecto más oficioso, indicaba el desvío al yacimiento prehistórico.

—¿Crees que se podrá visitar? —le preguntó a Sebas.

Nunca había tenido especial interés por la arqueología, pero era una lástima no aprovechar el regalo de la casualidad. Él se encogió de hombros.

—Yo voy a continuar. A ver si consigo llegar a Burgos.

—¿A Burgos? ¡Si quedan casi veinte kilómetros!

—Lo sé. Quiero hacer noche allí.

—Creía que huías de las ciudades… —dijo ella desilusionada.

No deseaba quedarse sola ahora que había recuperado el buen humor, y tampoco se veía capaz de caminar tanto. Había empezado antes que Sebas y estaba fatigada.

—Me gustaría ir a misa en la catedral —dijo él suavemente.

Lorena no tuvo nada que replicar a eso. Se debatió en silencio entre su cansancio, la curiosidad de Atapuerca y el terror de quedarse sola otra vez. Y descubrió que este último era el argumento de mayor peso.

—Seguiré contigo —suspiró.

Emprendieron la marcha de nuevo, en soledad y silencio bajo el sol a plomo. Tras Atapuerca, el Camino ascendía por un cerro yermo. Unas pocas encinas ariscas aliviaban la monotonía del paisaje sin llegar a dar sombra. Lorena cargaba todo su peso en el bordón mientras trepaba detrás de Sebas. Estaba exhausta. Desde la cima, el paisaje era tan despejado que allá, muy lejos, pudo ver la ciudad de Burgos entre los trigales.

—Es demasiado —dijo.

No podría cubrir tanta distancia. Volvería a quedarse sola en algún pueblucho de mala muerte. Sola, al borde de *ese lugar oscuro donde casi no hay aire*. Parpadeó, luchando contra las lágrimas. «¿Por qué narices sigo en el Camino?».

Sebas la miró. Algo debió intuir en su ánimo que le impulsó a decir:

—Hay un albergue en Cardeñuela, al pie del monte. Si quieres, pasamos allí la noche.

—¿Los dos?

Él sonrió.

—Los dos. Con una condición: que mañana hagas una etapa corta conmigo hasta Burgos.

19. El hombre de Atapuerca

Nacho no lo admitiría jamás, pero las palabras de Nerea se le quedaron clavadas en la conciencia como molestos alfileres. Seguían allí la mañana que abandonó Belorado, con sus cigüeñas y su iglesia en el espolón de roca. «Me alegro de que no vayas a volver a ver a Lorena. Te has portado como un cerdo con ella». Un cerdo; qué tontería. Un cerdo por ser su amigo, por confesarle sus problemas. Cuanto más lo pensaba, más injusto le parecía. Nerea era una exagerada y él, un idiota por picarse. El día anterior había recorrido la friolera de cuarenta y tres kilómetros desde Nájera a Belorado para demostrarse que Lorena era mucho más razonable que todo eso y total, para nada. No la había alcanzado y esa mañana, lo estaba pagando. Le dolía todo: las pantorrillas, la espalda, el tobillo hinchado… Ese día iba a hacer las cosas a su manera. Y tal como se encontraba, dudaba que su manera implicara recorrer muchos kilómetros.

A la salida de Belorado se cruzó con bastantes peregrinos y, casi como un desafío a la ausente Nerea, se dedicó a recuperar la buena opinión de su entorno. No era difícil en el Camino: su encanto personal y la variación diaria de gente y lugares ayudaba a obtener pequeñas y rápidas victorias. Cuando llegó a Villafranca, ya contaba con las simpatías de una caminante belga a quien tradujo un menú de desayunos, había agradado a un par de jubiladas visitando con ellas la ermita de Tosantos y provocado las risas de un grupito universitario al meter la cabeza en una fuente de Villambistia. Y, para evitar prejuicios por relacionarse solo con mujeres, en Espinosa del Camino compartió su cantimplora con un peregrino suizo, sin importarle que fuera más alto y más rubio que él. La gratitud y buenas palabras que cosechó en tan breve tiempo le devolvieron la pequeña dosis de confianza que había perdido al mirarse en el espejo de realidad de Nerea.

En Villafranca, se dejó convencer por el par de jubiladas para comer con ellas. Se sentaron en un restaurante bullicioso, de los de menú del día y ásperos manteles de papel. Estaba tan concurrido que tuvieron que esperar turno. No lo lamentó. Ahora que había recuperado la satisfacción consigo mismo, se le había pasado la urgencia por alcanzar a Lorena. De haber sabido que le aventajaba solo unas horas, habría remoloneado más aún. Ya no la necesitaba para recuperar su título de buen chico; le bastaba con mecerse en la buena opinión superficial de Merche y Amparo, mostrando fotos de sus hijas y confesando cuánto las echaba de menos.

—Vamos a hacernos un *selfie* con este chuletón y se lo envío a Silvia.

Una inocente foto con dos señoras jubiladas serviría para mantener a su mujer de buen humor. Qué fácil resultaba ser un marido cariñoso y un padre atento en la distancia. Las japonesitas eran ya poco más que un mal sueño. No se arrepentía de su aventura; simplemente, era cómodo actuar como si nada hubiera ocurrido.

Después de comer, las jubiladas se excusaron. Querían ir a su ritmo y lo retrasarían; mejor que tomara la delantera. Ignorante de que seguía los pasos de Lorena aquella mañana, se internó solo en los montes de Oca. Sin embargo, su experiencia fue muy distinta. Pasado el mediodía, el bosque era alegre e inocente bajo el cielo azul. Estaba lleno de peregrinos y no había nada tétrico en él. Resultaba un paseo agradable.

Tras varias horas por pistas forestales de tierra roja, llegó al monasterio de San Juan de Ortega. Dos o tres jóvenes descansaban en el patio lleno de sol y lo satisfizo ver que no llevaban mochilas: allí había un albergue. El dolor del tobillo iba remitiendo, pero aún le daba alguna molestia. Se quedaría a dormir.

—Sí, aún tengo alguna litera libre —dijo el hospitalero, cuando entró a preguntar—. Y llegas a tiempo para la misa del peregrino. Es a las seis.

—Qué bien. Pensaba que no encontraría ningún albergue hasta cruzar el bosque.

—Has tenido suerte. Estamos casi llenos y aún hay unos cuantos kilómetros hasta Agés. En esta época del año, es difícil acomodar a todo el que llega.

—Detrás de mí venían dos mujeres mayores. Espero que quede sitio para ellas. La travesía por el bosque les va a costar.

El hospitalero se encogió de hombros.

—Con buena voluntad, siempre hay solución para casos así. Ayer mismo tuvimos un ejemplo muy caritativo. Ya habíamos completado el aforo cuando llegó un señor alemán agotado. Tenía fatal las rodillas y se estaba haciendo de noche. Casi se echa a llorar porque no había plazas libres… Bueno, pues uno de los peregrinos alojados llevaba una tienda de campaña y se ofreció a acampar y cederle su litera. ¿Te das cuenta, qué generosidad?

—Ese peregrino ¿se llamaba Sebas? —No creía que hubiera demasiados caminantes con equipo de acampada a cuestas.

—Ay, hijo, no lo sé. Espera, que tal vez lo anotara en el registro. Sí, aquí está. Sebastián Gárate Alonso, de Cantabria. Aparece tachado porque al final no durmió en el albergue. En agradecimiento, esta mañana compartimos nuestro almuerzo con él. La buena gente siempre aprecia esos pequeños gestos.

A Nacho le agradó tener noticias de Sebas, aunque fuera un tanto descorazonador saber que le sacaba un día entero. Su esfuerzo del día anterior no había servido de nada… Eso reafirmaba su decisión de quedarse en San Juan de Ortega. Veinticuatro kilómetros eran una jornada muy razonable: seguiría en esa línea de ahí en adelante.

—Escucha, ya suenan las campanas para la misa. Si te apuras, llegarás a tiempo.

—Voy a dejar mis cosas primero —dijo él sin comprometerse.

El monasterio de San Juan de Ortega estaba medio abandonado, pero uno de los edificios aún se empleaba como hospedería. Los dormitorios daban a un modesto claustro, apenas mayor que un patio, donde los peregrinos colgaban sus prendas recién lavadas en una estampa muy hogareña. Nacho buscó su habitación y se tumbó en una litera libre. No tenía la menor intención de acudir a la iglesia. Al contrario: agradecía aquella hora tranquila para descansar. Cruzó una mirada cómplice con un par de peregrinos en su misma situación. Se alojaban en un monasterio: escaquearse de la misa era como un pequeño acto de rebeldía.

El monasterio se hallaba tan aislado que no había nada que hacer fuera de él; aun así, pasó una noche agradable. Tras la misa, la cofradía de hospitaleros ofreció sopas de ajo a sus huéspedes. Era tradición juntarse en un austero refectorio y compartir los alimentos. A Nacho le quedaba un poco de jamón del día anterior y una bolsa de magdalenas. A cambio, tomó una curiosa mezcla de galletas, sardinas en lata y un cuenco de aquella deliciosa sopa caliente. Desde el final de la mesa, las jubiladas lo saludaron con alborozo. Habían llegado a tiempo.

Después de cenar, exploró el edificio. Visitó la iglesia, una curiosa capilla y un claustro mucho mayor que donde estaban alojados. El resto del monasterio era más solemne que la hospedería y, al ponerse el sol y quedar la piedra en penumbra, imponía bastante. Sobrecogido, volvió a su cuarto y durmió de un tirón toda la noche. Mientras, en el exterior, los árboles de los montes de Oca susurraban secretos y misterios tenebrosos.

La nueva etapa del Camino le resultó fácil. Se levantó más bien tarde con el tobillo descansado y, tras comer una magdalena olvidada en su mochila, retomó la pista forestal en suave pendiente de bajada hasta salir del bosque en Agés. Había superado la prueba de los montes de Oca y por fin llegaba a la meseta. Después de dos días de transición desde que abandonara La Rioja, alcanzaba la verdadera Castilla.

El ambiente era fresco. Se alegró de poder tomar un buen desayuno y un café caliente en Agés. Siguió el Camino por las primeras rectas

castellanas y, algo más adelante, en un pueblecito del llano, se topó con las dos jubiladas en un bar.

—¿Puedes creerlo? Estamos al lado del yacimiento de Atapuerca. Amparo y yo vamos a visitarlo antes de continuar; será muy instructivo. ¿Vienes con nosotras?

—Uf, con la claustrofobia que me dan a mí las cuevas…

Estaba un poco cansado de aquellas señoras y su cháchara intrascendente. Ellas no insistieron. Su relación era tan superficial que, en realidad, no les importaba mucho si las acompañaba o no. Se alejaron cloqueando por un sendero perpendicular al Camino.

—Hoy ya no se moverán de aquí —dijo una voz profunda a sus espaldas.

Un hombretón fornido, ya mayor, bebía un agua mineral en la mesa de al lado. Era alto, un poco fondón y con un rostro de color extraño, muy cetrino.

—Se les hará tarde para continuar caminando. Si aún no quieres dar por terminada la jornada, has hecho bien en evitar el yacimiento.

—No llevo ni siete kilómetros; claro que quiero seguir —rio Nacho.

Aquel hombre hablaba con cierta autoridad, así que le preguntó si había estado en las cuevas.

—Sí, hace un par de años. En mi último Camino.

—Ah, eres un peregrino veterano. ¿Lo has hecho muchas veces?

—Entero, solo una. El tramo de Belorado a Sahagún lo he repetido cuatro o cinco.

Nacho lo miró con curiosidad. Tendría unos cincuenta años y su aspecto era algo tosco, más dado a las cervezas de bar que a los arranques espirituales. ¿Qué hacía un hombre así en el Camino? ¿Y qué lo motivaba a recorrer esta región, tan solitaria y anodina, «cuatro o cinco veces»? No parecía un hombre interesante, pero Nacho iba aprendiendo que el Camino no era solo un viaje a Santiago, sino también a la profunda y variada riqueza del alma humana.

—Soy Nacho —dijo inclinándose para estrecharle la mano.

—Fernando.

Terminó su agua mineral de un trago y se echó la mochila al hombro. Nacho se levantó también. De forma tácita, se habían convertido en compañeros de Camino.

—Dime, ¿qué hay de especial en esta región? —le preguntó cuando emprendieron la marcha—. Yo no veo más que una llanura interminable.

Fernando se encogió de hombros con vaguedad.

—Es difícil de explicar. La gente reniega de Castilla. No sé; a mí me parece la parte más mágica del Camino. Las provincias de Burgos y Palencia, quiero decir. León es distinto, mucho más gris.

—Ahora estamos en Burgos y no veo que tenga nada de particular.

—Aún no. La verdadera Castilla empieza después de la ciudad de Burgos. Estos días previos son para calentar motores. Y Palencia. Caminar allá es… —Fernando buscó alguna descripción impactante; al no encontrarla, volvió a la que ya había utilizado—: mágico. Es mágico.

Aquello intrigó a Nacho. Castilla era monótona, aburrida, desesperadamente llana; todo el mundo lo sabía. ¡Y Palencia! ¿Qué recóndito atractivo secreto podía tener Palencia? Le resultaba difícil pensar que el Camino mesetario pudiera ser algo más que rectas interminables durante horas interminables.

—¿Hay algún lugar que me recomiendes especialmente?

—El arroyo de San Bol —repuso Fernando, sin dudar.

—¿El qué?

Nacho jamás había oído ese nombre.

—El arroyo de San Bol. He dormido allí en todos mis Caminos. Es una chopera en medio de la nada, con un arroyo y una fuente. Un lugar extraño. No hay ningún pueblo, solo un antiguo refugio de cazadores reconvertido en albergue. De día, estás cocido de calor atravesando la meseta y, de repente, aparece la chopera, con su sombra y su agua. Así, sin esperártelo. La primera vez que la vi pensé que era un espejismo.

—¿Dónde está?

—Veintisiete kilómetros más allá de Burgos. Yo dormiré allí mañana.

—¿Mañana? Es una buena distancia…

—Hoy haré una etapa normal hasta Cardeñuela. Mañana sí me pegaré la paliza.

Nacho hizo cuentas en silencio. La jornada que Fernando pretendía emprender era maratoniana: más de cuarenta kilómetros. Se había prometido a sí mismo no repetir algo así nunca, pero la idea de dormir en un refugio solitario en plena naturaleza era tentadora.

—El truco es ir poco a poco —proseguía el hombretón—. Un kilómetro detrás de otro. Me levantaré de madrugada y rondando las ocho ya estaré desayunando en Burgos. Desde ahí, será como una etapa normal.

—¿De verdad merece la pena el esfuerzo?

Él se encogió de hombros. Su rostro cetrino tenía una expresión rara. Apagada y resuelta al mismo tiempo.

—Quiero bañarme en esa fuente una última vez.

Nacho suspiró. La resolución de no repetir una jornada de cuarenta kilómetros no le había durado ni cuatro días.

—Si no te disgusta la compañía, creo que intentaré seguirte el paso hasta allí.

Estaba tan centrado en sí mismo que no reparó en el extraño énfasis

que Fernando había puesto en sus palabras.

20. El ocaso de Burgos

Mientras Nacho se acomodaba con Fernando en Cardeñuela, Sebas y Lorena habían hecho una etapa absurdamente corta hasta Burgos. Ninguno sabía que tan solo los separaban trece kilómetros. No habían estado tan cerca de reunirse de nuevo desde Logroño.

A Lorena le vino bien el descanso, no solo físico, sino también mental. Estaba agotada de tanto pensamiento tormentoso y la compañía de Sebas le daba paz. La ciudad fue una agradable sorpresa. No tenía ni idea de que la meseta castellana ocultara semejante joya entre sus trigales. Burgos era toda de piedra clara, muy luminosa. En ella, lo medieval y lo renacentista convivían en equilibrada armonía. Le recordó un poco a Florencia, aunque Burgos transmitía algo más profundo. La arquitectura florentina flotaba en la superficie de sus mármoles, condenando su propio Medievo y Antigüedad a la irrelevancia. Sin embargo, el Renacimiento burgalés estaba construido sobre el respeto a un pasado más lejano, a una historia más antigua, dándole una cohesión y una solidez maravillosas. Burgos había sido capital de reino y asentamiento prehistórico mucho antes de Da Vinci y Galileo. Esa era la realidad que transmitían sus piedras, pulidas por el aire puro de Castilla.

Sebas y Lorena vagabundearon todo el día por el casco antiguo. Visitaron iglesias, plazas y monumentos, admirando los exquisitos arabescos y los frescos de colores sobre aquella piedra rubia, llena de luz. Luego, a última hora de la tarde, fueron a misa en la catedral.

A Lorena no le hacía especial ilusión. No albergaba inquietudes religiosas, pero pudo más la gratitud hacia Sebas, después de lo del día anterior. No se arrepintió: la catedral de Burgos, primer templo gótico construido en España y ejemplo para otras catedrales como la de León, resultó ser el edificio más hermoso que hubiera visto nunca. En la hora que duró la misa, mientras los murmullos del sacerdote reverberaban por aquel vasto espacio, admiró las blancas bóvedas, los colores de las vidrieras, los retablos, los sepulcros… Solemnidad y alegría cohabitaban en su interior en armónico equilibrio; desde el fervor devoto de los crucifijos, hasta la simpática figura del Papamoscas sobre el reloj.

A la salida de misa, ya caía el sol. La suave luz del atardecer transformaba las torres gemelas de la fachada en un fuego anaranjado. Era tal la delicadeza y el detalle de la piedra, tal la cantidad de pináculos y agujas, de galerías y rosetones, que parecía un trabajo de otro mundo. Sebas se sentó a contemplarla desde las escaleras, al otro lado de la plaza.

—De pequeño, mi madre solía llevarme a misa de tarde en Santa María de Castro Urdiales —dijo en voz baja—. Murió hace unos años y, desde entonces, siempre he encontrado algo especial en las catedrales al final del día.

Lorena se sentó junto a él en silencio.

—Decía que la ruta jacobea te daba ocasión de visitar «los tres grandes templos del Norte»: Burgos, León y Santiago.

—¿Por eso haces el Camino?

Sebas se rascó el cogote, en un gesto muy típico suyo.

—En parte, supongo. No es la razón principal, aunque ha influido en que quisiera hacer noche aquí. —Se tanteó el cuello de la camiseta y sacó el anillo que llevaba prendido de una tira de cuero como un amuleto—. Me gusta pensar que ella me acompaña en esta peregrinación. Que estará conmigo en cada uno de esos «tres grandes templos del Norte».

El anillo destellaba a la luz anaranjada del ocaso. Tras él, la catedral seguía siendo una llama de filigranas de piedra.

—Dime una cosa —dijo al fin Sebas, en tono muy distinto, guardándose la joya bajo la camiseta—. ¿Por qué llorabas ayer en los montes de Oca?

Fue una de esas preguntas directas que tanto detestaba. Se la hizo con tanto candor que no le sentó mal.

—Bueno —murmuró encogiéndose de hombros—, estos días atrás, en grupo, logré olvidar las razones por las que estoy en el Camino. —Desvió la mirada—. Al verme sola otra vez, se me vino todo encima.

Los ojos de Sebas estaban fijos en ella. Eran atentos. Comprensivos. Lorena le relató su historia. Le habló de Madrid. De su contrato en la fábrica de piensos y la seriedad con que se lo había tomado. De las horas robadas a divertirse, a conocer gente, pensando que lo primero era el trabajo, que ya habría tiempo para el ocio. Nunca lo hubo. La despidieron y, de pronto, se vio sola, perdida, sin raíces en ningún lugar. Sebas la escuchaba con la cabeza inclinada y el gesto serio, como si estuviera buscando una forma de ayudarla. Y le hizo una pregunta interesante:

—¿Te gustaba tu vida en Madrid?

—¿Cómo?

—Dices que te dedicabas solo a trabajar. No sé; tampoco pareces muy entusiasmada con ello. Y lo entiendo: no creo que hayas estudiado Biología por amor a los piensos acuícolas.

—No, claro —reconoció con una sonrisa—. Pero hay que ser prácticos. Los trabajos como bióloga no crecen en los árboles y era un buen punto de partida.

—¿Un punto de partida para qué?

—Para la vida profesional. Y para construir lo demás. Ya sabes: una

pareja, familia…

Sebas volvió a rascarse el cogote.

—¿No dices que no tenías tiempo para eso?

Se revolvió, incómoda. Con esa franqueza tan cantábrica, Sebas la forzaba a confrontar temas que ella, gallega hasta la médula, hubiera preferido eludir.

—Si fueras creyente —continuó él—, te diría que tu despido fue una señal de Dios.

—¿Para decirme lo inútil que soy?

—No, mujer; para que elijas tu vida. ¿Cuál sería tu situación ideal dentro de diez años?

Ella se mordió los labios. ¿Su situación ideal? Una familia, claro. Vivir en pareja, ser madre; tener un hogar propio. Eso era lo primero que se le venía a la cabeza, mucho antes que cualquier trabajo. Que la llamaran ingenua, que le reprocharan su falta de ambición. El éxito profesional no era nada si no iba acompañado de una felicidad más cálida.

«Entonces, ¿por qué le dabas prioridad absoluta al trabajo?». Ah, qué pregunta tan lógica y tan cruel. Porque ese trabajo —ahora lo veía— la ayudaba a evadirse. Había enmascarado sus deseos bajo un barniz de aspiraciones profesionales y ahora que el barniz se había quebrado, era como fracasar por partida doble. «No soy nada para nadie. Ni como bióloga ni como… persona».

La mirada de Sebas era toda comprensión. Mucha más de la que mostraba consigo misma.

—¿Sabes? —le dijo él—, yo siempre quise tener hijos. Y me frustraba mucho no… no tener opciones. Lo tenía más crudo que tú, créeme.

—Me fui de Galicia porque mi madre me asfixiaba —musitó ella—. Que por qué no tengo novio, que si se me iba a pasar el arroz…

—Los padres pueden ser difíciles. El mío era guardia civil. Me hice militar por él.

—¿Y le decepcionó que te pasaras a la policía?

—No, eso no. Conmigo ha tenido decepciones mucho mayores, me temo.

—Mi padre quería que trabajara en la empresa familiar, como mis hermanos. Es un negocio de maquinaria agrícola, muy aburrido. Le molestó que me empeñara en estudiar algo distinto. Fue gracias a mi abuela que pude ir a la universidad, aunque tenía que echar una mano en la empresa durante las vacaciones. Lo peor fue cuando acepté el trabajo en Madrid.

Rememoró aquel momento, uno de los más tensos de su vida. Para sus padres, aquello fue casi una traición, y la abuela Maruxa ya no estaba allí para ayudarla. Se aferró a la justificación sencilla. Que lo

hacía por medrar como bióloga, que quería hacer carrera. Era más fácil que admitir la verdad: que se trataba de una huida.

En el fondo, quizá eso también influyó en que se tomara el trabajo madrileño tan en serio. La mayor parte de las huidas se emprenden para eludir responsabilidades, pero cuando quien huye es muy formal, la fuga no es una liberación sino una carga, una losa de culpa que, por honestidad o contrición, exige castigarse con nuevas obligaciones. Había dicho que se marchaba a trabajar; pues bien, a trabajar se dedicaría. Y a nada más. Parpadeó, tratando de contener las lágrimas. Aquel tema era una herida en carne viva. Sebas la rodeó con su brazo y le dio un cariñoso apretón.

—No me creo que te dé igual a qué dedicarte —le dijo—. Por algo estudiarías Biología y no otra cosa, ¿no? Yo de ti, aprovecharía el Camino para reflexionar sobre eso. Tener pareja y demás no está en tu mano. Ser feliz hasta que eso llegue, sí.

El sol seguía bajando y la luz se había suavizado. La catedral ya no era una llama encendida, sino una cálida estampa color miel. La tranquilidad de la plaza se vio turbada por un grupito de peregrinos que bromeaban de forma parecida a cuando ellos eran cuatro y caminaban juntos.

—Por cierto, ¿y cómo fue que dejaste atrás a Nacho? Me sorprendió verte sin él.

—Se quedó de juerga en La Rioja —murmuró enrojeciendo—. Con unas *amiguitas*.

En los cinco días transcurridos desde Logroño, había pasado por toda una rueda de emociones respecto a Nacho. Al principio, estaba tan dolida que se alegró de poner distancia. Luego, cuando tuvo tiempo de echarlo de menos, deseó darle la oportunidad de explicarse y avanzó despacio para que la alcanzara. No lo hizo y la indignación resurgió con más fuerza. En Belorado, decidió no esperarlo más y seguir su Camino. Sin embargo, la razón no doblega a los sentimientos y seguía disgustada.

—Acababa de decirme que jamás le sería infiel a su mujer.

Sebas rio con suavidad.

—Para los hombres guapos como Nacho, «jamás» es una palabra demasiado larga.

—Un par de horas. Eso le duró a él; ya ves…

—Es de los que vienen al Camino huyendo de alguien; se le notaba.

—No. Él quiere a su mujer. Había decidido volver con ella.

—¿Acaso la había abandonado? Más bien, parece cobardía. Su matrimonio es insulso, pero no se atreve a dejarla, así que se aleja y cruza los dedos, a ver si tiene la suerte de que ella se harte primero.

—Eso es muy cruel. Él no es así.

Con ese espíritu de contradicción tan humano, había pasado de ultrajada a defensora. Consideraba a Nacho algo demasiado suyo para dejar que lo criticaran otros. Sebas seguía riendo por lo bajo.

—Vamos, tú no puedes lanzar la primera piedra —continuó ella—. En cierto modo, estás en una situación parecida.

—¿Yo?

—Sí, dejando en casa a tu mujer embarazada para pasar un mes en el Camino.

—Patri no es mi mujer.

—Tu novia, entonces. Da igual si…

—Tampoco es mi novia —repuso él con suavidad—. Nunca he sido capaz de ver a las mujeres en ese sentido.

Lorena lo miró con los ojos muy abiertos. Aquello sí que no se lo esperaba.

—Pero, pero… —tartamudeó, sin saber bien cómo articular su asombro—, ¿no ibas a tener una hija?

—Ya te dije que lo tenía más crudo que tú —dijo él sonriendo—. Patri y yo somos buenos amigos. Los dos estábamos solteros y queríamos ser padres. Hoy en día hay… otros medios. Y, si lo piensas, criar un hijo en estas condiciones es como un divorcio bien llevado.

Lorena se quedó callada. Jamás lo hubiera imaginado. Sebas era tan convencional, tan varonil. Un policía. Exmilitar. De repente comprendió cuáles debían ser esas grandes decepciones que había dado a su padre y sintió un renovado respeto por su empatía y su firmeza. Y por su creencia en Dios, tan súbitamente llena de contradicciones.

—Pues le hubieras dado una alegría a ese francés de San Juan de Ortega —dijo con una carcajada—. Ahora, en serio, me duele que consideres cobarde a Nacho. Yo creo que solo está hecho un lío.

—No es mala persona, ya lo sé, pero no me gusta la deslealtad. La gente como él, una vez que empieza, siempre encuentra justificación para seguir engañando. Y por el camino van dejando corazones rotos.

El sol se había puesto y la catedral estaba en sombras. Las innumerables agujas y pináculos de las torres se recortaban delicadas contra el suave dorado del cielo. Sopló una brisa fría y Lorena se estremeció. Estaba refrescando.

—Vámonos al albergue—dijo Sebas—. Mañana quiero empezar temprano y ahorrarme el sol de mediodía en la meseta. Saldremos juntos, ¿verdad?

Ella sonrió. Claro que sí. Claro que caminaría con él. Atrás quedaban esos días raros de tristeza y soledad. Como el propio Sebas había dicho, tan solo guardaba luto por los amigos idos. Había perdido a Nacho y a Nerea; sin embargo, este Sebas, ignorado en la exaltación del amor y la amistad, reaparecía como alguien a quien

merecía la pena conocer. Lorena volvía a sentir ilusión por el presente. Por el Camino. ¿Adónde la conduciría este renovado optimismo?

21. El arroyo de San Bol

A las cinco de la mañana todavía era de noche en Cardeñuela. Nacho se vistió a oscuras y abandonó el albergue con su nuevo compañero, Fernando. A pesar del madrugón, estaba animado. Dispuesto a alcanzar aquel sitio mágico: el arroyo de San Bol. Tener un objetivo tangible lo evadía de preocupaciones familiares. Ese día, su única inquietud era caminar los cuarenta y cinco kilómetros que tenía por delante, el equivalente a dos jornadas normales. Tras un par de calles mal asfaltadas, se encontraron en pleno campo. Aún no asomaba el alba y las estrellas emitían un resplandor tenue y frío.

—Va a ser un día caluroso —dijo Fernando.

A Nacho, con dos camisetas bajo el jersey, le costaba creerlo. Las noches mesetarias eran frescas, incluso en agosto. Era difícil pensar que unas horas más tarde haría un sol insoportable.

Los primeros dieciséis kilómetros conducían a Burgos y fue una suerte hacerlos antes del amanecer. Como paisaje, no valían mucho. Transcurrían por carreteras solitarias hasta un polígono industrial, sin nada más interesante que un pequeño aeródromo. Fernando, que en su laconismo tenía un punto de visionario, había afirmado que desayunarían en Burgos y, para sorpresa de Nacho, lo cumplieron. Pasaban dos minutos de las ocho de la mañana cuando se sentaron en una cafetería frente a la catedral, con su fachada erizada de agujas. El sol asomaba tras ella, dándoles en la cara con agradable tibieza y dibujando la sombra elegante de las torres en el suelo de la plaza.

—¡Qué bien sienta esto! —dijo Fernando apurando de un trago su café con leche.

Su rostro conservaba aquel raro e insano color cetrino, transformado ahora por el deleite. Nacho le dio la razón con una tostada en la mano. Por la calle lateral veía pequeños grupos de peregrinos que iniciaban la marcha y sentía una oscura satisfacción por llevar ya casi una jornada completa.

—No hay nada mejor que el Camino —prosiguió Fernando, mirándolo de reojo—. Mi mujer no entendía que me apasionara tanto. Así acabamos: divorciados.

—Oh.

A Nacho le sorprendió esa revelación gratuita en alguien tan reservado. Su expresión ansiosa lo hizo temer que aquello fuera el preludio de una confidencia completa: el marido dolido, las noches en el sofá, los hijos de por medio… Él era abogado matrimonialista; había oído esa historia mil veces y ahora estaba de vacaciones. Se levantó con precipitación y dijo:

—Será mejor que sigamos. Tenemos un día largo por delante.

Salieron de Burgos en dirección a su siguiente hito: Tardajos. Apenas habían recorrido un par de kilómetros cuando se hizo evidente que no llevaban el mismo ritmo. Nacho tenía muchos bríos y le costaba ajustarse al paso lento de Fernando. Este, sin duda decepcionado tras su tímido intento de franquearse, acabó por proponerle que se adelantara.

—Buena idea —dijo Nacho—. Ya nos encontraremos en Rabé de las Calzadas o en Hornillos. O, directamente, en San Bol.

Se alegraba de poder apretar el paso. La etapa tenía algo de reto personal para él y no le importaba hacerla solo.

Los diez kilómetros hasta Tardajos fueron bastante monótonos, en línea recta junto a la vía del tren y por un campo reseco. El sol brillaba en el cielo sin nubes, con una tenue brisa que hacía crujir los arbustos espinosos a la vera del sendero. Nacho caminaba, un paso tras otro, por aquellas pistas áridas, tan invariables como si recorriera una y otra vez el mismo espacio. La magia de la que hablaba Fernando no aparecía por ninguna parte.

En Tardajos, el Camino bordeaba las afueras del pueblo, y vaciló. Había planeado hacer un alto para almorzar, pero las casas grises de cemento no invitaban a nada. De pronto, llegó hasta él una fanfarria de trompas y trompetas. Debía tratarse de un ensayo de la banda local, más entusiasta que afinada. No se veía capaz de disfrutar de la comida con aquel estruendo en los oídos, así que siguió adelante.

A partir de Tardajos, empezó a cruzarse con los peregrinos que habían salido de Burgos. La idea le dio ánimos: ya estaba en igualdad de condiciones con los que harían una jornada normal. «Buen Camino». «Buen Camino». Media hora después estaba en Rabé de las Calzadas. Era muy temprano para comer y distrajo el hambre con una tapa de tortilla y un refresco. El lugar merecía la parada. Pequeño y revestido de piedra hasta el último rincón, tenía ese claro encanto de los pueblos restaurados. De todas formas, no se detuvo mucho rato; todavía le quedaba la mitad de la etapa hasta San Bol. Se colgó la mochila a la espalda y emprendió el siguiente tramo.

El sol empezaba a picar. Hacía tiempo que caminaba sin jersey y, a la salida de Rabé, se quitó también las perneras de los pantalones. Las embutió en la mochila y, cuando ya la había cerrado de nuevo, lamentó no haber sacado la gorra. Le dio pereza revolver el caos de su macuto para buscarla. Bebió un trago de agua de la cantimplora y cayó en que tampoco la había rellenado. Eso sí que era un despiste. Ahora tendría que caminar siete kilómetros hasta Hornillos del Camino a mediodía y sin agua. Miró hacia atrás y se rascó la cabeza. Rabé quedaba lo bastante lejos para parecer un pueblo compacto. Llevaba casi treinta kilómetros de ruta y aún le quedaban unos quince,

así que esfuerzos adicionales, los justos.

—¿Estás bien?

Una pareja de peregrinos se detuvo junto a él. Eran muy jóvenes, casi adolescentes, de aspecto más deportista que caminante, con mallas negras y bastones ultraligeros.

—Qué tontuna la mía, que me he quedado sin agua —dijo riendo avergonzado—. Con este sol, no tengo más remedio que volver al pueblo.

—Hay una fuente a dos kilómetros —dijo la chica—. De todas formas… Pablo, tú rellenaste la cantimplora, ¿verdad? Yo también; podemos darte un poco.

La posibilidad de ahorrarse la vuelta a Rabé era tan tentadora que Nacho solo se resistió lo justo que demandaban las buenas formas. Aquella generosidad desinteresada le alegró el día. Era algo tan común en el Camino y, sin embargo, tan ausente en la vida real… No se paró a pensar en qué medida él contribuía o no a ese espíritu; sencillamente, le agradaba recibir aquellos regalos del azar jacobeo.

Con la cantimplora mediada de agua fresca, continuó la marcha a Hornillos. El paisaje era ya el típico de Castilla, un trigal dorado y luminoso hasta el horizonte. Aún no se había adentrado mucho en la temible meseta y el terreno seguía ondulándose en lomas. Parecían muy suaves a la vista, aunque de cerca, las cañas ya segadas salían de la tierra reseca como cerdas de un cepillo. Cañas huecas y duras que hacían el campo inaccesible. Había que ir por la vereda y, a esas horas, los peregrinos eran tan numerosos como en una excursión. «Buen Camino». «Buen Camino». Adelantó a un grupito de adolescentes cantando canciones de misa y a él lo sobrepasaron varias bicicletas. Sonreía, saludaba y repartía buenos deseos. Le gustaba aquella efervescencia social.

A mitad de una larga cuesta arriba, se topó con la fuente de la pareja. Estaba en un merendero, junto al único par de árboles de la región. La sombra, la deliciosa sombra que arrojaban, era como un refugio en medio del desierto, un lugar estupendo para hacer un alto; y, por lo mismo, tan concurrido como un bar. Sonrió al reconocer a uno de los peregrinos:

—¡Álvaro! Me alegro de verte, hombre.

El estrafalario director de orquesta estaba igual, con su coleta encrespada y su invariable camiseta negra de AC/DC.

—¿Qué tal? Ya se va notando el calor.

En el Camino, lo importante siempre es el presente; y en él se centraron.

—¿Vas a seguir mucho más hoy?

El músico se encogió de hombros.

—Estoy dudando entre dormir en Hornillos o seguir hasta Hontanas.

¿Y tú?

Nacho le habló del arroyo de San Bol, con su chopera y su fuente de agua fresca. Pintó el idílico rincón tal como se lo había descrito Fernando y le sorprendió que Álvaro sacudiera la cabeza.

—Mal sitio, tío. Muy mal sitio. No te quedes allí.

—¿Por qué no? —preguntó él asombrado.

—A primera vista parece un oasis, pero de noche, tiene un no sé qué siniestro.

—¿Siniestro?

—Sí. He dormido allí tres veces. Tres. Cada vez había un hospitalero distinto; ninguno aguanta mucho tiempo. Uno era un *hippie* trasnochado que se volvió loco. Otro pilló una depresión. El último era un arquitecto esotérico que quería hacer reformas; un tipo raro. Decía que el refugio chupaba la energía por estar construido sobre un manantial. Seguro que también ha abandonado.

—Deberías quedarte una cuarta vez a comprobarlo —dijo Nacho.

El músico rio. Cogió su mochila para emprender la marcha.

—Siempre digo que ya no más… —Hizo una mueca—. La verdad es que lo siniestro también tiene su punto.

—Parar en Hornillos o en Hontanas es de *cartulis* —le dijo Nacho mientras se alejaba—. ¡Nos vemos allí!

Álvaro hizo un gesto ambiguo con la mano.

—Ya veremos.

Nacho rellenó su cantimplora en la fuente y disfrutó unos minutos más de la sombra y el descanso. El calor empezaba a apretar. Le hubiera gustado hacer una parada larga, pero aún le quedaba un buen trecho. Cuanto más sabía de San Bol, más le apetecía dormir allí. Se sumó de nuevo al río de peregrinos a pleno sol y, poco después, llegó a Hornillos del Camino. Estaba pletórico. Llevaba treinta y ocho kilómetros; solo le quedaban cinco.

—Eso lo haces en un *volao* —le dijo un camarero mientras le preparaba un bocadillo de pollo con queso para llevar. Estando tan cerca de la meta, prefería no pararse ni a comer.

Sin embargo, esos últimos cinco kilómetros pusieron a prueba su resistencia. El pan del bocadillo estaba correoso y le dio sed. Deseó haber comprado alguna fruta jugosa o un tomate, pues volvía a andar escaso de agua. El calor se había vuelto insoportable. El sol de mediodía era una bola ardiente que castigaba las lomas de cereal y le provocó dolor de cabeza. Había vuelto a olvidar la gorra en la mochila; una vez más, le podía el cansancio para buscarla. Llevaba casi diez horas en ruta.

El Camino estaba desierto. La romería peregrina de la mañana se había refugiado en alguna sombra y Nacho avanzaba en completa

soledad. Subía por una larga, larguísima loma cuando notó, con estupor, que estaba mareado. Veía el horizonte un poco difuso. Se ondulaba y, a veces, resplandecía como un espejismo de agua.

Por primera vez, tuvo miedo de estar solo. Si le daba un golpe de calor, ¿quién iba a ayudarle? Peor aún que el horizonte fueron los girasoles. Empezaban a abundar en la meseta. Extensos campos de cabecitas amarillas en equilibrio sobre finos tallos, con rostros de pipas vueltos al sol. Eran divertidos, como personas en miniatura… Salvo los que ya estaban mustios. Estos tenían tallos encorvados bajo el peso de la flor, pétalos marchitos como greñas, hojas arrugadas… Los miraba y veía hombres devastados, jóvenes enfermos, suicidas camino de un puente. Girasoles moribundos, como la viva imagen de la lozanía perdida y las decepciones humanas. «Nunca seré un girasol», pensó aturdido.

A la vera del sendero apareció una encina grande y robusta. Los árboles habían escaseado tanto que creyó que era una ilusión. Apoyada en el tronco, una peregrina comía una naranja.

—Buen Camino —la saludó con voz pastosa.

—Estás muy pálido —dijo ella.

Él se sentó bajo aquella bendita sombra y cerró los ojos. Seguía mareado. La chica, en silencio, le ofreció un cuarto de su naranja. Era justo lo que necesitaba tras el bocadillo de pan reseco y la aceptó con gratitud. Por segunda vez, le tendían una mano cuando más falta le hacía. Nunca tres gajos de naranja le parecieron más exquisitos. Los engulló de golpe, llenándose la boca con la jugosa pulpa. Le dejaron un agradable sabor dulzón que le hizo disfrutar más de las últimas gotas de agua de su cantimplora. Ah. Ya se encontraba mucho mejor.

—Gracias —dijo sonriendo—. Perdona si te he asustado.

La peregrina hizo un gesto vago con la mano. No parecía tener ganas de charla y él se preparó para continuar. Sacó la gorra —no seguiría sin ella— y abandonó la sombra, la chica y la encina. Al verse de nuevo bajo el sol aplastante, el episodio le pareció un sueño. Miró hacia atrás. Ya no pudo ver el árbol.

Al culminar la subida de la larga, larguísima cuesta, comprendió que había alcanzado la meseta. La de verdad. Una inmensa planicie espigada, de horizontes tan vastos, tan abiertos como el mar. La auténtica Castilla. Allí arriba corría algo de viento. No había notado la pesadez del ambiente mientras el Camino se ahogaba entre lomas. Ahora, por contraste, se sentía ligero; como si de pronto pudiera desligarse del suelo ardiente y caminar flotando en el cielo puro.

Aunque seguía temiendo un golpe de calor, se veía capaz de ponerle remedio. Empezó a canturrear entre dientes; primero por lo bajo, y, como no había nadie a la vista, pronto se liberó de toda cohibición. Se desgañitó con los temas *rockeros* que lo hacían vibrar de joven,

tocando platillos imaginarios y licuando las palabras al más puro estilo americano. Lo ayudaban a evadirse del terrible sol y del cansancio. Cuando no se le ocurrió nada más, inventó nuevas letras. «*Quiero llegar ya. Quiero terminar. Este sol me va a mataaaar».* El calor, o tal vez la sed, le traía rimas a la mente con tanta naturalidad como si estuviera borracho. Y la dichosa chopera de San Bol no aparecía. La meseta se presentaba como una llanura interminable, sin un solo árbol a la vista y mucho menos un conjunto de ellos. *«¡Chopeeeera! Aparece de una vez, que ya no puedo más, ¿por qué sigues escondiéndote de míiii? ¡Aparece ya!».*

No vio la quebrada en la planicie hasta estar casi al borde de ella. La meseta se abrió, y allí, al fondo de una hondonada, estaba al fin la chopera. Era como un oasis; un oasis castellano con esbeltos chopos parduzcos en vez de palmeras. El agua, imprescindible en cualquier oasis, corría en un arroyo como la espina dorsal del bosquecillo. Nacho descendió por la suave y dorada pendiente con paso vacilante. Ya estaba. Lo había logrado. Junto a los árboles, distinguió el refugio, un edificio achaparrado de color teja con una pequeña cúpula de piedras. La fuente, la famosa fuente de Fernando, era una especie de abrevadero grande entre los chopos y resultaba una agradable visión para un peregrino sucio y acalorado. Un remojón allí sería el final perfecto para aquella etapa tan dura. Al otro lado de la fuente, una peregrina con una deliciosa falda corta tendía su ropa entre dos troncos, de espaldas a él. La observó con placer mientras se desprendía de la mochila. Su melena castaña se agitaba con el movimiento y llevaba una camiseta lo bastante ajustada para resaltar las curvas de un cuerpo generoso. Le resultaba familiar. Ella se volvió y los dos pegaron un respingo al reconocerse.

CASTILLA

22. El viento en los chopos

Lorena había salido de Burgos con un ánimo mucho más optimista que días atrás. Sebas tenía razón: tras el breve período de luto por los amigos idos, era hora de interesarse por otra gente. Era hora de olvidar a Nacho. Planearon una jornada de treinta kilómetros hasta Hontanas, un pueblecito donde el exmilitar confiaba poder acampar. Llevaba varios días sin hacerlo.

—Y habrá muchos peregrinos en el albergue —dijo ella. Justo lo que necesitaba para pasar página.

Once kilómetros y rodearon Tardajos. Una trompeta solitaria rebuznaba escalas en preparación para el ensayo de la banda. Dos más y atravesaron las pulcras callejuelas de piedra de Rabé. Otros siete los llevaron a Hornillos. El Camino burgalés era una sucesión de lomas doradas de cereal bajo un cielo inmenso.

—Nos va a pillar el mediodía al descubierto —dijo Sebas consultando su reloj.

—Aún faltan diez kilómetros…

Siguieron adelante mientras el sol en ascenso se convertía en una bola de fuego. Lorena caminaba con la cabeza gacha. Ante ella, su propia sombra, larga y majestuosa al amanecer, se iba encogiendo poco a poco.

—¡Mira allí! ¡Qué lugar más extraño!

Sebas señalaba un risco abrupto en la meseta. Al fondo de una hondonada, un bosquecillo pardo y aislado, de troncos esbeltos, se agitaba con la tenue brisa. Los árboles habían sido tan escasos en aquel tramo que resultaba una visión casi irreal. También el refugio color teja con su estrambótica cúpula de piedras tenía un aire fantasioso.

—¿Y si nos quedamos aquí? —dijo Sebas, admirando la urdimbre sombreada que arrojaban los chopos—. Este lugar es perfecto para plantar la tienda.

A Lorena le gustó la idea. No le apetecía exponerse de nuevo a las fatigas del sol. Contempló el albergue. Era muy pequeño; apenas habría sitio para una docena de peregrinos. Sonrió. Un número tan reducido resultaba perfecto para intimar con gente nueva; imponía menos que un grupo grande. Mientras Sebas sacaba lona y piquetas, fue a reservar su plaza. La mayoría de peregrinos habían salido al jardín; dentro solo quedaban la hospitalera y un par de chicos descansando.

—¡Hola! —los saludó.

Uno de ellos leía una guía en alemán y, por su forma de responder,

debía ser la única palabra castellana que sabía. El otro, un joven moreno, de pelo muy corto y barba de tres días, le devolvió el saludo con inconfundible acento extremeño:

—¡Bienvenida a San Bol! Perdona que no me levante, que estoy aquí *abarrancao*. La suerte que has *tenío*: solo quedan tres literas. Aunque los primeros en llegar han *cogío* todas las de abajo.

Lorena suspiró. Lo último que le apetecía tras la larga caminata era trepar a una litera superior. En fin. Extendió su saco de dormir sobre la colchoneta y buscó una muda de ropa limpia. Antes de meterse en la ducha, su mirada se detuvo en un ventanuco orientado al este. Qué estampa tan brillante recortaba del exterior. La mitad era un campo dorado; la otra mitad, el cielo puro de Castilla. Desde aquel fresco refugio de piedra, el paisaje irradiaba luz.

La ducha estaba limpia y tenía presión. Lorena disfrutó lavándose el pelo y dejando que el agua masajeara sus hombros cansados. Se puso una faldita corta que había traído como única concesión a la coquetería y aprovechó para lavar la ropa sucia. Había visto una cuerda tendida entre dos chopos, muy a propósito para dejarla secar a la brisa de la tarde. Cuando salió del baño, ya limpia y arreglada, un peregrino recién llegado subía su macuto a la penúltima cama libre.

—Eh, yo te conozco —lo saludó. Aquella coleta rala y la gastada camiseta negra de AC/DC eran inconfundibles—. Nos vimos en Belorado. Álvaro, ¿verdad?

—Ah, la *galli* de los flamencos —dijo él guiñándole un ojo—. Lorena, si no recuerdo mal.

Cuánto influía el estado de ánimo propio en la percepción de los demás. Al cruzarse con él en Belorado, en los momentos más bajos de su luto particular, lo había encontrado un poco cargante; en cambio, ahora tuvo ganas de conocerlo mejor.

—Qué sitio más curioso. No se parece en nada a otros albergues del Camino.

—No, en nada. Y ya verás por la noche.

—¿Has estado aquí antes?

—Varias veces. No tenía pensado quedarme hoy… Un *colega* me convenció. Llegará pronto; he pedido que le reserven la última cama. Siempre me voy de aquí jurando que nunca más y no escarmiento.

—¿Tan terrible es?

Álvaro esbozó una sonrisa lobuna.

—Dormir aquí es más aventura que el propio Camino.

Lorena salió a tender preguntándose qué habría querido decir. Sebas ya había montado su tienda bajo los chopos y charlaba en el porche con una mujer de mediana edad y un papá peregrino que viajaba con sus hijos pequeños. Otra chica de pelo rizado se había acurrucado en una mecedora y dibujaba algo en un cuaderno.

—La hospitalera está preparando una cena comunal —dijo Sebas—. Será a las siete.

—¡Estupendo! —sonrió ella. Alzando la bola de ropa mojada, añadió—: Ahora vengo.

La chopera era alargada y descendía en una suave pendiente de hierba verde hasta el arroyo, oculto entre zarzas. Un manantial lo alimentaba. Brotaba bajo el refugio y recorría el lugar como una espina dorsal. A medio camino, alguien había tenido la feliz idea de embalsarlo con un pilón de piedra a modo de fuente. El agua era tan cristalina que Lorena no pudo resistir la tentación de probarla. Ahogó un grito. Estaba helada.

Qué raro. Aun a la sombra de los árboles, el ambiente era cálido. ¿Cómo manaba un agua tan fría de la tierra ardiente? Una ráfaga de viento agitó los chopos. Salió de la nada y cargó el aire de fríos susurros, como el mar en una playa de guijarros. La chica se estremeció. Había algo extraño en el lugar. Tendió deprisa, añorando la protección de la gente. Al darse la vuelta, se topó con la última persona que esperaba ver allí esa tarde: Nacho.

Era el reencuentro que llevaba deseando desde Logroño. Lo había ensayado muchas veces en su imaginación: cómo lo saludaría, qué diría él… Lo que no previó fue que la pillaría tan a contrapié. ¡Justo ahora que había decidido pasar página…! La casualidad, madre de todas las ironías, cruzaba a Nacho de nuevo en su Camino cuando más resuelta estaba a alejarse de él. Así y todo, fue capaz de afrontarlo bastante serena:

—Pareces agotado. ¿Has hecho una etapa larga?

—Cuarenta y tres kilómetros. No veas las ganas que tengo de tumbarme a la bartola.

Su sonrisa era irresistible, pícara como la de un niño. Era asombroso el encanto que llegaba a desplegar con una simple frase.

—Ven, que te enseño el albergue. Has tenido suerte, solo queda una cama libre. ¿Cómo has hecho una etapa tan larga? Y a pleno sol; para darte una pájara. Te has quemado la nariz.

Los nervios la hacían charlar por los codos. Su cabeza era un mar de confusión. En realidad, estaba contenta de verlo. Por más que buscara, no encontraba en ella el enfado de los primeros días. Se había esfumado. Tenía la agradable conciencia de aquella falda corta que se había puesto sin razón alguna. Seguro que los ojos de él se escapaban a sus piernas alguna vez mientras la seguía hacia el refugio. Lo dejó con la hospitalera y salió a esperarlo al porche. Sebas, que apenas había cruzado un tibio saludo con su viejo compañero, la miró. No quiso decir nada en voz alta, pero ella comprendió su advertencia.

Tanto que había deseado charlar con el resto de peregrinos y ahora

no era capaz de prestarles atención. Se quedó junto a ellos con aire ausente, asintiendo de vez en cuando a alguna cosa, sin reparar en nadie hasta que salió Nacho, ya duchado y descansado. Él estrechó la mano de Sebas ajeno a su frialdad y saludó a Álvaro como a un viejo amigo.

—Al final has decidido quedarte, ¿eh?

—Bah, lo hice por guardarte el sitio.

Anunció que iba a remojarse los pies a la fuente. Lorena se levantó para seguirle. Olvidó que ya había probado el agua y le había parecido helada. Olvidó también que le debía a Sebas hacerle algún caso y que tenía ganas de conocer gente nueva. Olvidó todo lo que no fuera esa oportunidad de estar a solas con Nacho. Álvaro había afirmado que dormir en San Bol era una aventura; empezaba a entender por qué.

A Nacho no parecía afectarle el agua fría y ella hizo el esfuerzo. Se quedaron sentados al borde del pilón con los pies metidos en el helado remanso.

—Te he echado de menos —le soltó él a bocajarro.

Ella permaneció callada, con los ojos bajos.

—Me encontré con Nerea en Azofra. Me echó una buena bronca.

Qué habilidad tenía para afrontar los asuntos espinosos de frente. Si de ella dependiera, el beso frustrado de Logroño se habría perdido en un absurdo pacto de silencio; presente entre ambos, sin que ninguno se atreviera a mencionarlo.

—Me quedé sorprendida, la verdad —reconoció al fin—. Justo cuando acababas de asegurarme que…

—Fui un idiota, lo reconozco —la cortó Nacho—. Tienes todo el derecho a reñirme. Aún encima, te dejé sola allí. ¿Llegaste bien al albergue?

—Sí, sí. Esa no es la cuestión. Yo pensaba…

—Pues claro que es importante. De todas las tonterías que hice esa noche, abandonarte fue la mayor. ¡Después de nuestra charla! Me ayudaste mucho… Tú sí que sabes escuchar.

«Tú sí», como sugiriendo que «otras, no». Lorena se rindió ante aquella distinción, ante las alabanzas, ante la preocupación por su bienestar. Sonaba tan agradable… Primero esbozó una sonrisa. Luego rio.

—Me gusta tu risa.

—Calla, tonto.

Ya eran amigos de nuevo. Así de sencillo. Nacho no había necesitado más que un minuto para ser perdonado y allí no había japonesitas que estropearan el momento.

—Entonces, ¿ya has decidido qué vas a hacer? —le preguntó ella con timidez.

—¿Sobre qué?

—Bueno… con Silvia. Con tu mujer. ¿Vas a contarle que…?

—No quiero hacerla sufrir —dijo él despacio—. Total, solo fue un desliz. No se repetirá.

Lorena frunció el ceño.

—No pienses que le estoy quitando importancia. Lo que hice está mal, pero no es como si me hubiera enamorado de otra. Entonces sí que tendría que tomar una decisión muy seria. Fue la locura de una noche; nada más.

Todo el sentido común y la honradez de Lorena se rebelaban contra esa forma de ver las cosas, aunque la mirada azul de Nacho era irresistible. Optó por la opción fácil: dejarlo pasar. Con aire juguetón, cogió agua en el hueco de las manos y lo salpicó.

—Por dejarme tirada.

—¡Eh! Valeee… Me lo merezco. ¡Hey, no más! Para, para…

La cogió por las muñecas y sus caras estuvieron tan próximas que la soltó como si quemara. Ella enrojeció.

—No debería acercarme tanto a ti —susurró él—. O tendré tentaciones de repetirlo.

El sol estaba ya muy bajo en el horizonte. Se colaba entre los troncos, lisos y rectos, rayando la hierba de sombras. Sobre sus cabezas flotaba el techo nebuloso de las copas. No soplaba nada de viento y el bosquecillo parecía un templo de muchas columnas. Lorena, turbada por el contacto de Nacho, volvió a estremecerse. Estaban solos fuera del refugio y había algo místico, casi druídico, en el ambiente. Más allá de la chopera, las suaves lomas de cereal dorado iban perdiendo su luz.

—Vaya, allí llega otro peregrino —dijo, señalando una figura que descendía por el sendero—. ¿Quién será, a estas horas?

Era un hombre grande, cargando con una pesada mochila. Se acercó derecho a la fuente.

—Es Fernando —exclamó Nacho—. Salió conmigo esta mañana. Nos levantamos a las cinco. Ya pensaba que no vendría… ¡Fernando, por fin has llegado!

El hombre se quitó la mochila y las botas con un gruñido satisfecho. Asombrada, Lorena lo vio meterse entero en el agua helada del pilón, cuando ella ya ni sentía los pies.

—¡Qué buena! —exclamó resoplando como una morsa—. ¡Todo el día soñando con esto!

Pasaban de las seis de la tarde. Si había salido con Nacho, llevaba más de trece horas de marcha. La chica se quedó mirándolo con gesto preocupado.

—Nacho, en el albergue ya no hay camas libres —dijo por lo bajo—. Tú ocupaste la última y este pobre no está como para seguir a Hontanas.

Él frunció el ceño y puso gesto pensativo. De pronto, sonrió:

—No te preocupes —dijo, mirando la tienda de campaña en el jardín—. Le cederé mi cama. Seguro que a Sebas no le importa que duerma con él.

Era una idea fantástica. Lorena recompensó su generosidad con un apretón en el brazo.

—Será mejor que vayamos a cenar, son casi las siete. Fernando, ¿vienes?

Aquella breve charla tuvo la virtud de calmar el espíritu de Lorena. Regresó junto al resto de peregrinos muy animada y se mostró tan habladora que apenas se reconocía a sí misma. La cena en San Bol se servía en una mesa circular bajo la extraña cúpula de piedra. Los doce peregrinos alojados en el refugio tomaron asiento con la solemnidad de los caballeros de la Mesa Redonda, aunque las prendas deportivas y los teléfonos móviles desmerecían un poco la atmósfera medieval. Formaban un grupo interesante. Además de Sebas, Álvaro y Nacho, allí estaban el joven extremeño y su compañero alemán; la mujer de mediana edad; la chica de pelo rizado que dibujaba en un cuaderno y el papá-peregrino con sus dos hijos. Completaba la docena una pareja de americanos que solo hablaban entre ellos. Fernando, que ya no cabía en la mesa, se había ausentado unos minutos para ducharse y ahora comía sentado en una butaca, con el plato en la mano.

—Está buena la paella —dijo Lorena, mirando a su alrededor con benevolencia.

—Esto no es una paella, es un *arroz* —apostilló Álvaro, agitando la cuchara.

—Ya nos salió el valenciano —dijo Nacho—. Ni caso, Lorena, que estos se creen que la paella no puede tener guisantes ni hacerse en una olla.

—¡En una olla! Lo que hay que oír.

—Al menos, no le han echado chorizo —intervino el papá-peregrino —. Eso sí es un sacrilegio. Marta, no tires guisantes a tu hermano.

—Ha empezado él —dijo la niña y se echó a llorar cuando el chiquillo le acertó en la nariz con un trozo de alcachofa.

—¡Pedrito, estate quieto!

—*Paela, paela*… —dijo el alemán, último en abrirse paso en la conversación por las dificultades del idioma—. *Very good meal.*

—*Apparently, this is not paella* —le explicó su compañero extremeño.

Era un joven muy amable, de aspecto formal a pesar de la barba de varios días. Los americanos, al ver que hablaba inglés, secuestraron su atención y se volvieron muy locuaces con él. Entre los «*oh, dear!*» y los «*are you kidding me?*», Lorena pudo pescar que se llamaba Jose y que era un «*nurse*», lo que hizo mucha gracia a los americanos. Ella se

volvió hacia la chica de pelo rizado:

—Me intrigó verte dibujar antes, en el porche. ¿Estabas copiando el paisaje?

—Sí, la meseta —respondió ella—. Estaba preciosa, tan suave y dorada. Parecía el pelaje de un león.

Abrió el cuaderno y le enseñó el boceto, un dibujo a lápiz con un toque de fantasía en el que las lomas de cereal parecían las líneas de un felino tumbado al sol.

—¡Es estupendo! Me llamo Lorena, por cierto.

—Yo soy Carlota —dijo ella.

Era una joven delgada, de cara pálida de porcelana y modernas gafitas redondas. La señora de mediana edad, una mujer enjuta, de melena corta, intervino en la conversación con una sensibilidad que contradecía su aire severo:

—*Castilla, león dormido*… qué buen símil. Podría ser el inicio de un poema.

—O de una historia —repuso Carlota—. Me gusta que mis dibujos cuenten algo.

—Este es un buen lugar para eso —intervino Álvaro—. Está lleno de leyendas malditas.

—Ah, ¿sí? —dijo la chica sin mucho interés, e inició una charla más confidencial con Lorena y la mujer, que dijo llamarse Aurora.

—*Gallis* —gruñó Álvaro por lo bajo.

—¿Está todo bien? —preguntó la hospitalera asomando la cabeza desde la cocina—. ¿Sí? Estupendo. De postre hay helado en la nevera. Yo me marcho ya. Me haríais un gran favor si luego fregarais los platos.

—¿Cómo? ¿Nos abandonas? —dijo Nacho sorprendido.

La buena mujer se encogió de hombros.

—Antes había un hospitalero residente, pero esto es muy solitario. Ahora atendemos el albergue entre los vecinos de la comarca y, claro, no nos quedamos a dormir.

—Ya sabía yo que el arquitecto esotérico tampoco aguantaría —murmuró Álvaro.

Los peregrinos aseguraron que recogerían la cocina y la mujer abandonó el refugio. Lorena la oyó arrancar el único vehículo que había en San Bol. Ya era de noche y el sonido del motor al alejarse la hizo cobrar conciencia de lo aislados que se quedaban. Estaban en medio de la nada. Hasta la mañana siguiente, no existía en el mundo nadie más que ellos trece.

—Venga, limpiemos esto —dijo Aurora, cuando todos hubieron terminado.

El trasiego alejó pensamientos extraños. Luego, se acomodaron en los sofás y butacas para pasar la velada. Aurora sacó un mazo de

cartas de una estantería y entretuvo a los niños con el chinchón y la brisca. Carlota empezó un nuevo dibujo en su cuaderno. Sebas charlaba con Jose, el enfermero extremeño, mientras su amigo alemán daba cabezadas en un sillón. Lorena se acurrucó en un sofá grande, con la esperanza de que Nacho acudiera junto a ella. Solo deseaba tenerlo cerca, sentir su calidez. Él se había asomado al ventanuco del este, que ya no era un cuadro iluminado, sino un agujero de negrura. Se dio la vuelta y, al tropezarse con su mirada, sonrió:

—Hace mucho viento.

Lorena distinguió las sombras de los chopos agitándose en la noche. Qué raro. El plácido atardecer no había dado ningún indicio de vendaval.

—Ven, salgamos.

Ella se levantó, complaciente. Abrieron un resquicio de la puerta y una violenta ráfaga hizo volar papeles y revistas.

—Oh, vaya.

Salieron de prisa y cerraron tras ellos. De nuevo, estaban a solas, aunque la atmósfera había cambiado mucho. Ahora, la chopera era un nido de viento. Un viento extraño, muy racheado, que azotaba el lugar con furia caprichosa. Lo que bajo el sol había parecido una hondonada protegida, era una especie de desfiladero por donde el aire se encañonaba, silbando entre los troncos y vapuleando las copas. Hubiera dado igual estar en plena meseta porque no ofrecía ningún resguardo. Aunque lo más raro era el frío. Un frío húmedo, penetrante, anormal en agosto, sobre todo en una región como Castilla. Lorena se subió el cuello del jersey y lamentó no tener un gorro.

—Menuda nochecita os espera —murmuró.

Estaba demasiado oscuro para ver tienda de campaña; solo oía guadrapear la lona. Sebas, a pesar de su resquemor hacia Nacho, accedió a compartirla cuando supo el dilema de Fernando. En ese momento salió del refugio con dos gruesas mantas.

—Las he cogido de un armario —explicó—. Nos vendrán bien. El resto de peregrinos están retirándose a dormir.

Le entregó una manta a Nacho. Lorena se dispuso a entrar en el albergue. Sebas la detuvo. Desplegó la otra manta y se la colocó sobre los hombros.

—Sé prudente —susurró guiñándole un ojo. Y volvió adentro para ocupar la cama que ella iba a dejar libre.

Lorena se volvió hacia Nacho con una mezcla de emoción y timidez. Distinguió el brillo blanco de su sonrisa. Le tendió una mano y, juntos, atravesaron el vendaval hasta la tienda. Entraron a gatas y cerraron la cremallera. El viento seguía soplando fuera. Nacho se tendió en el nido formado por los sacos de dormir.

—Ven —le dijo.

¿Era un gesto de amistad? ¿Una forma de darse calor? Lorena no pudo penetrar su pensamiento. No le importó. Acurrucada en sus brazos, se quedó muy quieta, como si el más mínimo movimiento pudiera romper aquella ilusión. Él tampoco hizo nada. Ni siquiera intentó besarla. Mucho tiempo después se quedaron dormidos, mientras el viento seguía azotando con saña la lona frágil de su refugio.

23. El convento de San Antón

El viento cesó durante la noche y a la mañana siguiente todo era quietud en el arroyo de San Bol. A Nacho lo despertó la vibración de su móvil. Gruñó medio en sueños. Seguro que era el mensaje de buenos días de Silvia, como cada mañana desde Logroño. Hasta entonces, a solas en Nájera, Belorado, San Juan de Ortega y Cardeñuela, los había acogido con agrado y respondía enseguida. Ahora, abrazado aún a Lorena, le molestó. ¿Por qué tenía que ser él su primer pensamiento siempre? Estaba de vacaciones en la playa con sus hijas, su madre, las amigas de la infancia. Podía salir por las noches, levantarse tarde, pedirle a algún amigo guapo que le echase crema bronceadora… Bueno, eso se lo podía ahorrar, aunque tenía tal confianza en su lealtad que no le importaba plantearlo. Apretó contra sí a Lorena, que abrió los ojos y sonrió.

—Buenos días.

Ya contestaría a Silvia más adelante. Ahora tocaba disfrutar del momento. Lorena era una amiga, nada más. No habían cruzado un solo beso, así que tenía plena libertad para enfadarse con su esposa por despertarlo de un sueño agradable junto a ella.

—Deberíamos levantarnos —dijo Lorena—. Sebas quería salir temprano y hay que desmontar la tienda.

Abrió la cremallera y el aire frío, cargado de humedad, se coló en el interior. Una leve bruma gris flotaba entre los troncos inmóviles de la chopera. Aún no era de día.

—Parece que hayan pasado cien años —dijo él con un estremecimiento.

La hondonada tenía un aspecto nebuloso e irreal. Algunos peregrinos ya se habían marchado. Nacho distinguió a la pareja americana a lo lejos y también a Aurora junto a la muchacha de los dibujos. Todavía no había llegado ningún hospitalero, así que adiós a las esperanzas de desayuno. Ayudó a Lorena a quitar piquetas y, cuando estaban plegando la lona, se les unió Sebas, abrigado con polar y pantalones largos. El frío era tan penetrante que les entumecía los dedos.

—Parece mentira que estemos en agosto.

—Esperad a que amanezca. No hay una nube en el cielo; hoy vamos a achicharrarnos.

No si Nacho podía evitarlo. El día anterior, el sol lo había pillado al descubierto una segunda vez; no habría tercera. Después de la paliza de los cuarenta y pico kilómetros, le apetecía tomárselo con calma. Miró a Lorena de reojo. Seguro que podría convencerla.

No fueron los últimos en abandonar la hondonada —Álvaro y el padre con sus hijos seguían durmiendo—, pero era raro hacerlo en ausencia del hospitalero. Quedaba tan solitaria, tan desolada. Ascendieron por el valle y, ya de nuevo en la meseta, Nacho se volvió para contemplarla por última vez. Los chopos, con las copas inclinadas por muchas noches de viento, estaban ahora inmóviles y el lugar parecía de nuevo un oasis resguardado e inocente.

—Qué sitio más extraño. No me da ninguna pena dejarlo atrás.

—A mí sí —dijo Lorena, sonriéndole.

Él pensó en el mensaje de Silvia, aún sin contestar, y sintió un vago desasosiego.

Tal vez fuera el efecto del amanecer, cada vez más cercano; lo cierto es que, según subían la loma, iba haciendo menos frío. Cuando la chopera desapareció, ya no se encogían en los polares. Allí arriba, en la meseta, se toparon con Fernando. Estaba sentado en una roca con los ojos cerrados, como quien medita.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Nacho.

El hombretón abrió los ojos. Su rostro se veía plomizo, con una expresión ausente.

—Mirad qué belleza —susurró.

Lorena, Sebas y Nacho se volvieron. Tras ellos, el paisaje era una amplia llanura de cereal, todavía gris. Lo que sí tenía color era el cielo, de suave rosa y amarillo. Asomó el sol; una uña diminuta que creció hasta hacerse redonda y desprenderse del horizonte. Iluminó el paisaje con inusitada dureza. La paja se cuajó de sombras y todo cobró nitidez y realidad. Frente a ellos, una plantación de girasoles se inclinaba hacia el astro rey, como reverenciándolo. Estos no estaban mustios; pronto se estirarían a la cálida luz y recuperarían el aspecto de lozanas personitas. Nacho se revolvió, incómodo. Eran demasiado parecidos a los florones enfermos, solitarios, suicidas del día anterior.

Como los girasoles, el rostro de Fernando cambió al recibir los primeros rayos de sol. Ya no parecía tan cansado.

—Necesitaba salir de San Bol. Es curioso: ayer estaba deseando llegar, soñaba con ello, y esta mañana, en cambio, tenía una desazón…

Ya decía Álvaro que aquel era un mal sitio, que te chupaba la energía. Nacho pensó en el vendaval nocturno, en el frío penetrante. No había sido una noche normal.

—En cualquier caso —prosiguió Fernando—, voy a quedarme aquí un rato a descansar y disfrutar del sol.

—¿Seguro que estás bien? —dijo Sebas, poniéndole una mano en el hombro.

Fernando esbozó una triste sonrisa.

—Todo lo bien que puedo estar.

Nacho siguió adelante con Sebas y Lorena, algo intranquilo a su pesar. Era la segunda vez que dejaba atrás a Fernando por no complicarse la vida. El día anterior se había zafado de su tímido intento de confidencia. Ahora, el hombretón no había pedido nada, pero era evidente que algo iba mal. Encontró algunas respuestas en Hontanas, un pueblecito agazapado entre lomas, unos kilómetros más allá de San Bol. Allí, en una terraza junto a la piscina municipal, se toparon con Jose, el enfermero extremeño, y su compañero alemán, Stefan, que acababan de pedir su segundo café.

—Justo lo que necesitamos: un buen desayuno —dijo Sebas.

Se sentaron con ellos y encargaron más café, bollos y tostadas con mermelada. El sol empezaba a brillar con fuerza y Nacho se quitó el jersey.

—¿Os habéis cruzado con Fernando? —les preguntó Jose, untando un cruasán con mantequilla—. Nosotros lo adelantamos a la salida del albergue. *Agotaíco* estaba ya.

—Sí. Tenía mal aspecto.

—Hay que tener valor para venir al Camino en su situación.

—¿Qué situación? —preguntó Nacho.

Jose masticó con calma antes de responder:

—Tiene cáncer.

—¿Qué?

—Ese moreno suyo es típico de la radioterapia. Ayer traté de echarle un cable… No tenía muchas ganas de hablar del tema.

—¿Es grave?

El enfermero hizo una mueca.

—Dudo que le hayan dado buen pronóstico. Lo dudo mucho.

Nacho, incómodo, le dio un sorbo a su café. Eso explicaba muchas cosas, hasta la falsa jovialidad con que intentó franquearse el día anterior. Divorciado y con cáncer. Con razón trataba de quitarle hierro al asunto. «Qué momento tan terrible para quedarse solo», pensó, con una opresión en el estómago. Le podía pasar a cualquiera. A cualquiera. Se quedó callado mientras los demás desayunaban y, cuando se levantaron para proseguir la marcha, resolvió esperar por él. Le daría ese apoyo que no le había brindado antes.

—¿No vienes? —dijo Lorena desilusionada.

Nacho vaciló. Era una chica tan dulce. Y una buena compañía en momentos de desazón.

—¿Por qué no te quedas tú conmigo?

Le divirtió la mirada breve y temerosa que dirigió a Sebas, como si esperara su permiso. El exmilitar mantuvo el gesto neutro y ella sonrió:

—Claro. Claro que sí.

Pidieron otro café y se trasladaron bajo una sombrilla. El sol, bastante intenso ya, arrancaba un luminoso resplandor turquesa a la piscina municipal, justo enfrente. No hablaron mucho. Nacho estaba perdido en reflexiones sobre Fernando. ¿De verdad estaba solo y enfermo? ¿Qué azares de la vida lo habrían llevado al Camino en una situación así? Deseó verlo aparecer cuanto antes y calmar su desazón.

Pasaba el tiempo y Fernando no llegaba. Casi dos horas después, el primer peregrino que apareció fue Álvaro, con su eterna camiseta de AC/DC.

—Vengo huyendo de Pedrito y Martita —les dijo, tomando asiento —. Niños malcriados; estaban insoportables esta mañana.

—¿Has visto a Fernando?

—¿El bañista de San Bol? Sí, estaba arriba, tomando el sol en la meseta.

Al menos no le había pasado nada. Nacho se sintió aliviado y molesto a partes iguales. ¿Por qué no venía de una vez? Estaba harto de esperar. Álvaro desayunó deprisa y siguió el Camino.

—Si no queréis que os taladren la cabeza, poneos en marcha antes de que lleguen Pedro y sus hijos —advirtió antes de desaparecer pueblo abajo.

El sol seguía apretando. Incluso a la sombra, hacía calor. Hontanas estaba hundida entre lomas y no soplaba nada de viento. Nacho le echó una mirada golosa a la piscina, fresca y azul.

—¿Qué te parece? —le dijo a Lorena, alzando una ceja—. Desde allí veremos igual de bien a Fernando cuando pase y así nos escondemos de los niños.

Tal vez había exagerado. Quizá el hombretón no quisiera compañía o un oído amigo. Aunque hubiera venido solo al Camino, podía tener a toda la familia esperándolo en casa, y Jose podía estar equivocado sobre su salud. Además, ¡hacía tanto calor!

Lorena accedió a bañarse y pasaron un buen rato jugueteando en el agua. Le gustó verla en bikini. Tenía una figura deliciosa, con más curvas de las que había imaginado. Las gotas de agua se deslizaban por su piel dorada y tuvo la tentación de secárselas con caricias. ¿Cómo reaccionaría si la besaba? Total, un beso no significaba nada, no más que un abrazo al dormir. Pero no lo hizo.

—Vaya, nos hemos olvidado de Fernando —dijo Lorena cuando salieron del agua.

—Imagino que nos habrá adelantado. En cualquier caso, ya es hora de comer. ¿Compramos unos bocadillos e intentamos alcanzarlo?

Sin embargo, encontrarse con él ya no le parecía importante. Aquel inocente coqueteo con Lorena era mucho más inmediato y satisfactorio. Cuando se vio de nuevo en la meseta, caminando bajo el sol de justicia que había jurado evitar, resolvió que terminaría la etapa

en el primer lugar agradable que le ofreciera el Camino.

Una hora después de Hontanas, un edificio solitario surgió a lo lejos, en la llanura. Era un convento, aunque al acercarse más, descubrieron que estaba en ruinas. Una arcada gótica se alzaba sobre el sendero, aislada de todo, como una puerta mágica a ningún lugar. A un lado, los restos de la iglesia formaban un patio de malas hierbas.

—Hoy pasamos la noche aquí —declaró Nacho.

Quizá no fuera el lugar más agradable del mundo, pero no le apetecía caminar más.

—¿Qué dices? Si no hay dónde dormir.

Él la interrumpió con un gesto. En el patio, un jardinero barría la hojarasca.

—Disculpe, amigo, ¿está abierto el convento? ¿Podemos alojarnos en él?

El hombre no se inmutó ante una petición tan singular:

—El albergue es pequeño. —Volcó un montón de hojas en la carretilla—. Aún queda alguna litera libre. Sabéis que no hay agua caliente ni electricidad, ¿verdad?

Desconcertados, se dejaron guiar al interior. En el patio había varias sillas de plástico, una mesa y los restos de un fuego de campamento. El albergue era un humilde cobertizo habilitado como dormitorio. Se encontraron con Álvaro, que les sonrió.

—¿Vosotros también aquí? Estuve a punto de seguir hasta la ermita de San Nicolás, pero esto es más de mi rollo. De todas formas, tengo una mala noticia…

Los chillidos de dos niños peleándose le indicaron a Nacho que ellos tres no eran los únicos que habían acortado la etapa desde San Bol. Pedro, el papá-peregrino, trataba de poner paz entre Pedrito y Martita, que luchaban por la posesión de un muñeco.

—Bueno, no es para tanto —dijo Nacho con una sonrisa.

En realidad, sentía lástima de aquel hombre, que se veía tan impotente ante los caprichos de sus hijos. A él tampoco se le daba bien mediar entre Claudia y Blanca; solía ocuparse Silvia.

Fue una tarde muy tranquila. Pocos caminantes se quedaban en un albergue tan modesto y, durante buena parte del día, los seis de San Bol estuvieron solos. A última hora, llegaron dos melenudos que fumaban como chimeneas y ya atardeciendo, apareció una muchacha rubia y menudita llamada Clara, que viajaba con una pequeña guitarra.

—Ya pensaba que tendría que seguir hasta Castrojeriz —exclamó con un acento cantarín que le resultó familiar a Nacho.

—Otra gallega —le dijo a Lorena.

Aunque poco más tenían en común. Clara era extrovertida, de piel muy tostada y larga melena aclarada por el sol. Vestía unos cómodos

bombachos de un desvaído color violáceo, más apropiados para meditar en algún lugar asiático que para el Camino. Enseguida empezó a charlar con todos y Nacho se alegró de su llegada; animaría la cena comunal.

Anochecía. El cielo se iba cuajando de estrellas en el aire puro de la meseta. Los nueve peregrinos ayudaron al hospitalero a preparar unos filetes de pollo con patatas asadas en la barbacoa del patio. La novedad de cocinar aquel sencillo menú al aire libre hizo que lo encontraran delicioso.

—Me pregunto dónde andará Fernando —murmuró Nacho.

—¿Por qué te preocupa? —preguntó Álvaro.

Él le explicó las sospechas sobre su salud.

—Lástima que no haya parado aquí —dijo el músico—. En la Edad Media, este convento era muy milagrero con las enfermedades.

—Solo con una —intervino el hospitalero—: la fiebre de San Antonio.

Les contó que era una dolencia muy común en la Edad Media, que causaba gangrena en pies y manos. Los peregrinos emprendían el Camino para suplicar a Dios por su curación y, al detenerse allí, se recuperaban de forma prodigiosa. En realidad, el único milagro era la alimentación. La fiebre de San Antonio la causaba el cornezuelo, un hongo del pan de centeno, y el cambio al trigo candeal de Castilla les hacía mejorar. Así, el paso del peregrino por el granero de España en busca de un remedio divino para su mal le devolvía la salud mucho antes de llegar a su destino.

A Nacho le gustó la historia. Se preguntó si Fernando peregrinaría con ese mismo propósito. Se quedó mirando el único rosetón entero en las ruinas. Seguía sin estar orgulloso de su comportamiento con él.

Los melenudos habían desaparecido y Pedro fue a meter a los niños en la cama. Nacho y Lorena se quedaron a solas junto al fuego. En un rincón, Clara había sacado su guitarrita y punteaba alguna cosa para sí. Las notas se elevaban plácidas al cielo estrellado y Álvaro se acercó a escucharla. Nacho sonrió; no creía que su único interés fuera la música. La noche era muy tranquila, nada que ver con el viento huracanado de San Bol. Él y Lorena contemplaron las estrellas donde antaño estaban las bóvedas del convento. Hasta se veía la Vía Láctea como una nubecilla blanquecina. Era una noche apacible, dulce y serena, como si un espíritu bueno velara todavía por los peregrinos en aquel rincón de curación en el Camino.

Nacho sentía a Lorena muy cerca. Era todo tan romántico que solo cabía rodearla con su brazo y besarla. Ella lo estaba esperando. La notaba trémula a su lado, anhelando solo un pretexto para levantar la cabeza y ofrecerle sus labios. Sin embargo, él vacilaba. Aquello era distinto a abordar a una chica en un bar; la atmósfera era demasiado

especial para una aventurilla intrascendente. En aquel momento, Pedro salió del dormitorio.

—Por fin se han dormido —susurró.

Se sentó junto a ellos y encendió un cigarrillo. Nacho se apartó un poco de Lorena.

—Nosotros también deberíamos retirarnos —dijo ella. Se le notaba la desilusión en la voz—. ¿Vienes, Nacho?

—Ve tú —dijo él sin mirarla—. Yo me quedo un poco más.

Tampoco la miró mientras se metía en el dormitorio. Estaba de un humor extraño.

—Eres valiente viniendo con tus hijos —le dijo a Pedro.

Él dio una profunda calada a su pitillo y suspiró al exhalar el humo.

—No sé si habrá sido una buena idea. Quería que se acercaran al Camino. Yo estuve aquí hace muchos años. Luego, ya sabes lo que pasa: la mujer quiere ir de vacaciones a Mallorca y te olvidas un poco de estos lugares. Pensé que serviría para que mis hijos me conocieran mejor.

—Y tu mujer, ¿qué dice?

—Nos estamos divorciando.

Nacho desvió la vista a las brasas moribundas. El mensaje de Silvia, aún sin contestar, le pesaba como el plomo.

24. Un puente hacia Palencia

Es raro que una noche mágica no deje algo de resaca. Nacho despertó con el ánimo agrio mientras Pedro preparaba a sus hijos para partir. Ahora que conocía su historia, reconoció las trazas del recién divorciado. «Las galletas de dinosaurio no me gustan». «Este es el jersey de Martita, ¿no ves que tiene hadas?». Eran los reproches infantiles a un padre poco acostumbrado a lidiar con la rutina. «Yo tampoco sabría elegirle las galletas a Blanca o la ropa a Claudia».

¿En qué estaba pensando? Él no tenía que enfrentarse a eso. Él era un semidiós para Claudia y Blanca, un cometa radiante que se cruzaba en sus vidas solo para la diversión y la admiración. La torpeza de Pedro con sus hijos lo repelía. No deseaba verse en el papel de padre novato buscando su antiguo yo entre los escombros de un matrimonio roto. Sin embargo, aún no había contestado al mensaje de Silvia.

En el convento de San Antón tampoco había desayuno. A Nacho y Lorena no les quedó otra que emprender la marcha con el estómago vacío una vez más.

—Castrojeriz está a solo tres kilómetros —dijo Álvaro, que se había levantado más temprano que de costumbre—. Vamos, salgamos antes de que Pedro esté listo. No puedo con esos niños.

—Ya; tú lo que quieres es alcanzar a Clara —bromeó Nacho. La gallega y su guitarrita habían partido al amanecer, lo mismo que los melenudos.

El sol estaba bastante alto cuando abandonaron las ruinas del convento, aunque algunas nubes algodonosas suavizaban su rigor. El sendero de grava pronto desembocó en una carretera. Después de pasar dos días perdidos por la meseta burgalesa, fue como volver a la civilización. El trazado era recto como una regla. A lo lejos, se recortaba el cerro de Castrojeriz con su castillo en lo alto.

—¿Hay que subir hasta arriba? —dijo Lorena, con desánimo.

El cerro estaba aislado en la meseta y parecía un esfuerzo excesivo solo para desayunar.

—Tranquila, el pueblo está abajo —respondió Álvaro.

—Buenas gentes que piensan en los peregrinos —dijo Nacho con un guiño.

Después del desayuno, tuvieron que enfrentarse al alto de Mostelares, un repecho que cerraba el Camino frente a ellos. El ascenso era duro, muy escarpado, aunque demasiado breve para resultar penoso. Nacho, algo sofocado, contempló desde arriba el trecho que acababan de recorrer. La región de Burgos se extendía hasta el horizonte como un luminoso trigal de oro y girasoles.

Continuaron andando. El alto de Mostelares culminaba en una especie de meseta sobre la Meseta. Desde el lado opuesto, divisaron por primera vez la inhóspita Tierra de Campos.

—¡Qué nombre tan literario! —dijo Lorena—. Tierra de Campos. Se ve distinta de Burgos.

Estaban muy cerca de la frontera con Palencia y el paisaje era más pardo y más llano que el dorado infinito de la provincia burgalesa. Castilla ya no era un león dormido; ahora daba una abrumadora impresión de vacío. Nacho sentía que el pulso del Camino iba modificando su ánimo con el paisaje. En Castrojeriz había recibido el consabido mensaje matutino de Silvia, en tono apremiante por la falta de respuesta al anterior. Tampoco contestó. Le deprimía la idea de hablar con ella, como le deprimía aquella triste tierra parduzca. Avanzaron otros siete u ocho kilómetros y llegaron al río Pisuerga, la división natural entre Burgos y Palencia.

—Mirad: la ermita de San Nicolás —dijo Álvaro—. Hoy me quedaré aquí.

Señalaba una pequeña construcción de piedra al borde del Camino, justo antes del puente. No tenía espadaña ni campanas; más que una iglesia, parecía una casita muy modesta. Era otro de esos albergues mágicos y aislados en la meseta. Tampoco había electricidad y las literas se alineaban en la misma capilla. Lo regentaban unos monjes italianos que organizaban una cena comunal a la luz de las velas y, como signo de humildad, lavaban los pies a los peregrinos.

A Nacho lo tentó la experiencia. Tras el arroyo de San Bol y las ruinas de San Antón, se le presentaba la ermita de San Nicolás para completar el rosario de noches especiales en la llanura. Sin embargo, la ermita se alzaba en un lugar muy de paso y sin ningún entretenimiento a la vista. Aún era temprano; se aburriría como una ostra todo el día allí. Y el asunto del lavado de pies terminó de disuadirlo. La idea de un monje arrodillado ante él con una palangana era absurda. Impropia. Los años de educación religiosa seguían pesando sobre su agnosticismo presente.

Siguió adelante con la incondicional Lorena, aunque eso tampoco calmó su inquietud. La chica guardaba un silencio que empezaba a parecerle pesado. No sabía qué hacer con ella. Durante dos días, había jugueteado a la seducción sin culminar y el compás de espera había encendido sus deseos; pero el mensaje de Silvia, unido a la advertencia implícita del encuentro con Pedro y sus hijos, lo tenía paralizado. Estaba indeciso. Tanto podía acabar arrastrando a Lorena a los pastizales en un fogoso arrebato como discutiendo con ella para romper cualquier tentación.

Dejaron atrás a Álvaro y cruzaron el puente Fitero en espeso silencio. Después de buscar una soledad más íntima durante buena

parte de la provincia de Burgos, Nacho y Lorena la encontraban a la entrada de Palencia, pero ya se había abierto una brecha entre ellos. La primera localidad palentina era Itero de la Vega, un pueblucho sin interés ni atractivo. Allí Nacho, cansado de sí mismo, tomó una súbita decisión:

—Voy a quedarme aquí.

Necesitaba parar y pensar.

—Si solo llevamos dieciséis kilómetros.

—Yo voy a quedarme.

Era una resolución caprichosa y arbitraria. No tenía ganas de ser complaciente; estaba harto de zalamerías. No contó con la reacción de Lorena, que apretó los labios y dijo:

—Pues yo voy a seguir.

Alzó las cejas, cortado: no deseaba quedarse a solas en aquel pueblucho. El orgullo lo impulsó a replicar con estudiada frialdad:

—Vale. Ya nos encontraremos por ahí.

Y se dio la vuelta hacia el albergue para no tener que verla alejarse. Había pasado de largo la ermita de San Nicolás por evitar una tarde ociosa y se veía atrapado en un lugar aún más anodino, con esa misma tarde por delante para fastidiarse solo.

Itero de la Vega no era un fin de etapa popular y el albergue siguió vacío el resto del día.

—Qué lástima —le dijo la hospitalera—. Justo ayer se alojó aquí un grupo muy animado. Eran franceses. Cocinaron todos juntos; hubieras podido unirte a ellos.

Nacho se sentó en una cama solitaria, reflexionando sobre cómo el Camino pone a prueba la propia identidad. El día anterior, también él había sido alegre participante de una cena comunal; en cambio, ahora se sentía marginado. En el Camino, todo era transitorio: la gente, los paisajes… Hasta uno mismo.

Salió a comer a un bar y volvió al albergue por puro aburrimiento. Se tumbó en la cama con el móvil en la mano. Ya no había excusas. Tenía que hablar con Silvia y, tras dos días de silencio, tocaría apaciguarla. «Hay que pasar por ello», se dijo. Marcó el contacto con la misma desgana que cuando llamaba a alguna de sus clientas más cargantes, de esas que confundían al abogado matrimonialista con un terapeuta de parejas.

—Hola, cariño.

—Nacho.

La voz de Silvia sonaba neutra. Demasiado neutra.

—Perdona que no te contestara ayer. Estuve sin cobertura, en un albergue que…

—¿No tuviste cobertura en todo el día?

—Pues no, verás, ni siquiera estábamos en un pueblo. Era…

—Estábamos, ya. ¿Y con quién estabas, si se puede saber?

—Con el resto de peregrinos, ¿qué te imaginas? Este es el primer pueblo que…

—Nacho, no te creo. Hace tres días me mandaste una foto desde Atapuerca. ¿En la ciudad de Burgos no tenías cobertura?

—No me quedé en Burgos. Pasé de largo tan temprano que…

—¿Y en Rabé de las Calzadas? ¿O en Castrojeriz? ¿Allí tampoco?

Nacho quedó tan desarmado por la intrusión de Silvia en la geografía del Camino que olvidó sus siguientes excusas:

—¿Y cómo sabes tú esos nombres?

Hubo un silencio.

—Compré una guía jacobea —reconoció Silvia—. Quería entender por dónde ibas.

—Silvia —susurró él—, estás obsesionada.

—Eres mi marido, Nacho —dijo ella llorando—. ¡Mi marido! Tengo derecho a saber dónde estás y tú no me lo dices.

—No puedes controlarme así.

Le salió como una explosión; nunca había sido tan brutalmente sincero. Ella lloró aún más fuerte.

—Lo hago por tus hijas. Por las noches, en vez de pedirme cuentos, llaman a su padre. Por eso compré la guía, para enseñarles el mapa y seguir juntas tus pasos.

Qué torpe intento de manipulación. No podía creer que aquella fuera Silvia. ¿Dónde estaba la mujer fascinante de la que una vez se había enamorado?

—¿Qué iba a decirles? —continuaba—. ¿Que las has olvidado? ¿Que ya no las quieres?

—Sabes que eso no es verdad.

—¿Y a mí, Nacho? ¿Me quieres a mí?

A bocajarro. La pregunta más temible. Había huido al otro extremo del país por no enfrentarse a ella. No tenía valor para contestarla. Silvia dejó de llorar. Aguardaba una respuesta tranquilizadora. Deseaba que fuera el mismo Nacho de siempre, el que ocultaba las verdades incómodas bajo la alfombra. Qué penosos secretos asoman la cabeza en una tonta riña matrimonial.

—Nacho… —dijo con un hilo de voz.

Le estaba pidiendo ayuda. Una mentira piadosa. Siguió callado. Solo tenía que esperar, no contestar, y Silvia resolvería el dilema por él. Pero ella insistió. Ahora, con voz firme.

—Respóndeme: ¿es que quieres dejarme? ¿Es eso?

Y las palabras vinieron solas a su boca:

—Mujer, ¡qué cosas dices! Esto solo son unas vacaciones modernas; nada más.

La oportunidad se había esfumado. Era demasiado cobarde para reaccionar de otra forma.

—Entonces, ¿no estás por ahí con otra mujer?

La tensión había remitido y pudo responder con una carcajada.

—Claro que no, tontita. ¿Me creías en las Bahamas con una rubia de veinte años o qué? Anda que tienes cada cosa…

—¿Y de verdad estás haciendo el Camino?

La voz de Silvia, todavía temblorosa, sonaba mucho más aliviada.

—Pues claro. Estoy en Itero de la Vega; búscalo en la guía. Y ayer dormí en las ruinas de…

—¿Y no me has engañado? —insistió ella.

Su interés por los pueblos del Camino era el mínimo para cazarlo en un renuncio. Todavía con la imagen de la rubia en una isla tropical, pudo mentir con toda naturalidad:

—¡Que no, mujer! ¿Por qué iba a poner los ojos en otra, si tengo la esposa más guapa del mundo?

Hubo otro silencio. Nacho, ya más relajado, sabía que llevaba las de ganar.

—Perdona, cariño —dijo ella—. Cuando no sé nada de ti, me entran estas tonterías.

Aceptó sus disculpas, magnánimo en la victoria. Luego habló con sus hijas. Ejerció de padre-cometa, radiante en su aparición estelar y quedándose muy a gusto con el deber cumplido. Colgó el teléfono bastante satisfecho consigo mismo. Volvía a ser un padre ejemplar, un marido modelo. Salió a por una cena temprana y durmió de un tirón en el albergue vacío y silencioso.

25. Cangrejos en el canal

De nuevo, sola. Sola había llegado a la provincia de Burgos y sola la abandonaba. Sin embargo, el ánimo con que Lorena entraba en Palencia era muy distinto a la tortura mental de los montes de Oca. Ahora estaba serena. Nacho no la había rechazado; fue ella quien lo dejó atrás. Llevaba ausente y frío desde que salieron de las ruinas; pues bien, que se apañara. Qué gustazo, su cara de pasmo cuando decidió continuar.

Le vendría bien el paréntesis para ordenar un poco sus ideas. Los dos últimos días habían sido un auténtico torbellino emocional. Oh, habían sido días maravillosos, increíbles. Las charlas confidenciales, los abrazos, la tensión latente entre ambos. ¡Y las noches! Una ventosa, la otra estrellada, ambas consagradas por la intimidad del campo. El arroyo de San Bol y el convento de San Antón. No los olvidaría jamás.

Hacía tiempo que no experimentaba la emoción de deshojar la margarita, ese «me quiere, no me quiere» que sazona las relaciones humanas más intensas, y necesitaba algo de paz para digerirlo. Poca intensidad había vivido ella. Un novio de instituto de escasa importancia, algunos enamoramientos platónicos en la universidad —todos muy predecibles: el estudiante rebelde, el profe enrollado— y solo una historia memorable con un instructor de buceo en Jávea, dos años atrás.

Aquello sí había sido una aventura. Ocurrió al terminar la carrera, en una escapada a la playa con un par de amigas antes de mudarse a Madrid. Él se llamaba Juan y tenía ojos dulces, un hoyuelo en la barbilla y el cuerpo prieto en el traje de neopreno. Estaba haciendo un doctorado en Biología Marina y aprovechaba el verano para sacarse un dinerito con los cursos de submarinismo. Un comentario casual acerca del pulpo almizclado del Mediterráneo, una larga charla de bar sobre cefalópodos y enseguida saltaron al plano personal. Los pulpos habían sido la pasión infantil de Lorena. Le fascinaba su capacidad de mimetismo, su extraña inteligencia, la mística que rodeaba las especies gigantes del Pacífico y el Atlántico. De pequeña, veía todos los documentales del *National Geographic* sobre expediciones marinas. Qué héroes, aquellos científicos que se embarcaban con un afán digno del capitán Nemo. «Gustándote tanto, ¿nunca has probado a bucear?», le susurró el instructor al oído. Y al día siguiente, Lorena, que rara vez usaba las gafas de *snorkel* y jamás había hecho locuras por amor, se enfundó en una escafandra e hizo la primera de toda una quincena de incursiones submarinas. Una cosa llevó a la otra y durante dos

intensas semanas, Juan volvió del revés su mundo formal, laborioso, predecible. La relación no había durado más allá de aquel verano —cosas de la vida y la distancia—, pero dos años después, Lorena seguía llevando consigo el regalo que le hizo al despedirse: un pequeño pulpo amarillo que ahora colgaba de su mochila.

Perdida en sus reflexiones, había dejado de fijarse en el paisaje hasta que, en plena meseta, en el lugar más insólito y reseco de toda Castilla, se topó de bruces con un canal. ¡Un canal! Como los de Ámsterdam y Venecia; solo que, en vez de separar casas, abría un tajo en los campos palentinos. El agua, plácida y verde, acariciaba la orilla de suaves juncos pajizos y alegres lirios color limón. En la ribera de enfrente, una fila de fresnos, chopos y mimbreras lo acompañaba hasta el horizonte.

El Camino transcurría junto al canal un buen trecho y lo siguió con asombro. No se veía un solo pueblo ni barcas en el agua ni una triste granja. Su localización resultaba tan absurda que llegó a preguntarse si no sería un río de verdad, aunque tenía un trazado demasiado recto para ser natural. Un poco más adelante, un pescador fumaba tranquilo junto a dos cañas y una cesta de mimbre.

—¡Buenos días! Vamos tarde esta mañana, ¿eh?

Se quitó la mochila. Era una buena ocasión para descansar un poco y tratar de despejar el misterio. Sacó la botella de agua y la vació de un trago. Vaya: seguía teniendo sed. El paisano la miró con aire burlón. Sin decir nada, le tendió su propia cantimplora, como si estuviera acostumbrado a auxiliar a peregrinos poco precavidos.

—Os pensáis que, porque hay agua y hierba, esto no es un desierto, y luego pasa lo que pasa. Insolaciones, desmayos… y el pobre Paco repartiendo sus provisiones de aquí a Frómista como si fuera un maldito mayordomo. Porque el canal será de agua dulce, pero no se puede beber.

—Entonces, es un canal. No es un río, ¿verdad?

—Claro que no. Esto es el canal de Castilla.

Fue tan categórico como si hubiera mencionado la Giralda o el museo del Prado. Al ver la cara inexpresiva de Lorena, masculló algo por lo bajo.

—Así que no has oído hablar del canal de Castilla. ¿Qué os enseñan en el colegio? Esta es la obra de ingeniería más estrafalaria de toda la historia de España. Se excavó para transportar grano. Más de un siglo de obras. Doscientos kilómetros de zanja. ¿Y sabes cuántos años se utilizó?

Negó con la cabeza, divertida.

—¡Diez! Diez míseros años, porque luego llegaron los trenes y esto quedó obsoleto. Ya ves. Para que luego digan que el mundo cambia

rápido hoy en día.

Lorena trató de imaginar el paisaje en pleno trasiego de barcazas decimonónicas. Estaba tan tranquilo que fue incapaz. Sí que parecía una obra absurda. Un canal que empezaba y terminaba en medio de la nada, sin conducir a ninguna parte.

—Al menos, es bonito —dijo, mirando los lirios y las mimbreras.

El paisano retiró una de las cañas del agua. En realidad, era una pértiga ahorquillada con una red en la que se debatían varios diminutos cangrejos rojos. El pescador los echó a la cesta.

—Cien años de obras… Bien caros salen estos cangrejos —gruñó—. Hazme un favor, ¿quieres? Cuando pases por Frómista, dile a Manolo que esta noche le llevaré unos cuantos para un arroz caldoso. Es el cobrador de la iglesia.

Aceptó el encargo y, satisfecha su curiosidad, retomó el Camino y sus reflexiones. Aquel verano en Jávea había sido feliz. Cuánto había admirado la dedicación de Juan a la biología. Hacer un doctorado era de valientes. Ella también había tenido la oportunidad: el profesor de Fisiología Marina, impresionado por un expediente académico brillante y su interés por los cefalópodos, le ofreció una beca en el equipo de investigación. Sin embargo, la acobardó la inseguridad pecuniaria del asunto; mejor un trabajo pragmático y solvente que la escudase de los reproches maternos por abandonar la empresa familiar. Así había acabado en una absurda empresa de piensos animales, haciendo absurdos controles de calidad. «Cinco años hincando los codos para eso». Tan absurdo como aquel monstruoso canal que, tras tanto esfuerzo, solo servía para criar cangrejos.

El Camino abandonaba el canal de Castilla en unas esclusas a la entrada de Frómista. Lorena, que no tenía ninguna expectativa sobre el pueblo, lo encontró agradable y decidió quedarse. La iglesia —la famosa iglesia del cobrador Manolo— era el edificio principal de la villa y tenía mucho encanto. «Vendré después de comer». Se instaló en el albergue y salió a buscar un restaurante. Enseguida tuvo la alegría de encontrarse con Sebas, que atacaba unas chuletitas de cordero en una terraza.

—¿También te quedas aquí hoy? —le preguntó ilusionada.

—Aún seguiré un poco más —dijo, negando con aquella cabeza redonda y bonachona—. Me detuve para ir a misa en esa iglesia tan graciosa, pero los sábados no…

—Es verdad, hoy es sábado —repuso ella con sobresalto. El día de la llamada materna. Habían pasado las diez sin que diera señales de vida. Miró el móvil. Nada.

—En cualquier caso, me alegra verte —prosiguió Sebas—. Y más aún, sola y sonriendo.

Lorena se ruborizó. Después de San Bol no habían tenido ocasión de intercambiar confidencias.

—¿Por qué no iba a estarlo? Nacho es solo un amigo.

—Ya.

La chica pidió una ensalada de queso de cabra y las mismas chuletitas de cordero.

—En serio —insistió—. No pasó nada.

El exmilitar esbozó una sonrisa.

—Casi pareces resentida por ello.

—No, no. Es que… —dudó y acabó soltando una breve carcajada—. Bueno, un poco sí. Supongo que esperaba que *algo* pasara. Entre los abrazos, la piscina, las estrellas… ¿Acaso soy menos irresistible que las japonesitas esas?

Sebas se rascó el cogote.

—Pues yo me alegro de que te hayas alejado de él; es un rompecorazones.

—Nerea me aconsejaría lo contrario: que disfrutara mientras pudiera.

—Ah, ahí nos tendrás a los dos, susurrándote al oído cual ángel y demonio. El tiempo dirá quién tiene razón.

—Debería haberle besado yo —suspiró ella—. Estoy cansada de no correr riesgos. Me gustaría hacer alguna locura de vez en cuando.

Sebas guardó silencio mientras se concentraba en sus chuletitas. Cuando terminó, se limpió las manos con la servilleta y sacó el móvil.

—Mira —le dijo enseñándole una ecografía—. Me la ha mandado Patri esta mañana. Es mi hija Andrea. Solo falta mes y medio.

—Me alegro mucho por ti.

—No te metas en medio de una familia —repuso él mientras guardaba el teléfono—. Ahí solo hay sufrimiento. Para ti y para los demás.

Ella picoteó la ensalada, incómoda. Tenía razón. Solo que, cuando Nacho le sonreía, se le nublaba el juicio por completo.

—¿Y qué hay de tu propósito de Burgos? —dijo Sebas para cambiar de tema—. El de buscarte una ocupación que te haga feliz hasta que llegue el amor. ¿Has reflexionado sobre ello?

—Me temo que tenía otras cosas en la cabeza. Aunque esta mañana sí que hice algo de retrospección.

—Ah, ¿sí? ¿Sobre qué?

Esbozó una sonrisa soñadora.

—Sobre pulpos.

Después de comer, Sebas insistió en continuar su jornada y, a diferencia de otras ocasiones, ella no se inquietó. La ruta era elástica para los encuentros y las despedidas; ahora lo sabía. Volverían a

reunirse. Vagabundeó sin prisas por el pueblo y acabó delante de la iglesia. Se alzaba sola en la plaza de San Martín, tan compacta y armoniosa como una maqueta. Daba gusto mirarla. Los gruesos muros de color concha y el sobrio toque románico la asemejaban a un castillito de cuento. Tenía dos torreones y un festón de piedra bajo los aleros. Cada detalle transmitía pureza y alegría. Hay iglesias que son como viejos jueces severos; esta era clara como una niña.

—Buenas tardes —dijo Lorena al cobrador de la puerta—. Usted debe ser Manolo, ¿verdad?

Le transmitió el mensaje del pescador mientras rebuscaba unas monedas para la entrada.

—¡Este Paco…! —dijo él, encantado ante la perspectiva del arroz caldoso con cangrejos.

Por dentro, la iglesia de San Martín era límpida y tan alegre como por fuera. Muy sencilla, con arcos de medio punto como única decoración del techo abovedado. El sol que entraba por las troneras iluminaba el ábside con inocente claridad. «Y yo pensando que las iglesias románicas eran oscuras», se dijo Lorena. Se sentó en el escaloncito del altar y alzó la cabeza para bañarse en la luz. Qué bien se estaba. De pronto, sus problemas parecían muy poco importantes. ¿Y qué, si Nacho jugaba con ella? Le había regalado dos días maravillosos. En cuanto al despido… ¡si ni siquiera le gustaba su trabajo! Sebas tenía razón: podía transformarlo en una oportunidad para perseguir un sueño. Pensó en las expediciones científicas con que fantaseaba de pequeña; en el admirable Juan con su doctorado. Por eso decidió estudiar Biología; no por los controles de calidad del pienso para peces. Investigar. Observar animales. En particular, aquellos fascinantes cefalópodos cuyos procesos mentales estaban tan alejados de lo humano que eran lo más parecido a una inteligencia extraterrestre en la Tierra. «Contactaré con el profesor de Fisiología Marina —decidió de repente—. Tal vez no sea tarde para empezar un doctorado con él». Y se sintió tan ligera, tan liberada de una carga, que su risa alegre reverberó en todos los rincones de aquella iglesia juvenil. Al oírla, Manolo asomó la cabeza y le guiñó un ojo:

—¿Qué? ¿Estás a gusto?

Lorena hizo ademán de levantarse. Tal vez le pareciera irrespetuoso ocupar el altar en vez de los bancos.

—No, no, quédate. Ese sitio es terapéutico.

—Ah, ¿*sí*?

—Por las fuerzas… telúricas, creo que las llaman. ¿No lo sabías? ¡Lo que hace la casualidad! Y no eres la primera, no… —El hombre señaló con su bastón el punto exacto donde se entrecruzaban los haces de luz en el ábside—. A mí me lo explicaron unos investigadores. Vinieron con aparatos muy curiosos; medidores de energía, los llamaron. Me

preguntaron si me gustaba trabajar aquí. «Sí, mucho», les dije. Contestaron que no les extrañaba porque había mucha energía positiva. Ya, ya, no me crees. Yo tampoco les hice mucho caso, y entonces empecé a fijarme… Aquí pasan cosas. Peregrinos que llegan rotos y se recuperan sin más. Bebés que dejan de llorar, dolores que se alivian… Y todo el mundo coincide: el mayor foco de energía es ahí, en el altar.

Lorena alzó las cejas, incrédula.

—Las iglesias medievales están muy bien pensadas —continuó Manolo—. ¿Sabes en qué forma dicen que se canalizan aquí las fuerzas ocultas?

Con el bastón, trazó unas líneas en el suelo.

—Una pata de oca.

Manolo tuvo que volver a atender la entrada y la dejó pensativa. Tonterías. Casualidades. Sin embargo, ella misma acababa de experimentar una felicidad tan repentina como imprevista. Había tomado una decisión importante. Repasó con el pie la huella trifurcada que el cobrador había trazado en el suelo. No creía en fuerzas telúricas. Aun así, era como una señal positiva en la encrucijada vital que la había traído al Camino.

Salió despacio de la iglesia, como renunciando a alguna cosa buena. Bajo el influjo de su renovado optimismo, sacó el móvil y marcó el número de su madre. Le debía la llamada tras la discusión de la semana anterior. Arropada por las buenas vibraciones de la iglesia, por los dos maravillosos días con Nacho y por la ilusión de un nuevo horizonte, pudo sostener una conversación razonable con ella. Le describió Burgos, el canal de Castilla, Frómista. No le contó nada íntimo, pero habló con sinceridad. Y tuvo la gran satisfacción de no verse agobiada con preguntas sobre cuándo volvería a casa o qué iba a hacer de su vida. Tal vez, hasta su madre comenzaba a intuir que el Camino guiaría sus pasos para responder a estas cuestiones.

26. Cantigas en Villasirga

Un día más y Lorena emprendió la marcha con la misma tranquilidad de espíritu. Pretendía cubrir la etapa clásica de Frómista a Carrión de los Condes. Eran solo diecinueve kilómetros por el llano, así que confiaba en llegar pronto y lo bastante descansada para visitar la población.

Se encontraba en plena Palencia, en Tierra de Campos, y la meseta era muy distinta a Burgos. Las doradas lomas de cereal habían dado paso a una brutal planicie parcheada de ocre. Una hilera de rastrojos quebradizos delimitaba la senda, que ya no era blanca sino apagada y polvorienta. Allí no había ondulaciones ni recodos. No había árboles ni sombra. En Palencia, el Camino era una recta infinita junto a la carretera, y los mojones de conchas jacobeas se sucedían, amarillo sobre cobalto, con monótona regularidad hasta el horizonte.

Avanzaba a buen paso, fascinada por la melancolía del paisaje. Hasta los pueblos eran tristes, con sus casas bajas de adobe flotando en un olor a bosta, cálido y dulzón. No veía labriegos en el campo ni oía risas de niños. Nadie, salvo algún anciano solitario que rumiaba quién sabía qué. Y los kilómetros se sucedían, uno tras otro, todos iguales.

Aquellos llanos eternos eran ideales para la introspección. Caminaba pensando un poco en amores, un poco en familia y bastante sobre el rumbo de su vida. Empezaba a entender que quizá aquellas historias con Nacho y el sevillano hubieran actuado como meras distracciones. Era más fácil disgustarse por un tema frívolo como ese que asumir la angustia de su falta de objetivos vitales. Sin embargo, ahora tenía el ánimo sereno. Al fin era capaz de enfrentarse a la enormidad de su vacío existencial y buscar soluciones.

Sucede en lugares muy solitarios que cualquier presencia turba la calma. Una hora después de salir de Frómista, oyó tras de sí a unos peregrinos conversando en inglés. Los reconoció del día anterior, en el albergue: una joven italiana muy vivaracha y un señor americano, canoso y barbudo, con manchas de nicotina en el bigote. Ella iba cacareando tonterías de forma escandalosa para las siete de la mañana. Él gruñía alguna respuesta lacónica de vez en cuando. Eran los únicos seres humanos a la vista y sus voces llegaban a gran distancia en el silencio. Lorena frunció los labios. Aquella charla le impedía concentrarse en sus reflexiones. En Villalcázar de Sirga, la posibilidad de visitar la iglesia le dio una excusa para separarse de ellos.

De no verse forzada por las circunstancias, Lorena hubiera pasado de largo. Era una construcción torpe, más fortaleza que templo, grandota como un elefante en una cacharrería para un pueblo tan humilde. No esperaba nada de ella y por eso, la sorpresa fue mayor ante la espléndida transformación interior. Por dentro, Santa María de Villasirga era delicada, llena de espacio. Las gruesas columnas ascendían a las alturas y se ramificaban en bóvedas sobre bóvedas; arcos sobre arcos; piedra sobre piedra. No era una iglesia-niña como la de Frómista. Villasirga era una señora. Una dama, con toda su dignidad.

Una música rumorosa, medieval, suavizaba la atmósfera solemne. Sus ecos flotaban sobre la cabeza de Lorena como si la arroparan con dulzura:

Santa Maria, strela do dia,
mostra-nos via pera Deus e nos guía

Estrella del día, qué hermoso título. También lo había pensado la primera vez que escuchó aquella pieza en el colegio. Se trataba de una de las *Cantigas de Santa María* de Alfonso X, *el Sabio*. Era asombroso que una música tan antigua hubiera pervivido en los siglos. Se sentó en un banco para disfrutar de los cánticos, con su rasgueo de laúd y la delicada base de zanfoña:

Amostrar-nos deves carreira
por gãar en toda maneira
a sen par luz e verdadeira
que tu dar-nos podes senlleira

Sonrió. El antiguo galaico-portugués no se alejaba tanto del gallego como para resultar incomprensible y aquella petición a Santa María para mostrar el camino, para guiar hacia la luz y el discernimiento, era muy apropiada para su situación actual. Ella estaba inmersa en esa búsqueda, si no religiosa, sí vital. En la iglesia de Frómista, con la decisión sobre el doctorado, había dado el primer paso para convertirse en la bióloga de sus sueños infantiles. Quizá aquella melodía rumorosa estaba animándola a dar el segundo paso. Sacó el móvil y allí, en la iglesia de Villasirga, arropada por las elevadas bóvedas y las composiciones de un rey medieval, le escribió un correo electrónico al profesor Mosquera, catedrático de Fisiología Marina en la Universidad de Santiago, para pedirle el puesto de investigación que una vez había rechazado.

Ya estaba. Ahora, a esperar. Entretanto, le quedaba media jornada de Camino y, si no se ponía pronto en marcha, el sol la machacaría

por aquellas rectas interminables. Salió del templo y se llevó otra sorpresa: Carlota, la chica de pelo rizado que dibujaba aquellos paisajes fantasiosos en San Bol, descansaba descalza en el patio junto a su mochila.

—¡Hola! Eras Lorena, ¿verdad? Estaba dudando si visitar la iglesia. ¿Merece la pena?

Contestó que sí, aunque, reservada como era, tendía a esconder sus emociones —más aún cuanto más intensas eran—, y el tibio entusiasmo con el que acompañó su respuesta no convenció a Carlota.

—Quizá en otra ocasión —dijo, poniéndose los calcetines—. No está demasiado lejos de casa.

Echaron a andar juntas. Ahora que estaban solas, Carlota se mostró bastante comunicativa. Le contó que era leonesa y que no tenía intención de peregrinar hasta Santiago. Era el tercer año que le dedicaba una semana de sus vacaciones al Camino; tendría que invertir dos más en alcanzar la meta jacobea.

—¡Qué paciencia! Tardarás un lustro en hacer lo que yo en poco más de un mes.

—Caminarlo de un tirón también tiene su mérito. ¿Cuánto tiempo llevas?

—Dos semanas.

Era la primera vez que se paraba a pensarlo. Dos semanas. Mucho tiempo… o muy poco, según se mirara. Habían pasado tantas cosas. Estaba casi en el ecuador de su viaje.

—Este año lo dejaré en León —dijo Carlota, agitando sus apretados rizos negros—. Resulta raro tener tu propia ciudad como meta. Me quitaré las botas del Camino en casa, directamente.

Lorena lo entendía. Cuando estudiaba en Santiago, los peregrinos eran algo ajeno. Se los cruzaba al ir a clase o a la biblioteca, con sus grandes mochilas y las botas hechas polvo, fatigados pero exultantes en la jornada más especial de su viaje. ¿Cómo sería para ella la llegada a Santiago? Si lograba su objetivo, en otras dos semanas vería su propia ciudad desde una perspectiva bien distinta.

Entretenida con la conversación, el trayecto hasta Carrión de los Condes se le hizo muy corto. A pesar del perpetuo andadero recto junto a la carretera y de la monotonía del paisaje, estaba a gusto. Desde que dejó a Nerea en Azofra no había disfrutado de una buena charla de chicas. Sebas era una compañía agradable, solo que sus firmes principios y su aplastante paz consigo mismo no incitaban a compartir las pequeñas preocupaciones de la vida. Carlota era mucho más afín. De algunos años más que ella —unos treinta y pocos, calculó —, su estilo era tan joven que podían pasar por la misma edad. Era delgada, de piel blanca, y llevaba unas gafas redondas de montura

metálica, muy modernas. No hablaron de nada muy íntimo… todavía. Una o dos jornadas caminando juntas favorecería esa apertura del alma que tanto alivia las emociones y aclara los pensamientos.

Carrión de los Condes era una villa mayor y más noble que Frómista. A Lorena le sorprendió la profusión de iglesias y conventos que había en el casco antiguo. Tenía toda la tarde por delante para explorarla y, como había previsto, no estaba demasiado cansada. Carlota la condujo al *Albergue Parroquial de Santa María*.

—Es de monjas —susurró Lorena al ver un par de mujeres vestidas de hábito color crema.

—No te van a comer.

El albergue lo llevaban las hermanas agustinas. Accedió a quedarse con algunos recelos.

—Bienvenidas —las saludó una monja chiquitita, muy risueña.

Les tendió unos pocillos de té helado con miel y limón, estupendos para saciar la sed, y les enseñó las distintas dependencias mientras explicaba el funcionamiento del albergue.

—A las seis, celebramos una pequeña velada musical aquí mismo, en el vestíbulo. Luego hay misa. Asistir es voluntario. Por la noche, ofrecemos una cena comunal. Los peregrinos traen las provisiones que pueden y todos compartimos la comida.

Habían llegado al dormitorio, una espaciosa habitación de terrazo con muchas literas. Era tan sencilla como limpia y confortable.

—Si no estáis muy cansadas, os invito a ocupar las literas superiores. Los peregrinos mayores o lesionados suelen llegar más tarde y así, tienen disponibles las de abajo.

Avergonzada, Lorena recordó cuánto la había contrariado no conseguir una litera inferior en San Bol. En aquel albergue, todo era pensar en los demás, ofrecerse, alegrarse por los reencuentros. La penumbra invitaba al sosiego y el aire titilaba en leves motas como guiños al sol que se colaba oblicuo entre las persianas.

Aquella tarde, Lorena paseó con su nueva amiga por Carrión de los Condes. Visitaron iglesias, se asomaron a conventos y hasta bajaron al río a remojarse los pies. Cuando dieron las seis, regresaron al albergue con una compra del supermercado para contribuir a la cena comunal y participaron en todas las actividades de las hermanas agustinas. Lorena nunca había tenido inquietudes religiosas; más bien procuraba ser siempre racional. Era una persona pragmática. Sin embargo, no es suficiente razonar bien para sentirse bien. En aquellas monjas, al igual que en el católico Sebas, percibía una tranquilidad de espíritu envidiable. Durante la velada musical, mientras las religiosas cantaban alabanzas a Dios con un par de guitarras, se encontró anhelando algún tipo de creencia que la ayudara a mantener esa serenidad un tanto

precaria que la razón no satisfacía del todo.

27. ¡Ultreia!

El proverbio peregrino afirmaba que Navarra era la muerte, La Rioja el purgatorio, Castilla el infierno y Galicia, al fin, el paraíso. A Lorena le parecían símiles muy apropiados para el plano físico del Camino, con sus dolores y agujetas los primeros días y el aplastante sol mesetario como sacrificio para llegar a la anhelada Compostela. No acababa de ver el simbolismo del plano mental. Cierto que había iniciado la peregrinación con el ánimo por los suelos, lo que podía representar una «muerte» de soledad y desesperación; y que, a pesar de levantar cabeza por tramos, La Rioja terminó en una especie de «purgatorio» en los montes de Oca. En cambio, Castilla, lejos de suponer un infierno, le estaba ofreciendo algunos de los mejores días de su vida. Tanto entre las lomas de cereal burgalés como en los refugios espirituales de la llanura palentina había vivido experiencias mágicas. Terapéuticas, incluso. Llevaba recorrida la mitad de la ruta jacobea y no solo había alcanzado una razonable paz de espíritu, sino que contaba con un nuevo plan de vida. Afrontaba la última parte de Castilla con optimismo, segura de que el páramo leonés le traería nuevas y agradables sorpresas.

La provincia de León tenía mala fama entre los peregrinos. Era la región más extensa de toda la ruta y, aunque la última parte, pasada Astorga, ya adquiría sabor gallego, las seis o siete etapas hasta la capital maragata eran temibles. Una llanura implacable, árida, muy castigada por el sol y con escasos joyas arquitectónicas que compensaran la hostilidad de sus paisajes.

A pesar de ello, Lorena emprendió su última jornada por Palencia con buen ánimo. El profesor Mosquera no tardaría en responder. Ojalá pudiera dejar el tema resuelto antes de terminar el Camino. Así, le resultaría más fácil enfrentarse a su madre.

—Bueno, allá vamos, ¡al Sáhara castellano! —dijo Carlota ajustándose la mochila.

Los peregrinos llamaban «desierto» al tramo entre Carrión de los Condes y Calzadilla de la Cueza porque en diecisiete kilómetros no había nada. Ni pueblos. Ni sombra. Solo un páramo desolador, llanísimo, y una pista polvorienta que surgía como una regla al mirar atrás y se perdía recta en el horizonte. Sin embargo, Lorena se había preparado bien: llevaba ciruelas, albaricoques y agua fresca en su mochila y había convencido a Carlota para salir al amanecer. No fueron las únicas. Casi todos los peregrinos de Carrión las imitaron, y el alba grisácea se levantó sobre un río de caminantes en una travesía que, de no ser por ellos mismos, hubiera sido de las más solitarias de

toda la ruta jacobea.

Lorena estaba físicamente preparada para el desierto; no tanto para quedarse sin la compañía de Carlota a las primeras de cambio. A su nueva amiga la torturaban un par de ampollas incipientes y caminaba muy despacio. Esto ya lo había vivido con Nerea y su rodilla lesionada, aunque aquellos primeros días, al estar más fresca, no le costaba tanto acomodarse a su paso. Iba absorbiendo aquello de que el Camino era libertad y fue ella la que propuso que siguieran cada una a su ritmo.

—Podemos encontrarnos en el albergue. Tenía pensado seguir hasta ese pueblo de nombre tan divertido: Terradillos de los Templarios.

Carlota se mostró de acuerdo. Intercambiaron sus números de teléfono y Lorena avivó la marcha. Tenía otro motivo para superar aquel tramo cuanto antes: en el desierto no había cobertura. Si el profesor Mosquera le contestaba aquella misma mañana o si quisiera llamarla para aclarar algún punto, no lograría dar con ella.

A medida que avanzaba, la riada de peregrinos se fue disgregando hasta devolverle a la llanura su habitual carácter solitario. Lorena miraba a su alrededor sobrecogida por la aridez y monotonía del paisaje. El sendero era tan polvoriento que pronto le dejó las piernas encaladas. Y así, kilómetro tras kilómetro, sin variación alguna.

No había tomado conciencia cabal de lo que significaban diecisiete kilómetros de aquello. Eran más de cuatro horas de marcha, sin ningún otro aliciente que ver aparecer Calzadilla de la Cueza a lo lejos. A pesar de la amplitud, el páramo la aplastaba. Estaba sobre la Meseta, lo sabía; aun así, le resultaba imposible verse de otro modo que hundida en el fondo de un plato gigantesco.

El dichoso pueblo apareció al fin, tejado a tejado, en el horizonte. Allí, se reencontró con otros dos conocidos de San Bol: Jose, el enfermero extremeño, y su amigo alemán, Stefan, que tomaban unas cocacolas con hielo en una terraza.

—¡Lorena! Tú has *atronchao* por algún sitio… Pensaba que estarías muy atrás. ¿Tomas algo con nosotros?

En el pueblo había algo de cobertura y la chica revisó sus mensajes. No tenía respuesta.

—Mejor continúo. ¿Os quedaréis en Terradillos de los Templarios?

Esa era su intención y Lorena se alegró. La de aquella tarde prometía ser una reunión agradable. Tras Calzadilla, le quedaban otros nueve kilómetros. No fueron demasiado duros. Los cubrió con rapidez y se instaló en el dormitorio más vacío del albergue, para cuando llegaran sus amigos. Seguía sin recibir ningún mensaje del profesor Mosquera. Aprovechó para comunicarle a Carlota que ya había llegado. Ojalá no tardara mucho. La espera por la respuesta sería más llevadera en compañía.

Tuvo una desilusión por ese lado. Carlota se hizo un lío y acabó en otro albergue a las afueras del pueblo. Cuando se dieron cuenta del malentendido, ya era tarde para enmendarlo. Jose y Stefan tampoco aparecieron, quizá debido a la misma confusión, así que Lorena terminó pasando sola la jornada. Quizá fuera mejor, porque cuando por fin recibió el anhelado correo electrónico, tampoco fue lo que esperaba:

> Estimada Lorena:
> Por supuesto que me acuerdo de ti. Lamentablemente, en estos momentos tengo todas las plazas de investigación cubiertas, así que no puedo ofrecerte un doctorado en mi cátedra. Si el año que viene sigues interesada, contáctame con tiempo y lo revisamos.
> Un cordial saludo,
> Prof. Francisco Mosquera

No fue capaz de pensar en nada esa noche. Se metió en la cama y durmió; durmió con la esperanza de no despertarse de nuevo a aquella cruel realidad que la devolvía a la casilla de salida.

Por la mañana, partió a solas, muy temprano. Quizá no tanto como en aquella ocasión de Roncesvalles, pero lo bastante de madrugada para tener una leve impresión de *déjà vu*. Solo que, cuando amaneció, no estaba en un bosque ni en las cercanías de un pueblo donde desayunar. Estaba en la llanura implacable del páramo leonés. En un desierto infinito cuyo horizonte no perdonaba.

Tous les matins nous prenons le chemin

Qué frágil es la serenidad de espíritu cuando depende de las acciones de otros. Lo había intuido con las monjas de Carrión, tan bondadosas, tan abnegadas. Creían en algo que no podía quebrarse, que estaba más allá de la acción humana. Ella, en cambio, se había confiado a seres terrenales y, ahora que le fallaban, volvía a estar perdida.

Tous les matins nous allons plus loin

No, ella no caminaba cada vez más lejos. Ella se acercaba cada vez más a casa. Y temía el momento de llegar porque, de nuevo, iba de vacío. Era muy distinto volver al seno de la familia con un plan de vida bajo el brazo que refugiarse allí cabizbaja por no tener otro sitio adónde ir.

Jour après jour, la route nous appelle,
C'est la voix de Compostelle

Lorena se dio la vuelta. ¿Quién estaba cantando?

Ultreïa! Ultreïa!
Et sus eia.
Deus, adjuva nos!

Era el grupito de franceses de los montes de Oca, que marchaba tras ella a una voz por la monotonía del páramo. Allí estaba Yannick, el peluquero bretón con su camisa de cuadros, y su amigo Julien, que marcaba el paso del resto. Les seguían las tres chicas y otro chico, todos alegres como unas castañuelas.

—*Salut, Lorraine!* —la saludó Yannick interrumpiendo la canción—. *Ça va? Ultreïa!*

Lorena no sabía qué era aquello de «ultreia», pero no le importaba. Forzó la sonrisa. No tenía ganas de socializar ni tampoco parecer una maleducada. Se vio obligada a acompañarlos un trecho mientras seguían cantando. En Sahagún, pararon a almorzar y ella siguió adelante para librarse de su compañía.

—Nos vemos, *Lorraine* —se despidieron—. *À tout à l'heure!*

Había llegado al temible, tedioso páramo leonés. A partir de Sahagún, un centenar de kilómetros de la meseta más triste y monótona se extendían hasta León. ¡Y qué feo era el páramo! Peor que Tierra de Campos, porque ni siquiera estaba parcheado. Todo era ocre y polvoriento. Entre los hierbajos ralos y pajizos, de vez en cuando surgía algún pequeño milagro en forma de florecillas silvestres. Gotitas color violeta, rojo o amarillo, encaramadas a unos tallos demasiado finos para sostener su propio peso. Lorena, con la cabeza gacha para protegerse del sol, las miraba al pasar y la aliviaba ver algo bonito, aunque fuera tan humilde. Más allá, la tierra era dura, cuarteada por la sequía. El horizonte lejano se difuminaba en la llanura. Era una región en la que no había nada muy nítido.

Necesitaba hacer kilómetros. Agotar el cuerpo para dar sosiego a la mente. En cuanto parase, los pensamientos que el ejercicio mantenía a raya la atacarían despiadados. Sin trabajo en Madrid ni doctorado en Santiago. Primero, despedida; luego, rechazada. Y tan sola. Tan tan sola.

En Bercianos del Real Camino, volvió a cruzarse con Jose y Stefan. Los saludó y pasó de largo. A pesar de su soledad, no deseaba compañía. «Debería abandonar», pensó. «Aquí no pinto nada. Debería dejar esta absurda peregrinación y organizar mi vida». Si el Camino había sido una huida de sus problemas, empezaba a plantearse la huida de la huida.

Acabó deteniéndose por puro agotamiento después de treinta kilómetros. El pueblo se llamaba El Burgo Ranero y era poco más que una calle ancha sin asfaltar con casas de adobe a ambos lados. Se

dirigió al albergue con desánimo. No quería parar. No quería pensar. Pero tampoco podía más.

—¿Te has fijado? —dijo una voz jocosa a sus espaldas—. A este pueblo solo le falta el *saloon* de puertas batientes y una rueda de carro para ser el escenario de una peli del oeste.

¡Era Carlota! La miró con asombro. No esperaba verla tras una etapa tan larga. Esas eran las sorpresas del Camino, que mantenían lejos a los amigos unos días y los traían de vuelta cuando ya no contabas con ellos.

—El Burgo Ranero —rio la joven sacudiendo su negra melena rizada —, que hasta el nombre tiene un aire vaquero.

Un poco más tarde, llegaron Jose y Stefan. Y también los franceses. Cenaron todos juntos en el único restaurante del pueblo, y las risas y la sencilla charla superficial de un grupo alegre fueron el mejor bálsamo para su angustia. Después de cenar se acercaron a una laguna al final del pueblo. Era algo milagroso, una laguna en medio de aquel secarral. El sol se ponía sobre sus aguas plácidas, solo turbadas por algún pajarillo entre los cañizos y un par de patos. Guardaron silencio mientras contemplaban el atardecer. El cielo se volvió amarillo. Luego rosa. Los patos nadaron a la orilla y escondieron sus cabezas bajo el ala. Yannick empezó a entonar por lo bajo aquella especie de himno que venían cantando por el Camino:

Tous les matins nous prenons le chemin
Tous les matins nous allons plus loin
Jour après jour, la route nous appelle
C'est la voix de Compostelle.
Ultreïa! Ultreïa!
Et sus eia.
Deus, adjuva nos!

—¿Qué significa eso de «ultreia»? —preguntó Carlota.

—Es un antiguo saludo jacobeo —dijo Jose antes de que ninguno de los franceses contestara—. Una plegaria para seguir adelante, para ir más allá: *Ultreia*, y continúa por la senda peregrina; *et sus eia*, y elévate al cielo de tus aspiraciones. El Camino no solo se recorre en horizontal; también tiene una dimensión vertical.

Ultreia. Mientras veía el sol desaparecer tras la laguna, rodeada de amigos, Lorena decidió que seguiría adelante. Por cabezonería. Por no dejarlo a medias, por no volver a casa. Por la esperanza de que ese «más allá» le trajera nuevas perspectivas vitales. Ultreia. Y al Camino.

28. Una autopista al infierno

Esa misma tarde, Nacho alcanzó El Burgo Ranero. En los tres días desde que se separó de Lorena, le había ido a la zaga sin saberlo, quedando siempre unos kilómetros por detrás. La noche que ella pasó con las monjas de Carrión, él durmió en Villalcázar de Sirga, donde las cantigas. Su segunda etapa lo condujo a Lédigos, tras superar el desierto de diecisiete kilómetros que ella había atravesado esa mañana. El tercer día, aburrido del páramo interminable, alargó bastante la jornada y, mientras Lorena se duchaba en el albergue, llegó al pueblo y tuvo la misma sensación de entrar en un *western* americano.

Llevaba tres días de un humor extraño. Por un lado, estaba bastante satisfecho de sí mismo; tras la charla telefónica en Itero de la Vega, volvía a ser un luminoso padre-cometa para sus hijas y un marido ejemplar para Silvia. Sin embargo, no se sacudía de encima una leve incomodidad por haber mentido. Cuando su mujer le preguntó si la había engañado con otra, él respondió taxativamente que no. Sus flirteos con Lorena no lo inquietaban: no había hecho nada prohibido; ahora bien, para la noche con la japonesita no cabían excusas. Se había acostado con ella. Y le preocupaba la naturalidad con que había sido capaz de negarlo.

Siempre creyó que, si algún día rompía la promesa de fidelidad matrimonial, al menos se sentiría culpable. Que tendría deseos de confesarlo, de implorar el perdón de Silvia. Ahora que había ocurrido, se asombraba de no sentir nada. Ni remordimientos ni culpa; tan solo una especie de inercia indiferente que lo llevaba a contestar a sus mensajes matutinos con fingida alegría. Como si aquella persona con la que había pasado veinte años le fuera ajena por completo. «Debería decírselo», pensó, sin saber muy bien si iba en serio.

La primera mañana después de quedarse solo en Itero de la Vega se la tomó con calma. Como no había otros peregrinos cuyo ejemplo le metiera prisa, ya pasaban de las diez cuando emprendió la marcha. Buscó *rock* de los ochenta en su móvil, se puso los cascos y procuró evadirse de todo. Ah, estos *rockeros* sí que sabían. Nada de complicarse la vida, nada que lamentar; tan solo vivir a tope sin preocupaciones. «*I'm on a highway to hell!*».

¿Y qué, si era así?

Pasó junto al canal de Castilla sin reparar en él y llegó a Frómista a mediodía. En cuanto detuvo la música, volvió la sensación de incomodidad. «Deberías decírselo, Nacho». Sacudió la cabeza. En la plaza, un restaurante ofrecía chuletón de ternera en el menú y se le

hizo la boca agua. Apenas había desayunado. Se repantingó en la terraza a la sombra. ¡Eso era vida! Mucho mejor que en la playa, donde las niñas lo importunarían para que jugara con ellas y, a la hora de comer, tendría que dar conversación a sus suegros. Aquella tranquilidad era impagable. Le sirvieron un plato enorme de carne recién salida de la parrilla, en su punto, algo churruscada por fuera y tierna por dentro. En el momento que cortaba el primer bocado, oyó una voz conocida:

—Vamos, Pedrito, comemos aquí y cogemos el autobús de vuelta a casa. ¿No te ha gustado imaginar las barcazas de transporte por el canal?

Era Pedro, el peregrino que viajaba con los niños. Debían haber dormido en la ermita de San Nicolás, donde los monjes le lavaban a uno los pies. Nacho llevaba solo toda la mañana y se alegró de verlo. El hombre aún no había reparado en él. Tironeaba de la mano de sus dos hijos y parecía agobiado.

—Marta, deja de ir a la pata coja; esa ampolla no puede dolerte tanto. ¡Si apenas era una rozadura! Va, elegid restaurante. ¿Qué queréis comer?

Error. Error. Error. Hasta Nacho lo sabía: a dos hermanos pequeños nunca hay que darles libertad de elección. Empezaron a pelearse. Uno quería italiano. Otra, hamburguesas. Nacho contuvo el ademán que estaba a punto de hacerle a Pedro. Bien podía pasar sin compañía un rato más. Bajó un poco la cabeza mientras cruzaban la plaza y los berreos de los críos acabaron por extinguirse en la distancia.

«Ánimo y paciencia, amigo», le deseó alzando una caña helada y espumosa. ¿Cómo iba a decirle nada a Silvia? ¿Y las consecuencias, qué? Aquella estampa del recién divorciado, tan patoso para enfrentarse solo a las responsabilidades de la vida, lo disgustaba profundamente. Antes de irse, hizo una foto a la iglesia de Frómista y se la envió a su mujer, con la promesa de traerlas algún día a visitar aquel templo tan bonito. Él no entró y, al poco, ya lo había olvidado.

Ese día y los dos siguientes, estuvo bastante solo. Emprendía la marcha tarde por las mañanas y se quedaba en albergues poco conocidos. Recorrió las largas rectas y las llanuras áridas del páramo leonés sin ver más que los mojones jacobeos alineados hasta el horizonte. Eran pequeños, solo le llegaban a la rodilla, y tan iguales todos, amarillo sobre cobalto, que daban ganas de pegarles patadas. Aquí y allá se cruzó con algún peregrino, aunque ninguno le atrajo lo suficiente como para cruzar algo más que el consabido «¡buen Camino!». Con quien sí tenía bastante contacto era con Silvia. Su mentira había marcado un hito y ahora, todo era una huida hacia adelante. Le enviaba mensajes y fotos de la árida meseta, de las

iglesias y los pueblos del Camino. Frómista. Villasirga. Carrión de los Condes. Calzadilla de la Cueza. Lédigos. Pasó tres días trabajándose una confianza inmerecida y notaba que Silvia estaba contenta, que agradecía su atención y le correspondía al instante con saludos de sus suegros y fotos de ella y las niñas en la playa. Lejos de satisfacerle, aquel tráfico de mensajes le causaba un profundo hastío. ¿Dónde estaba el orgullo de su mujer? ¿Cómo podía contentarse con tan poco? Cuanto más amable y sumisa se mostraba Silvia, más se resentía él. Empezó a temer la llegada de sus mensajes. Ya no le procuraban ninguna alegría y sí un incipiente e inequívoco desprecio.

Con ese extraño humor, llegó la tercera tarde al Burgo Ranero. Había recorrido treinta kilómetros de páramo árido y aburrido. El Camino, más allá del pueblecito vaquero, se presentaba igual, como si la monotonía no fuera a acabarse nunca. Se planteó dar la etapa por terminada. No tenía ni idea de que Lorena estaba allí; su pensamiento volaba muy lejos de ella. Tal vez, si hubiera dedicado algún momento a echarla de menos, aquella *magia* del Camino de la que tanto hablaban los peregrinos crédulos lo hubiera llevado hasta ella; en las actuales circunstancias, El Burgo Ranero no le inspiraba nada. Es más, el pueblo entero olía a bosta de vaca y el páramo infinito era menos insoportable a última hora de la tarde que a pleno sol.

Decidió continuar. Mientras Lorena se reencontraba con amigos y hallaba algún alivio a sus pesares, él la adelantó en completa soledad y con peor humor que nunca. De nuevo, buscó evasión en la música. Queen. Los Rolling. Y su preferido esos días, AC/DC. Subió el volumen hasta que solo existió aquel loco retumbar en sus oídos, aquel grito desgarrado de melenudos entre humos y luces.

I'm on a highway to hell!

Aquella recta interminable bajo un sol de fuego, aquella huida de la familia hacia no sabía dónde, era justo eso: una autopista al infierno.

29. Amores conyugales

Tras pasar El Burgo Ranero, Nacho acabó en Reliegos. Otra jornada maratoniana de treinta y nueve kilómetros. Era la tercera vez, la tercera, que hacía algo así. Le dolían los pies. Las rodillas. Incluso la cadera. ¡El Camino! Para una inyección de juventud y libertad, bien podía haberse ido a surfear a Tarifa. En vez de eso, se martirizaba día tras día caminando a pleno sol con una pesada mochila a la espalda, madrugando más que para ir al bufete, compartiendo baño con cincuenta personas y durmiendo en estrechas literas de reformatorio. Era ridículo. Sin embargo, no había escapatoria. Si se rendía, adiós a la excusa para evitar la playa, la suegra y el resto de parafernalia veraniega. Y eso le provocaba más rechazo que continuar la peregrinación.

«De todas formas, hoy me busco un hotel». Estaba harto de incomodidades. Una habitación individual con baño propio, sí, señor. Eso era lo que necesitaba para recuperar el buen humor. Dormir entre sábanas en vez de embutido en un saco. Toallas limpias. Ducharse descalzo. Quizá se alejaba un poco de la experiencia peregrina, pero ya no tenía veinte años.

Reliegos era un pueblo pequeño y sin ningún hotel, solo el inevitable albergue jacobeo. Por suerte, este también ofrecía habitaciones dobles y aún les quedaba una libre.

—¿Es solo para usted? —le preguntó el hospitalero, como si le reprochara su burguesa afición a la intimidad—. Tiene dos camas.

—Una para la siesta y otra para la noche —repuso él en tono festivo.

Ah, qué bien. Qué lujo, comparado con los alojamientos habituales. Nada como dos semanas de mochilero para apreciar las pequeñas comodidades de la vida. Una larga ducha caliente; un buen afeitado. Mimó sus pobres pies llenos de ampollas con crema hidratante y acabó tumbándose un rato, disfrutando de la suavidad de las sábanas y la blandura de la almohada. ¡Una almohada de verdad! «Será mejor que baje a cenar o me quedaré dormido». Estaba como nuevo. Abajo, en la recepción, el hospitalero discutía con una peregrina mayor, enjuta y de melena corta.

—Le digo, señora, que no nos queda ninguna cama libre. Tendrá usted que seguir hasta Mansilla de las Mulas.

—¿Cómo voy a seguir seis kilómetros más? —decía ella, con una aspereza rayana en la desesperación—. ¡Pasan de las ocho de la tarde, por Dios! Se me haría de noche.

—Aquí no hay sitio —replicó el hombre fulminando a Nacho con la

mirada.

Él desvió la vista. No quería compartir la cama que le sobraba. Un poco de intimidad por una noche, ¿acaso era tanto pedir? Estaba a punto de escurrirse por la puerta cuando la mujer se volvió y pudo verla bien. Era Aurora, la señora de aire severo y contradictoria sensibilidad del arroyo de San Bol.

—¡Nacho!, qué casualidad encontrarte. Mira qué faena… Me toca seguir el Camino.

Tenía el rostro crispado de cansancio, demasiado para pasarlo por alto. Él suspiró. Adiós a la noche tranquila. Compuso una sonrisa y actuó como el buen chico que era ofreciéndole sitio en su habitación.

—¿Dices que hay otra cama? —preguntó ella entornando los ojos. Lo consideró unos instantes en silencio y, al fin, añadió—: Pues me haces un gran favor.

—Ven, subamos y así te acomodas —dijo Nacho tragándose su contrariedad. Después de todo, siempre era mejor compartir el dormitorio con una persona que con cuarenta.

En la chopera, no había tenido ocasión de cruzar más que un par de palabras con ella y la estudió mientras dejaba la mochila y se quitaba las botas. Rondaría los cincuenta años y tenía una figura seca, sin curvas, rigurosa como la propia Castilla. Sin embargo, sus ojos eran azules y vivos, de persona inteligente, y sintió cierta curiosidad. Aurora no era una jubilada haciendo turismo gastronómico ni una *hippie* mística. ¿Qué hacía sola en el Camino?

—Te dejo tranquila, que querrás pegarte una ducha.

—Si vas a cenar ahora, mejor voy contigo. Ha sido una jornada dura; la verdad, me apetece compañía.

Eso podía entenderlo; a él también le estaba haciendo mella la soledad. En su vida normal, no conocía mejor remedio para el malhumor que tomarse una cerveza con un amigo. Una cena peregrina sin complicaciones era la opción jacobea más cercana.

Charlaron de todo un poco frente a un plato combinado de bar: arroz, huevos fritos y croquetas. A pesar de su brusquedad inicial, Aurora se mostró bastante comunicativa. Con esa rápida intimidad que se establece entre desconocidos, le contó que acababa de perder a su marido y que llevaba más de un mes peregrinando de luto. Había empezado en Francia.

—Me vas a permitir decirte que no tienes aspecto de viuda.

—¿Acaso has conocido a muchas? —repuso ella sonriendo—. ¿O estás pensando en las plañideras del pueblo? —Poniéndose algo más seria, añadió—: Alfonso y yo llevábamos diez años juntos; una época feliz. ¡Y pasa tan rápido! Desde que llegué al Camino, me rondan aquellos versos de Jorge Manrique:

Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando…

Su voz grave daba ricos matices al recitado.

—Qué memoria —dijo Nacho—. Eso es un poema de colegio.

—Enseño literatura en un instituto; más me vale conocerlo. Estos versos son lo más *verdadero* de todo el poemario español. «Recuerde el alma dormida». Antes de conocer a mi marido, estaba aletargada; solo veía pasar la vida. Y cuando volví a disfrutarla, «cómo se viene la muerte, tan callando…».

A Nacho le incomodaban los temas personales, pero estaba conmovido.

—Mi viejo maestro afirmaba que las *Coplas* eran un poema de consuelo por la muerte. Ahora que lo escucho otra vez, no me lo parece.

—Ah, es que hay que irse a los últimos versos. ¿Recuerdas cómo termina?

—Qué va, era larguísimo.

»… y aunque la vida perdió,
dejónos harto consuelo
su memoria.

»Quizá no sean versos tan profundos, pero es verdad que el recuerdo de la persona querida reconforta en la muerte. Para mí, fueron diez años… Ojalá hubieran sido más. Con eso sí que no estoy en paz. Jorge Manrique creció y maduró junto a su padre. Yo desperdicié muchos años antes de conocer a Alfonso.

Nacho guardó silencio. No creía que llegara a tener nunca una pesadumbre similar. ¿Lamentarse por no haber pasado más tiempo con Silvia? Si estaban juntos desde la universidad; más bien era una suerte haber tenido ocasión de desfogarse un poco antes de sentar cabeza. «Si Silvia muriera —pensó de repente—, sentiría alivio». Se encontraría libre sin culpa alguna, compadecido en vez de despreciado. Libre… ¡Qué locura! ¿Cómo podía siquiera rozar el deseo de algo así? Ahogó el pensamiento en lo más profundo de su alma. Y le molestó la siguiente pregunta de Aurora:

—Y tú, ¿por qué haces el Camino?

Se encogió de hombros. No era cuestión de contarle sus problemas conyugales a una viuda de luto reciente, sobre todo si esos problemas

se reducían a algo tan simple, tan corriente como un «ya no la quiero». Aurora tenía experiencia en la vida y no le hicieron falta explicoteos para comprender. Meneó la cabeza y dijo:

—Algunas relaciones, sencillamente no tienen arreglo. Duele desengancharse, como una tirita, pero es lo mejor para todos.

Nacho recordó la mirada de cervatillo de Silvia mientras él se alejaba en el autobús, camino de Roncesvalles. Era su mujer. La madre de sus hijas. La persona más cercana a él en el mundo. Y no quería hacerle daño. Le aliviaba pensar que eso, al menos, sí lo podía sentir.

30. La cárcel de San Marcos

Nacho partió de Reliegos con Aurora. La relación con aquella mujer, adusta, serena y mayor que él, no demandaba mucha implicación emocional. Era una compañía cómoda. Salieron temprano para cubrir los veinticinco kilómetros hasta León antes de que el sol apretara, aunque el día se presentó tan nublado que no hubiera hecho falta la precaución. El páramo leonés se veía aún más feo y monótono bajo el cielo gris.

—Me alegra haberte encontrado —dijo Nacho mirándola de reojo en una de aquellas rectas interminables—. Llevaba tres días solo. Hay menos peregrinos por Castilla.

—Castilla, la gran olvidada —repuso ella, marcando el paso con sus bastones deportivos—. Muchos se la saltan por aburrida y machacona. Y sin embargo…

… veréis llanuras bélicas y páramos de asceta
no fue por estos campos el bíblico jardín…

—¿Otro poema?

… son tierras para el águila, un trozo de planeta,
por donde cruza errante la sombra de Caín.

»Yo soy de Soria y siempre he pensado que Castilla es la representación más fiel de España. Mírala, mira el paisaje. Es indómita, magnífica, enorme e ignorada por todos. ¿Acaso los españoles no somos un poco así? Tenemos un pasado glorioso del que nadie se acuerda y una tierra vacía que nadie quiere ya.

Nacho miró a su alrededor. El páramo leonés era árido y llano, un secarral tan vasto que resultaba abrumador. Recordó las lomas doradas de Burgos, las iglesias perdidas en la melancolía palentina. Desde luego, Castilla no era un «bíblico jardín», pero sí había belleza en sus planicies despejadas, en esas «tierras para el águila».

—No es fácil amar esta aridez, esta hosquedad —continuó Aurora pensativa—. Para eso hay que caminarla, como bien sabía Machado. Él es el autor de los versos.

—Caminarla —dijo Nacho—. Como estamos haciendo nosotros.

Aurora marchaba despacio y Nacho no tenía prisa. Comieron en un bar de carretera y llegaron a León por la tarde. Él hubiera preferido dormir en un hotel o, al menos, en una habitación privada; en cambio,

Aurora quiso alojarse al modo peregrino y la acompañó por no quedarse solo. No tardó en arrepentirse. El albergue parecía un colegio de monjas. Tras registrarse en un patio con dos pupitres escolares, Nacho se vio conducido a un cuarto que, de no estar lleno de literas, hubiera sido una réplica de su aula de quinto curso. Las mismas paredes blancas con crucifijo, el mismo suelo de frío enlosado verde. Recordó los padrenuestros rezados antes de clase, la ominosa regla de madera junto a la pizarra, sus miedos y perplejidades infantiles ante los misterios religiosos. Se estremeció.

Las monjas leonesas dudaban de la moralidad de alojar a hombres y mujeres juntos, así que Aurora no dormía en el mismo cuarto que él. «Tiene gracia —pensó Nacho— que eso me contraríe con una mujer con la que no quiero sexo». Deseoso de salir cuanto antes de aquella cárcel escolar, se pegó una ducha rápida y se encontró con ella en el patio.

—Acabará lloviendo —dijo ella mirando al cielo plomizo con inquietud.

El ambiente estaba cargado de humedad. Hacía fresco.

—Damos una vuelta rápida y nos vamos a cenar. Yo ya tengo hambre.

Como suele suceder en las ciudades antiguas, todas las calles daban a la catedral. Era una construcción soberbia, no del todo simétrica, con agujas y pináculos y arcos de medio punto, y la majestuosidad de los grandes templos góticos. Se erguía sola en una explanada de adoquín gris oscuro. La plaza, desierta debido al mal tiempo, tenía un aire de inefable melancolía.

—Cuánto se parece a la catedral de Burgos —suspiró Aurora.

Nacho la miró, intrigado. Era la primera vez que la oía hablar con tanta tristeza.

—Allí me casé yo —añadió ella.

Él frunció los labios. Si alguna vez un lugar le recordaba al traje blanco, las flores y demás parafernalia nupcial, huiría despavorido en dirección contraria.

—Vámonos a cenar. Ah, espera…

Sacó el móvil e hizo la consabida foto para Silvia. Empezaban a caer algunas gotas y la catedral salió deslucida, con grandes nubarrones detrás. Parecía vagamente amenazadora.

«Vuelvo a la civilización por una noche —escribió—. Me ha recordado a Notre-Dame en nuestra luna de miel».

Hasta que no alzó la vista y vio la ceja levantada de Aurora, no cayó en la tremenda ironía de la asociación de ideas que le había llevado hasta París.

—La familia… Ya sabes —dijo guardando el teléfono.

El aguacero se desató con fuerza y buscaron refugio en una taberna

que olía a calamares fritos. Pidieron unos chatos de vino y unas raciones, y se quedaron esperándolas en silencio mientras las lágrimas de lluvia rodaban por el cristal de la ventana.

—Mi boda en la catedral de Burgos no fue con Alfonso —dijo Aurora de pronto.

—¿No?

—Fue con mi primer marido. Eduardo. Hace treinta años.

—Déjame adivinar: ¿le pegaste la patada para irte con Alfonso?

Aurora soltó una risotada.

—Ojalá. En realidad, me la pegó él a mí. Me dejó por una muñequita rubia y joven. Ya ves. En aquel momento, se me cayó el mundo encima. Pasado un tiempo, me di cuenta de que me hizo un gran favor.

Antes de que Nacho preguntara nada más, su móvil empezó a sonar con estridencia.

—¿No contestas?

Él sintió el familiar arrebato de rabia. Era Silvia, claro. Silvia, con un millón de «¿te acuerdas?» de París. Silvia, deseando tomar su mensaje, más bien forzoso, como una renovación de votos de amor eterno. ¿Por qué no podía mandarle cuatro palabras de vuelta y ya? ¿Por qué tenía que hacerle una fiesta ante la más leve caricia? Silenció el teléfono y lo mandó de vuelta al más profundo de sus bolsillos.

—No. Ahora mismo, tú tienes toda mi atención. Así que te hizo un favor, ¿eh? Claro, gracias a eso pudiste conocer a Alfonso.

Aurora no era tonta. Esbozó una sonrisa, a medias entre la comprensión y la socarronería. Le bastaban las omisiones de Nacho para hacerse una composición de lugar.

—Bueno, a Alfonso lo conocí más tarde. Hacía tiempo que las cosas no iban bien con Eduardo, pero era incapaz de desengancharme. Llevábamos tantos años juntos…, ¿cómo admitir nuestro fracaso? Así que me levantaba todos los días con terror a que me abandonara antes de acostarme. Cuando ocurrió, ya no hubo más miedo.

—Como la tirita que mencionabas ayer —dijo Nacho pensativo—. Duele al desprenderse, pero se pasa enseguida. ¿De verdad fue lo mejor para ti?

Aurora desvió la vista hacia las lágrimas de la ventana.

—Ayer te dije que estoy haciendo el Camino de luto. En realidad, mi luto no es tanto por los diez maravillosos años con mi segundo marido como por los veinte que desperdicié junto al primero…

Cuando acabaron de cenar, ya no llovía. Pasearon de vuelta al albergue, cuya entrada era aún más lóbrega a la luz de una farola solitaria. Parecía no ya un colegio, sino un reformatorio. «Para chicos malos», pensó Nacho. ¿Eso era él, un chico malo? No tenía ganas de

entrar todavía. Ojalá hubiera reservado una habitación en un hotel decente.

—Creo que voy a dar otra vuelta —le dijo a Aurora.

—¿Seguro? Volverá a llover; mira esas nubes.

Se encogió de hombros. Sentía tal abatimiento que le daba igual empaparse entero. Se despidieron con la ambigua promesa de verse al día siguiente y Nacho vagabundeó por las calles de piedra mojada de León. Tan solitarias… No se cruzó con nadie. Volvió a llover y, esta vez, con fuerza. Se subió la capucha del impermeable. Gruesos goterones rebotaban en el enlosado, formando una lámina fina de agua sobre piedra.

Salió a una explanada enorme, casi en las afueras. Al fondo se erguía el antiguo hospital de San Marcos, imponente edificio monumental iluminado por algunos focos y farolas. Se quedó mirándolo con una sensación extraña. La fachada era formidable, de piedra gruesa, con unas pocas ventanas enrejadas. Ahora reconvertido en hotel de lujo, a él se le antojaba más bien una cárcel. Una prisión. ¿Cómo podían los huéspedes no darse cuenta? Se acercó, ignorando la lluvia. Qué sólido, qué impenetrable se veía aquel muro. Un absurdo pensamiento se deslizó en su mente. Se vio a sí mismo allí dentro, buscando con las uñas una grieta por la que escapar. «No puedo salir». ¿De verdad lo había murmurado él? Pegó en la piedra con el puño cerrado. «¡No puedo salir!». La lluvia le resbalaba por la cara. «¡¡¡No puedo salir!!!». Su lamento resonó en la plaza vacía, solo amortiguado por el tamborileo del agua.

—¡Vete de aquí, borracho! —le gritó un vigilante embutido en un poncho de plástico.

Nacho se separó unos pasos. Sentía una gran angustia. Recordó otra noche de lluvia sobre piedra en Logroño. Recordó el tablero de la oca, que le había mostrado sus hitos futuros en el Camino. El juego tenía una casilla de la cárcel, ¿era acaso en León donde se materializaba? De alguna forma, aquel edificio grande, lujoso y enrejado representaba la prisión en que se había convertido su vida… con Silvia.

No podía soportarlo. Necesitaba cortar con todo aquello. Aurora le había dado la clave: no era justo para su mujer. Seguro que ella también se despertaba todas las mañanas con el temor del abandono. Tenía que arrancarse la tirita. A la larga, se lo agradecería. Debía hacerlo. Ahora, sin pensarlo más.

Sacó el móvil y allí mismo, bajo la lluvia y con un simple mensaje, acabó con la relación más importante de su vida. Lo envió sin releerlo y luego apagó el teléfono. Esa noche no quería lloros ni escenitas.

«Soy libre», pensó con incredulidad. Buscó alegría dentro de él. Alivio, al menos. No los encontró. Ajeno a la lluvia y a los charcos, se sentó en la explanada frente al muro enrejado. Solo y sin familia, no le

quedaba más que un gran vacío.

31. Un hogar en León

—¿Te has dado cuenta de que tu nombre contiene todas las letras de mi ciudad? —dijo Carlota al salir del Burgo Ranero esa mañana.

Lorena repasó el deletreo y sonrió:

—¿Y eso qué significa?

—Que León va a tratarte bien, por supuesto. ¿Te animas a venir conmigo hasta allí?

Lorena se sorprendió. Los dos días que llevaba caminando con Carlota habían sido bastante superficiales. Era una chica reservada y soñadora; no parecía necesitar una intimidad más profunda ni con ella ni con nadie. «No como Nerea», pensó. La echaba de menos.

—Son más de treinta y cinco kilómetros —dijo dudosa.

—Bah, es todo llano y hoy está nublado. No nos molestará el sol.

—¿Y por qué tienes tanta prisa?

—Se me agotan las vacaciones. Mañana vuelvo al trabajo y me gustaría llegar caminando a casa. ¡Vamos! Esta noche te llevo de tapas, si te animas.

A Lorena la halagó su interés. Era grato verse requerida con tanta insistencia, como si fuera una compañía agradable. Después de todo, el Camino le debía alguna compensación por cerrarle las puertas del doctorado. Accedió, procurando no pensar en la larga jornada de páramo gris hasta León.

Salieron del pueblo vaquero con Jose, Stefan y los franceses, aunque no permanecieron juntos mucho tiempo. Ellos tenían pensado dividir el trayecto hasta León en dos etapas cortas y se lo tomaron con calma. Al cabo de un rato, Carlota también se descolgó. Sus ampollas la hacían llevar un paso lento y fatigoso. Decidieron ir cada una a su ritmo y reencontrarse en León.

No fue un día agradable para Lorena. Volvía a caminar sola y la ruta era machacona, machacona, machacona. Como una repetición del día anterior, volvía a seguir una pista de polvo blanco junto a la carretera. Una hilera de falsos plátanos se extendía hasta el horizonte junto al sendero, quizá para aliviar la pesadez del sol a plomo, aunque en un día nublado solo alargaba las rectas infinitas. Los doce kilómetros de vacío hasta el primer pueblo se le hicieron interminables. Dos días atrás, a la salida de Carrión, estaba mentalmente preparada para el desierto de Calzadilla de la Cueza. Del tramo entre El Burgo Ranero y Reliegos, nadie le había hablado. Sin embargo, estaba decidida a aguantar. No se rendiría. *Ultreia*, aunque fuera por pura obstinación.

Pasó Reliegos. Pasó Mansilla de las Mulas. La meseta era un secarral abrumador. Alguien había comentado que, en primavera, el páramo se

vestía de tenue verdor y amapolas, pero en pleno verano, todo era terroso y ocre. Feo. Apagado. Hasta la mala hierba era rala. Se abría paso con fragilidad pajiza, formando una leve bruma sobre los campos. Qué distinta de los tenaces hierbajos verdes de su Galicia natal.

Tras Mansilla de las Mulas, se levantó un extraño aire de horno. La azotaba por la espalda con monótona insistencia y el ambiente se volvió abrasador. La sed le acartonaba la lengua. El calor, unido al cansancio, empezó a jugarle malas pasadas. Veía venir los coches de frente por las largas rectas en completo silencio hasta llegar a su altura. Era un efecto del viento en contra, nada más; aun así, la visión de una fila de vehículos sin ruido alguno en la llanura resultaba siniestra. Como un desfile de fantasmas.

En Puente Villarente, estuvo a punto de renunciar. Llevaba seis horas de marcha y su cansancio era extremo. Tenía la espalda dolorida, los pies destrozados, las manos hinchadas. ¿De qué servía aquel esfuerzo? ¿Por qué sufrir tanto en aquella peregrinación? No, no debía dar alas a esos pensamientos. Ultreia. Ultreia siempre. Ya faltaba poco.

Llegó a León al filo de la tarde, tras una de las jornadas más deprimentes y agotadoras desde Roncesvalles. Nueve horas caminando sin descanso. Nueve horas de vacío, de monotonía, de rectas interminables. ¿Y ahora qué? Si Carlota se había detenido a comer, aún tardaría un buen rato. Qué tonta era, apresurándose todo el día para verse ahora empantanada en la ciudad.

Vagó por las calles leonesas, tratando de matar el tiempo. Apenas había probado bocado en la ruta; buscaría algún bar para comer algo, si lograba superar la incomodidad de sentarse en una mesa a solas. La ciudad, ruidosa y poblada, la volvía tímida. Al final, compró un sándwich refrigerado y lo comió en un parque. El pan sabía a corcho blando y acabó tirando la mitad. Qué vergüenza, comer tan mal en León. Esperaba desquitarse con la noche de tapeo prometida por Carlota. ¿Dónde andaría? Ya era tarde y estaba a punto de llover. Sacó el móvil y, como si le hubiera leído la mente, le llegó un mensaje de su amiga:

«Llego en diez minutos. Espérame frente al Palacio de Guzmanes».

Conocía el edificio, en pleno casco antiguo, y le extrañó como punto de encuentro. ¿Por qué la citaba tan lejos de la entrada del Camino? La respuesta fue obvia cuando la vio apearse de un viejo coche rojo, muy animada y descansada. ¡Un coche! ¿Acaso Carlota había hecho *autostop* mientras ella se tragaba kilómetros interminables por la llanura?

—Lorena, ¡aquí estoy!

Se despidió de la conductora con gran vivacidad y luego trotó hacia

ella, los rizos negros al viento y los ojos brillantes tras sus gafas redondas.

—He tenido un día fantástico, de verdad, el mejor de todo el Camino. ¡Qué regalo para mi última jornada! ¿Y tú qué tal?

Ante semejante efusión, a Lorena le dio vergüenza reconocer que su día había sido horrible. Se cargó la mochila al hombro y echó a andar detrás de ella.

—¿Qué es eso tan especial que te ha pasado?

Carlota empezó a charlotear sobre un tal Martín, un peregrino ciclista que conoció en una fuente y con quien acabó intercambiando el teléfono.

—Es de Benavente; no vive lejos de aquí.

También le habló de Helga, una alemana que viajaba con un canario en su jaula. Y de una pareja brasileña que había hecho voto de silencio. Y de Sebas, un exmilitar que…

—¿Has conocido a Sebas? —la interrumpió Lorena, emocionada—. ¿Mochila enorme? ¿Muy fortachón?

—Ah, lo conoces, entonces. He quedado con él para cenar.

Sintió un aleteo de contento. ¡Volvería a ver a Sebas! Lo había echado de menos desde Frómista. Entretanto, Carlota seguía relatando sus aventuras.

—Lo mejor fue lo de Juana, la mujer que me trajo en coche. Yo estaba hecha polvo por las ampollas y se fijó en mí cuando pasé cojeando por delante de su casa en Reliegos. Ya ves, estará harta de cruzarse con peregrinos lesionados y fui yo la que le dio pena. Es majísima; tiene dos perros y una huertecita con patatas. Se portó fenomenal. «Yo te llevo a León», me dijo, «pero antes, te quedas a comer conmigo». ¿Puedes creer tanta generosidad? Hoy, en el Camino, no he dejado de *recibir*.

Lorena podía creerlo, aunque a ella, el Camino no le había ofrecido nada ese día. Es más, la había machacado sin piedad. ¡Y después de la decepción del doctorado! ¿Por qué ella no había conocido peregrinos interesantes? ¿Por qué nadie le había tendido la mano? Era bastante injusto.

«Bueno, tampoco has hecho nada por buscarlo», le susurró la insidiosa vocecita de la razón. Se vio a sí misma bebiendo los kilómetros sin apartar la vista del suelo, con el ceño bien fruncido para espantar a cualquiera que osara acercarse. Luego imaginó a Carlota, dolorida pero interesada en lo que ocurría a su alrededor, charlando con todos, dispuesta a *aportar* al Camino y a los peregrinos. Quizá no era suerte o casualidad que el Camino hubiera sido generoso con ella.

—¿Qué te pasa? Te has quedado muy pensativa.

—No es nada —murmuró. No le apetecía hablar del tema.

—Por cierto, ¿dónde duermes esta noche?

—Oh, buscaré un albergue.

—Tonterías. Te quedas conmigo en casa.

Lorena intentó rechazar la invitación. Llevaba todo el día dividida entre el ansia de compañía y la creciente necesidad de esconderse. Sin embargo, la efervescencia de Carlota era arrolladora y acabó abandonándose a su voluntad, aliviada al menos por no tener que tomar más decisiones aquella noche. «Quizá esta ciudad acabe siendo un punto de inflexión». Quizá, como había predicho Carlota, acabara disfrutando de León.

Su amiga vivía en la calle de la Rúa, en un piso antiguo de techos altos, viejas ventanas de guillotina. El suelo sí estaba reformado y era un parqué de madera clara. Los muebles, sencillos y modernos, tenían un aire nórdico en blanco, gris y rosa pastel. Le gustó. Adornaban las paredes varios dibujos de la propia Carlota, con el mismo ingenio que el del león dormido bajo la meseta de San Bol.

—Toma, unas toallas. Este es tu cuarto. Ya verás qué a gusto duermes hoy.

La ducha caliente le sentó bien. Era delicioso volver a disfrutar de la intimidad de un baño limpio. Se tomó su tiempo y, cuando salió, estaba mucho más serena.

—Dame tu ropa sucia, que voy a poner una lavadora.

—Me encanta tu piso —dijo con timidez, observando los colores suaves y el toque femenino del mobiliario—. Es muy… tú. Bueno, eso creo, por lo poco que te conozco. Ni siquiera sé a qué te dedicas.

—Jamás lo adivinarías —repuso Carlota—. ¿Quieres un café? Hemos quedado con Sebas dentro de una hora. Tenemos tiempo.

—Sí, gracias. Pues yo diría que algo artístico, ¿no? O con niños.

—¡Qué va! Trabajo en un banco.

—¡En un banco! ¿En serio?

—¡El dinero es el dinero! Dibujo por afición. Me gustaría ser artista, pero las ilustraciones no dan de comer. Y tú, ¿a qué te dedicas?

Lorena se puso un poco tensa.

—De momento, a nada, supongo…

Y le relató su historia, desde el despido de Madrid hasta la decepción con el doctorado. Este último golpe no se lo había contado a nadie. A pesar de que Carlota no era una amiga tan íntima como Nerea o Sebas, le sentó bien desahogarse.

—Ya ves, estudio Biología con toda la ilusión y no hay forma de que pueda dedicarme a ella.

—¿Tanto querías hacer un doctorado? —le preguntó Carlota revolviendo su café con una media sonrisa—. Por lo que cuentas, fue una idea de última hora.

—No, qué va, si yo… —Se interrumpió, confundida—. Es que me gustaría hacer algo que me apasione de verdad. Lo de los piensos era aburrido.

—¿E investigar bajo las narices de un viejo profesor sería mejor?

—Al menos, sería *algo* —murmuró. Empezaba a pensar que aquello del doctorado, más que una pasión redescubierta, había sido la salida fácil al vértigo de no tener nada.

—Vamos, no te quejes. Sigues en libertad para hacer lo que más te guste.

—¡Si no sé qué quiero!

—«Quien desea convoca un destino». Al menos, eso decía algún filósofo.

—Ahí tienes. Por eso mi destino es tan confuso. No sé qué desear.

—Yo iba a decir que eso te pone a salvo de la frustración. Mírame a mí: yo tengo claro mi deseo y no puedo llevarlo a cabo.

—Te refieres al dibujo. ¿Te has planteado dejar el banco?

—Bueno, no está prohibido soñar despierta —repuso Carlota, con una risa dulce—. Ya te lo he dicho: eso no da dinero. ¡Y me gusta demasiado este piso!

Le dio un sorbo al café y dirigió una ojeada a sus ilustraciones. Se había quedado pensativa.

—De todas formas, yo creo que eso de trabajar en algo *apasionante* está sobrevalorado, ¿sabes? A mí me encanta dibujar, pero si ganara dinero con ello, se convertiría en una obligación y tal vez no me gustara tanto.

—¿Entonces qué me sugieres? —dijo Lorena con desesperación—. ¿Buscarme otra fábrica de piensos y dedicarme a la observación de cefalópodos en mis ratos libres?

Carlota no entró al trapo. Terminó su café y recogió las tazas para llevarlas a la cocina del precioso apartamento.

—Busca algo que desear, Lorena —le dijo—. Y si no lo encuentras, al menos haz algo que te dé tranquilidad. Aunque no hace falta que sea hoy. Vamos, termina de arreglarte y salgamos a cenar. Sebas nos está esperando y quiero demostrarte que la morcilla de León es mejor que la de Burgos.

32. El palacio de Astorga

Qué lujo despertarse en una cama de verdad. Después de veinte días de albergues, Lorena se regodeó en la comodidad del colchón mullido y la almohada limpia.

—Buenos días, dormilona —dijo Carlota asomando la cabeza—. ¿Galletas o tostadas?

Desayunaron en pijama, como si fuera domingo, y el café recién hecho y el pan caliente tenían sabor hogareño. Quizá por eso, Lorena remoloneó hasta casi las nueve. Para el Camino, donde algunos peregrinos se levantaban al amanecer, era tardísimo.

—Sebas ya debe estar a media etapa de aquí —dijo con tristeza al despedirse.

Había sido estupendo reencontrarse con el exmilitar la noche anterior. Carlota los había guiado de bar en bar, pidiendo cortos de vino turbio con tapas de croquetas de queso, chorizos a la sidra y la oscura y untuosa morcilla de León. Lorena había terminado la noche un poco achispada y ni pensó en quedar con Sebas para la mañana siguiente. Aun así, confiaba en la magia del Camino para reunirlos otra vez.

—No me des envidia —replicó Carlota. Se había vestido para trabajar, con tacones y una americana gris, y estaba rarísima después de tantos días de senderista—. Ya me gustaría a mí continuar con vosotros.

Se separaron en el portal. Lorena buscó la primera flecha amarilla y su anfitriona se alejó hacia el banco, tras una despedida breve y bastante aséptica. Aunque Carlota había sido una buena compañía, no había llegado a transformarse en una amiga. No como Nerea. A ella sí le había costado decirle adiós. ¿Seguiría de hospitalera en Azofra? ¿Cómo estaría su rodilla? No podía saberlo; ni siquiera tenía su número de teléfono.

A la salida de León, el Camino era un largo e incómodo tramo asfaltado, pero Lorena se sentía ligera. Le había dejado parte de su ropa, la guía y la novela a Carlota para que se lo enviara a casa por correo. «El peso de tu mochila representa tus miedos», decía Nerea. Pues bien, atrás quedaba una parte de ellos. Camisas, calcetines, sudaderas…, todo lo que no fuera imprescindible. Ahora que conocía mejor el Camino, resultaba fácil elegir. En cuanto a los libros, ¿no había decidido «dar» en vez de esperar «recibir»? Pues para eso debía atender a lo que pasaba, más que leer sobre ello. Había logrado reducir su mochila roja a la mitad y hasta el pulpo amarillo se balanceaba con más alegría.

Las calles acabaron desembocando en el campo. No supuso un alivio: allí estaba de nuevo el sempiterno páramo leonés. Suspiró. Había esperado que la ciudad pusiera punto final a la eterna Castilla y no era así. Aún le quedaba un buen trecho de llanura infinita.

Fue otro día machacón. De nuevo, las rectas interminables junto a la carretera. De nuevo, los coches zumbando a su lado. Los campos ocres y resecos. El aire polvoriento. No quedaba rastro de la lluvia del día anterior; la tierra la había absorbido con avidez. Sin embargo, lo afrontó con mucho mejor ánimo. Ya no le exigía nada al Camino y el simple cambio de actitud renovaba su optimismo.

La jornada fue solitaria. Durante todo el día, mantuvo la esperanza de reencontrarse con Sebas, pero se rindió al llegar a Hospital de Órbigo, al final de la tarde. Seguiría intentándolo a la mañana siguiente, camino de Astorga. Cruzó el larguísimo puente de numerosos ojos que conducía al pueblo y se instaló en el albergue, una deliciosa casita en plena calle Mayor con un patio interior y un jardín de rosas. Se encontraba en paz a pesar de estar sola. Durmió de un tirón y se puso en marcha temprano. Ese día llegaría a Astorga.

Existían dos rutas para cubrir los dieciséis kilómetros entre Órbigo y Astorga: la corta, que transcurría por carretera, y la tradicional, no tan directa y sí más agradable. Lorena, deseando evitar otra jornada de rectas machaconas, se internó por los paisajes ondulados que corrían junto al río Órbigo.

Tal vez fuera la soledad; ese día se acordó mucho de los amigos del Camino. De Sebas, a quien confiaba alcanzar muy pronto. De Jose, Stefan y los eternos franceses, que parecían haberse evaporado. De Nacho… ¿Dónde estaría? Cada vez le costaba más recordar por qué lo había dejado plantado en aquel pueblecito de Palencia. ¿Y si no volvía a verlo? No más estremecimientos bajo una chopera ni más noches estrelladas en las ruinas de un convento. «Deberías haberlo besado». Eso le hubiera dicho Nerea. Sonrió. La querida, vivaz y optimista Nerea. Cuánto la echaba de menos. «Esta debió ser su última etapa». La llegada a Astorga. Al lugar donde le comunicaron que estaba en el equipo olímpico. Ella habría querido volver allí y superar ese hito. Qué lástima, qué injusticia haberse visto forzada a abandonarlo otra vez.

Volvía a estar de luto por los amigos idos. ¿Por qué el Camino era todo encuentros y despedidas? Pensó en los franceses, que llevaban semanas juntos, como una piña. A ella le gustaría algo así, un grupo al que pertenecer, en vez del goteo de amigos que llegan y se van.

Intentaba mantener la moral alta en aquel páramo del que no acababa de librarse. Lo recorría con una sensación de último esfuerzo: Astorga era el hito final de Castilla. Aunque la provincia de León continuaba tres o cuatro días más, la transición a Galicia ya se

empezaba a gestar. Volvería a ver montañas. Abandonaría la meseta para adentrarse en la comarca de El Bierzo, más húmeda y amable que aquella vasta planicie. No Galicia todavía, no ese prometido «cielo» tras el infierno castellano, pero empezaría a ascender hacia él.

Con asombro, reparó en que había completado dos tercios del Camino. Casi tres semanas. Empezaba a vislumbrar el final, ese Santiago que conocía tan bien por el lado estudiantil y que ahora redescubriría como meta jacobea. En su época universitaria, los peregrinos siempre le habían parecido algo ajeno. Envidiaba su visible satisfacción por el deber cumplido mientras ella se agobiaba con los exámenes. En unos días, sería una de ellos. Paso a paso. Primero, Astorga. Luego, el Bierzo. Y después, por fin, Galicia hasta Santiago. Paso a paso.

Llegó al albergue de Astorga a mediodía y se encontró por sorpresa con Yannick y el resto de franceses.

—*Salut!* —exclamó, contenta de verlos.

—*Ah, Lorraine!*

Yannick, Julien y los demás la acogieron con cariño; no obstante, pronto cayó en la cuenta de que su interés por ella había disminuido. Formaban un grupo al que no pertenecía. No entendía sus referencias al «*pèlerin grincheux à Sahagún*» o al «*magnifique répas d'hier soir*». Algo fastidiada, salió sola a recorrer la ciudad. Echaba de menos a sus amigos; a los verdaderos, a Nerea, Sebas y Nacho. Le hubiera gustado formar su propio grupo con ellos. Había plantado una semillita en los lejanos primeros días, pero ahora estaban todos dispersos… O quizá no tanto: nada más salir del albergue, se topó de bruces con el propio Sebas y su enorme mochila.

—Justo estaba pensando en ti —exclamó encantada—. Vamos, te acompaño dentro. Aún hay muchas plazas libres.

Él se rascó el cogote. Era delicioso reconocerle un gesto tan típico. Tenía la misma expresión bonachona en la cara redonda, la misma voz cálida y firme. Era una buena persona, un buen amigo, y ella nunca se había alegrado tanto de ver a alguien.

—No voy a quedarme en Astorga —dijo él—. Un poco más adelante hay un albergue donde permiten acampar en el jardín.

—Oh.

—Podemos dar una vuelta por la ciudad antes de que me vaya, ¿te apetece?

Lorena disimuló su desencanto. Al fin y al cabo, un rato de compañía era mejor que nada. Forzó una sonrisa y se dirigieron al centro. Astorga estaba de fiestas y había mucho jolgorio. A lo lejos sonaba una banda de música y en las calles flotaba el olor denso y crujiente a churros de feria. Numerosos puestecitos exhibían los productos típicos de la región: embutidos, mantecadas… Les

sorprendió la sobria plaza Mayor y la imponente catedral de piedra rojiza. Aunque lo más llamativo, sin duda, era el Palacio Episcopal. Se alzaba a espaldas de la catedral y era totalmente distinto a ella.

—Parece salido de un cuento de hadas.

Un pequeño castillo de piedra gris, con delicados torreones y un pulcro jardincito. Había algo fantasioso en él, un aire a casita de muñecas que hacía pensar en cenicientas y bellas durmientes. Por contraste, la catedral que tanto les había impresionado parecía un soberbio mazacote.

—Es de Gaudí —dijo Sebas leyendo un cartel informativo—. ¿Puedes creerlo? ¡Un edificio de Gaudí tan lejos de Barcelona!

—Nerea me habló de este lugar —murmuró Lorena pensativa—. Estaba aquí cuando le dijeron que había entrado en el equipo olímpico.

La exesquiadora le había descrito un palacio de cuento, tan mágico como si perteneciera a un mundo de fantasía. No imaginaba que la realidad fuera tan parecida a sus palabras.

—La echas de menos, ¿verdad? —dijo Sebas mirándola de soslayo.

—Ella tendría que estar aquí. Le hubiera gustado retomar la peregrinación desde este mismo sitio y demostrarse a sí misma que el Camino sigue más allá de Astorga.

—Deberías llamarla. Sí, deberías hacerlo y decirle justo eso.

Lorena meneó la cabeza.

—Es inútil. Ha abandonado.

—¿Cómo lo sabes? Tal vez siga de hospitalera en aquel pueblo… ¿cómo se llamaba?

—Azofra.

—Me dio la impresión de que su rodilla solo necesitaba un poco de descanso. Si la convences para venir en autobús hasta aquí, podría continuar con nosotros.

Era una idea emocionante. Respondía a su incipiente anhelo de formar un grupo propio. Sin embargo, volvió a sacudir la cabeza.

—No tengo su número.

—¿Y qué? Busca el del albergue.

Parpadeó varias veces. Una idea tan sencilla y no se le había ocurrido. Sacó su móvil y efectuó la búsqueda.

—Espero que solo haya un albergue en el pueblo —murmuró mientras marcaba.

Le pareció una buena señal que contestaran a la primera y hasta creyó reconocer la voz de aquella mujer gruesa y maternal que las había atendido en Azofra.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Buenas tardes. No sé si… ¿Está Nerea?

—¿Qué Nerea?

—Pues… —Lorena se sintió ridícula. ¿Acaso había cinco Nereas en aquel albergue?—. Se quedó allí de voluntaria. Por una lesión de rodilla.

—¡Ah, la chica navarra! Ahora mismo estamos muy liadas recibiendo peregrinos. ¡Eh, eh, quítate las botas antes de entrar, que me llenas todo de barro! ¿Quieres dejarle un mensaje?

Vaciló. Hubiera preferido hablar directamente con ella, pero su propia timidez la cohibía. Al otro lado del teléfono, la hospitalera se impacientaba.

—Ahora os sello la credencial, un momento. ¿Y bien?

—Dígale… Dígale que Sebas y Lorena están en Astorga y la echan de menos.

Pasearon un rato más por la ciudad en fiestas. Lorena se había quedado un poco mustia. Había fracasado en convencer a su amiga para reunirse con ella y Sebas se marcharía muy pronto. De nuevo, la temida soledad.

—Tendrías que haber insistido —le dijo él con una palmada amistosa—. Si la gente te nota insegura, se te sube a las barbas.

—Eso a mí no se me da nada bien.

—Razón de más para practicar. Si quieres algo, lucha por ello.

—¿Sí? —Lorena lo miró a los ojos—. Pues voy a empezar ahora: quédate conmigo en Astorga.

Sebas echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—No pensé que mi consejo se volvería tan pronto en mi contra. Mira, lo de acampar en el Camino no es un capricho, tengo mis razones. Te propongo otra cosa: quedemos mañana para desayunar y caminemos juntos el resto del día. Me han hablado de un albergue especial en Rabanal del Camino. ¿Qué me dices? ¿Te gusta el plan?

Lorena lo consideró un momento. Con qué naturalidad rechazaba Sebas una petición tan directa; ella sería incapaz. Y no la decepcionaba su negativa: Sebas había comprendido que quería estrechar su amistad y le ofrecía otra forma de hacerlo.

—Me gusta —dijo, sonriente. Y cuando el exmilitar siguió su Camino, pensó que acababa de plantar una semillita de ese grupo que tanto añoraba.

Una ciudad en fiestas es un lugar propicio para encuentros inesperados y no había avanzado mucho entre la multitud cuando oyó otra voz que se dirigía a ella:

—Eh, yo a ti te conozco.

Se volvió. Un ciclista acababa de echar el pie a tierra y la miraba con curiosidad. Sin duda era un *bicigrino* con el que se habría cruzado en alguna parte; con el casco, las mallas y las gafas de sol, no caía en reconocerlo. En general, los *bicigrinos* y los peregrinos no se mezclaban

mucho, ni siquiera en los albergues. El ritmo rápido de los primeros, que hacían sesenta o cien kilómetros al día, convertía su Camino en una experiencia muy distinta de los que iban a pie.

—¡Sí, mujer, de la facultad en Santiago! Tú eras la que prestabas los apuntes a todo el mundo.

La sonrisa de Lorena vaciló al verse transformada de un plumazo de peregrina a estudiante empollona. No acertaba a distinguir si el tono de aquel chico era amable o tenía un punto de suficiencia.

—Lo que no me acuerdo es si tu nombre era Laura o Lorena.

—No te sientas mal. Yo no me acuerdo de cómo te llamas tú en absoluto.

—Tía, ¿en serio no te acuerdas de mí? —dijo él quitándose las gafas de sol—. Soy Suso.

¡Suso! El guapo del curso; ahora lo reconocía. El flequillo airoso, la sonrisa de anuncio dental y, sobre todo, esa implacable seguridad en sí mismo que siempre la hacía sentirse chiquitita. No habría hablado con él más que un par de veces en toda la carrera y recordaba las mariposillas en el estómago en ambos casos.

—Así que eres una chica espiritual, ¿eh? De las que hacen el Camino. Me alegro. Yo te imaginaba aficionada a cursilerías como conciertos y museos.

El tonillo era de suficiencia. Lorena lo dejó correr. No se veía capaz de confesar que esas cursilerías también le gustaban.

—¿Y qué estás haciendo ahora? ¿Sigues en Santiago?

—Me mudé a Madrid —dijo sin entrar en detalles—. ¿Y tú?

—A mí no me sacan de Galicia ni con tenazas. Trabajo en la empresa de mi tío.

—¿Como biólogo?

—¡Uf, no! ¿Quién puede tener un buen trabajo como biólogo?

Ella soltó una risita de compromiso. Decididamente, el chico no le caía bien.

—En serio, fuimos tontos por hacer esa carrera. El otro día me ofrecieron un trabajo en Vigo, un puesto aburridísimo sobre pulpos.

—¿Pulpos?

—Sí. Están intentando criarlos en una piscifactoría, ya sabes, como las lubinas, y buscaban un investigador. ¡Ja! Lo que querían era una niñera que los vigilara mientras comen. ¡Vaya cosa!

—Pues no suena tan mal —murmuró Lorena.

¡Un trabajo de investigación con pulpos! Si a ella le hubieran ofrecido algo así, no lo habría rechazado tan a la ligera.

—Será mejor que me reúna con mis amigos —dijo Suso colocándose las gafas—. Capaces son de perderse por Astorga sin mí.

La chica se despidió con una sonrisa forzada, preguntándose cómo aquel chico pudo agitarle las mariposillas alguna vez. No había dado

ni dos pasos hacia el albergue, cuando se paró en seco. «Lorena, ¿estás tonta? ¡Si te lo ha puesto en bandeja!». Dio media vuelta. No lo vio. Ya se había esfumado. ¿Cómo había permitido que se le escapara? Ella *podía* solicitar aquel trabajo. Un puesto de investigación con sus animales favoritos, ¡y no había caído en pedirle más detalles! Recorrió un par de calles buscándolo entre el gentío. Con la ciudad tan abarrotada, fue misión imposible. «Tonta, tonta y más que tonta». Era lo mismo de antes. De nuevo, la inseguridad le jugaba en contra. Había quedado tan aplastada por la mala opinión de Suso sobre el trabajo, que ni se le ocurrió sobreponerse y declarar con voz firme: «Oye, a mí sí me interesa». Y había perdido una oportunidad estupenda.

¡Qué lástima! Sebas tenía razón; debería ser más firme en sus opiniones, como él. Bueno, con lo de los pulpos poco podía hacer, pero sí podía practicar con el otro asuntillo. Sacó el teléfono y volvió a llamar al albergue de Azofra.

—Querría hablar con Nerea, la hospitalera voluntaria —dijo con razonable seguridad.

—Oye, tú acabas de llamar, ¿verdad? Ya te lo he dicho: ahora está muy liada.

—Esperaré. ¿Podría ir a buscarla?

Creyó que la mujer no le haría caso. Nada le impedía colgarle el teléfono y seguir a lo suyo. No fue así. Aunque refunfuñando y de mala gana, marchó a cumplir el encargo. Por unos instantes, se sintió poderosa. Y la conmovió mucho oír por fin la voz de su amiga:

—Lorena, ¡qué sorpresa! Y qué alegría hablar con alguien que no vaya a pedirme tiritas, una litera o sellarle la credencial.

Era la misma Nerea de siempre: abierta y divertida. ¡Cuánto la añoraba!

—Entonces, ¿ya te has cansado de ser hospitalera?

—No está mal… para una temporadita. Prefiero ser peregrina, la verdad.

—¿Qué tal va tu rodilla?

—Mucho mejor; apenas me ha molestado esta semana. O le ha venido bien el descanso o la fuentecita del albergue tiene propiedades mágicas. —Nerea rio satisfecha—. Y tú, ¿por dónde andas?

—Estoy en Astorga. He visto tu palacio de cuento.

—¿Ya has llegado tan lejos? Oh…, ¡cuánto me gustaría estar ahí contigo!

Lorena contuvo el aliento. Ahora. Era su oportunidad:

—¡Vente! Vamos, cógete un bus y ven. Terminemos juntas el Camino.

Nerea se quedó callada. Ella aguardó. El silencio significaba que, al menos, lo estaba considerando.

—No puedo irme hoy —dijo despacio—. Dejaría colgada a Luisa y esto está hasta los topes. Lo que puedo hacer es salir mañana temprano y encontrarme contigo donde vayas a dormir. ¿Tienes pensado algún sitio?

—Sí: un pueblecito que se llama Rabanal del Camino —replicó emocionada—. Sebas también estará.

—Rabanal del Camino. A ver… Veinte kilómetros desde Astorga. Sí, podré llegar de un modo u otro.

—Entonces, ¿vuelves al Camino?

Nerea soltó una risa clara, muy fresca.

—No me lo puedo creer: ¡vuelvo al Camino!

Lorena se fue a cenar sola, pero ya no se sentía sola. Al contrario, había logrado algo importante. Estaba a punto de reunir esa compañía que llevaba tiempo anhelando. Sus amigos. Su grupo, por fin. Y había sido enteramente obra suya. Eso era lo mejor de todo.

33. La Maragatería

Mientras Lorena cenaba en Astorga, Nacho se encontraba en un albergue pocos kilómetros más adelante. Dos noches atrás había consumado lo que la ausencia de su anillo proclamaba a voces y aún estaba aturdido. Seguía sin conectar el teléfono. Tarde o temprano tendría que enfrentarse a Silvia; dar explicaciones, planear un futuro distinto… Lo retrasaba mientras iba armando una coraza alegre que lo sostuviera.

La mañana después del fatídico mensaje, había salido de León como el prisionero que parpadea deslumbrado al ver de nuevo el sol. Fue el último en abandonar el albergue-colegio y, como Aurora iba con calma, la alcanzó enseguida. No le contó nada. Durante todo el día guardó el insólito secreto para sí. En apariencia era el mismo de siempre: un padre de familia dándose un respiro, pero se sentía distinto. Miraba a su alrededor y veía el Camino lleno de posibilidades. Y de chicas… Porque había muchas.

Su primera noche de libertad la pasó en San Martín del Camino tonteando con una treintañera de Madrid llamada Rosa. O Rebeca. Estaba tan pendiente de sus curvas que no retuvo ni el nombre. Aurora, que también durmió allí, lo observaba con aire reflexivo. No desaprobador, no exactamente, aunque Nacho leía en sus ojos la historia de su primer marido y la «muñequita rubia». Por eso, al otro día aprovechó la intimidad de la caminata para confesarle cómo estaban las cosas con su mujer:

—Seguí tu consejo.

—¿Mi consejo? No sabía que te hubiera dado ninguno.

—Me he expresado mal; quiero decir que me hiciste pensar. Con lo del luto por los años desperdiciados en una relación que no funcionaba y eso… No estaba siendo justo con Silvia. Ella también se merece la oportunidad de rehacer su vida.

Aurora lo miró de hito a hito.

—¿Has roto con ella?

Nacho esbozó una sonrisa tímida, omitiendo que lo había hecho por mensaje y sin darle oportunidad de réplica.

—Es lo mejor para ambos.

Ella no hizo ningún comentario, aunque relajó el gesto. Era cuanto Nacho pedía. No soportaba que pensaran mal de él. Era de esas personas que emplean a los demás como espejo de sí mismas y la aprobación de Aurora representaba un bálsamo para sus brumosos remordimientos. Porque algunos tenía. No había obrado bien con la madre de sus hijas. Aun así, mientras la realidad palpable de Aurora lo

considerara un hombre bueno, podía restarle importancia.

—¿Hasta dónde irás hoy? —le preguntó para cambiar de tema.

—Creo que me quedaré en Astorga. ¿Y tú?

—Yo seguiré un poco más.

—La madrileña no paraba en la ciudad, ¿eh?

Nacho le guiñó un ojo y se atrevió con una picardía:

—¡Vamos, déjame vivir un poco! Ya sabes cómo es el sexo cuando la relación no va bien.

Llegaron a Astorga a mediodía y comieron en un puesto ambulante de las fiestas antes de despedirse. En el fondo, Nacho se alegraba de alejarse de Aurora. Temía el reproche en sus ojos si se enteraba de toda la historia. Podría llevarlo incluso a encender el móvil y tener una desagradable conversación con Silvia, en vez de divertirse flirteando con Rosa. O Rebeca.

Terminó en Valdeviejas, a tres kilómetros de Astorga. La madrileña, que peregrinaba con una amiga, ya estaba en el albergue y lo recibió con sonrisas de gata. Nacho escogió una cama en un dormitorio vacío y desplegó su saco de dormir. Estaba exultante. Se sentía joven de nuevo. Joven, vigoroso y seductor. Si jugaba bien sus cartas, esa noche no dormiría solo.

El albergue de Valdeviejas era una casa normal, muy modesta, con solo diez literas distribuidas en varios cuartitos pequeños, lo que resultaba más íntimo que los albergues comunales modernos. La casualidad quiso que Nacho se topara allí con varios viejos conocidos. El primero fue Sebas, que había plantado su tienda de campaña en el jardín y lo saludó con un gesto. Luego llegó Álvaro, con su eterna camiseta de AC/DC, acompañado de la chica rubia y menudita que tocaba la guitarrita en las ruinas de San Antón… ¿Cómo era su nombre? Clara, eso era. Había otras tres peregrinas italianas, además de la madrileña, su amiga y él mismo. Nueve personas, y una de ellas, acampando. Como sobraban camas, le ofrecieron una a Sebas, que no quiso aceptarla porque no había pagado más que un donativo por usar el baño. Animado, Nacho se dio cuenta de que estaría solo en su dormitorio.

Eran tan pocos que resolvieron cenar juntos. Valdeviejas no tenía supermercado, pero un vecino les vendió huevos, patatas y unos finos tomates de huerta. Nacho se ofreció para cocinar. La tortilla de patatas le salía buena y fue una satisfacción adicional que la madrileña —¿Rosa? ¿Rebeca?— se ofreciera a ayudarle. Aún hacía sol y pusieron la mesa en el jardín. Mientras se freían las patatas, él salió un par de veces a ver a sus compañeros. Sebas leía tumbado en su tienda abierta. Álvaro y Clara rasgueaban la guitarrita bajo un árbol en un rincón. Era un instrumento tan pequeño que más bien parecía un

ukelele. Nacho sonrió. Clara era una chica mona y atendía las explicaciones del director de orquesta con seriedad. Dudaba que el mayor aliciente de Álvaro fuera enseñarle.

—¿Qué opinas? —le preguntó Rosa-Rebeca cuando entraba a por los platos—. ¿Se acabarán *enrollando*?

Nacho echó un rápido vistazo alrededor y, al no ver nadie cerca, la cogió por la cintura y la atrajo hacia sí.

—Ellos, no sé, pero nosotros…

La chica se revolvió un poco y soltó una risita.

—Qué tonto eres.

Él la miró. No la conocía lo más mínimo y sospechaba que perdería todo el interés al día siguiente.

—Ven luego a mi cuarto —le susurró.

Ella rio otra vez y pasó la cena aparentando ignorarle. Por la noche, cuando todos se hubieron acostado, entró a oscuras en su pequeño dormitorio. Él la acogió en su cama y le hizo el amor en silencio, como si fuera un sueño o un fantasma. Cuando despertó, sintió un gran alivio al ver que ella y su amiga ya se habían marchado.

Álvaro y Clara también habían partido. Sebas aún estaba desmontando su tienda en el jardín y Nacho lo esperó para empezar juntos la jornada.

—Parece que vamos a tener un buen día.

El exmilitar respondió con sequedad. No se mostró más amable cuando emprendieron el Camino y, tras varios ratos de silencio incómodo y un par de contestaciones ásperas, Nacho comprendió que desaprobaba su actitud. Qué gracia: había dejado atrás a Aurora para obrar con libertad en el asunto Rosa-Rebeca y ni así se libraba del aparato censor. Sin embargo, le importaba poco la opinión de alguien como Sebas, que desde el principio lo había mirado con suspicacia. Tan recto él, con su vida intachable y su hija a punto de nacer. ¡Bah! Bien que le iba ser policía, siempre juzgando a los demás. Se alegró cuando dijo que se desviaría a Castrillo de los Polvazares porque había quedado con una amiga a desayunar. Que le aprovechara.

Nacho continuó solo por la comarca de la Maragatería. Atrás quedaron las rectas interminables del páramo leonés; ahora, el terreno era agradablemente ondulado. No había mucha vegetación, aunque el verde empezaba a insinuarse entre los pardos y ocres. Reaparecieron los árboles. Encinas, sobre todo, y algún que otro roble. Y al fondo, cada vez más alcanzables, los montes de León. Casi, casi, la frontera con Galicia.

Al llegar a Murias de Rechivaldo, se encontró con Álvaro y Clara que tomaban café en una terraza. Desayunó con ellos, contento de que allí no hubiera juicios morales.

—Bueno, ¿qué tal las clases de ukelele? —dijo señalando el instrumento junto a Clara.

—¡Ukelele! Esto es un *cavaquiño*.

—¿Un qué?

—Cavaquiño. Es portugués; mucho más antiguo que el ukelele, ¿verdad, Álvaro? Álvaro es una autoridad en instrumentos alternativos. ¿Sabías que es director de orquesta?

Sí, lo sabía, pero escuchó con agrado el parloteo de Clara. Que si Álvaro por aquí, Álvaro por allá… Con todo, el músico no parecía demasiado satisfecho, y Nacho comprendió por qué cuando la chica empezó a hablar con entusiasmo aún mayor de su amigo Leo, que había dormido en Astorga y estaba a punto de alcanzarlos.

—Es de Gran Canaria —le explicó Clara—, y practica *capoeira*. Dice que deberíamos probar el cavaquiño en alguna *roda* de las suyas, que quedaría muy bien con la música tradicional brasileira. Álvaro no está muy convencido… ¡Ah! Allí está, ya ha llegado. ¡Leo! ¡Leeeeo!

El tal Leo era un chico de ojos pardos y densa melena castaña. Desprendía un aura serena, como de profesor de yoga, muy acorde con el Camino. Se quitó la mochila y sonrió, enseñando unos dientes perfectos entre su barba suave y cuidada.

—¿Sabéis si hay té verde?

Clara se apresuró a preguntar. El sencillo bar de Murias de Rechivaldo no ofrecía más que té normal y Leo acabó prefiriendo un prosaico café con leche. Emprendieron la marcha los cuatro juntos, aunque ellos dos iban tan entretenidos con conversaciones sobre «sentir la música» y «revitalizar tradiciones», que no tardaron en quedarse atrás. Nacho miró de reojo a Álvaro, que estaba bastante apagado.

—*Gallis* —dijo al fin—. Solo se fijan en el físico.

—Exagerado.

—¿Tú crees? Mira a *Clarallina*.

—¿*Clarallina*? —repitió Nacho, conteniendo la risa. Le hubiera gustado saber a qué venía lo de identificar mujeres con aves de corral.

—¿A quién crees que acudirá esta noche para que le explique cómo tocar su cavaquiño? ¿A un director de orquesta profesional que ya le ha demostrado que sabe un poco del tema o a ese aprendiz de *hippie* con dos clases de *capoeira* en Maspalomas?

—Sus cosas tendrán en común.

—Y eso que ella es una *galli* que vale. Ha vivido en Bali y en Tailandia.

—Muy *hippie*.

—Es diseñadora de páginas web y se conectaba desde allí en remoto; toda una experiencia para ver mundo. ¡Y se vuelve del revés cuando el vago ese le suelta cuatro chorradas espirituales! Ella vale

mucho más.

—Tampoco es que se vaya a casar con él.

—No, claro. Y eso nos devuelve a mi conclusión inicial. Las *gallis* solo se fijan en el físico.

Tras Murias de Rechivaldo, el Camino ascendía suavemente. Astorga marcaba el límite de la meseta y todo anunciaba una importante transición. Nacho siguió con Álvaro toda la jornada. Pasaron Santa Catalina de Somoza; un pueblecito llamado El Ganso y, por último, Rabanal del Camino, donde pararon a comer. Después de Rabanal, la subida se volvía más escarpada: al fin, los montes de León.

Aún faltaban unos días para entrar en Galicia, pero el paisaje había cambiado por completo. Ya tenía un aire de montaña, mucho más húmedo y fresco, con prados verdes y mucho bosque. Más allá de Rabanal, apenas vieron peregrinos. El ascenso al monte Irago era exigente y había pocos pueblos, por lo que la mayoría lo dejaban para una nueva jornada. Sin embargo, Álvaro se empeñó en seguir hasta Foncebadón y Nacho, que no tenía ninguna preferencia, continuó también.

Foncebadón era un pueblecito de montaña, diminuto y un tanto artificial. Las ocho o diez casas a lo largo de la única calle, con sus chimeneas de piedra y tejados de pizarra, estaban demasiado nuevas para no ser reconstrucciones. Casi todas eran albergues. El lugar no tenía mucha vida aparte del Camino. Nacho miró a su alrededor con aprensión. Clara y Leo no llegaron hasta ellos, y tampoco Sebas. De Aurora, no había vuelto a saber nada. Álvaro y él acabaron compartiendo dormitorio con unos franceses bastante ruidosos, molestos como suelen serlo los grupos a los que uno no pertenece. «Mañana haré una jornada larga hasta Ponferrada», se prometió. No volvería a dormir en una aldea.

Estaba de malhumor. No solo por Foncebadón; en realidad, se le habían acabado las excusas para no llamar a casa. Desde el mensaje de León, tres días atrás, su teléfono descansaba apagado en un bolsillo. Silvia debía haber intentado contactar con él mil veces; seguro que estaba loca de ansiedad. No iba a ser una conversación agradable.

Encendió el móvil, medio esperando que empezaran a entrar llamadas perdidas. No hubo ninguna. «Qué raro». En el pueblo había poca cobertura, tal vez fuera por eso. Resultaba irónico que le fallara la conexión ahora, cuando tantas veces se había escudado en esa excusa para no llamar. Trepó un poco colina arriba y se sentó en una piedra. Ante sus ojos se derramaba la Maragatería: kilómetros y kilómetros del campo ondulado y parduzco que acababa de recorrer. En cierto modo, representaba su pasado: vasto, sobrio, con algún foco aislado de verdor y alegría… Demasiado anodino para ser hermoso. La

similitud le dio ánimos para la llamada. Era un lugar apropiado para repasar con Silvia lo que había ido mal en los veinte años de vida en común.

—¿Diga?

Vaciló. Aquella no era la voz de su mujer.

—Nacho, ¿eres tú?

Ahora sí que la reconoció: era la madre de Silvia.

—Elvira, ¡cuánto tiempo! —balbució—. ¿Qué tal estás? Imagino que encantada, con las nietas por ahí…

—No me vengas con monsergas. —Lo sabía—. Si es que todos los hombres sois iguales. ¡Veinte años, Nacho! Veinte años con mi hija y así se lo pagas, abandonándola de repente. ¡Y por mensaje! No sé qué me molesta más, si el hecho o las formas, te lo digo de verdad.

—Mira, preferiría hablarlo con Silvia. ¿Puedes pasármela, por favor?

—Ha salido a cenar.

—Y se ha dejado el móvil en casa… Menuda casualidad.

—Que te digo que ha salido.

—Ya. ¿Con quién?

—Con un amigo —dijo Elvira con toda la intención.

—¿Y ese amigo tiene nombre?

Una duda cruel lo aguijoneó. No creía una palabra, pero…

—Oye, ¿a ti qué te importa? ¿No decías que vuestro matrimonio no funcionaba, que preferías dejarla en libertad?

Dolía oír sus propias frases tiradas a la cara de aquella manera. Cuando lo escribió, estaba pensando solo en él. No imaginaba que Silvia fuera a tomárselo al pie de la letra. Al menos, no tan pronto.

—Entonces, pásame a Claudia.

—Las niñas están en la playa con su abuelo.

Algo en el tono inflexible y amargo de su suegra le indicó que mentía.

—Elvira, sé razonable. Quiero hablar con mis hijas.

—Que no están aquí, te digo. ¿Acaso pretendes que todo el mundo brinque a tu alrededor en el momento que das señales de vida? Has vivido muy feliz tres días sin preocuparte por ellas.

Hubo un silencio.

—¿Les habéis contado algo?

Otro silencio. Elvira reconoció a regañadientes que no, que Silvia había preferido no hacerlo. Él sintió un ramalazo de cariño por su mujer. Ya estuviera cenando por ahí con algún antiguo novio o mordiéndose las uñas junto a su madre, se alegraba de que no hubiera metido a las niñas en el jaleo. La verdad, no había reflexionado mucho sobre cómo se lo tomarían Claudia y Blanca. Solo pensar en sus miradas de reproche, se le hizo un nudo en el estómago.

—Ya que no están ni Silvia ni las niñas, mejor hablamos en otro momento. Supongo que será inútil pedirte que les digas que me llamen, ¿verdad?

—Supones bien.

—Pues nada, ya llamaré yo. Buenas noches, Elvira.

Colgó el teléfono y se cubrió la cabeza con las manos. ¡Qué había hecho! Por un momento, su traición a Silvia, reflejada en el desprecio de su suegra, se le hizo insoportable.

Luego bajó al albergue y pasó la tarde tirándole los trastos a una de las francesas, hasta que la convenció para dar una vuelta con él en la oscuridad. Solo eso calmó su angustia.

34. El jardín de las ciruelas

Al fin, Lorena era feliz en el Camino. Tras salir sola de Astorga, fue recogiendo amigos durante la jornada y entró en Rabanal con los dos que más había echado de menos: Sebas y Nerea.

Con Sebas se reunió en el pueblecito de Castrillo de los Polvazares. Era con ella con quien el exmilitar había quedado a desayunar, y tan disgustado estaba por los devaneos de Nacho, que no reveló a ninguno de los dos lo próximos que se encontraban. Lorena, ilusionada por el reencuentro con Nerea, no notó su reserva.

—Ya ha llegado a Astorga —le dijo nada más verlo—. Nos pide que no la esperemos; quiere venir andando desde allí. Será como retomar el Camino que abandonó hace dos años.

—Iremos despacio para que nos alcance —dijo él sonriendo.

Reanudaron la ruta con tranquilidad, disfrutando del paisaje que iba cambiando ante sus ojos. A medida que se adentraban en la Maragatería, había menos páramo y más monte. La vasta y árida planicie se transformaba en amables lomas onduladas con matorral de genista y algún bosque de pinos. Los pueblos tenían un carácter casi berciano, con casitas compactas de piedra chata y olor a leña. Atrás quedaban las granjas achaparradas, dispersas bajo el sol de la llanura. La región maragata marcaba el fin de la meseta. El fin del infierno castellano.

Nerea los alcanzó mientras comían en El Ganso. Lorena la vio aparecer de pronto por el recodo del Camino y lanzó un chillido.

—¡Ya estás aquí!

Corrió a abrazarla. Era la misma Nerea de siempre, la morenita vivaz de brillantes ojos azabache y movimientos de pajarillo. Cómo se alegraba de verla. Aquello era un bálsamo contra todas las penalidades mesetarias. Se habían separado en los primeros pasos de Castilla y se unían en los últimos.

—Te veo muy bien.

Nerea llevaba su vara de avellano y una nueva rodillera algo aparatosa. Y lo más importante: no cojeaba. La veía ágil y descansada, muy contenta de estar de nuevo en el Camino. Se había saltado la meseta ardiente, cierto, pero Lorena comprendía que ya estaba bastante curtida por sus propias desventuras para necesitar otro reto de superación.

—¿Por qué sonríes? —le preguntó Nerea.

Ella señaló el nombre del pueblo en el cartel de la carretera:

—Estaba pensando que, si el Camino es un gran tablero de la oca, tú acabas de ir «de oca a oca». Y tiras porque te toca.

—Solo espero que los dados me lleven a una tarde tranquila de descanso al sol —rio su amiga agitando la melenita lisa—. ¡Había olvidado lo que es pasar el día caminando!

Los dados le concedieron su deseo. Rabanal del Camino estaba a solo siete kilómetros de El Ganso y pronto estuvieron acomodados en el Refugio Gaucelmo, una acogedora casa de campo maragata con un jardín enorme, bañado por el sol. Lo regentaban unas señoras inglesas de vestidos floreados y dulce acento extranjero. Qué hacían unas damas británicas ofreciendo té en un pueblo jacobeo nunca llegaron a averiguarlo. De cualquier modo, Nerea, Sebas y Lorena se entregaron a sus cuidados cariñosos con gratitud. Cuando estás en el Camino, una buena acogida en los albergues da sensación de hogar, ese hogar que les falta a todos los peregrinos. «Ven, aquí te cuidaremos. Por hoy, se acabaron tus penas».

Para redondear el tono casero del albergue, esa noche también pararon allí varios viejos conocidos. Aurora, la plácida profesora soriana, los saludó desde una salita donde tomaba café con una pareja mayor. Había coincidido con Sebas el día anterior en Valdeviejas. A Lorena no la veía desde San Bol.

—¡Qué casualidad! —exclamó—. Clara también tenía intención de llegar hasta aquí. ¡Ah, ahí está! Viene con Leo.

Lorena tardó unos momentos en situar a la menudita rubia de anchos pantalones de algodón y su pequeña guitarra a cuestas. Venía con un chico canario muy atractivo, de barba sedosa y ojos de cachorrillo que sí reconoció a la primera: habían compartido dormitorio en Astorga. Celebraron el encuentro como si fueran amigos de toda la vida y hasta Nerea, que no conocía a nadie, se sintió enseguida como en casa.

Las dos amigas escogieron literas contiguas en un amplio dormitorio de baldosines blancos, se pegaron una ducha y salieron al jardín. Sebas montaba su tienda en un rincón sombreado y extendieron sus toallas cerca de él, junto a un joven ciruelo. Era agradable tumbarse en la hierba con el soniquete metálico de las piquetas de fondo. Lucía un sol espléndido y las ciruelas parecían cascabeles de oro entre las hojas. Una brisa suave y cálida traía su aroma dulzón y, al agitarse las ramas, caían de puro maduras con un sordo «plop». Algunas, abiertas en el suelo, dejaban a la vista un hueso hundido en jugoso dulzor. Olía a paraíso. Y a pastel de frutas.

—Aprovechemos para descansar —dijo Nerea estirándose perezosa —. Mañana será un día duro.

—¿Y eso?

Lorena se quedó sentada en su toalla. Tenía más ganas de conversación que de reposo.

—Nos tocará ascender al punto más alto de la ruta jacobea: el monte Irago.

—¿En serio? ¿Más que los Pirineos?

—Ya ves… El techo del Camino está en León.

Quién lo iba a decir. Lorena recordó los agresivos picos pirenaicos del primer día, roca pura rozando el cielo. Daban más sensación de altura que aquellos viejos montes boscosos.

—Ahí arriba está la Cruz de Ferro —continuó Nerea. Agitó la mano con los ojos entrecerrados para espantar una avispa—. ¿Tampoco has oído hablar de ella?

Lorena vigiló al insecto por el rabillo del ojo hasta que aterrizó en la dulce y pegajosa pulpa de una ciruela abierta en la hierba.

—¿La Cruz de Ferro? Ni idea.

—Pues saca esa guía tuya tan completa, que así me refresco yo la memoria.

Con una sonrisa tímida, Lorena le explicó que ya no la llevaba: la había abandonado en León junto con la mitad de sus cosas.

—Me estoy liberando de mis miedos.

—Ya me parecía que caminabas más ligera. ¡Bien hecho! —Le dio un golpecito cariñoso en la rodilla, prosiguió—: La Cruz de Ferro es un hito en el Camino, uno de los importantes. Está entre la Maragatería y el Bierzo, y, al parecer, orientaba a los caminantes en invierno, cuando el monte se cubría de nieve. Este puerto era el único lugar de paso hacia Galicia y lo usaban todo tipo de viajeros, no solo los peregrinos.

—¿Y qué tiene que ver con nosotras?

—Hay una tradición peregrina. Consiste en dejar una piedra o un objeto que te hayas traído de casa a los pies de la cruz.

—¿Para qué?

Nerea hizo un gesto vago con la mano.

—Cada uno le da su propio significado, imagino. Agradecimiento, un deseo…

—¿Tú has traído algo?

La morenita abrió los ojos y se incorporó sobre un codo.

—Pues sí —dijo, vacilante—. Una esquirla del patín de mis esquíes; los que se me partieron en el accidente. Te parecerá una tontería…

—Claro que no.

—Es para sellar mi trato con el destino. O con Dios, si está ahí.

—¿Un trato?

—He prometido no quejarme por tener que abandonar el deporte si al menos puedo hacer vida normal en lo demás.

Lorena desvió la vista a la pierna lesionada de su amiga. La rodillera había dejado una ancha franja blanca en su piel morena. Sebas, que se había acercado en silencio al terminar con la tienda, le apretó el

hombro con simpatía.

—¿Tú sabías algo de eso de la Cruz de Ferro, Sebas?

—Por supuesto —repuso, sentándose junto a Nerea—. Tengo mucho que agradecer a Dios, que va a darme una hija. ¡Una hija! Mirad. —Sacó el móvil y les enseñó la última ecografía—. ¡Ocho meses ya! ¿Le veis la naricilla? Qué ganas de conocerla.

—¿Y traes algo para dejar en la cruz? —insistió Lorena.

Sebas se dio unos toquecitos en el bolsillo del pantalón sin decir nada. Solo sonrió y siguió hablando de embarazos y recién nacidos.

Esto la dejó bastante intrigada. ¿Qué llevaría su amigo? ¿Qué podría ser tan privado y personal como para mantenerlo en secreto? Fuera lo que fuese, no quería compartirlo, así que dejó el asunto a un lado y reflexionó sobre la cruz. Aquel hito del Camino surgía en un lugar muy apropiado, en la transición que venía notando desde León y Astorga. Era el paso a Galicia. El ascenso al paraíso. Así que expresar agradecimiento o un deseo… Tenía motivos para ambos. Había descubierto una nueva felicidad en el Camino; en cierto modo, estaba haciendo las paces consigo misma. Al mismo tiempo, deseaba… ¿qué deseaba? ¿Un trabajo? ¿Una pareja? ¿Una vida? Había que pensarlo. Merecía la pena escoger un objeto significativo para señalar el ritual de paso de forma apropiada.

—Bueno, Nerea, ¿y qué tal la experiencia como hospitalera?

Lorena salió de su abstracción con la pregunta de Sebas, que había cambiado de tema con delicadeza al ver acercarse a Aurora seguida de Clara y Leo. Traían sus toallas y las extendieron junto a ellos para disfrutar del sol.

—¿Cómo, que estuviste de hospitalera? —dijo Clara sentándose con las piernas cruzadas como un pequeño elfo de jardín—. Ah, un masaje, qué bien.

Leo se había arrodillado tras ella y empezó a toquetearle los hombros. Los demás la miraron con envidia: para estar en la gloria, después de todo el día con la mochila a la espalda. Nerea se incorporó y sacudió su melenita lisa.

—Pues sí, pasé dos semanas de voluntaria en un albergue. —Miró a lo lejos con gesto reflexivo, casi grave—. Es como estar parada junto a unas escaleras mecánicas. Los peregrinos llegan, te cuentan sus cosas y se van. La vida pasa ante ti en forma de gente en movimiento. Es interesante; aunque, al final, te entran ganas de seguir avanzando a ti también. —Se volvió hacia Lorena y le guiñó un ojo—. Tu llamada fue el empujoncito que necesitaba para volver al Camino.

Lorena sonrió complacida. ¡Y pensar que estuvo a punto de dejarlo correr!

—Ah, sí, la vida peregrina —intervino Leo con voz sedosa para no romper la atmósfera del masaje—. Ese no parar quieto en ningún sitio,

ese cosquilleo en los pies cuando intentas echar raíces… Es casi una maldición.

Sebas puso los ojos en blanco mientras las chicas asentían y suspiraban. Aurora murmuró algo por lo bajo, socarrona.

—¿Qué decías? —le preguntó el exmilitar.

—Que a mí me parece más bien una bendición, con permiso de Leo. La vida peregrina es muy ligera. Hace arañazos, pero no hiere.

Lorena lo consideró unos momentos. Recordó la decepción con Manuel, la despedida de Carlota, las aventuras con Nacho. Pese a todo, no habían sido heridas profundas. En un lugar siempre cambiante no hay lugar para regodearse con recuerdos tristes. Miró a su alrededor. Leo y Clara seguían con el masaje. Nerea se había vuelto a tumbar y disfrutaba del sol con los ojos cerrados. Aurora la imitó, mientras que Sebas repasaba ecografías en su móvil con una sonrisa. Amigos. Sus amigos. Aspiró el olor a ciruelas que traía la brisa. Las preocupaciones sobre el trabajo y el futuro le parecían muy lejanas. En el Camino solo existía el presente. Uno ligero; una vida ligera. Sonrió. Estar en aquel soleado jardín rodeada de amigos era lo único que necesitaba en aquel momento para ser feliz.

35. Un refugio en la niebla

Seis kilómetros más arriba, en Foncebadón, Nacho despertó con frío. Había tenido una pesadilla. Silvia, la Silvia seductora de hacía veinte años, le sonreía asomando la cabeza desde una tienda de campaña entre los chopos de San Bol. Él se acercaba, fascinado por su melena rizada y los grandes ojos de gacela. Estaba excitado y quería acostarse con ella, no podía pensar en otra cosa. Al entrar, la tienda no era tal, sino un espacioso chalé en el que Silvia, ahora horriblemente parecida a su madre, lo miraba burlona. Por todas partes había niñas brincando por los sofás y alborotando como locas. «Has picado», se reía la bruja de Silvia-Elvira. «Estás atrapado. Atrapado. Atrapado…».

Nacho se puso el jersey polar y salió a la puerta. Afuera, el campo estaba cerrado de niebla. Unas cuantas gallinas picoteaban grano en la única calle del pueblo y el Camino desaparecía montaña arriba tras una masa blanquecina. Suspiró. No iba a ser una mañana agradable. Aunque era temprano, la pesadilla lo había desvelado por completo, así que preparó sus cosas. Seguía decidido a hacer una etapa larga hasta Ponferrada; no volvería a dormir en una aldea. Al salir, un perrito castaño sin raza definida alzó las orejas, vigilante. Él apretó el paso. Estaba deseando dejar aquel pueblo atrás.

La subida por el monte Irago era dura, pero hacía tanto frío que el ejercicio sentaba bien. La neblina se le metía en los huesos a pesar de los pantalones largos, la chaqueta y hasta la capucha. Tampoco conseguía alejar el recuerdo de la discusión con su suegra. Sus reproches aún le resonaban en los oídos; casi la veía frente a él, como una presencia fantasmal.

Llegó a la cima del monte. La bruma ocultaba por completo la Cruz de Ferro. No había oído hablar de ella y pasó de largo junto a su base de piedras sin darle mayor importancia. Al acercarse a Manjarín, ya descendiendo por la otra cara de la montaña, la niebla se volvió tan espesa que apenas veía nada. Estaba aterido y temió desorientarse. Hacía kilómetros que no distinguía una concha o una flecha amarilla. De pronto, oyó algo sorprendente: una campana que tañía con cierta solemnidad en la distancia. Asombrado, siguió el sonido y llegó al lugar más extraño de cuantos había visto en el Camino.

Una choza. Una humilde cabaña a las afueras de Manjarín, casi oculta por banderas, estandartes y postes indicadores que señalaban no solo a Santiago o Foncebadón, sino también a lugares tan dispares como Jerusalén, Roma o Trondheim. Tenía cierta semejanza a la casa del Sombrerero Loco, reforzada por el hombrecillo que tocaba la

campana en el patio. Era mayor, con barba cana y gruesas gafotas, aunque lo realmente peculiar era la túnica templaria que vestía. ¡Una túnica templaria! Blanca, con una cruz heráldica de color rojo que, en vez de lucir gloriosa en el pecho, se le abombaba un poco más abajo sobre la barriga.

—¡Bienvenido! —saludó dejando de tocar—. Pasa, pasa. Hace frío esta mañana. ¿Quieres un café caliente? Te sentará bien.

Nacho obedeció, atónito. El interior de la casa era pobre y sucio, con suelos de tierra y tablones claveteados a modo de muebles. Estaba atestada de cosas: más banderas colgando del techo, rosarios, ristras de conchas, imágenes de la Virgen, símbolos templarios, amuletos… Olía a incienso mezclado con boñiga de vaca, y las paredes forradas de estandartes se agitaban con las corrientes de aire. Era imposible decidir si aquello era un santuario religioso o un tenderete de feria. Lo confortó ver varios termos de café con leche en una mesa, ante una enorme bandera blanca y roja.

—Esa me la regaló la infanta —dijo el hombrecillo dando por sentado que miraba la bandera.

—¿Qué infanta?

—¡Cuál va a ser: la hija del rey! Del antiguo, quiero decir. Pasó por Manjarín cuando hizo el Camino y me pidió permiso para usar el baño. Muy amable, sí, pero claro, aquí no hay agua corriente y me pareció que la letrina no tenía suficiente dignidad. «Su Alteza, ancha es Castilla», le respondí. «Ancha es Castilla y largo es León». A la princesa le hizo tanta gracia que, cuando volvió a Madrid, me hizo enviar la bandera de Castilla y León.

Y allí estaba, con sus torres y leones rampantes sobre el café y las galletas.

—Entonces, ¿esto es un albergue?

—Nada de albergue. Estás en un auténtico refugio de montaña. Ni luz, ni duchas, ni camas. Jergones en el suelo, agua en jofainas y un par de velas para acostarse.

¡Uf! Aquello era demasiado, hasta para Nacho. El hombre se ajustó las gafas.

—Por tu cara de sorpresa, deduzco que no has oído hablar de mí.

Él negó con la cabeza.

—Mejor. Ya me visitan muchos curiosos que solo quieren hacerse una foto conmigo. El Camino de verdad no tiene nada que ver con ese folclore turístico. ¿Cuánto tiempo llevas caminando? ¡Ah, desde Roncesvalles! Lo que pensaba: un peregrino de corazón. Anda, siéntate, toma un café. Menuda niebla, ¿eh? Debes estar helado. Eres el primero de la mañana.

Nacho aceptó una taza y unas galletas. Qué bien sentaban.

—¿Quién eres? —le preguntó al hombrecillo, intrigado por su

disfraz y sus modos de hada buena.

—Un caballero templario.

—Creía que los templarios ya no existían —repuso escondiendo una sonrisa.

—Quedamos pocos. Fundamos una encomienda aquí, en Manjarín. Hay alguna más por España y por el mundo. ¿Conoces nuestra misión?

—Proteger el Camino, imagino…

El hombrecillo chasqueó la lengua:

—La orden del Temple es mucho más que eso. Somos servidores de los peregrinos. De los buscadores de Cristo. Os ayudamos a pasar, sí; y también a abrir vuestras mentes para que contribuyáis a un mundo mejor. Cada uno lo hace como puede. Aquí, cuido el paso en un lugar inhóspito.

—¿Por qué? —Nacho estaba más impresionado de lo que quería admitir.

—Esta es una región muy dura; la peor de toda la ruta jacobea. —El hombrecillo se acarició la barba con aire reflexivo—. En invierno, nevadas de un metro y un frío de mil demonios. En verano, tormentas tremebundas. He llegado a tener cuarenta peregrinos resguardados aquí, aguantando el temporal. Desde Foncebadón a Molinaseca no hay otro refugio y son casi treinta kilómetros. Cuando yo llegué hace veinte años, todavía había lobos. Aquí os ofrezco algo muy sencillo: un lugar donde tomar un café caliente.

Nacho acababa de pasar la mañana más gélida de todo su Camino, así que entendía el valor de una misión tan humilde. Y aunque la cabaña estaba sucia y mal aislada, aunque el viento se colaba por las rendijas, emanaba una calidez que trascendía lo físico.

—Yo no busco nada en el Camino —dijo casi sin pensar—. Solo quería unas vacaciones lejos de la familia, de los suegros y de Alicante.

El templario tomó asiento junto a él en un banco de madera. La cruz de la túnica se le tensó aún más sobre el vientre.

—Y con lo bien que estarías tumbado al sol en la playa, ¿para qué sigues pegándote la paliza de caminar veinticinco kilómetros al día con la mochila a la espalda?

Nacho no supo qué decir.

—Mira, yo divido a los caminantes que pasan por aquí en senderistas y peregrinos. Los senderistas vienen a hacerse fotos, a comer, a ir de copas. A ligar. Nunca se quedarían en este refugio; quieren comodidades y vida social. En cambio, los peregrinos viven el Camino como una llamada interior. Da igual que vengan porque lo han visto en un folleto turístico; lo que importa es que entran en el Camino y entienden lo que es.

—Creo que he sido más senderista que peregrino —dijo Nacho

meneando la cabeza.

—¡Ah, para todo hay tentaciones! El Camino es un estado diferente, una elevación de conciencia. Eso sí: hay que estar centrado. Si te metes en los bares, que es uno de los «desvíos»; si te metes en los ligues… ¿para qué vienes? Mejor quedarte en Alicante o en cualquier otra playa.

Incómodo, Nacho revolvió los posos de su café. El templario le puso una mano en el hombro.

—Hay gente que no ve más allá de las ampollas y los madrugones. En cambio, si estás abierto, el Camino te dará aquello que necesitas. No lo que esperas, ojo, sino lo que necesitas. Dale una oportunidad. Entra en el Camino. No te limites a pisarlo.

Nacho tragó saliva. Estaba recibiendo consejos de un hombre disfrazado de caballero medieval en una aldea perdida y, aun así, se sentía conmovido. El templario rebuscó entre las chucherías de una mesa y volvió con un objeto que puso en su mano. Era un llavero de madera con una pata de oca tallada.

—Quédatelo, hazme el favor. Quédatelo y prueba a *entrar* en el Camino.

No quiso cobrarle, ni tampoco por el café y las galletas. Al salir, Nacho vació su monedero en la caja de donativos.

36. La famosa Lorena

Lorena partió del albergue de Rabanal con la convicción de estar empezando una de las etapas más especiales de la ruta. A diferencia de Nacho, que recibió una campanada del destino en Manjarín por pura casualidad, ella salía al encuentro de un hito trascendente. Tenía por delante la subida al punto más alto del Camino; una metáfora perfecta, si sabía llenarla de significado.

Llevaba dándole vueltas desde que oyó hablar de la Cruz de Ferro. Repasó el sentido de su peregrinación, volviendo a aquel lejano día en que, acorralada, decidió tomar un autobús a Roncesvalles. ¿A qué había ido al Camino? A huir de sí misma, sin duda; una evasión de la realidad angustiosa de paro y soledad. Sin embargo, aunque su vida «exterior» hubiera quedado en pausa, en tres semanas no había dejado de experimentar transformaciones. «Caminas más ligera», le había dicho Nerea. Y no era solo por la mochila. Se sentía más segura de sí misma, menos abrumada por todo. Era fácil practicar en un lugar donde la vida solo hace arañazos.

Ahora bien, en un aspecto no había avanzado nada: seguía sin tener claros sus próximos pasos tras el Camino. No tenía trabajo ni hogar ni tan siquiera un objetivo que le sirviera de brújula. Cierto que el Camino no te da lo que quieres, sino lo que necesitas: no le había ofrecido un novio, sino ilusiones transitorias como Manuel o Nacho, quizá para que no hiciera depender su felicidad de una pareja. Se había mostrado avaro con ella para persuadirla de «dar» en vez de «recibir». Pero eso habían sido solo los «primeros auxilios». Afrontaba este nuevo y último tramo jacobeo con espíritu abierto, deseosa de permitir que el Camino obrara su magia. Aun sin saber lo que necesitaba, crecía en ella un optimismo liberador. Para qué que torturarse en averiguarlo; el Camino «sabría» dárselo igualmente.

Eso simbolizaba la Cruz de Ferro para ella: el último punto de inflexión. Cerraba la fase de curar heridas y abría otra de búsqueda. Era la razón de que hubiera dedicado bastante tiempo a seleccionar un objeto como ofrenda, tanto de su agradecimiento por lo vivido como de sus deseos para el futuro. Las dos vertientes simbólicas de la cruz encajaban bien en sus circunstancias.

Salió de Rabanal con Nerea. Clara y Leo habían madrugado mucho, lo mismo que Aurora. A Sebas lo vieron desmontando la tienda y rechazó que lo esperaran. Lorena intuyó que querría llegar solo a la Cruz de Ferro y no insistió.

—Este tramo del Camino es nuevo para mí —dijo su amiga,

burbujeante de energía—. Ya no puedo avanzarte lo que nos encontraremos; tendremos que descubrirlo juntas.

Su rodilla estaba mucho mejor. Había agradecido el descanso de dos semanas en Azofra y apenas la molestaba. Aun así, Nerea estaba resuelta a cuidarse y evitar esfuerzos innecesarios. La nueva rodillera era un modelo especial que le había recomendado su fisioterapeuta.

—Me costó encontrarla en Azofra. Jacobo insistió en esta marca.

Lorena notó una inflexión peculiar en el nombre del especialista y sonrió para sí. No era la primera vez que mencionaba a ese tal Jacobo. Antes de dejar caer ninguna insinuación, Nerea empezó a interrogarla sobre las últimas semanas y la charla derivó hacia Nacho, San Bol, su separación en Itero de la Vega, el intento infructuoso del doctorado y, en general, todas sus aventuras por Castilla. Así entretenidas, iban cubriendo la dura ascensión casi sin darse cuenta.

El tiempo era nublado y desapacible, con algo de bruma. Una vez explotados los temas de conversación más urgentes, Lorena se quedó en silencio, fascinada por el paisaje. Había dejado atrás la árida meseta y todo era distinto: las montañas, el clima revuelto, la vegetación. Ascendían por una senda rojiza entre robles jóvenes, helechos enormes y tojos espinosos. El aire olía a tierra, a tomillo y a selva primigenia; notaba la humedad en la piel como un tonificante. La neblina aún no era demasiado espesa y adivinaba otros montes más allá del Irago, azulados y acuosos. De vez en cuando, se detenía para respirar hondo y admirar las vistas. Estaba resuelta a disfrutar del día.

A Nerea no le venían bien esos parones. Su rodilla requería un ritmo regular y no tardó en sugerir que fueran cada una a su aire.

—Podemos encontrarnos al otro lado de la montaña, cuando haya pasado lo peor, y hacemos juntas el tramo final hasta Ponferrada.

Lorena aceptó, contenta de no perder ni el contacto con su amiga ni la oportunidad de tomarse la etapa con calma. Nerea se adelantó con rapidez y ella siguió subiendo despacio, a solas. La niebla espesaba. Cuando entró en Foncebadón, apenas veía a dos pasos. En ese mismo momento Nacho, helado y algo desorientado, llegaba a Manjarín.

Foncebadón tenía un aspecto fantasmal entre los jirones de bruma. Las casas de piedra parecían abandonadas y, terraplén arriba, el Camino era blanco. La chica pasó de largo sin ver ni un alma y, cuando ya dejaba atrás el pueblo, oyó un silbido penetrante y un grito de llamada. Al volver la cabeza, vio un perrito que la seguía. Era un cachorro grandote, de color castaño y raza indefinida, con las patas cortas, orejas grandes y rabo demasiado largo.

—Vamos, ve con tu dueño. No te voy a dar comida.

El perro dio un ladrido amistoso. Parecía simpático y con ganas de aventuras. Siguió trotando tras ella cuando se adentró en la niebla. Al principio, no le dio importancia. A veces, los perros acompañaban un

rato a los peregrinos con la esperanza de obtener alguna golosina. Ya volvería a Foncebadón. Al poco, el animal la adelantó unos pasos. Olisqueó las matas junto al sendero y, al no encontrar nada interesante, la miró con una oreja doblada.

—¿Qué? ¿Me estás esperando?

El perro tenía la lengua fuera, como sonriendo. Cuando Lorena llegó hasta él, lo celebró metiéndosele entre las piernas en busca de algún mimo.

—Tienes que volver a casa. Menudo paseo te espera, si no.

Ni caso. El animal parecía haberla adoptado y repitió la pantomima de adelantarse y esperarla unas cuantas veces.

—¡Va, perrito! ¡Fus! ¡A casa!

Lorena oyó unas risas a sus espaldas. Eran dos peregrinos italianos.

—¡No se va! —exclamó con un cómico gesto de exasperación.

—A lo mejor, ahora viene con *nostri* —dijeron ellos mientras la adelantaban a buen ritmo.

Le hicieron un par de carantoñas al perro y este los siguió monte arriba, agitando la cola. Lorena intentaba enviarlo a casa, no con otros peregrinos, y sintió una absurda decepción. Sin embargo, casi enseguida, el cachorro volvió a detenerse a esperarla.

—Así que me prefieres a mí a esos italianos —dijo riendo a su pesar.

Le acarició la cabeza y el perrito le dio un lametón. ¡Qué majo era! A partir de entonces, apenas se separó de sus pies. La acompañaba a través de la niebla como su guardián personal. Cuando se cruzaban con otros caminantes, se acercaba a que le hicieran fiestas; después, volvía junto a ella.

—Vas a tener que darle un nombre —le dijo una chica vasca con algo de envidia.

—Lo llamaré *Fonce* —respondió Lorena—, en honor a su pueblo.

Tarde o temprano acabaría volviendo con su dueño, pero le gustaba pensar que había hecho un nuevo amigo.

Fonce no se apartó de ella en toda la subida a la Cruz de Ferro. Fue su guía improvisado hasta ese punto de inflexión en una etapa cargada de simbolismo. La noche anterior, había imaginado el depósito de su ofrenda como un instante íntimo y solemne, a solas consigo misma. En cambio, llegó con un simpático perrito que la había adoptado a ella entre todos los peregrinos, que la esperaba cazando conejos imaginarios y la conducía monte arriba con un trotecillo, agitando las orejas. *Fonce* era testimonio de que la realidad hay que tomarla como viene porque, a veces, es incluso mejor que una planificación cuidadosa.

Allí, estaba, por fin, la Cruz de Ferro. La neblina había aclarado lo suficiente para mostrar el elevado poste de madera con un sencillo

crucifijo herrumbroso en lo alto. Como monumento, era bastante pobre; lo que sí impresionaba era el montículo de cosas que los peregrinos habían ido dejando a sus pies. Lorena trepó por él, curioseando sin prisas entre las ofrendas. Había gorras y camisetas, piedras pintadas, cartas, peluches, colgantes, botas… Descubrió una concha con un mensaje en cirílico, un peto de bebé, una fotografía antigua de una dama. ¿Qué historia habría detrás de cada objeto? ¿Por qué habrían peregrinado sus dueños hasta allí para dejarlos al pie de la cruz?

Lorena descargó la mochila y se arrodilló. Por allí había pasado mucha gente, cada uno con sus pesares, deseos y esperanzas. Como ella. Observó el pequeño pulpo de peluche que colgaba de la cremallera. Era un animalito amarillo, con ojos grandes de dibujo animado y una sonrisa fina y simple. El regalo de un amor de verano; el único amor loco que había vivido. Fue su llavero en Madrid. No se había separado de él desde que Juan se lo entregó en honor a unos sueños infantiles rememorados durante quince noches valencianas y luego olvidados bajo el tedio de un trabajo insignificante.

—Hay que dejar ir las cosas —murmuró.

Lo desprendió de la cremallera y lo depositó entre la concha y la fotografía antigua. Dolía. Ay, cómo dolía. Dejar ir las cosas. Solo así se hacía sitio para algo nuevo.

—¡Guau!

Fonce la esperaba al pie de la cruz. Por tonto que pareciera, su presencia alivió un poco la congoja de abandonar el pulpo. Descendió del montículo de piedras despacio.

—Ya voy, impaciente. Venga, veamos qué nos depara el Camino monte abajo.

El tiempo estaba cambiando. Se había levantado un viento fuerte que deshacía la niebla y abría el paisaje. A lo lejos, otros montes y algún aerogenerador; todo bastante inhóspito. En el ambiente reinaba la inquietud del ozono, como si se estuviera gestando una tormenta. Era una inquietud pletórica, muy fresca, que la impulsó a avanzar a paso vivo por aquel pequeño techo del mundo. Qué diferencia con la meseta. Recorrió la cresta del monte Irago con rapidez, sin fijarse siquiera en la choza de Manjarín. Emprendió el abrupto descenso al Bierzo con una extraña sensación de ligereza, siempre acompañada de *Fonce*. A media montaña había un pueblecito llamado El Acebo, donde se topó con gente conocida:

—*Lorraine*!

Los eternos franceses compartían una botella de vino tinto en un merendero. No los veía desde Astorga, dos jornadas atrás. Yannick la invitó por señas a compartir su vino, pero ella ya había visto a Leo y

Clara en otra mesa, junto a otro viejo amigo.

—¡Jose, qué alegría! —Era el enfermero extremeño de San Bol, que viajaba con un peregrino alemán—. ¿Dónde está Stefan?

—Tuvo que abandonar; se lesionó un tobillo.

—Encontramos a Jose hoy y lo hemos adoptado —dijo Clara muy animada.

—Como a mí este pequeñajo —repuso Lorena señalando a *Fonce*.

El perrito aguardaba con las orejas tiesas y la lengua fuera. La chica se sentó con ellos y sintió una íntima satisfacción al ver que el cachorro se hacía un ovillo a sus pies.

—¿Habéis visto a Nerea? —les preguntó, sacando su cantimplora y buscando con la vista algún recipiente donde echarle un poco a *Fonce* —. Ah, gracias, Leo.

El chico canario había echado mano de una navajita y fabricó un cuenco con una botella de plástico vacía. Era hábil para esas cosas.

—Pasó hace un rato —dijo Clara—. Iba como una flecha. Dijo que lo mejor para su rodilla era terminar la etapa cuanto antes.

—Tampoco hay mucho que hacer en este pueblito —dijo Leo—. ¿Cómo se llamaba? ¿El Ganso, La Rana?

—El Acebo, Leo, ¡qué manía!

—No sé cómo voy a acordarme; por aquí no hay ningún arbusto de esos.

—¿No os dejó ningún mensaje para mí? —insistió Lorena, decepcionada—. Íbamos a encontrarnos al pie del monte Irago para seguir juntas hasta Ponferrada.

—Tal vez te espere en Molinaseca —dijo Jose—. El descenso sigue siendo fuerte hasta allí y aún nos quedan siete kilómetros.

—¡Siete kilómetros más de esto! —exclamó Clara—. Qué tortura. Siempre pensé que era más cansado subir una cuesta que bajarla. El Camino me ha hecho cambiar de opinión.

Lorena estaba de acuerdo. Al llegar a El Acebo, le temblaban las piernas por el esfuerzo de refrenar el paso. Esperaba que no fuera demasiado para Nerea. ¿Aguantaría su rodilla? Recibió un mensaje suyo poco después:

«¿Por dónde andas? Acabo de llegar a Molinaseca y ya he tenido bastante. ¿Te reservo plaza en el albergue? No es el castillo de Ponferrada, pero hay un río estupendo para bañarse».

«¡Claro que sí!», respondió enseguida, encantada de que su amiga contara con ella.

—Eso de reservar plaza es trampa —dijo Leo con un guiño—. Hay que dejarse llevar por el Camino. Ir a la aventura.

—Por aquí ya se ven más peregrinos —repuso Lorena riendo—. Prefiero no correr el riesgo de dormir al raso.

—Eso es verdad —dijo Clara—. Deberíamos continuar, Leo. Se está

haciendo tarde.

—Las prisas, las prisas…

El chico se puso en pie y Jose lo imitó.

—¿No vienes, Lorena?

—No, voy a quedarme un poco más.

Fonce seguía hecho un ovillo a sus pies y justo llegaban por el Camino Sebas y Aurora, junto con Álvaro, aquel músico estrafalario de la camiseta *heavy* color negro.

—Eh, mira dónde andaba *Trosky* —dijo este último, haciéndole una carantoña al perro—. Nuño lo buscaba esta mañana cuando salí de Foncebadón.

—Hoy se llama *Fonce* —repuso Lorena—. Y me adoptó él, que conste. ¿Sabrá volver a casa?

—Los perros de monte siempre saben. A Nuño no le preocupaba: ya aparecería cuando tuviera hambre.

Lorena le acarició la cabeza y el cachorro respondió con un lametón más cortés que entusiasta. Estaba agotado; no muy dispuesto a seguir recorriendo mundo. Qué lástima. Había sido agradable tener perro por un rato. Como todo en el Camino, habría que dejarlo ir también.

—Voy a encargar bocadillos —dijo Sebas—. ¿Alguien quiere?

Era más de mediodía; sí que se estaba haciendo tarde. Lorena se volvió hacia Aurora:

—Creía que ibas delante de mí. No estabas en el albergue cuando me levanté.

—Me quedé un rato en la ermita de Santiago, junto a la Cruz de Ferro. Te vi pasar, de hecho.

—¿Había una ermita? Ni me fijé.

—A quien sí habrás visto es a Nacho, ¿no, Lorena? —dijo Álvaro—. Salió de Foncebadón antes que yo esta mañana.

—¿Nacho?

Lorena procuró que no le temblara la voz. ¡Nacho tan cerca! No, no se habían cruzado; debía seguir por delante, aunque muy poco. Escasos kilómetros.

—¿Sabes dónde iba a parar hoy? ¿En Molinaseca, tal vez?

—No creo; quería llegar hasta Ponferrada.

—Ah.

Ponferrada. Su destino inicial ese día. Jugueteó con la emocionante idea de continuar hasta allá. Eran solo ocho kilómetros más que a Molinaseca; no le costaría mucho. Volver a encontrarse con él. Propiciar otra noche mágica… Su móvil volvió a sonar con un mensaje de Nerea:

«Lorena, seguro que vienes, ¿verdad? Estoy discutiendo con el hospitalero. Dice que dónde estás, que empieza a dudar de tu existencia».

La chica se mordió los labios.

—¿Vosotros qué vais a hacer? —les preguntó a Sebas y Aurora.

Evitó mirar a la cara al exmilitar. Él no lo aprobaría.

—Yo me quedaré en Molinaseca —le respondió con sequedad.

—Yo también —dijo Aurora.

—A mí no me habéis preguntado, pero tampoco iré hasta Ponferrada —intervino Álvaro, jovial.

Lorena suspiró. Todos sus amigos estarían allí. Hasta los franceses, al abandonar El Acebo, habían hablado de *Molinasecá* como probable destino. ¿De verdad valía la pena abandonarlos a todos por perseguir a Nacho? Cogió el móvil y escribió:

«Dile al hospitalero que voy para allá».

Supo que había tomado la decisión correcta cuando, al llegar a Molinaseca con Álvaro, Sebas y Aurora, se encontró con la cálida bienvenida del resto. Los franceses la saludaron con cariño desde un bar. Clara, Leo y Jose la invitaron a nadar en el río. Y en el albergue, se reencontró con Nerea, que no solo la había esperado para ir a bañarse, sino que también le había reservado la litera contigua a la suya. En verdad, conocía a mucha gente y todos la apreciaban; nunca había sido tan popular. Le invadió una sensación muy dulce cuando se presentó ante el impaciente hospitalero y lo oyó gruñir:

—¡Vaya! Al fin ha llegado la famosa Lorena.

37. La travesía de El Bierzo

Mientras Lorena se detenía en Molinaseca, Nacho llegaba a Ponferrada con el ánimo bastante revuelto. El templario de Manjarín lo había conmovido y eso era raro en él. «Entra en el Camino; no te limites a pisarlo». Bueno, estaba disfrutando de la ruta jacobea; aunque, tal vez, de un modo algo irresponsable. Aquel mensaje desde León seguido de tres días de silencio… Estaba bien sentirse joven otra vez e ilusionarse con ser libre, pero él tenía una vida en el mundo real, una familia; y la había ignorado. Debía hablar con su mujer y la llamó nada más llegar a Ponferrada. No cogió el teléfono. Cuando volvió a intentarlo, le colgó directamente.

«Por favor, Silvia». Para no desesperarse, salió a visitar el castillo templario a la entrada del pueblo. Tenía un aspecto muy medieval, con sus almenas y torreones; quizá demasiado perfecto para conservar la solemnidad histórica. Era difícil imaginar a los caballeros de guardia sobre un césped tan bien cuidado.

—¿Qué? ¿Te ha gustado? —le preguntó la vendedora de entradas.

—Pues… —Nacho iba a dar una respuesta de compromiso. Su extraño estado de ánimo lo impulsó a ser sincero—: Me lo imaginaba un poco más legendario.

—Ah, sí, es por culpa del turismo. Un sitio auténtico se hace popular, empiezan a llegar visitantes y ¡ale!, a poner carteles, papeleras, barandillas… Pierde toda la atmósfera.

—¿Y yo no soy turista?

—Tú eres peregrino, que es bien distinto. Llegas aquí con esfuerzo, no solo con curiosidad.

Era una reflexión tan similar a las del templario de Manjarín que Nacho sonrió.

—¿En Ponferrada hay algún albergue «de verdad»? —le preguntó, aún pensando en él.

—¿De verdad? No sé a qué te refieres.

—Algo como el de Manjarín. Que tenga un hospitalero con quien hablar.

Empezaba a sentirse solo.

—En Ponferrada no. Si mañana haces etapa hasta Villafranca, allí hay un refugio de ese estilo.

—¿El hospitalero también es templario?

—No, pero es amable —replicó ella, como si ambas cosas fueran casi inseparables—. Está junto a la iglesia de Santiago, al pasar la puerta del Perdón. No tiene pérdida.

Le agradeció la sugerencia. Ya se marchaba cuando la buena señora

lo llamó:

—Oye, no te esperes grandes lujos allí, ¿eh? No es un hotel.

Nacho volvió a llamar a Silvia muchas veces aquella tarde, sin que le cogiera el teléfono. Pasó mala noche y, por la mañana, partió con la idea de llegar a Villafranca del Bierzo y a aquel albergue amigable. Necesitaba desahogarse.

La travesía hubiera sido deliciosa de haber tenido ánimos para disfrutarla. El Bierzo era un amplio valle entre los montes de León a la entrada y los Ancares a la salida. Allí abajo, el clima era amable, soleado sin ardores mesetarios, y el campo se había vuelto verde vivo. Era como un respiro entre montañas; el último rincón leonés antes de emprender la dura, durísima subida a la frontera con Galicia.

Ensimismado como iba, apenas prestó atención al paisaje. Seguía intentando hablar con Silvia a intervalos regulares, siempre sin respuesta. Se estaba convirtiendo en una obsesión. ¿Por qué lo ignoraba de esa forma? Elvira estaba detrás de aquello, seguro; disfrutaría tratándolo como a un gusano. En su indignación, olvidaba que él le había hecho lo mismo a su mujer varias veces durante el Camino. Ese par de días que Silvia llevaba evitándolo le parecían mucho más largos que los tres que apagó el móvil tras el fatídico mensaje en León o los cinco entre Pamplona y Logroño.

Llegó a Villafranca del Bierzo de mal humor. No se fijó en el puente de piedra ni en la sencilla iglesia de Santiago. Pasó por delante de la puerta del Perdón y alcanzó el albergue. Varios peregrinos charlaban al sol en la entrada y el hospitalero, un hombre ya mayor y muy atezado, le daba un masaje cervical a uno de ellos.

Se quedó parado delante de la plácida escena con el ceño fruncido. El edificio era humilde y él ya no se sentía tan humilde. Quería hablar con su mujer, no conversaciones profundas con desconocidos ni metáforas sobre el Camino. «*No es un hotel*». Torció el gesto. «*Está cerca de la puerta del Perdón*». No necesitaba el perdón de nadie y sí le apetecía mucho una buena cama. Pasó de largo y escogió una habitación individual en el mejor hotel de Villafranca. Por ese día, estaba harto del Camino.

A la mañana siguiente, consultó el mapa y decidió que haría de un tirón los veintinueve kilómetros de ascensión de los Ancares hasta Galicia. Había llegado el momento de cruzar la frontera más deseada. Dormiría en el primer pueblo gallego, el mítico Cebreiro. La jornada, dura y larga, le vendría bien para despejar su malhumor. No intentó llamar de nuevo a su mujer. En lugar de eso, le escribió un mensaje:

«Estoy muy cerca de Galicia y no entraré sin hablar antes contigo. Me quedaré plantado en el Camino hasta que me llames. Dormiré al raso, si hace falta».

Lo envió con sombría satisfacción. Silvia sería incapaz de resistirse a un ultimátum como aquel. Echó a andar, impaciente por oír el teléfono. No sonó. Pasaba la mañana, pasaban las últimas aldeas leonesas, y el móvil seguía mudo.

Los primeros veinte kilómetros de la subida le resultaron muy llevaderos. Fue a partir de Herrerías cuando comenzó la verdadera ascensión. El Camino se internó por los Ancares, bajo un tupido bosque de robles y castaños. Los montes gallego-leoneses eran verdes y misteriosos, y el sendero trepaba serpenteante, sin mostrar nunca adónde iba. Allí ya no había horizontes lejanos.

Subió y subió, pisando con fatiga la hojarasca vieja. Llegó a La Faba, el último pueblo leonés. La frontera con Galicia estaba muy cerca y Silvia aún no había llamado. No podía creerlo: jamás lo había ignorado así. No le apetecía poner a prueba su resolución de dormir al raso junto al cartel de entrada en Galicia, así que volvió a marcar su número. Insistiría hasta que se lo cogiera.

—¿Diga?

—¡Silvia! —Nacho se llevó una sorpresa tan grande que casi dejó caer el teléfono—. Por fin, me alegro de hablar contigo.

—Te alegras. Ya.

—Cariño…

—¿Acaso intentas reconquistarme?

—¿Qué? Yo no…

—Entonces no me llames «cariño».

Nacho estaba desconcertado ante la frialdad de su mujer. Parecía como si hubiera perdido el miedo, como si ya no le importara agradarle. Hizo otro intento:

—Vamos, no te pongas así. Hablemos de esto con calma…

—¿Hablar? Me ignoras durante semanas, rompes conmigo por mensaje, ¿y ahora me dices que quieres hablar? Eres un egoísta, Nacho, y un irresponsable. La familia no es un interruptor que puedas encender y apagar cuando a ti te dé la gana.

—Oye, no metas a las niñas, que esto no va con ellas.

—Ya, claro. Te vas de casa, de *su* casa, ¿y no va con ellas?

Nacho se quedó algo cortado.

—Creía que no ibas a involucrarlas —dijo con voz débil—. Tu madre me lo dijo.

Hubo un silencio. Al otro lado de la línea, oía la respiración acelerada de su mujer, como si hiciera esfuerzos por no llorar.

—No quiero que pierdan a su padre —murmuró.

—Eso no ocurrirá. Vamos, Silvia, esto es entre tú y yo, y tampoco es el fin del mundo. Reconócelo: últimamente no estábamos bien, ¿o sí?

—Podíamos arreglarlo.

—Eso pensaba yo también. Me vine al Camino para pensar cómo

hacerlo. Y he comprendido una cosa: estaba siendo un egoísta contigo.

—¿Conmigo? ¿Y tu solución es dejarme?

—Sí; para darte la oportunidad de rehacer tu vida con alguien que te merezca de verdad.

Era una manipulación torticera, lo sabía, pero funcionó. Silvia rompió a llorar sobre el teléfono:

—Yo no quiero estar con nadie más. Vuelve a casa, Nacho. Vuelve, por favor.

Sus lágrimas disolvían toda posibilidad razonable de persuasión. Nacho adoptó un tono paternal, cariñoso, apropiado para consolar más que para defenderse. Conocía bien a su mujer en ese estado y sabía manejarla.

—Créeme. Es lo mejor para ambos. Nos vendrá bien vivir por separado una temporada.

—No, no… Yo no quiero estar sin ti.

—Aunque sea por un tiempo. ¿Quién sabe lo que pasará luego?

—Entonces, ¿te lo pensarás? ¿Te pensarás si esto no es definitivo?

—Lo haré, te lo prometo. Tú prueba a hacer tu vida, cariño. Hazlo por mí.

Esta vez, no se opuso al apelativo. Se había rendido. Nacho colgó con una grata sensación de dulzura. Aquel pacto le comprometía bien poco y al fin se había sacudido el vago remordimiento que venía persiguiéndole desde León. Siguió caminando y al fin entró en Galicia. En el paraíso. Mientras llegaba al pueblo de El Cebreiro, pensó que era la primera vez en el Camino que se sentía libre de verdad.

38. Antes de Galicia

La famosa Lorena. Aún no se creía del todo esta sorprendente y novedosa identidad que le había otorgado el Camino. Por primera vez en su vida, era popular.

—*Tu sais*… cómo te llamamos? —le había dicho Yannick por la tarde, mientras se bañaban en el río—. *Egges* «el pequeño *toggbellino* que conoce a todo el mundo».

—¿Torbellino yo?

—*Mais oui! Siempgge* estás *comme* unas… *comment dit-on*? Casta… casteñ…

—Castañuelas.

—Eso. Vas con unos, vas con *otggos*. Te hablo de la *fille* de la *guitaggra* y la conoces. De los *bggasileños* en *vœu de silence* y lo mismo.

Lorena reflexionó sobre ello al abandonar Molinaseca. La asombraba que los franceses tuvieran ese concepto de ella, cuando el suyo propio era tan distinto. No se consideraba especialmente sociable; en el Camino había tenido muchos momentos de soledad y reserva. ¡Y el grupo francés la veía alegre como unas castañuelas! Cierto que se esforzaba por poner buena cara y esconder sus demonios, pero estos seguían allí. Estaba bien saber que eran invisibles a los demás; que su inseguridad, su timidez, su falta de confianza, no eran tan transparentes. El pequeño torbellino que conoce a todo el mundo. Le gustaba.

Emprendió la marcha con los peregrinos con quienes empezaba a fraguar una especie de grupo propio: Sebas y Nerea, por supuesto; también la plácida Aurora; Jose, el enfermero; y Clara y Leo. Álvaro, que seguía arrebujado en su saco de dormir, había prometido alcanzarlos durante el día. Se dispersaron en el primer trayecto hasta Ponferrada, con una diferencia: todos quedaron en completar la misma jornada y reunirse de nuevo en Cacabelos.

Los ocho kilómetros entre Molinaseca y Ponferrada tenían poco interés y bastante carretera. Lorena y Nerea aprovecharon que era un tramo fácil para continuar charlando.

—¿Sabes? —dijo la exesquiadora—, me gustó el ritual de la Cruz de Ferro. Fue emotivo.

—Para mí también.

—¿Qué dejaste tú como ofrenda? No llegaste a contármelo.

—Pues…

Lorena enrojeció. Le daba un poco de vergüenza, la historia de su llavero.

—¡Vamos!, yo te confesé lo de mis esquíes.

—Es verdad.

Le habló de Juan, de las sesiones de buceo un verano en el Mediterráneo y del pequeño pulpo amarillo.

—Ya. El que llevabas colgado en la mochila. ¡Y te desprendiste de él! —dijo Nerea impresionada.

Lorena se encogió de hombros.

—Hay que abrir las ventanas para que entre aire fresco. ¡A ver si sirve de algo!

—¿Qué te gustaría?

—No lo sé. Tener adónde ir cuando termine el Camino, supongo.

—Qué lástima lo del doctorado. ¿No te ha surgido nada más?

—Como no cuentes lo de Astorga…

Le relató el encuentro con su antiguo compañero de curso, que había rechazado con desdén un trabajo hecho a medida para ella.

—Y antes de darme cuenta, había desaparecido entre la multitud. ¡Si al menos le hubiera preguntado de qué empresa se trataba!

—Busquémoslo —propuso Nerea—. Habrán publicado la oferta en alguna parte, ¿no? ¿Has mirado en los portales de empleo de internet?

Lorena negó con la cabeza; no se le había ocurrido. Su amiga sacó el teléfono y efectuó una búsqueda rápida.

—A ver… Biólogo… Galicia… cefalópodos… Mira: *Acuicultura Rías Baixas*, en Vigo. «Se busca investigador con conocimientos en biología marina. Inglés. Mínimo dos años de experiencia laboral». ¡Es este! Y es perfecto para ti.

—¿Tú crees?

—Solicítalo, vamos. ¡Inscríbete ya!

Lorena soltó una risa franca y jovial.

—Casi estamos en Ponferrada. Busquemos un sitio para desayunar y me inscribo.

Sentada en una pastelería frente al castillo templario, cumplimentó la solicitud, adjuntó su currículum y, ayudada por Nerea, redactó una breve carta de motivación en la que hablaba de su interés por la biología cefalópoda. Fue ridículamente fácil, tanto que se avergonzaba de no haberlo pensado ella misma. En fin; para eso están los amigos, que son capaces de echar una mano donde una no llega.

—Tengo un buen presentimiento —dijo Nerea palmeándole la espalda.

Llegaron Sebas, Jose y Aurora. La pastelería estaba en pleno Camino y exhibía varias tartas brillantes en el escaparate, así que acabó siendo un punto de reunión improvisado. En la agitación del reencuentro, ninguno vio a Nacho pasar de largo por delante del local, tras dormir en Ponferrada y levantarse tarde.

Jose quería visitar el castillo, que se erguía en un promontorio con

un puente levadizo. Aurora, Nerea y Lorena prefirieron completar la ruta antes del temible mediodía y continuaron juntas hacia Cacabelos. Sebas partió también con la idea de seguir por libre, aunque, entretenido por la conversación, acabó amoldando su paso al de las chicas.

Ese día, el Camino fue un paseo. Lucía un sol amable, con agradables zonas sombreadas y varias fuentes de agua fría donde refrescarse. Las pendientes eran suaves y el paisaje, variado. Se adentraba en lo rural y pronto se toparon con campos, portillos y alguna que otra vaca. El paisaje del Bierzo era ya casi gallego y a Lorena le resultaba muy familiar. Los robledales de luz verdosa y clara, los montes cubiertos de maleza, los pueblos de piedra y pizarra, hasta el acento cantarín de los lugareños le sonaba a lo de casa. Caminaba en silencio, observando la naturaleza húmeda y frondosa del noroeste peninsular como si la descubriera por primera vez. Qué verde tan luminoso. Cuánta exuberancia vegetal. Todo su cuerpo, desde su piel cuarteada a los pies cansados, agradecía el cambio después de la árida meseta.

El pequeño grupo llegó a Cacabelos ya entrada la tarde. Fue un regalo plácido y hermoso. La villa estaba enclavada a orillas del manso río Cúa y tenía una playa de césped y una zona de baños similar a Molinaseca. Una multitud de niños aprovechaba la tarde para darse un chapuzón y sus risas hacían eco por las calles de piedra, como si estuvieran llenas de duendecillos traviesos.

El albergue de Cacabelos también era especial. No había grandes dormitorios comunes ni literas, sino unas deliciosas cabañitas de madera dispuestas en círculo alrededor de una ermita, en las afueras del pueblo. El muro curvo de la iglesia hacía de pared común a todas y el espacio frente a ellas era una gran terraza compartida.

—Es un lugar de cuento —exclamó Lorena.

Las cabañitas eran diminutos dormitorios de dos camas, poco más grandes que una tienda de campaña. Ella y Nerea se pusieron de acuerdo para compartir una e insistieron a Sebas para que ocupara otra con la profesora soriana.

—Hoy no puedes acampar. Dejarías sola a Aurora.

—No me quedo sola. Jose estará al caer.

—Sí, pero Álvaro vendrá también hasta aquí.

—A saber cuándo llega, con lo que duerme, el muy lirón…

—¿Sabéis para quién es perfecto este lugar? —dijo Nerea con un guiño burlón—. Para Clara y Leo.

Los demás sonrieron. Las cabañitas eran muy íntimas, perfectas para una noche romántica. «Si Nacho apareciera por aquí…» pensó Lorena, con un tirón de nostalgia. Aquello era un escenario casi tan idílico como San Bol. Llegó Jose. Llegó la parejita y también Álvaro. Ni rastro

de Nacho. Debía haber pasado de largo. Villafranca del Bierzo estaba pocos kilómetros más adelante y era el fin de etapa tradicional desde Ponferrada. «A este paso, no nos encontraremos ni en Santiago».

Su nostalgia se incrementó al anochecer, después de la cena, cuando Clara sacó su cavaquiño en la terraza y Leo la acompañó percutiendo el suelo con unas baquetas improvisadas. El resto de peregrinos se unieron un rato a los cantos, como si fuera un fuego de campamento, y, poco a poco, fueron retirándose a la cama. Cuando Lorena cerró la puertecita de madera tras de sí, se le quedó grabada la imagen de Clara y Leo punteando dulcemente el instrumento a la tenue luz de una lámpara de pilas, muy juntos, saboreando el emocionante momento previo a retirarse a la cabañita que iban a compartir.

—Se me ha ocurrido un plan —dijo Aurora por la mañana, al abandonar Cacabelos—. ¿Y si organizamos un concierto de verdad esta tarde?

Allí estaban todos salvo Leo y Clara, que no habían dado señales de vida aún: Lorena y Nerea, Sebas y Aurora, Jose y hasta Álvaro, más madrugador que de costumbre. Con la pareja se reunirían en La Faba, un pueblecito en plenos Ancares y muy cerca del mítico Cebreiro, para despedirse todos juntos de Castilla. Al día siguiente, cruzarían la última frontera.

—¿Un concierto? —dijo Jose.

—Sí, con el cavaquiño de Clara, y los demás cantando. Hay muchas canciones que sabemos todos y tenemos aquí a un famoso director para organizarlo.

Lorena miró a Aurora, intrigada. Era una idea algo pueril para la habitual seriedad de la profesora. Algo parecido debía de pensar Álvaro:

—Conmigo no contéis, que estoy de vacaciones.

—Podría estar bien —dijo Jose pensativo—. Algo especial para mi última noche del Camino.

—¡Qué dices! ¿Te vas? —preguntó Nerea.

—Sí, mañana, en El Cebreiro. Me hablaron tan mal de las masificaciones de peregrinos en Galicia que preferí explorar otros tramos del Camino. Ahora me arrepiento, no os creáis, pero empiezo a trabajar pasado mañana.

—No se hable más: tenemos que hacer el concierto —dijo Nerea—. Será divertido. Cantemos *Michelle*, de Los Beatles. ¡Me encanta! Y el himno ese del Camino. Oh, y algo de Sabina, aunque no sé yo si…

Ella y Jose empezaron a repasar el posible repertorio, con alguna contribución esporádica —y algo anacrónica— de Aurora. Álvaro alzó las cejas, suspicaz. Lorena sospechaba que acabaría cediendo al entusiasmo arrollador de Nerea. Le costaba mostrarse desdeñoso ante

ella. ¿Era eso lo que la profesora llevaba en mente? ¿Darle la oportunidad de lucirse ante un público femenino más receptivo de lo que había sido Clara? Intercambió una mirada de comprensión con Sebas. Ambos eran taciturnos por naturaleza: preferían observar a interactuar con el grupo y, sin duda, estaban pensando lo mismo.

La travesía era verde y agradable, con algunas nubes. La temperatura en El Bierzo, hundido entre dos cadenas montañosas, solía ser más elevada que en los alrededores; era una suerte no asarse de calor. En menos de dos horas, llegaron a Villafranca del Bierzo. «¿Habrá dormido Nacho aquí?», pensó Lorena al pasar por delante del albergue. A partir de entonces, estuvo más pendiente por si lo veía.

No lo alcanzó en Pereje. Ni en Trabadelo ni en Ambasmestas. Tampoco en Vega de Valcarce ni en Ruitelán. Atravesó los pueblos de la hoya del Bierzo atenta a las espaldas de los peregrinos. Cruzó varias veces el sinuoso río Valcarce buscando una mochila roja parecida a la suya; unas botas nuevas avanzando a paso elástico; una cabeza trigueña, despeinada con naturalidad, en atractivo equilibrio entre juventud y madurez. Tenía la extraña sensación de estar muy cerca de él. Cómo saber que, mientras ella se acomodaba en el pueblecito de La Faba, él llegaba a El Cebreiro, solo cinco kilómetros más adelante.

Aquella noche, durante el concierto planeado por el grupo en el albergue de montaña, Lorena alternaba su humor entre la felicidad y una ambigua nostalgia. Al día siguiente entraría en Galicia. En el paraíso. Y aunque lo haría con amigos, como tantas veces había deseado, le faltaba un beso, una caricia, para tocar verdaderamente el cielo.

39. El castaño de Ramil

Al fin, uno de los momentos más importantes de la ruta jacobea: la entrada en Galicia. Por primera vez, el final del Camino era algo cercano; alcanzable. Lorena se levantó de madrugada y reemprendió el ascenso a los Ancares con Sebas y Nerea a la luz de las linternas. Querían ver salir el sol desde el alto de El Cebreiro. La noche anterior se habían despedido de Jose, que cogería un autobús a media mañana. Los demás también prefirieron dormir hasta una hora razonable. No importaba; ya los alcanzarían. Aunque Lorena estaba contenta con su grupo recién creado, le gustaba tener para ella sola a sus amigos más queridos en un momento así. Además, Nacho debía estar cerca. El Cebreiro era un fin de etapa tradicional y tenía la esperanza de alcanzarlo si salía temprano.

Antes del amanecer, el Camino resultaba tenebroso. El sendero era húmedo y apretado de helechos; más allá, todo era negrura. Los chicos avanzaban en fila india, iluminando las flechas amarillas con las linternas y procurando no tropezar con las raíces que veteaban el suelo. Ella escuchaba los crujidos del bosque e imaginaba zorros y jabalíes en la oscuridad. Se alegraba de estar con el exmilitar, que había pasado muchas noches en plena naturaleza. Pensó en preguntarle si alguna vez se había visto en una situación comprometida. Tal vez no fuera el mejor momento.

Arriba, arriba, arriba. La subida era dura, más de lo que esperaban. El día fue clareando. Las estrellas se apagaron y el cielo se volvió gris, cada vez más próximo al glorioso azul que predecía la ausencia de nubes.

—Es inútil. No llegaremos a El Cebreiro antes de que salga el sol —dijo Sebas, deteniéndose en un claro—. Aun así, este es un buen sitio para contemplarlo.

A sus pies se extendía el paisaje ya recorrido. Valles. Prados. Y montañas. Montañas hasta donde alcanzaba la vista: sólidas y majestuosas a lo lejos, suavizadas por su propio manto verde las cercanas. Aquello todavía era Castilla, aunque una Castilla muy distinta del infierno mesetario. Al fondo, sobre la línea dentada del horizonte, el cielo se volvió color melocotón con el primer rubor del día. Subió de tono al amarillo. El primer rayo de sol arrancó reflejos de oro a los helechos.

—Mirad dónde estamos —dijo Nerea señalando un gran mojón a sus espaldas.

En la piedra, una cruz de Santiago pintada de rojo extendía sus brazos sobre dos escudos que Lorena conocía bien: los ángeles y

leones de la provincia lucense y el sencillo cáliz sobre campo azur que representaba a Galicia. «Mi tierra», pensó, con una súbita mezcla de cariño y orgullo. La *terriña*, el rincón noroeste de España, todo lluvia y montes viejos. Emocionada, buscó la mano de Nerea. Ella se miraba la rodilla, como asombrándose de haber logrado llegar hasta allí. Sebas aferraba con fuerza el anillo colgado a su cuello. Los tres se quedaron en silencio unos instantes, recreándose en la importancia del momento. Luego, Nerea soltó una risita:

—Incluso sin el mojón, es obvio dónde estamos. ¿Habéis visto el cielo por allá?

A sus espaldas, dejaban un sol glorioso en Castilla. Ante ellos, las nubes frías y grises se esponjaban sobre las tierras gallegas.

—Bienvenidos a Galicia —rio Lorena.

Así llegaron a El Cebreiro, bajo un cielo nublado a pesar de lo prometedor del amanecer. Desayunaron en un bar, confiando en que despejaría un poco. Ocurrió justo lo contrario. Con esa rapidez con que suele cambiar el tiempo en las montañas, se metió la niebla. Cuando salieron, el mundo amable y sonriente de la mañana había desaparecido y el pueblo tenía un aire sobrenatural.

—Parecen fantasmas —dijo Lorena, contemplando los jirones blanquecinos sobre una palloza en la colina.

Estaba un poco desanimada. No había encontrado a Nacho y la espesa bruma era siniestra. Ella y sus amigos se apartaron para dejar pasar a un par de vacas grandes, de olor penetrante, que cruzaban sin prisa hacia las afueras del pueblo. Sus cascos resonaban con sequedad en el suelo empedrado.

—En un día así, la Reina Católica intentó llevarse las reliquias de El Cebrero a Castilla —les dijo el pastor, al ver sus caras de desconcierto.

—¿Cómo?

El pastor, un hombre mayor, desharrapado y con pocos dientes, chasqueó la lengua. Las vacas refrenaron el paso y quedaron esperando en la niebla, como enormes y pacíficas deidades.

—¿Y luego, no conocéis el milagro de El Cebrero? ¿El cáliz de Santa María la Real?

—¿Un cáliz milagroso?

—*Eh, Marela, ¿onde vas ti?* —El pastor restalló su vara contra el suelo y una de las vacas, que había dado varios pasos hacia un suculento prado cercano, volvió atrás—. Sí, señor, un cáliz. Algunos *trapalleiros* os dirán que es el Santo Grial, que aquí vinieron los caballeros de la Tabla Redonda… *Parvadas*. No necesitamos leyendas de otras partes cuando ya tenemos las nuestras.

—¿Y cuál es esa leyenda?

—Un día de invierno, un campesino llegó hasta aquí para oír misa, arriesgando la vida en plena nevada. El cura, ya sabéis cómo son,

pensó que mucha devoción era aquella por un mendrugo de pan y un poco de vino, y entonces, los sacramentos se convirtieron en carne y sangre. ¡*Eiquí, nunha* aldea perdida entre montañas!

—Bueno, ¿y eso qué tiene que ver con los Reyes Católicos? —preguntó Nerea.

El pastor volvió a chasquear la lengua.

—Déjame contarlo a mi ritmo, rapaza. ¿Un cigarro no tendréis?

Ninguno fumaba y negaron con la cabeza. Sebas le entregó un par de monedas.

—Tome, para que se lo compre usted.

El hombre se las guardó en el bolsillo, riendo entre dientes.

—¿*Onde* iba? Ah, las reliquias. La historia corrió por todas partes, claro. ¿Os fijasteis en el escudo de Galicia? La copa y la oblea sagrada son los de El Cebrero.

Lorena repasó el escudo en su memoria. El cáliz sobre fondo azur, con un círculo sobre él. Siempre le había parecido una curiosa elección, habiendo otros símbolos tan representativos de Galicia como la concha o la cruz de Santiago. ¿De verdad venía de aquella leyenda olvidada?

—Hasta los Reyes Católicos oyeron hablar del cáliz milagrero. *Disque* la Reina Isabel quiso llevarse la reliquia a Castilla, a un lugar donde luciera más, pero los caballos se negaron a abandonar el pueblo, como si un poder sobrenatural se lo impidiera. *Deus* bajó a posar un dedo sobre El Cebrero y yo creo que lo hizo en forma de niebla.

—Entonces, ¿el cáliz sigue aquí?

—Sigue, claro que sigue. La Reina tuvo que devolverlo y aquí está desde entonces. *Va, Marela, Ruliña, hop, hop*.

El pastor, sin cáliz alguno que le impidiera abandonar el pueblo, desapareció con sus vacas en la niebla. Sebas, Nerea y Lorena se miraron.

—Vamos a verlo, ¿verdad?

—Vamos.

Santa María La Real era una ermita muy antigua, prerrománica, con gruesos muros de mampostería y un recio pórtico protegiendo la entrada.

—Está cerrada —dijo Lorena, decepcionada, tironeando de la puerta.

—No podemos quedarnos aquí hasta que abran —dijo Sebas consultando el reloj—. Será mejor que sigamos; con esta niebla habrá que ir despacio.

Él y Nerea emprendieron la marcha.

—¿Vienes, Lorena?

—Sí… —Ella se demoró para echar un último vistazo.

La ermita tenía un aire sombrío. Su sólido torreón se erguía a contraluz, figura irreal y humeante entre jirones de niebla. Daba miedo.

—Ya voy —repitió. Y, apretando el paso, se internó en la densa bruma tras sus amigos.

*

Cuando Nacho despertó en El Cebreiro, la niebla era ya un mar blanquecino casi tan denso como el de Manjarín. Sin embargo, él se sentía ligero. Al fin había hablado con Silvia; se había explicado. Era libre. No una mala persona.

«¿Cómo estás? ¿Has dormido bien?», le escribió al salir en busca del desayuno.

«Más tranquila, gracias. Piénsate lo que te dije, Nacho. Por favor».

«Lo haré, te lo prometo».

Se guardó el móvil y sonrió a un par de asturianas. Reflexionaría sobre la posibilidad de volver con Silvia, aunque estaba bastante seguro del resultado. La niebla era espesa y el pueblo tenía un aspecto fantasmagórico. Pasó por delante de la iglesia de Santa María. No sabía nada de la leyenda, pero quedó impresionado por las evoluciones nebulosas sobre sus muros. Había una peregrina solitaria frente al pórtico cerrado, una joven de pelo recogido y mochila medio vacía. La bruma creaba un extraño efecto a contraluz; una claridad difusa de fotografía color sepia. Admiró las dos figuras: la ermita y la peregrina. Parecían sacadas de otra época. Al verse sola, la chica apuró el paso para reunirse con sus amigos. La niebla era fría y Nacho tenía hambre, así que se metió en el bar donde estaban las asturianas para desayunar con calma. Esperaría a que se abriera un poco el tiempo. Seguro que no tardaba mucho.

*

Lorena alcanzó a sus amigos y los tres continuaron por una especie de sendero embrujado en un ambiente neblinoso. A ratos, asomaba un sol sucio y amarillento, aunque casi todo el tiempo, el paisaje era blanco, esponjoso e intangible. Había mucha humedad. Ablandaba la hojarasca del suelo y se prendía, delicada, en las telarañas. Orballaba, como dicen en Galicia con una de sus cien expresiones para el agua en el aire. Notó un tirón de morriña. Aquel término, como *brétema* o *vagalume*, la transportaba al fantasioso subconsciente de su infancia.

Poco a poco, el sol fue ganando la partida. La bruma se deshizo y solo quedaron algunos jirones humeando en los montes vecinos. El día se volvió cálido sobre un panorama sonriente de robles y tojo. La ascensión a los Ancares todavía no había acabado, aunque después de

El Cebreiro solo quedaban dos repechos: el alto de San Roque y el duro alto do Poio. Fue tras este último, en un merendero junto al Camino, donde empezaron a ver caras conocidas. En una mesa, los eternos franceses armaban un buen alboroto; en otra, mucho más tranquilos, estaban Aurora y Álvaro, junto con Leo y Clara.

—¿Cómo habéis llegado antes que nosotros? —dijo Nerea—. Si os dejamos durmiendo en La Faba.

Resultó que no se habían detenido a desayunar; por eso los adelantaron. Lorena, Sebas y Nerea se sentaron con ellos. Aurora había comprado un queso de El Cebreiro; Leo, un pote de miel casera. Lorena se acercó a una especie de tienda-bar y escogió una bolla de pan gallego, todavía caliente. Seguro que las repartía el panadero en una furgoneta blanca, como en la aldea de la abuela Maruxa. Todos aportaron alguna cosita, aunque solo fuera una pastilla de chocolate, y celebraron una comida improvisada. Lorena los miró con agrado. Era su grupo del Camino. Su grupo. Sebas y Nerea, Aurora, Álvaro, Leo y Clara. Con ella, siete peregrinos de distintos lugares, edades e intereses, unidos por un breve tiempo y un objetivo común. ¿Llegarían juntos a Santiago? La meta todavía quedaba lejos. De momento, se conformaba con disfrutar del pan con queso en el merendero. Unas cuantas gallinas picoteaban las migas bajo la mesa y una vaca rubia mugía en el prado vecino. Los franceses alborotaban mucho —debían estar borrachos— y habían sentado a un paisano a su mesa, un hombre un poco bronco con sombrero de paja. Ella era demasiado feliz con sus amigos como para prestarles atención.

*

Nacho se demoró un buen rato en El Cebreiro. Las asturianas se marcharon enseguida y no le apeteció seguir flirteando. En realidad, le hubiera gustado ver una cara amiga. Era libre, pero ya no tenía ganas de emplear esa libertad para acostarse con cualquiera. Anhelaba una buena charla y la imagen de Lorena le venía a la cabeza con frecuencia. ¿Dónde estaría? No la veía desde Itero de la Vega, hacía casi dos semanas. Una eternidad.

Remoloneó en El Cebreiro hasta que se levantó la niebla. Desaparecidos los fantasmas, el pueblecito se volvió encantador, con sus pallozas redondas y sus callejuelas de piedra. Hizo una foto y se la envió a Silvia, para las niñas. Luego echó a andar al sol. Llegó al alto do Poio y miró el merendero con agrado. Qué buen sitio para descansar. Estaba casi vacío, salvo por el grupo de franceses de Foncebadón. En su mesa se acumulaban varias botellas de vino vacías.

—*Bonjour!* —los saludó.

No tenía mucha idea de francés, pero eran los primeros conocidos

que veía en varios días.

—Ah, Nacho —dijo Yannick, con voz pastosa—. ¿*Quieggges* un vaso de vino?

Él se dejó caer en una silla de plástico.

—Pues sí que me apetece. ¡Qué mañana! Primero la niebla y ahora, este calor.

—Toma vino. Es un buen *ggremedio contggra* el *calogg*.

—¡Vino! —repitió un paisano de la zona.

¿Qué hacía sentado a su mesa? Se había quitado el sombrero de paja y tenía la cara roja y los ojos turbios. Debía llevar un buen rato bebiendo con ellos.

—¿Quién es? —le preguntó a Yannick.

Este abrió su guía del Camino.

—*Miggga* —dijo, señalando una fotografía—. ¡Es él!

El mismo paisano le sonreía desde la guía francesa, acompañado de una vaca rubia para dar un toque folclórico a la descripción del pueblecito de Biduedo. Los franceses lo habían reconocido y lo festejaban invitándolo a beber; y él, encantado, claro. Nacho le guiñó un ojo.

—Oíd, ¿os habéis cruzado con alguno de los españoles? Ya sabéis: Álvaro, Aurora, Sebas…

Yannick se quedó pensativo, rumiando los nombres. Nacho hizo más sugerencias:

—Clara, Lorena…

—Ah, *Lorraine*! La famosa *Lorraine*, el pequeño *toggbellino*. Sí, sí, acaban de *maggchaggse*. Querían *llegagg* a *Tggiacastela*. Y nosotros, ¿dónde vamos a *quedaggnos*?

—¡En Biduedo! —exclamaron todos, bastante borrachos, incluido el paisano, que alzó su vaso para que le sirvieran más vino. En el prado vecino, su vaca mugió.

*

Lorena y su grupo estaban cada vez más unidos. Hicieron los catorce kilómetros de bajada hasta Triacastela todos juntos, a veces adelantándose o atrasándose un poco, siempre a la vista de los demás. Muy cerca ya de Triacastela, en la aldea de Ramil, el Camino pasaba junto al castaño más enorme que hubiera visto en su vida. El tronco tenía el tamaño de un cobertizo de jardín y la copa, de ramas gruesas como boas, asomaba gigantesca sobre los tejados del pueblo.

—Este árbol debe ser casi milenario —dijo mirándolo con ojo experto.

—Tiene ochocientos años —dijo Álvaro—. Lo pone aquí, en este cartel.

Lorena le dio la vuelta completa, observando las raíces aferradas a la tierra y la corteza envejecida.

—Ya salió la bióloga —bromeó Nerea.

Sonrió. No tenía intención de adoptar un aire profesional ante aquel magnífico árbol. Siguiendo un impulso algo fantasioso, dijo:

—Este no es un árbol normal. Es un Castaño de los Deseos. Si consigues amigos suficientes para rodearlo y dar tres vueltas en corro a su alrededor, te concede un deseo.

Se sintió un poco ridícula; era una historia muy tonta. Nerea, con un guiño simpático, miró a los demás y dijo:

—Habrá que intentarlo.

Los siete se cogieron de las manos haciendo una cadena: Leo a Clara; esta, a Aurora; Álvaro, Sebas, Nerea y Lorena. Rodearon el tronco, tan grueso que ni entre siete consiguieron cerrar el círculo.

—Qué árbol más enorme —jadeó Lorena, estirando los dedos para rozar la mano de Leo—. Adiós a nuestros deseos.

—Tal vez no —dijo una voz a sus espaldas.

Volvió la cabeza. Tras ella, Nacho extendió los brazos, la cogió de la mano y se sumó al corro. Siendo ocho, fue fácil dar las tres vueltas al castaño. Aun así, Lorena no pidió nada. A ella ya se le había cumplido el deseo.

GALICIA

40. La pata de oca

Si Nacho hubiera escogido unos cuantos peregrinos para abordar el tramo gallego del Camino, habrían sido casi los mismos que se encontró en corro alrededor del castaño de Ramil. Los conocía a todos: a Álvaro, con su música, sus *gallis* y su camiseta de AC/DC. A Clara y Leo, que ya estaban medio emparejados en el albergue de Valdeviejas. Se sintió un poco incómodo con Aurora, que conocía bien su vida privada, y con la censura del ceño de Sebas. Menos mal que había vuelto Nerea; era la chica ideal para aliviar tensiones. Y lo mejor de todo: Lorena, que sonreía para sí esperando el momento en que pudieran hablar con más tranquilidad. ¿Sabría que había roto con su mujer? No lo creía. Solo Aurora hubiera podido decírselo y era una mujer discreta. Lorena no dejaba traslucir nada especial. Si se había alegrado de verlo, era solo por las semanas transcurridas.

En Triacastela, el albergue municipal estaba lleno y se alojaron en uno privado, algo más caro. A cambio, obtuvieron un dormitorio para los ocho y un saloncito compartido.

—En Galicia, habrá que espabilarse y volver a madrugar —dijo Leo, que contaba cada céntimo que gastaba.

—¡Qué pereza! —suspiró Lorena.

—Quién te ha visto y quién te ve —dijo Nacho—. Antes, no quedabas tranquila saliendo después de las siete de la mañana.

Ella le sacó la lengua. Estaba guapa. Había deseado alcanzarla para desahogarse en un hombro amigo y ahora se encontraba mirándola con cierta fascinación. Se había recogido el pelo castaño en una coleta más llamativa que la melena aniñada con que la conoció y tenía la piel muy morena. Parecía más segura de sí misma. Y más alegre.

—Has cambiado —afirmó.

Empezaba a sentir la emoción de la expectativa, como cuando salía de discotecas en su juventud. Lorena no había querido enredarse con un hombre casado; pues bien, ya no lo estaba. Ahora podía obrar con libertad y la nueva Lorena, la «famosa Lorena», le parecía una conquista apetecible. Conocía bien a las chicas románticas como ella. No tenían nada que ver con gente como Rosa-Rebeca o la francesa de Foncebadón; eran más como las japonesitas, para quienes el acercamiento físico consagraba una conexión espiritual. Y eso era lo que le apetecía. Acababa de cortar el vínculo más fuerte de su vida; no pretendía reemplazar a Silvia, pero sí algo más que noches con mujeres de las que no sabía ni el nombre.

Los ocho del grupo cenaron juntos y se prepararon para dormir. Había bastante trasiego mientras unos iban al baño y otros se hacían

la cama. Nacho se acomodó en un sofá de la sala común. No tenía sueño. Desde la penumbra de la salita, veía pasar a Lorena de aquí para allá y sonreía para sí, anticipando la deliciosa aventura de seducción le esperaba.

—Tienes cara de estar pensando en una *galli* —dijo Álvaro interrumpiendo esas ideas agradables.

Él y Aurora se acomodaron en sendos butacones junto a él, ajenos a sus perspectivas de intimidad con Lorena.

—Qué va —mintió Nacho—. Reflexionaba sobre el Camino. Todos recorremos el mismo y, aun así, nuestras experiencias son muy distintas.

—¿A qué te refieres?

—Hagamos una prueba: ¿cuál ha sido el lugar más especial para vosotros en Castilla?

—Yo no puedo decir nada —intervino Nerea, risueña, dejándose caer en el sofá junto a Nacho—. Me rendí sin haberla pisado.

—No es verdad, fuiste de Astorga a El Cebreiro—dijo Lorena.

Ya no había sitio en el sofá, a menos que se apretaran un poco. No se atrevió a pedirlo. A Nacho le enterneció verla acercar una incómoda silla de mimbre.

—Sí, bueno, cuatro días de tropecientos —dijo Nerea con ligereza—. En fin, si tuviera que elegir, supongo que Rabanal sería mi sitio. Ese olor dulzón a verano y ciruelas en el jardín.

—¿Y tú, Aurora?

—A mí me impresionó León —dijo la profesora, reflexiva—. Me recordó… mi pasado.

A Nacho le vaciló un poco la sonrisa. León. Su cárcel. Desechó el pensamiento. Esa noche solo quería disfrute. Animado, dijo:

—Yo me quedo con Manjarín.

—Ah, el refugio templario —exclamó Álvaro—. Todo un hito.

—¿Lo conoces?

—Me quedé allí un par de veces. Tiene su punto.

—Faltas tú, Lorena —dijo Nacho.

La chica pareció confusa. Antes de que pudiera decir nada, Clara y Leo se asomaron a la sala para desearles buenas noches.

—Nos retiramos ya.

—Hasta mañana.

—Yo también me voy a acostar —dijo Sebas desde la puerta.

A Nacho le daban igual Clara y Leo, pero se alegró de la ausencia del exmilitar. No quería censores esa noche. Álvaro y Nerea no le pondrían pegas y en cuanto a Aurora, confiaba en su discreción. Se incorporó un poco y le dio un toquecito a Lorena en la rodilla:

—¿Qué? ¿Cuál fue tu sitio especial en Castilla?

Le gustaba verla tan retraída, como si la abrumara su presencia. Le

hacía sentir importante. Ella alzó la cabeza y lo miró a los ojos.

—San Bol —dijo casi desafiante—. Ese fue mi sitio especial.

—Sí —murmuró él sosteniéndole la mirada—. Una noche para recordar.

Hubo un denso silencio. Nerea se levantó y, con una sonrisa cómplice, declaró que se iba a la cama. Entretanto, los pensamientos de Nacho habían ido por otros derroteros. Retomó el asunto de Manjarín:

—Al principio, aquel tipo me pareció un poco ridículo. Un hombre disfrazado de caballero medieval en una aldea, como si fuera un quijote. Pero me gustó hablar con él. En inglés existe esa palabra, «*enlightening*», ¿cómo la traduciríais? «Iluminador», qué tontería. «Esclarecedor», ni que fuera una novela policíaca. En fin, dicho de modo cursi, él me ayudó a ver la luz.

—Sí que es cursi —dijo Álvaro con una mueca—, aunque te entiendo. Por eso me gusta tanto el Camino: por las sorpresas que te da la gente.

—Y las enseñanzas —intervino Lorena en voz baja.

—Y las enseñanzas —corroboró Nacho.

—¿Qué has aprendido tú? —le preguntó Aurora.

Nacho hizo un gesto vago con la mano. No pretendía profundizar en nada; solo mantener una conversación ligera hasta que Álvaro y Aurora se fueran a dormir. Lorena no se marcharía antes; lo leía en sus ojos.

—Sorpresas… —repitió, buscando un tema más seguro—. A mí me sorprendió la conexión del Camino con los templarios. Oye, Lorena, deja esa silla tan rígida y vente al sofá, anda.

Al retirarse, Nerea había dejado mucho espacio libre; ya no tenía excusa para permanecer en su asiento de mimbre.

—¿Dónde habéis visto huellas templarias? —dijo Aurora.

—A ver… la primera vez fue en Torres del Río, ¿no, Lorena? ¿A que aquí estás más cómoda?

La chica se había sentado al borde del cojín. Ya se acercaría a él; no había prisa. Desde ahí le veía el contorno de una mejilla suave como tarta de manzana. Deliciosa. Ella sonrió recordando al místico de rastas hasta la cintura y a la pulcra historiadora.

—En realidad, la primera fue la ermita de Eunate, solo que no la visitamos —dijo—. Era la torre octogonal del Camino Aragonés.

Nacho se deslizó por el sofá hasta que sus rodillas se rozaron.

—Para mí, esa no cuenta, ¿sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque los templarios guardan nuestros encuentros —replicó en voz baja; y tuvo el placer de verla sonrojarse—. Piénsalo: nos conocimos cerca de Torres del Río; ahora volvemos a encontrarnos

tras Manjarín y Ponferrada.

—¿Y San Bol? Allí no había templarios.

Nacho se acercó más y le susurró al oído:

—Es que, en San Bol, engañamos a nuestros guardianes.

Ella se estremeció, incapaz hasta de mirarlo. Era adorable que no supiera cómo reaccionar a los ataques directos. Él se sentía muy cómodo cuando una chica le respondía con desparpajo; esto era diferente. Su candor le inspiraba una gran ternura.

—Es curioso que hagas tuya esa relación entre el Camino y los templarios —murmuró ella, pensativa—. Yo siento algo parecido con… bueno, con las ocas.

—¿Sí?

—Ya sabes: el juego de la oca, los símbolos de la pata de oca…

—Es casi lo mismo, ¿no? Ocas y templarios.

—No del todo—dijo Lorena—. ¿Recuerdas cuál fue la primera oca de nuestro Camino?

Lo pilló un poco despistado.

—Fue el Cristo de la Pata de Oca, en Puente la Reina. El lugar donde nos conocimos.

—Ah.

—Y luego, el juego de la oca en Logroño, donde…

—…donde me porté como un cerdo contigo y te perdí por primera vez. —Le acarició la mano. Ella no se apartó—. ¿Hay más ocas en nuestra historia?

—En San Bol, aquel *hippie* ermitaño había dibujado patas de oca en las paredes.

—Nuestra noche mágica del reencuentro.

—Y la iglesia de Frómista canalizaba la energía en forma de pata de oca.

—El día que nos separamos por segunda vez.

—Exacto. Las ocas han ido marcando mi Camino. Hasta con Nerea: nos separamos al pie de los montes de Oca y volvimos a vernos en El Ganso.

—Quizá el Camino sea «un haz de luz que…». Vamos, ven aquí.

Nacho tironeó de ella para atraerla a las profundidades del sofá. Álvaro y Aurora se habían retirado discretamente. Por fin tenía libertad de acción.

—He dejado a mi mujer.

Fue un momento delicioso. La notó sobresaltarse junto a él y alzar la cabeza para mirarlo. La había tomado por sorpresa. Sus ojos de profundo color chocolate eran una mezcla de duda y esperanza; se preguntaban si aquello era una mera confidencia amistosa o una declaración de intenciones. ¡Aún dudaba! Era como una cenicienta que no creía merecerle. Y le encantaba la idea de hacer de príncipe

azul. Se quedaron un rato callados. Tímida, ella se recostó contra su hombro. Él le acarició el pelo.

—¿Sabes dónde se unen los templarios y las ocas? —le susurró.

Ella murmuró que no, sin mover la cabeza para que no dejara de acariciarla. Nacho tomó una de sus manos y le dibujó unas líneas en el dorso con el dedo.

—En la pata de oca.

Repitió el gesto, casi una caricia.

—Un trazo recto y dos ramificaciones. Tan sencillo… y cuántos significados ocultos. Un Camino vital, por ejemplo. Lo recorremos juntos un tiempo —hizo de nuevo el trazo recto— y luego nos separamos. —Repitió las ramificaciones.

Lorena levantó la cabeza, interrumpiendo la caricia.

—A mí me gusta verlo al revés —dijo despacio—: dos vidas separadas que se unen en el Camino para seguir juntas.

Sus labios estaban tan cerca, tan tentadores. Nacho le rozó la mejilla. Olía a flores, a lavanda. La tomó con delicadeza por la nuca y la besó. Y procuró apartar de su ánimo la leve incomodidad que sentía porque Lorena viera la pata de oca como el principio de un camino. No como un final.

41. Los nuevos aniversarios

Por la mañana, en Triacastela, Lorena despertó feliz. Nacho la había besado. Había abandonado a su mujer *¡y luego la había besado!* Ni en sus mejores sueños hubiera podido imaginar algo así. Ella no tenía esa clase de suerte; no volvía locos a chicos guapos como él y menos cuando al otro lado había una atractiva esposa de pelo rizado. Era la magia del Camino. Por fin «recibía» y estaba en una nube rosa. Primero, el grupo de amigos y, ahora, un… ¿qué era Nacho exactamente? No un novio. Todavía no, al menos, aunque el maravilloso beso de la noche anterior la hacía concebir esperanzas. ¿Un amigo especial? ¿Un ligue? No era tiempo de dar nombre a su relación. Era una aventura del Camino que no había hecho más que empezar. De momento, bastaba.

Ninguno de los ocho amigos logró madrugar. Estaban cansados después de casi un mes caminando y, aunque solo faltaban seis o siete días para llegar a Santiago, la meta aún era demasiado lejana para convertirse en aliciente. Además, habían superado las llanuras abrasadoras de Castilla y en Galicia había árboles y una temperatura razonable; no tenían por qué temer los ardores del sol. Pasaban de las nueve cuando Lorena abandonó el albergue con Nacho, Sebas y Nerea. Aurora, que tenía mucho interés en visitar el monasterio de Samos, había partido pronto. Clara y Leo se arreglaban sin prisas y Álvaro, fiel a sus principios, aún estaba durmiendo.

—Hasta luego —se despidió Lorena de la pareja—. Nos encontraremos esta tarde en Barbadelo.

Lo de Barbadelo había sido idea de Álvaro. La etapa tradicional cubría los dieciocho kilómetros de Triacastela a Sarria, pero él detestaba esa población.

—Está llena de *sarrigrinos* —había explicado el día anterior, durante la cena.

—¿*Sarrigrinos*? —preguntó Aurora divertida. Como profesora de lengua, le hacía mucha gracia el vocabulario peculiar de Álvaro.

—Los peregrinos del mínimo esfuerzo. Para ganar la Compostela, hay que caminar al menos cien kilómetros. Sarria está justo a esa distancia de Santiago. Muchos *turigrinos* empiezan allí, hacen cinco días y llegan a la catedral presumiendo del Camino como si hubieran estado un mes. Esos son los *sarrigrinos*.

—No será para tanto.

—Ya. Verás el atasco que se monta de allí a Santiago.

—En cualquier caso, dieciocho kilómetros hacen una etapa corta —dijo Aurora, siempre práctica—. Podemos seguir un poco más y así

evitamos Sarria.

—Yo propongo Barbadelo —dijo Álvaro—. No lo conoce nadie y hay un albergue con piscina.

¡Piscina! Una vez superada la niebla de los Ancares, el tiempo se había vuelto bastante caluroso y la idea de bañarse era tentadora. Todos estuvieron de acuerdo en hacer los veintiún kilómetros hasta allí. Clara insistió en reservar plazas en el albergue, por si acaso, y Leo hizo la llamada; así, aunque cada uno partiera a su antojo, tenían la seguridad de reunirse por la tarde. El grupo seguía siendo grupo.

Lorena caminaba de nuevo con sus amigos más antiguos. Aunque eso le restaba intimidad con Nacho, la alegraba recuperar la compañía de los viejos tiempos. Con ellos había descubierto las villas navarras: Mañeru, Cirauqui, Estella… Habían bebido juntos de la Fuente del Vino y habían charlado con Pablito *el de las Varas*; tenían muchas anécdotas que recordar. Por si fuera poco, ahora estaban en Galicia y ella sentía el orgullo del guía en su tierra. Deseaba asombrarlos con robles majestuosos, presumir de *corredoiras* hundidas en el bosque y del olor a verde, traducir para ellos la *fala* de los aldeanos. Ya tendría tiempo de escabullirse con Nacho cuando llegaran al albergue; no quería caer en la desatención con sus amigos por un ligue. ¡Tantas veces se lo habían hecho a ella! Sin embargo, nada más salir de Triacastela se le presentó una disyuntiva fastidiosa. Había dos rutas para ir hasta Barbadelo: la del monasterio de Samos, que era llana pero larga, y la que atajaba monte a través, mucho más escarpada. Y no se pusieron de acuerdo.

—Vamos por Samos, ¿no? —dijo Sebas—. He oído que el monasterio es impresionante. Está escondido en el bosque y aún tiene vida monástica; me gustaría visitarlo.

—Son siete kilómetros más —protestó Nacho—. ¿No preferís llegar pronto? Ir a la piscina, tomarnos una copa…

Lorena frunció los labios. Bien sabía ella que a Sebas no lo convencería con eso. Y que no iba a ceder por Nacho.

—Yo también prefiero Samos —intervino Nerea vacilante—. Mi rodilla no lleva bien las cuestas.

—Siete kilómetros son muchos para hacerlos porque sí —dijo Nacho —. Vamos, seguro que el monte no es para tanto.

—No pasa nada; nos podemos separar —dijo Sebas con frialdad—. ¿Y tú, Lorena? ¿Quieres visitar el monasterio?

—Pues…

A ella tanto le daba una ruta que otra; lo que no quería era dividir el grupo. Los dos chicos la miraron, esperando que tomara partido. Nacho sonreía, confiado. Sebas, muy serio, insistió:

—Es el último monumento importante antes de la catedral de

Compostela. Me gustaría verlo contigo.

Era tan raro que el exmilitar, reservado y autosuficiente como era, reclamara así su compañía, que estuvo a punto de ceder.

—¿Vas a abandonarme? —dijo Nacho sin dejar de sonreír.

En sus ojos leyó promesas de más besos maravillosos, de largas conversaciones a solas por el bosque, de roces de manos en la piscina… y todos sus buenos propósitos de atención a los amigos se esfumaron como la bruma de los Ancares al sol.

—Nos vemos luego en Barbadelo —murmuró sin mirar a Sebas. Y el guiño simpático de Nerea no la consoló de la fría despedida de su amigo.

—Menos mal que me prefieres a unos monjes —bromeó Nacho cuando estuvieron a solas.

Ella esbozó una tibia sonrisa. No le gustaba el pulso que habían echado por reclamar su atención. Fue rumiando el asunto mientras bordeaban el arroyo Valdoscuro, al pie del monte. El sendero era umbrío y la corriente, escondida entre sauces y robles, hacía honor a su nombre. Nacho no habló mucho más y ella, molesta, se preguntó por qué había insistido tanto si luego iba a ignorarla. Antes de llegar a enfadarse, él la abrazó de repente y le dijo al oído:

—Me alegro de que estés aquí.

Volvieron a quedar en silencio mientras ascendían. Pasaron varias aldeas abandonadas, con las típicas casas gallegas en estado ruinoso, tan tristes como lóbregas. El bosque era denso, con túneles vegetales de troncos retorcidos y barbas de liquen. Tenía un aire viejo, cansado. Levemente opresivo. Así se sentía también Lorena, presa de una ligera inquietud que se iba acrecentando a medida que pasaban las horas y Nacho no salía de su mutismo. ¿Por qué no le hablaba? Le estaba haciendo lo mismo que en Itero de la Vega, justo antes de separarse. Pensó con pena y algo de envidia en la visita de Sebas y Nerea al monasterio. Habrían alcanzado a Aurora. Los monjes les habrían ofrecido agua y galletitas o al menos una bendición para contribuir al espíritu peregrino, y saldrían de allí enardecidos, contrastando opiniones sobre la experiencia.

«Tiene gracia. Cuando era yo la que iba en grupo, envidiaba a Clara y Leo por su tiempo en pareja, y ahora…».

Ahora necesitaba que Nacho le diera un poco de cariño para recuperar la alegría y la emoción de la noche anterior.

—Discúlpame —dijo él al fin, ya bajando el monte—, hoy soy una pobre compañía.

—¿Te arrepientes de lo de anoche?

Él la miró, sorprendido.

—¿De qué? Solo fue un beso. Y ahora soy libre.

Ahí estaba otra vez esa mirada pícara. Lorena se animó.

—Entonces…

—Es que he recibido un mensaje esta mañana. —Sacó el móvil—. De Silvia.

De su mujer. Le enviaba una imagen de sus hijas desayunando en pijama. Las niñas sonreían a la cámara con bigotes de cola-cao, en una idílica estampa hogareña.

—Esta es Claudia. Y mira Blanca, lamiendo la cuchara. Le encanta el chocolate.

—Son muy lindas.

Ya las conocía; no era la primera vez que le enseñaba fotos suyas. Sintió un leve desprecio hacia Silvia, que trataba de retener a su marido de una forma tan burda.

—Aún no saben nada —dijo él guardando el teléfono—. Es curioso; me alejé de Silvia para desear volver a ella y, cuando me vi lejos, ya no quise regresar.

Lorena no respondió. No la halagaban sus confidencias; ahora no. ¿Por qué seguía hablándole de su mujer? ¿Y por qué se mostraba tan distante?

—Lorena…

No. No quería escuchar lo que tuviera que decirle; ni excusas ni explicaciones ni ninguna frase heroica y definitiva. Él la tomó del brazo y la miró a los ojos. Le acarició una mejilla.

—Soy demasiado mayor para acostumbrarme a nuevos aniversarios.

Llegaron los primeros a Barbadelo. Hubiera sido el momento perfecto para disfrutar de algo de intimidad, pero el hechizo se había roto. Nacho no quería una relación y tampoco parecía muy inquieto por cómo lo tomaba ella. Escogió una litera y se enfrascó con el móvil, ajeno a todo lo demás. Cuando llegaron Clara y Leo, listos para divertirse en la piscina, Lorena se fue con ellos, dejándolo a solas en el dormitorio.

Por la mañana, estuvo preparada para partir antes que él. Una vez más, Aurora había salido temprano, la parejita remoloneaba y Álvaro estaba profundamente dormido. Lorena se dispuso a partir con Sebas y Nerea y a prestarles toda la atención que les había escatimado el día anterior.

—¿No me esperas? —dijo Nacho con una media sonrisa.

Ella vaciló. ¿A qué estaba jugando? Ay, pero esos ojos azules…

—Voy tirando —dijo insegura—. Nos alcanzarás enseguida.

Y casi huyó con Sebas y Nerea, muy confusa por la expresión dolida de él.

Es curioso cómo al cambiar de ambiente, las inquietudes que uno

arrastra se vuelven pequeñas e irrelevantes. Lorena pensaba que Sebas y Nerea la interrogarían al detalle. No fue así. Ellos estaban enzarzados en sus propias historias. En realidad, fue un alivio; tenía el alma demasiado revuelta para explicaciones. Escuchó con interés que la pierna de Nerea mejoraba y opinó que la naricilla ecográfica de la hija de Sebas era igual a la suya. «Solo quedan unas pocas semanas». Al atender a los asuntos de otros, Lorena descubría un remedio mucho más genuino que el de desahogarse ella misma.

Ese día, el Camino estaba muy concurrido. Habían pasado Sarria. Era la recta final y por primera vez experimentaban las autopistas peregrinas de las que Álvaro renegaba tanto. Apenas había ya caminantes solitarios. La mayoría iban en grupo o incluso en manada, alborotando los senderos, parándose a hacer fotos y trastornando el espíritu peregrino del resto de la ruta. Algunos cantaban; otros solo pensaban en comer. Había turistas con mochilas enormes —fallo de principiante—, mientras que a otros se las transportaba un servicio de taxis. Era fácil distinguir a los pocos peregrinos auténticos; tan solo había que mirar el estado de sus botas.

—¿Os dais cuenta de que solo nos quedan cinco días de Camino? —dijo Nerea mientras adelantaban a un ruidoso grupo de jubiladas—. ¡Solo cinco!

A Lorena también le costaba creerlo. Había atravesado el país entero a pie; en tiempos tan motorizados, era una auténtica proeza. La meta vagamente inalcanzable que siempre había sido Santiago se volvía real, y el Camino, ese paréntesis en que su realidad había quedado en suspenso, se acababa.

—Por cierto, ¿aún no has recibido respuesta de la oferta de trabajo?

Ella meneó la cabeza. Seguía sin plan para después. Pensó en el guardamuebles de Madrid, en su familia cada vez más cerca, en el rechazo del doctorado. Habían pasado varios días desde que solicitó el puesto en la empresa de Vigo, ¿cabría aún esperar buenas noticias?

—Hoy es viernes —dijo Nerea—. Tal vez te digan algo como cierre de semana.

—Ojalá. Revisaré mi correo en cuanto lleguemos a alguna población importante.

—¿Y qué hay de Nacho? —preguntó Sebas alzando una ceja—. ¿Qué te ha dicho de la oferta?

—No se lo he contado.

—Chica, no le hagas caso —dijo Nerea dándole un puñetazo amistoso al exmilitar en el hombro—. Sebas, cualquiera diría que tienes celos.

—¿Celos, yo? —Sebas se rascó el cogote—. Bueno, podría parecerlo. Me preocupo por ella. Lorena, ese hombre te hará sufrir.

—No creas, no pretende engañarme —dijo ella con convicción—.

Ha dejado a su mujer.

Sebas abrió los ojos, sorprendido.

—No lo sabía. Eso cambia un poco las cosas, aunque no significa que esté libre del todo. Un matrimonio no se rompe tan fácilmente.

—¿Crees que volverá con ella?

—Claro. Todos lo hacen —dijo Nerea con extraña firmeza. Y añadió pícara—: Pero nada te impide darte un capricho entretanto.

—¿Aunque sepa de antemano que no será nada serio?

Nacho le había dejado muy clara su postura; en realidad, estaba siendo bastante honesto con ella. Sin embargo…

—Que sí, mujer. Te quedará una bonita historia del Camino para recordar.

Sebas meneaba la cabeza.

—No lo hagas, Lorena. Acabarías enamorada de él.

Los tres amigos pararon a comer en Portomarín. Siguiendo la filosofía de evitar los lugares masificados, el grupo iba a cubrir una etapa de veintiséis kilómetros hasta la aldea de Gonzar. Portomarín, fin de etapa tradicional desde Sarria, se encontraba a la distancia apropiada para hacer un descanso. Cruzaron un viaducto sobre el río Miño y subieron una escalinata hasta el pueblo, en la cima de un promontorio.

Portomarín era un lugar extraño. Cincuenta años atrás, la villa entera se había trasladado desde el borde del río a lo alto de una colina para crear un embalse. Algunos monumentos se reconstruyeron piedra a piedra en la nueva localización, pero la mayoría de casas quedaron en el fondo del pantano. Reinaba una calma insólita; la tranquilidad siniestra de los lugares terribles. Era una Atlántida, una de las «*cidades asolagadas*» de las leyendas gallegas. A veces, en los períodos de sequía, cuando las aguas del embalse estaban bajas, asomaban en la superficie algunos restos de chimeneas o el antiguo puente: los únicos recuerdos de un pueblo naufragado.

Lorena, Sebas y Nerea subieron hasta la plaza mayor, junto a la iglesia de San Nicolás. El nuevo Portomarín era una población sencilla, sin misterios ni terrores, y allí, en una terraza a la sombra, se toparon con Aurora.

—Venid a comer, que no podré yo sola con este churrasco. ¡Mirad qué fuente tan enorme!

Apenas habían ocupado la mesa cuando apareció el resto del grupo. Clara y Leo. Álvaro y Nacho. Los ocho volvían a reunirse. Juntaron mesas, pidieron más platos, se asombraron con el tamaño de las raciones gallegas. Y Lorena notó acelerársele el pulso cuando Nacho se acercó a ella y le susurró al oído:

—Al fin te alcanzo.

La comida fue muy animada, pero Lorena la pasó a la deriva. Nacho volvía a hacerle caso, a piropearla como la noche de Triacastela. ¿Qué pretendía? ¿Por qué la ignoraba un día y la halagaba al siguiente? Se dejó llevar por la mirada pícara y el tono juguetón. Cuando adoptaba ese aire travieso, era irresistible.

—Bueno —dijo Sebas a los postres—, habrá que continuar.

—He comido tanto que no podré dar un solo paso —suspiró Nerea.

Todos se fueron levantando mientras Aurora ajustaba la cuenta con el camarero. El sol apretaba; iba a ser una tarde rigurosa. Lorena se sobresaltó al echar mano a su mochila. Nacho permanecía sentado y la miraba con fijeza. Algo había cambiado. Su sonrisa era picante, incitadora. La tomó por la muñeca y anunció:

—Nosotros no seguimos. Hoy nos quedamos aquí.

Lorena miró de reojo a sus amigos. Nerea sonreía dándole ánimos. Sebas entornaba los ojos. ¿Cuál de los dos tenía razón? ¿Debía dejarse llevar por la aventura o ser prudente? En realidad, no importaba; era imposible negarse. Con una tímida sonrisa, les dijo:

—Nos vemos mañana.

42. El pueblo naufragado

Nacho no había ignorado a Lorena a propósito; sencillamente, tenía la cabeza en otra parte. Romper un matrimonio era un asunto serio y empezaba a plantearse si le había dedicado suficiente reflexión. No se trataba de una riña de adolescentes; él tenía dos hijas. Sus niñas… Ya no habría más mañanas de domingo con bigotes de cola-cao. Recordó las dificultades del papá-peregrino de Castilla. A Fernando, el hombretón de Atapuerca, solo y enfermo. Ninguno de ellos parecía disfrutar mucho de la libertad de un divorcio.

Lo que son las cosas: solo empezó a vueltas con las dudas cuando tuvo asegurada la adoración de Lorena. Está en la naturaleza humana encapricharse de las cosas hasta que se consiguen, no hasta que se disfrutan. Esa mañana había recibido una dosis de realidad al dejarlo ella plantado en Barbadelo. «A veces, Nacho, eres un poco tonto». Lorena era joven, dulce y complaciente. Su timidez resultaba adorable. Le apetecía acariciarla con ternura; y también enseñarle una a una las letras de la pasión. Apretó el paso hasta Portomarín y, cuando todos se levantaron de la mesa, en un impulso, la cogió de la muñeca. «Nosotros nos quedamos aquí».

Le salió bien. Ella se sonrojó; era tan inocente. Un patito feo deseando que alguien la convirtiera en cisne. La condujo al mejor hotel de Portomarín y pidió una buena habitación.

—Que tenga cama de matrimonio. —Y le encantó ver cómo ella se ruborizaba de nuevo.

Quería ofrecerle una aventura amorosa como una especie de regalo. Ella lo miraba como a un ídolo; como a un dios. Se dejaría llevar adonde quisiera conducirla. La idea le causaba un oscuro placer.

—Es… es una habitación muy bonita —tartamudeó ella mirando la cama desde el umbral.

Él no dijo nada. Le gustaba sentir que dominaba la situación. La atrajo hacia sí por la cintura. Ella abrió mucho los ojos al notar lo que él pretendía que notara. ¿Cuánto haría que no se acostaba con un hombre? Las mochilas cayeron al suelo. Esta vez, nada de caricias en la mejilla ni frasecitas al oído. Esta vez, Nacho iba en serio. Y el gemido ahogado de ella cuando la condujo al interior sin dejar de besarla le indicó que allí había mucha pasión por despertar.

El sol se ponía más allá del embalse cuando salieron de la habitación para respirar aire fresco y buscar algo de cena.

—Espérame un momento, ¿quieres? —le dijo Lorena al ver un ordenador de uso público.

Nacho se sentó fuera del hotel, en unos escalones. El Camino continuaba a la misma puerta, marcado con conchas jacobeas de bronce en el suelo. Lo contempló con la mirada perdida. Sentía una gran placidez.

—Estaba pensando en las conchas —le dijo a Lorena cuando reapareció. No se fijó en que ella parecía bastante alterada—. Son como patas de oca de muchas líneas. Y me dan la razón: apuntan a Santiago en sentido divergente, como un solo Camino abriéndose en ramales… ¿Qué te pasa?

Temió haberla molestado. No olvidaba que, para ella, la pata de oca simbolizaba justo lo contrario: una fusión de destinos. Sin embargo, se llevó una sorpresa con su respuesta:

—Tal vez la pata de oca sí sea un Camino que se separa y no dos que se unen.

—¿En serio?

—Sí. —La chica se sentó junto a él en los escalones y sonrió ilusionada—. Me han aceptado para un trabajo en Vigo. Empiezo en una semana.

Nacho parpadeó unos instantes. Enseguida reaccionó:

—¡Eso es fantástico! Cuenta, cuenta…

Con los ojos brillantes, ella le habló de la piscifactoría, de la cría de pulpos en cautividad, de su gran entusiasmo por los cefalópodos. Explicó anécdotas de su extraña inteligencia, de su capacidad de mimetismo, del tamaño diminuto de las larvas. Hablaba con tanto entusiasmo que no pudo evitar volver a besarla. Le fascinaba verla tan contenta. Esa noche no cenaron. Ninguno de los dos lo echó en falta.

Nacho despertó temprano. Lorena, aún dormida, tenía un brazo desnudo fuera del embozo. Un rayo de sol iluminaba su piel, dorada tras un mes al aire libre, y tuvo tentación de acariciarla. Se sentía ligero. Aliviado. Aquel trabajo que la alejaba de Madrid era una bendición: ella tampoco querría ya nada serio. «Saldré a buscarle el desayuno», resolvió. Le encantaría, y tal vez pudiera convencerla para aprovechar la habitación un rato más.

Encontró bollos de crema y capuchinos para llevar en una pastelería. Mientras se los preparaban, salió a la plaza a respirar el aire matutino. Hacía una mañana estupenda. Portomarín estaba alto y soplaba algo de brisa. Era sábado y la plaza bullía en actividad: bares, panaderías, tiendas de *souvenirs*… Un pueblo idílico. Nada hacía sospechar que allá abajo, en las aguas calmas del embalse, yacía ahogado su propio pasado. «Los matrimonios también naufragan así —pensó de pronto—. Un hogar olvidado bajo el agua y una huida a reconstruirlo en otro sitio». El nuevo Portomarín era encantador, como si hubiera estado allí siempre. El recuerdo de las casas sumergidas no

era ya más que un lamento turístico. «Tan fácil». Y no sabía si lo pensaba con reproche o con admiración.

La punzada de inquietud lo llevó a hacer una foto de la iglesia, uno de los edificios rescatados de las aguas piedra a piedra. Se la mandó a Silvia con un mensaje cariñoso para las niñas.

—Los cafés están listos.

Confiaba en encontrar a Lorena todavía dormida para sorprenderla con el desayuno. Cuando llegó, ella ya estaba lista para salir y muy animada.

—He escrito otro correo a la empresa. Lo leerán el lunes; no importa. Quería que supieran… Oh, un café. Y pasteles, ¡qué detalle! ¿Sabías que las larvas de pulpo solo comen huevas de centollo? Con razón criarlas es un reto. Tengo que ponerme al día, y rápido. Si acabamos el Camino el martes, tendré apenas una semana para estudiar.

Siguió parloteando entusiasmada. Nacho, que al principio respondía a su cháchara encantado de verla tan alegre, se fue quedando silencioso. Su detalle romántico no había tenido mucho efecto y las palabras de ella le hicieron comprender lo cerca que estaba el fin del Camino. Cuatro días. Solo cuatro. Llegarían a Santiago y Lorena abandonaría su vida para siempre. Le asombraba la naturalidad con que ella lo había asumido. Ella, que había entrado en Galicia deseando una relación con él. Cierto que esta nueva actitud suya hacía más fáciles las cosas, pero le molestaba verse desplazado. Además, el fin del Camino lo obligaba a enfrentarse a la crudeza de su ruptura. Ya no tenía una vida ordenada a la que volver. ¿Qué haría al llegar a Santiago? ¿Adónde iría? En cuatro días, solo habría vacío.

Salieron tarde y no alcanzaron al resto del grupo. Sebas, Nerea y los demás partieron temprano de Gonzar, ocho kilómetros más adelante, y ya habían cumplido su etapa hasta Casanova cuando Lorena y Nacho abandonaban Portomarín.

—Nos reuniremos con ellos mañana —dijo Nacho tras veinticinco kilómetros—. ¿Qué te parece si buscamos un hotel aquí, en Palas de Rei?

Le fascinaba aquella Lorena segura y parlanchina. Saltaba de un tema a otro, de la dieta de los pulpos al *Nautilus* de Julio Verne, como un jilguero, y consiguió hacerle olvidar un poco su propio matrimonio naufragado. Qué brillo tenían sus ojos. Qué dulces, sus mejillas de tarta de manzana. Mientras avanzaban entre robles y castaños por las *corredoiras* gallegas, Nacho procuró dejar atrás sus inquietudes y disfrutar del momento. ¡Así deberían ser todas las mujeres! Interesantes, animadas, con un mundo propio… Mujeres que lo adoraran —él no entendía otra forma de seducción—, sin depender de

él.

—Me gustas mucho, Lorena —murmuró aquella noche cuando estuvieron a solas.

Y, a diferencia del día anterior, que había dedicado todos sus esfuerzos al disfrute de ella, esta vez se abandonó a sus propias sensaciones con una pasión solo comparable a los arrebatos de su primera juventud.

Cómodo y confortable junto a ella, tardó mucho en dormirse. Empezaba a sugerírsele una locura. ¿Y si…? No, qué tontería. ¿De verdad no sería posible que…? Bah, no tomes decisiones en caliente, que eres muy impulsivo. Estaba asustado por la incertidumbre, eso era todo; su vida había cambiado mucho desde que salió de casa con una mochila al hombro. Contempló el perfil de Lorena, que dormía a su lado con una tenue sonrisa. De nuevo tenía el brazo desnudo fuera del embozo y esta vez, se lo acarició. Era una chica tan dulce. Tenía que pensarlo. Sí, debía hacerlo. Porque lo que empezaba a insinuársele como una posibilidad era que ese nuevo Portomarín, ese hogar reconstruido en otro sitio tras el naufragio de su matrimonio, tal vez estuviera delante de sus narices.

43. Hacer volar el botafumeiro

Si Lorena hubiera sospechado algo de estas ideas, habría quedado muy sorprendida. Desde que Nacho la retuvo en Portomarín, asumió que aquello sería una aventura del Camino, nada más. «Te hará sufrir», le había advertido Sebas. Sí, era probable. Un hombre tan pícaro, tan guapo, ¡y la había elegido a ella! Su sueño adolescente hecho realidad. Cada vez que le dirigía una sonrisa, cada vez que le susurraba al oído, olvidaba cualquier pensamiento sensato. Solo quedaba lo físico: Los finos labios bajo el bigotito rubio. La aspereza de sus mejillas. El aroma cálido e intenso, casi picante. Ella nunca se había dejado llevar por los sentidos. Cuando la cogió por la muñeca, cuando leyó la invitación oscura en sus ojos azules, le mariposeó el cuerpo entero.

Se dejó llevar. Lo normal hubiera sido que las noches de Portomarín y Palas de Rei dieran alas a su enamoramiento. Sin embargo, la aparición del contrato de Vigo había ejercido de balanza inesperada, relegando a Nacho a un oportuno segundo plano. Ironías de la vida, ahora era ella quien tenía la cabeza en otras cosas. ¡Trabajaría con cefalópodos! No sería una bióloga exploradora, pero casi. De nuevo, tenía metas. Ambiciones. Una vida concreta que reconstruir.

Tenía tantas ganas de contar las novedades a Sebas y Nerea que se resistió a pasar otra noche de hotel. Al día siguiente, obligó a Nacho a marchar a paso ligero durante los veintitantos kilómetros de etapa hasta Ribadiso. No descansaron en Pontecampaña ni en Casanova ni en Furelos. Tampoco en Melide, lugar famoso por esos admirados pulpos suyos, aunque allí no los observaban a través de un cristal, sino que los servían troceados en un plato de madera.

—No volveré a comer pulpo en mi vida —exclamó, sin caer en la incongruencia de semejante declaración en quien iba a criarlos como alimento.

Nacho rio un poco y lo dejó correr. Estaba extrañamente manso, como cansado.

Ribadiso era una aldea diminuta; apenas cuatro casas a la vera de un arroyo con un puentecito de piedra. El agua no cubría más allá de las rodillas, lo suficiente para refrescarse un poco. Allí les esperaban todos: Clara y Leo, en la orilla con las cabezas juntas; Álvaro, charlando con Aurora; y Sebas y Nerea.

—¡Me han aceptado! ¡Me han aceptado! —exclamó Lorena corriendo hacia ellos—. En una semana empiezo a trabajar en la piscifactoría.

El grupo lo celebró como un triunfo propio. Sebas le dio un abrazo

de oso. Nerea le palmeó la espalda y propuso celebrarlo con una buena cena. Era asombrosa la fortaleza de los vínculos que creaba el Camino; ni sus amigos de siempre se hubieran alegrado más. Lorena estaba feliz y reconciliada con el mundo.

—Esta será una noche especial —afirmó mirándolos con cariño—. La penúltima del Camino y aquí estamos todos juntos, en una aldea encantadora en medio del bosque.

Solo quedaban dos días. Cuarenta kilómetros de ochocientos. ¡Qué lejana parecía aquella primera mañana en que partió de Roncesvalles, sola y angustiada, a la luz de una linterna! Ahora tenía amigos y un nuevo plan de vida. El Camino le había dado mucho.

Había un par de bares en Ribadiso; aun así, el grupo prefirió cocinar en la intimidad del albergue. Clara y Leo habían comprado espaguetis y atún, el menú peregrino por excelencia. Aurora, que era una buena cocinera, consiguió orégano y salsa de tomate. Álvaro aportó un queso del país; Nerea, el vino; y Nacho y Lorena adquirieron un delicioso hojaldre de manzana en la pastelería. Sebas sacó un par de velas de su mochila e improvisó unos candelabros con mucho ingenio. Pusieron la mesa en la terraza, cerca del arroyo, y cenaron mientras la oscuridad se adueñaba del jardín. Aparecieron las libélulas. Los grillos llenaron el aire de liviandad. En el río croaba una rana. Era una perfecta noche de verano.

Después de comer, Clara sacó su cavaquiño y cantó, una tras otra, las canciones con las que había amenizado tantas veladas. Leo se unió a ella; Álvaro marcaba el ritmo con un tenedor y los demás coreaban estribillos. Otros peregrinos se acercaron a disfrutar del concierto y la reunión se animó mucho. Lorena, algo aturdida por el ajetreo, aprovechó para escabullirse hacia el arroyo en busca de tranquilidad. Hacía días que no estaba a solas con sus pensamientos.

En la orilla, el chirrido de los grillos ahogaba un poco las canciones. Un rayo de luna arrancaba destellos blancos al agua inquieta y el aire olía a magnolia. Oyó unos pasos tras de sí y se emocionó pensando que tal vez fuera Nacho. Había estado muy callado en la cena y no sabía cómo interpretarlo. Tuvo una leve decepción cuando, al volverse, vio la cara bonachona de Sebas.

—Se está bien aquí, ¿eh? —dijo sentándose en la hierba, a su lado —. Hubiera sido un lugar ideal para plantar la tienda de campaña.

—Es verdad. ¿Por qué no lo has hecho?

Ahora que lo pensaba, hacía tiempo que no lo veía acampar. Él se encogió de hombros.

—Supongo que he sido un poco cabezota. Pensaba que cuanto más me sacrificara en el Camino, mejor agradecería la hija que Dios está a punto de darme.

—¿Y ya no lo crees?

Él se rascó el cogote.

—Creo que Dios, en su infinita sabiduría, no necesita un sacrificio, sino que sea buena persona y ayude a los demás.

Lorena lo miró de soslayo y suspiró:

—A veces me gustaría ser creyente, como tú.

—¿Y no puedes?

—Qué va. Busco ahí y no encuentro nada. Me emocionan las estrellas, las montañas, la magia de esta noche con amigos…, pero no creo que haya Alguien detrás de todo eso.

Sebas sonreía.

—Bueno, son formas de vivir. A mí me parece que te estás perdiendo algo hermoso. Siento que no tengas el consuelo de recurrir a Dios cuando las cosas vienen mal dadas.

Ahora le tocó a Lorena sonreír y lo hizo con expresión soñadora. Era difícil pensar en desgracias ahora que todo le iba bien.

—Estos días he superado una prueba de sufrimiento —dijo acariciando la hierba con una mano—. Me ilusiona mi nuevo trabajo en Vigo. ¡Y con pulpos!

—¿De verdad te satisface? ¿No es solo una escapatoria?

Ella soltó una risita.

—Sería mejor estudiarlos en libertad, claro que sí. A falta de eso… Como me dijo una peregrina muy sabia, «si no encuentras lo que te apasiona, al menos haz algo que te dé tranquilidad».

—¿Y qué hay de…?

Sebas hizo un gesto hacia la terraza. Nacho se había apartado del grupo y estaba absorto en su móvil. Ella sintió una punzada de celos. Seguro que hablaba con su mujer.

—Solo quiere una aventura. Y mejor así. Si me propusiera volver a Madrid…

—Venga ya, no renunciarías a los pulpos por él; dime que no.

—No, claro —repuso obediente.

Era fácil ser categórica ante un caso hipotético. Por supuesto que sería absurdo abandonar su nuevo trabajo, aunque mejor no poner a prueba su sensatez. Sebas le dio un golpecito amistoso en el hombro.

—Tenía miedo por ti. Pensaba que esa alma romántica tuya te perjudicaría.

—Yo siempre soy racional —dijo sorprendida.

—Racional y romántica: una combinación peligrosa. Sufres igual por las penas de amor y no te consuela el sentimentalismo.

Por el rabillo del ojo, Lorena vio a Nacho dejar su teléfono a un lado y suspiró. A pesar de todo, la despedida no sería fácil. Se volvió hacia Sebas, conmovida por su buena voluntad.

—Siento no haber ido contigo al monasterio de Samos —le dijo de repente—. Ojalá pudiera compensártelo.

Él volvió a rascarse el cogote y rio un poco.

—Bueno, yo también te puse en una situación difícil. Mejor que lo olvidemos. La jornada importante de verdad es la llegada a Santiago, pasado mañana. Esa sí deberíamos hacerla unidos, en grupo.

—Por supuesto. ¿Recuerdas que una vez me hablaste de «los tres grandes templos del Norte»? Estuve contigo en Burgos y León; también entraremos juntos en la plaza del Obradoiro para contemplar la tercera. La catedral de Santiago.

—Y acudir a la misa del peregrino. —El exmilitar sacó el anillo de su cuello, el talismán que era a la vez regalo de su madre y recuerdo para su hija—. Querría tener cerca a mis amigos cuando el arzobispo me lo bendiga.

—Te lo prometo. —Y le extendió la mano en señal de acuerdo.

Sebas se la estrechó satisfecho.

—He imaginado ese momento muchas veces. Mi única pena es que no veré el botafumeiro al final de la misa.

—¿Por qué no?

—Lo he preguntado. Solo lo ponen en marcha los domingos y nosotros llegaremos a Santiago en martes.

—Qué lástima. —De pequeña había visto una vez el enorme incensario de plata columpiándose por los cielos de la catedral; era impresionante—. ¿No se puede hacer nada?

—Bueno, al parecer, también lo sacan si donamos cuatrocientos euros.

—Es mucho dinero.

—Mucho. Es una tontería, lo sé, pero me hubiera encantado verlo volar.

La charla caló hondo en Lorena. Los últimos días no había prestado demasiada atención a sus amigos; eso debía cambiar. A la mañana siguiente, en vez de partir a solas con Nacho, insistió en ir con Sebas, Nerea y Aurora. Clara y Leo habían salido temprano y Álvaro seguía durmiendo. Ya venía siendo habitual que acordaran un punto de reunión para el final de la jornada. Sería Pedrouzo, una población grande, sin mucho encanto, a la distancia perfecta para abordar la última etapa hasta Santiago.

El día amaneció digno de Galicia, con una lluvia fina y pertinaz que decoloraba los campos en gris blanquecino. Las gotas quedaban suspendidas en el aire como una niebla ligera o una nube acuosa.

—Esto lo llamamos «calabobos» —dijo Lorena ajustándose la capucha.

Nacho comprendió por qué en cuanto quedó empapado al no tomar suficientes precauciones. No duró mucho; una hora después había dejado de llover y el cielo despejó un poco. Los chicos se quitaron los

chubasqueros y respiraron con deleite el olor a tierra mojada.

—Supongo que también huele así mientras llueve —dijo Nerea—. ¿Por qué será que solo se aprecia cuando para?

En cuanto las nubes dieron tregua, todos los *turigrinos*, *sarrigrinos* y *bicigrinos* se echaron al Camino en romería. El grupo cambió capuchas por atascos de senderistas poco preparados para marchar por el monte gallego. Jadeaban en las subidas, vacilaban ante los charcos de barro y, en general, ocupaban la ruta como rebaños de ovejas, obstaculizando el paso de los caminantes avezados como ellos.

—Casi prefería la lluvia —refunfuñó Nerea esquivando a unas jubiladas que le hacían fotos a un nogal.

Lorena no contestó. Le daba vueltas al deseo de Sebas de ver volar el botafumeiro. Santiago era su ciudad y lamentaba no poder ofrecer a su amigo esa entrada triunfal después de un mes de soñar con ella. A él y también al resto del grupo. Hubiera sido una forma estupenda de celebrar lo que cada uno había recibido del Camino: la mejoría de Nerea; el fin del luto de Aurora; su propia evolución personal… Sebas y Aurora caminaban un poco retrasados y aprovechó para contárselo a Nacho y Nerea.

—Ah, así que era eso lo que andabais cuchicheando ayer por la noche —saltó Nacho.

—Pues sí —dijo ella, algo sorprendida por su tono—. Es un espectáculo impresionante. Coge tanta velocidad que se necesitan ocho hombres para manejarlo. Parece que fuera a estrellarse contra los muros de la catedral.

—¿Y por qué no lo contratamos nosotros? —intervino Nerea.

—Es muchísima pasta por un capricho.

—Ya. —Nerea se quedó pensativa—. Pero mañana seremos muchos peregrinos llegando a Santiago, no solo nosotros ocho. Si todos colaboráramos…

Al principio, Lorena creyó que su amiga lo decía en broma. Ambas se miraron.

—Venga ya, ¿cómo vais a hacerlo? —dijo Nacho—. ¿Pasando el platillo por los albergues?

Tenía razón, era una locura. Supondría ponerse a recaudar fondos nada más llegar a Pedrouzo, en vez de descansar. Y estaba por ver si la gente contribuiría. Era difícil transmitir la emoción de ver volar el botafumeiro. Lorena pensó en la atmósfera festiva que se había creado la noche anterior en Ribadiso y cada vez que Clara sacaba su cavaquiño.

—¿Y si organizamos un concierto para los peregrinos? —sugirió con timidez—. Clara y Leo han acumulado un buen repertorio y tenemos a Álvaro para dirigirlo.

La idea de recaudar cuatrocientos euros con unas pocas canciones

improvisadas era ambiciosa. Absurda. Así y todo, Nerea se sumó entusiasmada. Ambas pasaron el resto del trayecto planeándolo, pese al escepticismo de Nacho.

La idea caló de forma desigual entre los miembros del grupo. Ya en Pedrouzo, las chicas hablaron con Clara y Leo, actores principales del concierto. Aunque el botafumeiro no les importaba mucho, se prestaron a colaborar de buena gana y enseguida se retiraron a ensayar. Algo más difícil de convencer fue Álvaro.

—Ah, no; yo paso de dirigir a los *tortollinos*. Ya se bastan solos.

—Andaaa… Con tu toque quedará muchísimo mejor —dijo Nerea—. Vamos, Álvaro. Sebas está tan ilusionado. Y Clara quiere aprender de ti.

Algo tenían los ojos de Nerea. El director de orquesta, refunfuñando, acabó por aceptar y sumarse a los dos en un rincón. Ya tenían intérpretes. Solo faltaba ocuparse del público. Las chicas fueron de albergue en albergue anunciando el concierto. Dejaron aviso en la frutería, la farmacia, el supermercado y todos los sitios por los que pasan los caminantes.

CONCIERTO PEREGRINO EN PEDROUZO

Si planeas llegar mañana a Santiago, ven y ayúdanos a recaudar fondos para ver volar el botafumeiro.

—Menudo agobio nos hemos buscado para nuestra última noche del Camino —jadeó Lorena.

Con tanto ajetreo, le costaba tomar conciencia de que al día siguiente se terminaría todo. Pedrouzo estaba solo a veintiún kilómetros de Santiago de Compostela. Era, en verdad, la última noche.

El concierto fue un éxito. Clara y Leo, dirigidos por la maestría de Álvaro, interpretaron las canciones que los habían unido esas semanas. Cada poco, mientras la gente iba y venía, las dos amigas explicaban la situación y pasaban el platillo. A pesar de su timidez, Lorena se encontraba cómoda. Había encontrado una nueva seguridad, casi una nueva identidad en el Camino. Le gustaba la persona que era ahora, mucho más que la criatura ansiosa y triste que partió de Madrid. Arengó a los peregrinos, persuadiéndolos de que reunirse en la catedral que tanto les había costado alcanzar era la mejor forma de celebrar el fin del Camino. Ella, tan introvertida y solitaria que incluso el día anterior se había alejado del bullicio en Ribadiso, deseaba llegar así de acompañada a Santiago.

Le gustó mucho ver a Sebas conmovido por su iniciativa. Y más aún le gustó la mirada mezcla de asombro y respeto de Nacho durante el

concierto. Pese a sus objeciones iniciales, esa noche la recibió con una admiración callada e intensa cuando le mostró los doscientos euros que habían conseguido. Era muchísimo. No lo suficiente, no todavía, pero estaba tan satisfecha de su éxito que acordó con Nerea repetir el concierto en Santiago al día siguiente. Allí habría mucha más gente; peregrinos venidos de todas partes. Haría todo lo posible por celebrar el fin del Camino viendo volar el botafumeiro.

44. Compostela

Si el entusiasmo de Lorena con el botafumeiro la evadía del fin del Camino, Nacho no lo olvidaba un instante. Sus pasos eran como los inexorables granos de arena en el reloj. ¿Qué haría después de Santiago? Hasta entonces, su situación había sido, en cierto modo, reversible. Disfrutaba de las libertades de un hombre soltero sin sufrir las consecuencias prácticas de una ruptura: mudanza, pensión alimenticia, custodia de las niñas… Aún no había nada definitivo; aún podía ser una simple riña matrimonial. Sin embargo, una vez en Santiago, enfrentado a la imposibilidad del retorno, la idea de su familia rota se volvería real. Pavorosamente real.

Como abogado de divorcios, conocía bien sus secuelas. Había visto muchos hombres como Pedro, el papá-peregrino, aturdidos ante la pérdida de su identidad conyugal e incapaces de manejar a sus hijos en solitario. «Eso nunca me pasará a mí», pensaba siempre, con una pizca de superioridad. «Mi familia es sólida». Y lo era. Por parte de Silvia, lo era.

Esos días, tuvo bastante contacto con ella. Aventura de por medio, se sentía generoso y escamoteaba ratos al Camino para mandar fotos y mensajes: la iglesia de Portomarín; una fortaleza en Palas de Rei; el arroyo de Ribadiso. Por alguna razón, se lo ocultaba a Lorena. Casi parecía que los papeles se hubieran invertido; que la engañada fuera ella y la amante, su mujer.

Le ocurría algo extraño con Lorena. Al principio, encandilarla había sido una mera distracción, un modo inocente de halagar su vanidad. Al creerla enamorada, se alejó para ahorrarle sufrimiento; ahora, cuando volvió a ella, libre y buscando consuelo, su respuesta no fue la adoración que esperaba. Unos humildes cefalópodos gallegos y un gran incensario de plata secuestraban su entusiasmo de tal forma que solo le concedía las sobras. Asombrado de sí mismo, comprendió que estaba celoso. Muy celoso.

En Portomarín, vislumbró una posibilidad de futuro con ella. Fue una idea impulsiva, fruto de la incertidumbre; solo Lorena podía salvarlo del vértigo del vacío. Decidió meditarlo. No habló en Palas de Rei; tampoco en Ribadiso ni en Pedrouzo. Estuvo tres días pensando sobre ello. «Es injusto que se lo pida», resolvió de mala gana. Déjalo todo y vuelve conmigo a Madrid. Elige el amor sobre el trabajo. No, no era razonable. Con un suspiro, se incorporó de su litera en el albergue de Pedrouzo. Estaba solo; todos se habían marchado al concierto. Él también debía ir para no desilusionarla. En ese momento, Silvia, que siempre respetaba su ritmo de comunicaciones, lo telefoneó

por sorpresa.

—¿Ha pasado algo?

Hasta qué punto habían llegado las cosas, que una llamada intempestiva de su mujer era motivo de alarma.

—No, no, todo está bien —dijo ella con vacilación—. Hoy hemos vuelto a casa desde Alicante.

—Ah.

—Tengo… tengo que preparar la vuelta al cole de las niñas.

—Claro.

—Tú llegarás mañana a Santiago, ¿no?

—Sí.

—¿Y qué harás después?

Se tensó. En cualquier momento empezarían los ruegos.

—No lo sé. Hay gente que sigue la ruta hasta Finisterre; quizá lo haga. No me incorporo al bufete hasta el lunes.

—En algún momento tendrás que volver. ¿Qué harás entonces?

—Ya veré. Aún falta mucho.

Le había dado tantas vueltas que su contestación fue más agria de lo que pretendía. Silvia se quedó en silencio largo rato. Parecía llevar algo concreto en la cabeza.

—No me entiendes —dijo despacio—. Tus cosas están aquí, en mi chalé.

Así que era eso. Nacho se enderezó.

—*Nuestro* chalé —apostilló en tono neutro.

Ella soltó una risotada fría. Cruel. Rencorosa.

—Tranquilo, que no voy a pelearme contigo por dinero —le dijo con un despecho del que no la hubiera creído capaz—, pero no pretenderás venir a casa si ya no estamos juntos, ¿no? He metido tus cosas en maletas; ya me dirás adónde te las mando.

La suave y dócil Silvia colgó, dejándolo atónito. Guardó el móvil con mano temblorosa. ¿Qué había hecho? Sus oscuros e imprecisos temores se desbocaban hacia el abismo de la realidad. Acudió al concierto con el ánimo sombrío. Lorena estaba allí, fresca y entusiasta, arengando al público para pagar el dichoso botafumeiro. Cuánto había cambiado. Qué alegre, qué vital. De vez en cuando, le dedicaba una sonrisa. Resolvió que luego, nada de albergue; la llevaría a la cama de algún hotel. Cuanto mayor era su pánico ante lo que se le venía encima, más ansiaba desfogar su angustia en el interior de otra mujer.

Al fin, la última etapa. Tras atravesar España entera, la jornada más importante del Camino: la llegada a Santiago. Los ocho amigos partieron juntos de madrugada bajo una fina llovizna. Pasaban de las siete, de noche aún. Un mes atrás, en Roncesvalles, a las seis y media ya había amanecido; se notaba el retraso en la salida del sol al

marchar hacia el oeste a finales del verano.

Treinta y un días. Ochocientos kilómetros. A pie.

La última jornada no era larga ni demasiado dura. Nacho la recorrió arrastrando las botas. Cada kilómetro, estaba más cerca del fin de su matrimonio. Y miraba de reojo a Lorena, resistiendo el impulso de proponerle de sopetón que se volviera con él a Madrid.

—Es curioso —dijo ella ajena a su inquietud—: Muchos dicen que la entrada a Santiago es fea. A mí no me lo parece.

La ruta bordeaba el aeropuerto junto a la carretera general sin abandonar del todo los bosques. El sendero era de tierra y raíces, con muretes de pedruscos manchados de liquen. Flotaba en el ambiente un frondoso aroma a eucalipto. Las aldeas, con sus vacas y sus hórreos, se alternaban con humildes *cruceiros* y alguna ermita enclavada en roca. Todo en Galicia era de piedra áspera, con la tosquedad y la sobria dulzura del granito sin pulir.

El grupo atravesó Lavacolla, donde los antiguos peregrinos se aseaban antes de entrar en la ciudad. Un par de horas después, llegaron a la cima del monte del Gozo. El último hito.

—¡Mirad! —exclamó Lorena—: Santiago.

Al fondo, hundida entre viejos montes, estaba la ciudad. Tres torres pardas —las gemelas de la catedral y la Berenguela, del reloj— se alzaban entre la cuenca de tejados. Severas. Inmutables bajo los nubarrones plomizos que cerraban el cielo.

—Habrás visto esta imagen miles de veces —dijo Nacho.

—Nunca me había costado un mes llegar.

La sonrisa de Lorena le recordó, por un instante, a la chica frágil e insegura de Puente la Reina. Cogió su mano y la apretó.

Bajaron juntos el último monte. Los senderos se volvieron asfalto. Aparecieron aceras, semáforos, las calles modernas en los suburbios: Fontiñas y luego, Concheiros.

—Aquí está —susurró Lorena—: La Puerta del Camino.

La entrada a la antigua, la verdadera Compostela. Clara, que iba delante con Leo y Aurora, se volvió con un brillo sospechoso en los ojos. Lorena tomó a Sebas y Nerea de la mano. Tras ellos, Nacho cruzó una mirada con Álvaro, algo sorprendido por tanta emoción.

Los ocho amigos subieron por un laberinto de rúas porticadas entre dignas casonas gallegas, iglesias oscurecidas de humedad y fuentes de tintineo cristalino. Había dejado de llover, pero los desagües formaban riachuelos sobre el enlosado. El agua estaba en todas partes. Tamborileaba en las callejuelas, resbalaba desde los aleros y se colaba por las grietas, provocando pequeños estallidos de vegetación en los huecos y las juntas. Aquella era una ciudad sólida y viva, en la que el agua ligaba la sobriedad católica de sus edificios con el paganismo natural asomando entre las piedras.

El grupo tuvo el primer atisbo de la meta en la plaza de la Azabachería, frente al monasterio de San Martín Pinario. Era una de las puertas laterales y no la reconocieron; la catedral se derramaba por la ciudad, tan presente, tan armoniosa con su entorno, que era difícil adivinar dónde terminaba ella y dónde empezaba el resto de construcciones. Había muchos peregrinos y también turistas extranjeros; americanos, rusos, japoneses. Qué peculiar les resultaría aquella profusión de arquitectura religiosa en piedra húmeda.

Rodearon la plaza. Atravesaron una arcada estrecha y profunda. Nacho buscaba dentro de sí algo de aquella emoción que veía en la mirada de Lorena, en la hosquedad de Sebas, en el silencio de Nerea. Solo encontraba vacío. Cuando salieron a la vasta plaza del Obradoiro, cuando por fin contempló de frente la fachada más gloriosa de la cristiandad, no sintió más agitación que ante la colegiata de Roncesvalles, aquel lejano atardecer en que Álvaro lo había arrastrado a su interior.

Sus compañeros sí estaban conmovidos. Corrieron al centro de la plaza. Rieron. Lloraron. Se abrazaron en grupo. Él contempló la catedral. Siguió las revueltas y recovecos de fruslería barroca sobre las compactas torres románicas. La piedra estaba sombreada de humedad y esponjada de musgo, tan cálido y luminoso como si el sol que no asomaba en Santiago hubiera dejado allí una pátina de oro. Sin embargo, él no era capaz de sentir satisfacción ni regocijo. En su cabeza solo martilleaba la idea de que se le había acabado el tiempo de gracia. Ya no tenía excusa para seguir lejos de Madrid.

—Venid, os llevaré a Platerías—dijo Lorena, tironeando de sus amigos hacia la salida del Obradoiro—. Es el sitio ideal para montar el concierto y seguir recaudando fondos para el botafumeiro.

Nacho, cansado de todo aquello, la tomó por el codo:

—Oye, yo me voy a dar una vuelta.

—¿Te perderás el botafumeiro? —dijo ella decepcionada.

—Tranquila. Solo quiero despejarme un poco.

Le dio un casto beso en la frente y se alejó, mientras ella gritaba, a sus espaldas:

—¡Recuerda que la misa es a las siete y media!

Deambuló solo por las callejuelas de la ciudad vieja, entre peregrinos y turistas. Era fácil distinguirlos. Los primeros iban tranquilos, con aire cansado y en paz. Los turistas, en cambio, siempre parecían ansiosos. Voceaban y se agolpaban, buscando la mejor foto, la mejor mesa, el mejor *souvenir*. Eran torpes y molestos, como de otro mundo. ¿Acaso había actuado él así alguna vez? Recordó viajes a París, Londres, Roma, en shorts y cámara en ristre, a la caza de la mayor cantidad posible de monumentos. Qué distintas se vivían las

cosas en estado peregrino. Pero volvería a caer en la vorágine de la vida normal; era inevitable.

Las rúas de Santiago estaban saturadas de comida. De los restaurantes emanaba un olor acre y marítimo, con los acuarios de centollos burbujeando en las terrazas. También olía a carne a la brasa, a pulpo y a vino peleón. Le rugió el estómago. Eran las cuatro de la tarde y aún no había comido. Se metió en una taberna con barriles a modo de mesa y pidió una ración de *raxo* con patatas y otra de pimientos de Padrón. Sacó el móvil y buscó autobuses a Madrid. Había que pensar en la vuelta a casa. Salía uno al día siguiente, por la mañana temprano; ¿debía comprarlo? Mientras dudaba, la pantalla parpadeó con una llamada de su mujer. Descolgó, receloso:

—Oye, Silvia, no…

—¿Papá?

—¡Claudia!

Nacho estaba tan preparado para ponerse a la defensiva, que la voz de su hija lo desarmó por completo.

—¡Papá! ¿Ya vas a volver? ¿Vas a dejar de ser un *vagamundo*?

Toda la emoción que no había sentido ante la catedral se le subió de golpe a la garganta. Su niña. ¿Cuánto tiempo llevaba sin hablar con ella? Ah, a ella sí tenía ganas de verla.

—Sí, cariño —respondió casi sin pensarlo—. Mañana vuelvo a casa.

No lo retrasaría más. Se enfrentaría a lo que le esperara en Madrid al día siguiente. Por detrás de Claudia, que ahora le describía la mochila nueva del cole —rosa y con dibujitos—, Nacho escuchó la voz de Silvia, que le pedía el teléfono.

—Ve a jugar con tu hermana, vamos. Y cierra la puerta al salir.

Él aguardó, un poco tenso. Esta vez, Silvia estaba serena.

—¿Ya has llegado a Santiago?

—Sí, hace un rato. —En un impulso, añadió—: Mañana cogeré un bus de vuelta.

Hubo un largo silencio.

—Oye, no te preocupes por nada; me buscaré un hotel o algo. Aunque sí querría ver a las niñas.

Silvia seguía sin responder y él se angustió. No tenía ánimos para más reproches, no en aquel momento.

—¿Quieres que vaya a buscarte a la estación? —dijo ella, al fin—. Podemos hablar de camino a casa y luego ves a las niñas.

Suspiró. Lo aliviaba que su mujer hubiera enterrado el hacha de guerra, aunque tampoco quería darle esperanzas.

—No es una buena idea, cariño —le dijo con dulzura.

—Calla, Nacho; por favor. Perdóname. Ayer estaba ofuscada y dije cosas duras. Por supuesto que puedes venir a casa. Es tu casa; somos tu familia. He estado pensando mucho: tal vez yo tampoco haya hecho

las cosas bien últimamente. Debí prestarte más atención, debí…

Él empezó a menear la cabeza y a murmurar «no, no», tan bajito que su mujer no le oía. O no quería oírle. ¿Cómo podía pensar que la culpa era suya? ¿Cómo se arrastraba tanto para no perderle? Aquello no era amor, era necesidad. Sentía tal congoja que le humedecieron los ojos. Hacía veinte años que no lloraba. Ansiaba ser firme y decirle que no. Si le permitía ir a la estación, si se dejaba conducir al chalé con sus hijas, ya nunca reuniría el valor para marcharse. El Camino no habría servido de nada.

Ah, pero qué fácil decirle que sí: que fuera a buscarlo, que llevara a las niñas. Que todo había sido un mal sueño, una pequeña crisis. Volver a casa sería un descanso tan grande…

—Silvia, necesito pensarlo —murmuró acorralado.

Ella calló de golpe. A veces, tenía una delicadeza maravillosa. Tan solo dijo:

—Gracias.

Volvía a llover. Nacho dejó que el agua le lavara la cara. Luego, se refugió bajo un soportal y compró el billete de autobús. Móvil en la mano, estuvo a punto de mandarle el horario a Silvia. «No, no lo haré». Era absurdo volver a la casilla de salida.

Regresó a la catedral y vio a Lorena junto a las escaleras de Platerías. Ella corrió hacia él. Corrió bajo la lluvia, con toda la frescura de sus veinticinco años, de su libertad sin complicaciones, de esa alegría de vivir que él tanto ansiaba recuperar.

—¡Lo hemos conseguido! ¡Cuatrocientos euros! La gente ha sido tan generosa… Los franceses donaron setenta euros entre todos. Y esa pareja brasileña, la del voto de silencio, jamás adivinarás lo que…

Nacho escuchaba su charla, parpadeando con fuerza. Ojalá tuviera a alguien como ella su lado al día siguiente. Ojalá no tuviera que enfrentarse a la ruptura en soledad. Una nueva relación sería el escudo perfecto para evitar tentaciones. Dejó de plantearse si estaba siendo justo con Lorena. Olvidó el trabajo al que ella tendría que renunciar. Ella seguía adorándole, ¿qué mal había en hacerla feliz?

—Lorena… —La cogió por la cintura y la besó—. Te quiero. Vuelve conmigo mañana a Madrid.

45. «Tú sabes que te quiero»

Se quedó aturdida. Al principio, ni siquiera comprendió del todo el alcance de sus palabras. Estaba tan centrada en el asunto del botafumeiro, tan entusiasmada con su triunfo, que le costó unos momentos retomar el plano del amor.

—¿Dices que quieres salir conmigo?

Era lo último que esperaba. Había aceptado que aquello fuera solo una aventura; él se lo había dejado muy claro, y tenía el alma demasiado bien entrenada como para albergar otras esperanzas.

—¿De verdad has cambiado de opinión?

Una extraña emoción empezaba a mariposearle en el estómago. Era lo que había soñado escuchar desde que lo conoció. Un hombre como él, atractivo, popular, triunfador, queriéndola a ella. Dejando a su mujer, toda su vida… *por ella*.

—Sí, sí. Quiero estar contigo.

Había algo distinto en él. Un ansia, una infelicidad angustiada en sus ojos azules que rompía con su ligereza habitual. Nunca lo había visto tan vulnerable. Y se entregaba *a ella*. Era una perspectiva irresistible. Sin embargo, Lorena no dijo que sí inmediatamente. Era tan raro ver un sueño convertirse en realidad…

—¡Lorena, que no llegamos!

El grito de Nerea la sacudió.

—Oh, el botafumeiro. Nacho, tenemos que ir.

—Antes, dime que vendrás conmigo a Madrid.

Su voz era apremiante. Tentadora. Ella apartó la vista, confusa.

—Luego hablamos —murmuró.

¿Por qué no dijo sí inmediatamente? Ni ella misma se entendía. Era lo que siempre había deseado: una relación que la sacara de su limbo adolescente; la expectativa de una felicidad íntima que, hasta entonces, ni había rozado con los dedos. Ser *la* elegida; ahuyentar la soledad… Y con Nacho. Reflexionó sobre ello, sentada en los bancos de la catedral entre Sebas y Nerea. Miraba sin ver al arzobispo de casulla blanca que hacía la señal de la cruz. El botafumeiro sería el broche final de la misa. Tenía un rato de paz para pensar.

»Lectura del Santo Evangelio según San Juan:

Algún tiempo después, Jesús volvió a aparecerse a sus discípulos a orillas del mar de Tiberíades y se manifestó de esta manera…

Oía como un rumor de fondo la dulce cadencia gallega del sacerdote, relatando cómo Jesús resucitado se le apareció a Simón

Pedro mientras pescaba y obró el milagro de hacerle capturar gran cantidad de peces.

»Cuando hubieron comido, Jesús dijo a Simón Pedro:
—Simón, hijo de Juan, ¿me amas?
—Señor, sí; tú sabes que te quiero.

Lorena se sobresaltó al ver que el tema de sus reflexiones personales se colaba a traición en una misa. El prelado continuó relatando cómo Jesús le preguntó una segunda y una tercera vez a Simón Pedro si le amaba, y en las dos ocasiones respondió lo mismo su discípulo.

»—Pues sígueme.

Jesús persuadió a Simón Pedro para que lo dejara todo, se uniera a su causa y se convirtiera en San Pedro, el primer papa de la Iglesia. Ella se mordió los labios. También Nacho le pedía que abandonara su vida y lo siguiera por amor. Un amor distinto, más concreto y terrenal que el de Simón Pedro por Jesús, pero que reclamaba un idéntico espíritu de sacrificio por parte de ella. Porque, si volvía con Nacho a Madrid, adiós al trabajo con pulpos en Vigo. El arzobispo empezó su homilía:

—Y ahora, yo os pregunto: ¿por qué os hicisteis peregrinos? Durante un tiempo, lo dejasteis todo: familia, hogar, ocupaciones… ¿por qué?

Lorena recordó aquella mañana de bochorno en que Marta la había acompañado al autobús. Rememoró su tristeza, su rabia, el *lugar oscuro donde casi no hay aire*… ¿Por qué eligió el Camino de Santiago? Al principio, solo pretendía huir de sí misma. Detener el tiempo. Refugiarse en un viaje que no presentara dudas acerca del destino, donde no tuviera que pensar.

—La razón solo la conocéis vosotros —continuó el sacerdote—. Yo espero que esta peregrinación os ayude, sobre todo, a ser mejores personas. Ese es el verdadero sentido del Camino. Conocer gente y disfrutar está muy bien; ahora, si solo os lleváis eso de Santiago, vuestra peregrinación habrá sido pobre. Ojalá hayáis adquirido también la ambición por vivir una vida plena, llena de esperanza, generosidad y amor.

Lorena alzó la cabeza. Ella había encontrado todo eso en el Camino: la esperanza de un futuro mejor que su pasado; la generosidad de «dar», en vez de «recibir»; y el amor… Miró de soslayo a Nacho, que permanecía de pie al fondo; no había querido ocupar un banco. ¿Acaso era ese el amor al que el arzobispo se refería?

Había llegado el momento. Sonaron, atronadores, los acordes del órgano y el botafumeiro descendió de las alturas. Era más pequeño de lo que Lorena recordaba, del tamaño de un niño. Los ocho *tiraboleiros*,

los hombres encargados de hacerlo volar, lo manejaban con una soga gruesa rematada en ocho puntas. Lo cargaron de brasa y carbón y le dieron impulso. El incensario empezó a columpiarse por la cruz de la catedral; más alto y más veloz en cada pasada, hasta casi rozar las bóvedas.

Lorena lo seguía con la mirada al son del órgano triunfal, presa de una gran emoción. Al margen de su agnosticismo, aquel ritual era parte de su tierra. Y era majestuoso. La hacía rebosar orgullo por Galicia. Tomó de la mano a sus amigos. A Nerea, que se acariciaba la pierna mala con gratitud. A Sebas, que sostenía su anillo recién bendecido como un tesoro. Clara y Leo sonreían; Aurora recordaba. Álvaro, los franceses, los brasileños del voto de silencio… tantas caras conocidas. Pasase lo que pasase, eso era lo más importante que se llevaría del Camino: los amigos.

El botafumeiro fue perdiendo impulso hasta que uno de los *tiraboleiros* se lanzó sobre él en pleno vuelo para detenerlo. La misa terminó y los peregrinos empezaron a salir. Nacho la esperó a las puertas de la catedral. Parecía aliviado de tomar el aire.

—Luego os veo —dijo Lorena al resto del grupo.

Habían quedado para cenar juntos por última vez. Álvaro, Clara y Leo iban a continuar la peregrinación hasta Finisterre. Aurora se quedaba en Santiago unos días. Sebas partía a Castro Urdiales y Nerea, a Pamplona. Su grupo de amigos estaba a punto de deshacerse y, tras la excitación del *botafumeiro*, Lorena empezaba a experimentar una gran tristeza.

Afuera, atardecía lloviznando. Por las calles desiertas ya no había turistas ni peregrinos; solo agua. La luz de los faroles se reflejaba en la pátina mojada del enlosado. Qué familiar le resultaba la estampa. Durante años, había recorrido esas rúas oscuras de la facultad a la biblioteca bajo la sempiterna lluvia leve de Santiago, aunque nunca había ido por ahí con un hombre como Nacho. Con un amante como Nacho.

Pasearon sin rumbo, buscando el refugio de los soportales hasta desembocar en la Alameda. Lorena miró de refilón la chusca efigie de las Dos Marías, las solteronas más famosas de Compostela. Tan cómicas, tan coloridas, tan dignas de lástima. Qué terrible acabar así, solas en una excéntrica busca de marido.

Se internaron en el parque por el paseo de la Herradura. Ya había anochecido. Pararon en un banco desde el que se veía la ciudad. Qué hermosa era. Qué auténtica. Tan arraigada entre los montes como si, en vez de construida, hubiera brotado del suelo granítico de Galicia. Santiago, la ciudad de los ecos de agua, de las grietas de musgo. Santiago, con sus tres torres barrocas envueltas en luz cálida y anaranjada.

—Esta es mi vista favorita —dijo Lorena, sentada en el respaldo para no mojarse.

Nacho callaba. Nunca lo había visto tan silencioso. Ella tomó aire y dijo, de sopetón:

—No voy a volver contigo a Madrid. Pasaré unos días en casa con mis padres y luego me marcharé a Vigo. A mi nuevo trabajo.

Hubo un largo silencio. En la penumbra, observó su perfil. La mejilla rubia sin afeitar. El mentón anguloso. La sonrisa de payaso triste. Cuánto le gustaba esa sonrisa. Qué ganas de besar sus labios. Y pensar que estaba rechazando la posibilidad de hacerlo de nuevo… Si al comienzo del Camino hubiera pedido un deseo, habría sido encarrilar su vida con alguien. Y lo seguía queriendo, pero no a cualquier precio. No renunciando a todo lo suyo. La peregrinación la había empujado a explorar su alma y había encontrado algo con lo que no contaba: solidez.

No había dicho que sí inmediatamente y eso fue importante. Si lo hubiera hecho, el entusiasmo irreflexivo del momento la habría arrastrado sin posibilidad de vuelta atrás. No lo hizo. Y, con el compás de contención que se regaló a sí misma, fue capaz de decir no. Vio, con asombrosa claridad, que ella era una mera escapatoria a su situación con Silvia. Aquello no era amor; aquello también era necesidad.

—Lo siento mucho, Nacho —dijo al ver que agachaba la cabeza.

Él le pasó el brazo por los hombros y la apretó contra sí, resguardándola de la lluvia. Ella aspiró su aroma cálido, casi picante. Cuánto le gustaba su olor. Cerró los ojos. Un simple «sí» la separaba de su anhelo más profundo: tener pareja. Ahuyentar la maldita soledad de una vez por todas. Imaginó su vida en Madrid con él. Se vio presentándoselo a su madre; accediendo al mundo de los adultos, tal como lo concebía ella. No más fiscalizaciones sabatinas ni presiones ni temor al *lugar oscuro donde casi no hay aire*… ¡Ah! Ojalá no tuviera que caminar sola nunca más.

*

Quizá, si Nacho hubiera insistido, la habría hecho cambiar de opinión. Era especialista en persuadir a la gente y Lorena no era inmune a su encanto. No lo intentó. Tenía el ánimo agotado. Rebuscó en su bolsillo y sacó un llavero con la pata de oca tallada en madera.

—Me lo dio el templario de Manjarín —le dijo—. Iba a regalártelo si volvías a Madrid. Para tu nuevo hogar… conmigo.

Ella lo miró, sin tocarlo, como temiendo caer en el hechizo. Con un suspiro, le cerró el puño sobre el llavero.

—Quédatelo. Tú también tendrás que buscar casa.

Se lo volvió a guardar. No tenía nada claro si lo necesitaría. La abrazó de nuevo. La besó. Hizo de sí mismo un refugio cálido bajo la lluvia, pero no la presionó. Recordó las palabras de Aurora sobre la tirita que duele al desprenderse para dejar ir a alguien. Él podía dejar ir a Lorena, tanto como a su mujer. Podía ser generoso con ella en un ensayo para lo que viniera después.

—Nos estarán esperando para cenar —la oyó murmurar, acurrucada en su hombro.

—Ve tú. Yo no tengo hambre.

—No quiero dejarte aquí solo.

Ella se resistía a incorporarse.

—¿Me llamarás alguna vez?

—Claro.

La respuesta fue automática. Ambos supieron que no lo haría. Lorena lo miraba ahora con cierta ansia. Intentó besarlo de nuevo. Él la detuvo.

—Ve. Te están esperando.

La vio marchar. Perderse en la oscuridad del parque bajo la lluvia. Iba al encuentro cálido de sus amigos. Con ellos sí seguiría en contacto. La imaginó visitando a Sebas y su bebé en Castro Urdiales; practicando con Nerea el poquito de esquí que le permitiera su rodilla; pasando unas vacaciones en Bali o en cualquier otro destino laboral de Clara… La vida se abría sonriente para ella. No necesitaba a un hombre divorciado para ser feliz. No lo necesitaba en absoluto.

Se estremeció. Estaba calado. Dejó la mirada perdida sobre Compostela. Las tres torres de la catedral eran como un gran fuego acogedor en la húmeda ciudad. Tan sólida. Tan estable. Suspiró. Sacó su móvil y escribió un breve mensaje a su mujer:

«Mi autobús llega a las tres de la tarde».

NOTA A LA EDICIÓN KINDLE

Abrirse a una nueva lectura es un acto de fe; de generosidad. Supone entregarle al escritor un poquito de tu tiempo; y hacerlo a ciegas, porque aún no sabes si va a gustarte su trabajo.

Por eso te agradezco de corazón que hayas leído *La pata de oca*, y me encantará saber qué te ha parecido. ¿Te ha gustado? Cuéntamelo en Twitter o Instagram.

Los escritores autopublicados solo os tenemos a vosotros, los lectores, para darnos a conocer. ¿Me ayudas a que *La pata de oca* vuele más lejos? Déjame una reseña en Amazon y, si tienes en mente a alguien que podría disfrutar de este Camino, ¡recomiéndaselo!

Me haría muy feliz que te unieras a mi Comunidad de Lectores en el blog *Ruido de canicas*. Así podré contarte mis novedades: la publicación de nuevas novelas, ofertas de mis libros... Solo por unirte, te regalo mi antología de relatos premiados *Nadie se da cuenta*. ¿Te animas?

¡Te espero!

Raquel G. Osende

ACERCA DE LA AUTORA

Raquel G. Osende (La Coruña, 1984) es ingeniera por la Universidad de Santiago de Compostela, aunque siempre ha trabajado en el mundo de la innovación empresarial y el marketing. Emigrante como muchos gallegos, ha vivido en Madrid, Viena y Bruselas. Ha publicado relatos de ciencia-ficción con Ártifex y ha sido finalista del premio de narrativa breve «Villa de Madrid» (2015) y otros, como los de «Ateneo de Valencia» (2015) y «Litteratura» (2016).

La pata de oca es su primera novela publicada, para la que se documentó recorriendo la misma ruta que sus personajes paso a paso, pueblo a pueblo. Actualmente reside en Valencia, donde es directora de marketing e innovación de una empresa.

AGRADECIMIENTOS

Este libro recorre el Camino Francés desde Roncesvalles hasta Santiago y, aunque ninguno de los protagonistas es real, los paisajes y lugares sí lo son: los puentes de Navarra, las iglesias de La Rioja, los trigales luminosos de Castilla… He procurado describir el Camino que yo viví, incluyendo todo aquello que me impactó o causó asombro, desde la fuente del vino en Irache al gallinero en la catedral de Santo Domingo de la Calzada.

Los albergues donde se van alojando Nacho y Lorena están basados en lugares reales, y quiero dar las gracias a los hospitaleros que, generosamente, me han permitido darles refugio escrito en ellos: a la *Posada de Roncesvalles,* al *Albergue de los Padres Reparadores* (Puente la Reina), a la *Casa de la Cofradía del Santo* (Santo Domingo), al *Albergue Parroquial de Santa María* (Carrión de los Condes) y al *Albergue Gaucelmo* y sus ciruelas (Rabanal del Camino). También a Helena Murugarren, del albergue *La Perla Negra* (Ázqueta), por su ayuda desinteresada, y a Pablito *el de las Varas*, por cederme algunos de sus bordones para mis personajes.
Agradezco mucho la contribución de Jean-Claude Bénazet, autor del himno peregrino por excelencia, que me explicó el verdadero significado del mítico «*Ultreia et sus eia*».

No solo en la redacción de esta novela ha colaborado mucha gente; también en la aventura que ha sido su edición. Estoy muy agradecida a Marian Ruiz por el brillo que ha aportado al texto, y a Pedro Viejo, por la portada perfecta.

Jamás podría haber escrito este libro sin la ayuda y el apoyo de mi familia y amigos.
A mis padres y hermanos: ¡gracias por estar ahí!
A mis amigos; a Ana y María, compañeras de muchos Caminos —no solo jacobeos—; a mis primeros lectores, que habéis «sufrido» el borrador y me disteis valiosos consejos; a todos los que me habéis ayudado a elegir la portada: ¡gracias!
Y, por supuesto, a Gabi. Mi apoyo más constante. Mi inspiración.